

Donde Madre me espera



MILIARIO VIVALDI

Estamos ante una obra que recoge la forma de vida cotidiana de una familia española en una de las etapas más convulsas y complicadas de nuestra historia, desarrollada durante casi una centuria, a caballo entre los siglos XV y XVI.

Las vivencias de varias generaciones de la familia judía de uno de los más importantes compositores musicales del Renacimiento español, Tomás Luis de Victoria, nos conmueven y también nos sorprenden desde el principio, a través de las complicadas condiciones de supervivencia y difíciles relaciones humanas en una sociedad dominada por los cristianos viejos.

Con su conversión al cristianismo, tras el intransigente Decreto de los Reyes Católicos de 1492, tuvieron que emigrar de Llerena y vivir bajo la incertidumbre de los controles impuestos por el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición y de una sociedad poco permisiva.

LUIS JOSÉ GARRAÍN VILLA
CRONISTA OFICIAL DE LLERENA

***Donde
Madre me espera***

Edición no venal

- © De la presente edición: Fundación CB - 2019
- © De los textos e ilustración de portada: Miliario Vivaldi (Antonio Olano Altube)
- © De la partitura: Miliario Vivaldi (Antonio Olano Altube)

I.S.B.N.: 978-84-09-10760-5
Depósito legal: BA-222-2019

Diseño y maquetación: linea4.eu
Impresión: Indugrafic Digital

Donde Madre me espera

MILIARIO VIVALDI

|FUNDACIÓN**CB**

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
I - EL PARAISO DE LLERENA	13
EL LEGADO DE MIS RECUERDOS	15
IERONIMA: LA HIJA DEL MAYORAL	19
TACIRUPECA	21
INSTINTIVA INOCENCIA.....	24
UMA.....	26
EL COLUMPIO	30
UZIEL.....	34
EL REGRESO DE LA TRASHUMANCIA.....	38
PEDRO DE LA CONCHA	40
MOMA.....	44
LA LECCIÓN DE ELVIRA.....	46
DEL JUEGO A LA AMISTAD.....	48
EL DECRETO	52
AUTO DE FE Y BAUTIZMO.....	56
LAS SOMBRAS DEL DECRETO	58
LEVANA.....	61
EL HEREJE.....	65
EL GUARDIÁN DEL AGUA.....	68
EL COMERCIANTE ABULENSE.....	70
HERNÁN LUIS DÁVILA	73
UN REENCUENTRO MARAVILLOSO.....	74
LEONOR DE VICTORIA	77
EL LIBERTADOR OCULTO	81
LA MALDITA VISITANTE.....	83
BODA DE LA CONCHA - XUAREZ.....	85
DOLOROSA HUÍDA HACIA LA LIBERTAD	90
II - DIÁSPORA	93
PASOS QUE ACERCAN, PASOS QUE ALEJAN	95

III - LA NUEVA VIDA	139
LA NUEVA CASA	141
LA SEMILLA QUE NO ENRAÍZA.....	143
LA SOLEDAD DEL ESPANTAPÁJAROS.....	144
LECCIÓN DE PÍCARDÍA.....	150
LUZ PÚRPURA SOLEMNE	155
LA PROFUNDIDAD DEL SILENCIO	157
Y JUGARÁ CON SUS HERMANOS	163
UN LIBRO DE TELAS PARA LA REINA	166
LOS FANTASMAS DEL PASADO	170
LAS NOTICIAS DE LLERENA	173
BODA CON MÚSICA DE JEREMÍAS	176
LOS FRESCOS DE LA IGLESIA DE SAN JUAN	180
FRANCISCA XUAREZ DE LA CONCHA.....	184
LA INFINITA ETERNIDAD DEL OCÉANO	188
REGALOS DE BODA	191
Y LA RAMITA SE HIZO ÁRBOL	195
IV - THOME: LA MÚSICA DEL CREADOR	199
DIMINUTA PRESENCIA	201
PRIMOGENITO DE PRIMOGENITO.....	203
LA MONJA TERESA	205
ANNUS MIRABILIS	207
LA HERENCIA DE CARIÑO	211
LOS RESPLANDORES DEL ORO	215
COMO UN SONAJERO DE PLATA.....	217
LA LENGUA DE FUEGO	220
SEBASTIÁN VIVANCO.....	222
DUREZA EXTRAMUROS.....	224
CONCIERTO DE INVIERNO.....	228
LA PLUMITA AMARILLA	231
FELICITACIONES ENTRE COLEGAS	237
CUANDO TE CONOZCA TE COGERÁ CARIÑO	241
NUEVOS RETOS, NUEVOS AFECTOS	247

LOS PROBLEMAS DE LA EXCELENCIA	249
EL TRUCO DE LOS CAPELLANES.....	252
LO QUE NO PUDO REMEDIAR.....	254
EL ALIMENTO MUSICAL.....	257
JUSTA MUSICAL.....	259
LAS PRIMERAS NOTAS A MARÍA.....	262
LOS CAMBIOS DE VOZ.....	265
EL DESENCUENTRO DE LA AMISTAD	267
EL SUSURRO DEL MAESTRO: TOMA NOTA.....	269
LA VOZ DE ELLA SE DESAPROVECHARÁ.....	272
HASTA EL OBISPO RIÓ.....	276
EL PRIMER DUCADO.....	279
EL VIEJO MAESTRO Y EL ANGELITO PEQUEÑO.....	282
LA GRAN DECISIÓN.....	285
CONFIDENCIAS DE DISCÍPULO Y MAESTRO	287
LA VIEJA NANA.....	288
YO NO IRÉ A SANCHIDRIÁN.....	290
EL ÚLTIMO ENSAYO	291
EL ÚLTIMO ABRAZO	292
PALABRAS DE AMOR EN RENGLONES TORCIDOS.....	293
PLUS ULTRA	295
ANEXOS	297
ÁRBOL GENEALÓGICO	298
NOMENCLATOR.....	300
PARTITURAS	305
BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES DE INFORMACIÓN.....	306

PRÓLOGO

Desde dos de mis aficiones, la música y la escritura, concebí esta novela. Mi primera novela. Ha sido M. Carmen, mi querida mujer la que me ha apoyado, asesorado y animado a hacerlo, y a la que con mi cariño se la dedico. Pero también debo agradecerles a algunos amigos que estuviesen ahí para que se hiciese realidad: a los Zenobia Música: Maite Seco y Rupert Damerell, que tanto me han aproximado a la música del Renacimiento. A Elena María Accinelli y Carlos Cerveró, por sus consejos y aportaciones. A Luís Garraín, Cronista oficial de Llerena, que tan generosamente me ha ilustrado y documentado sobre la ciudad origen de la novela. A Paco Díez y la gran experta en Ladino, Zelda Ovadia, a quienes debo su ayuda en la traducción de la Nana. Y finalmente debo agradecer a la Fundación CB, y a su director Emilio Jiménez, su gran labor social y cultural en nuestra región, y que gracias a ella esta obra puede estar en tus manos. Mi inquietud por vivir nuevas experiencias, ha hecho el resto.

¿Cómo se forma nuestra personalidad? Es evidente que lo más importante lo pone nuestra madre al engendrarnos. Pero es en nuestra niñez y juventud cuando se forja nuestro carácter. Depende de nuestro entorno. De las personas que nos educan y de las oportunidades que nos rodean.

La sensibilidad es una manera exquisita de sentir, da igual qué, lo difícil es expresarla para que los demás la sintamos. El famoso personaje del Renacimiento musical español, Tomás Luis de Victoria, al que he podido conocer mejor desde la práctica de la música coral, es un ejemplo de sensibilidad. Pero, ¿de quién la heredó? ¿Quién la moldeó en su juventud?

He pretendido imaginar y recrear, con el respeto y la credibilidad posibles, el entorno de sentimientos y emociones que pudo vivir aquel niño para hacerlo así. No es una novela histórica del compositor. La mayoría de los personajes son ficticios y los hechos aún más. Ni siquiera es él el personaje principal, que recae en Ieronima, una

humilde sirvienta, sencilla e inteligente, que entra en una familia desarraigándose de la suya con solo doce años, y que, a lo largo de su vida cargada de generosidad y cariño, va convirtiéndose en el ser querido de varias generaciones. Llerena, donde nace, era una villa de Extremadura en la que a la sazón hubo una importante población judía.

El último cuarto del siglo XV y la primera mitad del XVI, en el que está ambientada, no fue un entorno fácil. El decreto de los Reyes Católicos expulsando a los que no renegasen de cualquier religión que no fuese la cristiana, las epidemias de peste, las guerras de religiones en Europa, y el Santo Oficio de la Inquisición, hicieron la vida difícil y de escaso valor.

Deseo que disfrutes tanto como lo he hecho yo escribiéndola, a veces contagiado de las emociones de los personajes al ponerlas sobre el papel. Se dice que en las novelas suele haber algo de vivencias personales, y debo reconocer que, en mi caso, aunque no lo pueden ser de manera literal por la atemporalidad y el entorno tan diferentes, sí que hay recuerdos, experiencias, y sentimientos personales que se me escapan y se filtran entre las líneas del texto, casi involuntariamente, como huellas indelebles que todos guardamos de nuestra infancia, y que como diría Moma, son el verdadero tesoro de las personas.

Miliario Vivaldi, Otoño 2018

I - EL PARAISO DE LLERENA

EL LEGADO DE MIS RECUERDOS

OTOÑO DE 1565

Venimos al mundo sin recuerdos, porque ellos harán nuestro mundo, y cuando lo dejemos él será ya solo eso: recuerdos.

Me enseñó Madre que las riquezas son privilegio de algunos, pero los recuerdos son fortuna de todos. Los patrimonios son de este mundo, porque nadie puede llevárselos de él. Los recuerdos y sus secretos son nuestros verdaderos tesoros, porque esos sí podemos llevárnoslos con nosotros. Solo si los contamos dejamos ese legado maravilloso a quienes queramos, pero esa es una decisión nuestra.

Me ha sido difícil conseguir que algunos se conserven, e imposible que otros se borrasen. Han pasado tantos años, que aquellas sensaciones sutiles que los envolvían quieren desvanecerse. Como algo natural e inevitable. Como el otoño muda el verde de las hojas; como la niebla esconde los destellos del torrente; como la lluvia oculta la semilla en la tierra. Por eso creo que ha llegado el momento de contártelos, antes de que se pierdan.

Tenía cuatro años cuando de verdad empieza mi niñez, porque es entonces cuando aparecen mis primeros recuerdos. Nada hay anterior a eso. Siempre que he intentado recuperar algo previo a esa edad, termino en la dehesa de mi infancia, rodeada de una niebla frágil que todo lo desvanece.

Me gustaría haber podido revivir aquellas experiencias tan especiales, como la del roce de mis labios mamando del pecho de Madre; o las lágrimas vertidas para desahogar la primera pena; o aquella alegría que me enseñó la magia de la risa; o la sensación infinita de libertad al dar mis primeros pasos. Nada de eso he podido recordar. Deben ser privilegio de Madre, por haberme traído al mundo.

Pero sí conservo algunos de aquellos primeros recuerdos. Uno ingenuo, otro entrañable, y otro tremendamente profundo... este te lo contaré más adelante, pero no creas que no lo recuerdo bien, lo que no me es fácil es contarlo.

Un día descubrí unos monstruos que se movían, oscuros, oscilantes y temblorosos. Salían cada noche de la pared circular de nuestra choza. Sumida en la oscuridad de la penumbra, veía aterrorizada cómo me miraban y me seguían. Eran el recuerdo diario y permanente de que me tenía que portar bien, y mi promesa interior de hacerlo. Quería apartar la vista de la pared, pero un impulso inevitable me obligaba a mirar para confirmar que aquel horror ya se había ido. Pero eso nunca ocurría. Cerraba los ojos con fuerza y cuando miraba de reojo allí seguían. Solo se habían ido al despertar por la mañana, después de que el cansancio se hubiese apoderado de mí y me hubiese sumido en el sueño. Un día Madre me vio la carita de terror y cuando me preguntó qué me pasaba le señalé las sombras. Llegó con ella, como siempre, la tranquilidad y la alegría de deshacer el sortilegio. Me desveló el secreto, y mi ingenuidad se vio aliviada. La culpable era aquella pequeña llamita de la lucerna de aceite, que temblorosa se esforzaba en darnos luz en la noche.

El otro recuerdo, es mucho más sosegado. Era el de la cálida y dulce voz de Madre adormeciéndome. Arropada con ella bajo la manta y recibiendo su templanza, oía su voz susurrar la melodía, dulce, serena, y un leve hilo de música comenzaba a enhebrar las palabras convirtiéndolas en caricias y besos. Salían de sus labios tan dulcemente que cuando llegaban a mis oídos resultaba imposible permanecer despierta para poder terminar de oír el final...

*Durme mi trezoro
durme durme ya
ke los kodrerikos
durmiendo ya están*

*Serra tus oijikos
la luna va yegar
komo un kodreriko
te kere encontrar*

*Durme mi estreya briyante
kon tu madre estas
kudyando tus esfuenyos
bezikos te dara*

Eran palabras sefardíes, aprendidas de su madre, suaves y relajantes, dichas con un susurro de voz que me envolvían. Me hacía olvidar cualquier miedo, cualquier contrariedad y a ella también. Un día, mientras cuidaba el huerto, la sorprendí musitando la canción para ella misma. Ahora yo de vez en cuando también la canto, bajito, solo para mí, para olvidar preocupaciones, para conservar recuerdos. Y aunque nunca tuve su preciosa voz, también me sirvió para reconfortar a mis niños. Porque el Creador no me ha dado hijos, pero sí he ayudado a traerlos al mundo y a criarlos. A muchos. Los primeros, mis dos queridos hermanos, a los que más quise. Y los dos últimos: Pedro y Gregorio. Pero hay uno especial: niño Thome. Llegó al mundo de mis manos, como casi todos los otros, pero con un motivo especial para vivir, el de escribir la música del Creador. Con razón lo quise tanto. Ya lo comprobarás cuando te lo cuente.

Pero, antes de seguir hablando de mis recuerdos, debería decirte quién soy y cómo he podido llegar hasta aquí, después de vivir tanto. Nací en el otoño de 1484, en la villa de Llerena, cuando los frescores de los amaneceres empezaban a preparar los árboles para el invierno, y donde las familias de las tres religiones compartían la vida de manera natural y pacífica. Está al sur de la provincia de León en Extremadura. Mucho más al sur de donde hemos estado viviendo todos estos años. Lo sé porque cuando salimos de allí, hace más de siete decenas de años, tuvimos que caminar durante muchos días hacia el lugar de donde parecía venir el frío y el viento. Tenía solo doce años. Para todos los que quedaron en Llerena, incluso Madre, nuestro éxodo significó la huida hacia la salvación y una vida mejor para tres personas: el amo Pedro, el ama Elvira y yo. Pero para mí, aunque siempre lo oculté, fue el desarraigo de mi paraíso. El destierro. Nunca más pude volver a aquella Llerena, tierra de mi infancia. Ni pude volver a ver la choza donde vivíamos, ni el huerto que cuidábamos con tanto cariño. Ni tampoco a Padre, ni a mi querida hermana... ni a Madre. Nunca más volví a verlos.

Pero Madre me enseñó a ser feliz en la vida, porque la gente que lo es hace feliz el mundo que la rodea. Lo comprobarás cuando lo creas.

IERONIMA: LA HIJA DEL MAYORAL

OTOÑO DE 1484

Padre guardaba los rebaños del Amo. En realidad, del Amo era todo, la antigua alquería árabe, comprada por sus antepasados, cristianos viejos, y heredada sucesivamente, y también las tierras de pastos y las dehesas, los animales y nosotros sus sirvientes: peones, pastores y esquiladores. Y también la choza del mayoral que, por serlo Padre, nos correspondía ese privilegio.

Los rebaños inmensos de cabras y ovejas merinas salían al amanecer en diferentes direcciones, cada uno con sus pastores y sus perros, cuando aún el Creador no había puesto la luz del sol sobre los caminos. Y regresaban todos puntuales al caer el sol y la noche volvía a cubrirlo todo con su manto. Quedaban todos recogidos: los animales en sus establos, los hombres en sus barracones y los perros, guardianes de todo, repartidos entre unos y otros. Solo quedaba fuera la espesa nube de polvo sosteniendo los olores del ganado.

Siempre, como un rito sagrado, entraba el enorme cuerpo de Padre en la choza, inclinando la cabeza para no golpearse con el dintel de la puerta. Madre le daba la bienvenida y le ofrecía la sopa de cebollas y verduras que ya tenía preparada en el caldero sobre el fogón, y una hogaza de pan recién hecha que reposaba sobre la mesa. Comía y luego se recostaba en el camastro, abandonándose a su sueño, consumiendo las horas de la noche en reparar su cuerpo, para levantarse por la mañana, recoger el costo con la comida que ya ella le tenía preparada, y volver a iniciar la jornada con la luz del alba apenas dibujado el horizonte. Así todos los días, todo el año, de Pascua a Pascua.

Durante el día, mientras Padre estaba fuera, ella se ocupaba de arreglarlo todo, la casa y su pequeño huerto, del que recolectaba lo que comíamos. Amasaba y horneaba pan, y al final del día iba a los establos de la Casa Grande, para recoger la leche de cabra que a cada familia nos correspondía.

Pero al regresar Padre aquel día, comprobó que la rutina había sido diferente. Como cuando él regresaba contento y sorprendía a Madre trayendo colgado del hombro un cordero recién nacido, así ella, aquel día, orgullosa, aún temblorosa de dolores, con la frente perlada de sudor y la cara aún mojada de lágrimas, le mostraba a Padre su primera hija.

–Es una hembra –dijo Padre–, pero sus ojos y manos me dicen que sabrá trabajar y cuidarnos a todos. Y vivirá muchos años.

Y sin un halago a Madre, y como una premonición quedaron escritas en el aire aquellas palabras de Padre.

Nadie vio cómo trajo ella sola a su hija al mundo. Ni la asistió, ni la oyó quejarse. Lo único diferente que aquel día pareció ocupar la choza fue un torrente de emociones y alegrías de una madre al sentir entre sus manos, el prodigio de crear por primera vez la vida. Así de grande y humilde era Madre, así me trajo a la vida y así me enseñó cómo vivirla.

Al octavo día, como manda el rito judío, me llevaron a la sinagoga, para hacer la ceremonia del Zeved ha Bat, el regalo de una hija, y se recitaron los versos del Shir Hasshirim, el Salmo y la oración para ponerme el nombre que llevaría toda la vida: Ieronima.

En realidad, este recuerdo no me pertenece, pertenece a ella, a Madre. Pero le pedí tantas y tantas veces que me lo contase, para revivir aquellos sentimientos, que siempre lo he guardado como si hubiese sido algo mío.

TACIRUPECA

OTOÑO DE 1488

Para los cristianos el domingo era el día del sagrado descanso, para los judíos el Sabbath, y para los musulmanes el viernes. En nuestra familia no había día sagrado de descanso, porque los pastores no lo tienen. En sus vidas el descanso es solo el que le da la noche, porque sin la luz del día no se puede pastorear por temor al lobo.

Los cristianos paseaban por la plaza Pública los domingos, pero en cambio eran los sábados cuando se veían a los judíos, y los viernes a algunos musulmanes. Pero los niños siempre encontraban el momento de escaparse para jugar. Entre ellos daba igual el origen de la familia y sus religiones. Era aún muy pequeña y Madre me llevaba los sábados, después de la ceremonia de la sinagoga. Ella se sentaba en algún escalón de la Iglesia de la Virgen de la Granada y charlaba con una hermana, la tía Nejama, que a veces nos acompañaba. Al principio Madre me animaba a que jugase con las otras niñas, pero pronto fui yo la que se lo pedía.

Los niños preferían juegos en los que la rivalidad y la fuerza era la diversión, en cambio, las niñas preferíamos juegos de habilidad, como las tabas, o la comba. Pero había juegos que sí compartíamos niños y niñas. Yo podía correr más que las niñas de mi edad, incluso más que algunos niños.

Elvira era tres años mayor que yo, y siempre que hacíamos grupos para jugar en equipo, como ella era la capitana por ser la mayor, me escogía. Cuando la veía, me daba un poco de envidia, porque tenía la piel blanquita y muy limpia. Su pelo se veía aseado y siempre llevaba una ropa más bonita que la que podíamos llevar la mayoría. Con el tiempo nos fuimos haciendo muy amigas, aunque era ella la que siempre decía lo que teníamos que hacer. A las otras niñas les molestaba, pero a mí no, porque así aprendía de ella.

Un día formamos un grupo para jugar al látigo. Lo propuso Pedro mirando a Elvira, y ella lo aceptó de inmediato.

–Quién quiere ser cola –y como nadie respondió, continuó–. Si nadie quiere serlo lo escogeremos entre Pedro y yo.

–Y por qué no eres tú la cola, Elvira –una niña protestó.

–Porque tengo que ir delante con Pedro para poder tirar de todo el látigo con más fuerza.

A la niña que había protestado, la respuesta de Elvira no le pareció razonable, así que se resolvió como en otras ocasiones, con una carrera hasta el árbol del fondo de la plaza, y el látigo se formaría en el mismo orden de llegada. ¡El último sería la tralla!

Salimos todos corriendo. Llegué la segunda, detrás de Pedro y delante de Elvira. El último fue Simón, un niño de la aljama del que todos se burlaban. Elvira no se conformó con haber quedado separada de Pedro y le lanzó una mirada para que lo resolviese. Pedro lo pilló al vuelo.

–Bueno, pero ahora vienen los trueques. Todo el que quiera puede cambiarse con otro si ambos están de acuerdo.

Elvira me sonrió y con un gesto de manos me pidió que nos cambiásemos. Acepté, porque a mí me daba igual y ella pasaba junto a Pedro. Hubo algunos cambios más, que serían deudas para próximos juegos. Pero cuando miré a la cola y vi al pobre Simón me dio pena, porque ese puesto era peligroso para él. Le hice un gesto para que nos cambiásemos. Hicimos el cambio de puesto, y él cambió además la cara de susto. Elvira me miró, no entendiendo mi decisión, porque en realidad era yo de las más pequeñas.

Nos divertimos mucho. Y a pesar de que los mayores se empeñaban en correr más para soltarme de la cola, no lo consiguieron y el látigo se terminó rompiendo por otra parte.

Los niños jamás jugaban con muñecas, pero a las niñas nos encantaban. Algunas las tenían porque sus madres se las habían comprado en la aljama, a un mercader que las hacía.

Madre, aunque siempre parecía estar en lo suyo, se daba cuenta de todo.

–Ieronima, he visto que te gusta jugar con las muñecas de tus amigas. ¿Quieres que hagamos una?

Debí de poner una cara de alegría enorme. Sacó del arcón un traje mío viejo, y cuando aquella tarde fuimos por la leche a la Casa Grande, entramos en los establos y cogimos unos manojos de paja para el relleno. Por la noche, ya teníamos hecho casi todo el cuerpo y la cabeza, pero como se hacía tarde me dijo que me acostase. A la mañana siguiente cuando me desperté tenía a mi lado mi preciosa muñeca. Madre la había terminado, le había hecho un trajecito que me recordaba al mío, y le había puesto una capa con una caperuza. Decidí que se llamaría Tacirupeca. Me levanté, fui corriendo a buscarla, y ella vio mi alegría.

-Ya tiene mi niña su muñeca. Pero creo que es más linda la mía. Ven que te dé un beso.

Me sentí orgullosa de ella. Y el sábado en la plaza, cuando Elvira y las otras niñas me rodeaban y me pedían mi muñeca para jugar con ella, yo repetía:

-Me la ha hecho Madre. Se llama Tacirupeca. Mi madre me la ha hecho.

INSTINTIVA INOCENCIA

INVIERNO DE 1489

Me faltaban unos meses para cumplir los cinco años, y Madre, desde que nací, me había llevado siempre a todos lados. Primero en brazos y luego andando, y yo con Tacirupeca en los míos. Presumía de que yo podía caminar tanto como una persona adulta, y todos me conocían como la hija del mayoral. Poco a poco fui siendo consciente de todo lo que había en Llerena. Había ido aprendiendo cómo se llegaba a los establos de la Casa Grande por la vereda, para recoger la jarra de leche, al colmado de la Raya, y más lejos aún, dónde estaba la fuente Pellejera en la que los curtidores lavaban las pieles.

La aljama ocupaba casi la mitad de Llerena. En sus calles se podía conseguir de todo, si tenías con qué pagarlo, claro. Incluso si no tenías dinero ni algo para cambiar, podías pedirlo a los prestamistas. Madre nunca lo hizo, porque si no teníamos para comprar algo, nos privábamos de ello.

Al pasar por las calles los comerciantes nos ofrecían sus mercancías. Pero había una calle especial, porque era la única en la que el olor de los establos no se notaba tanto. Al entrar en ella se olía un aroma dulce y atrayente. Era la calle de las esencias, en la que solo dos comerciantes, ninguno judío, vendían los perfumes. Eran musulmanes y los únicos que sabían los secretos de aquellos ungüentos. Podíamos entrar y oler las muestras, pero eran tan caros, que Madre nunca podía comprarlos. Yo soñaba con que alguna vez lo hiciese.

Y me gustaban los soportales de la iglesia de la Virgen de la Granada, frente a la plaza Pública, porque los días de la feria de San Marcos y la de los martes, se convertían en un mosaico de colores con los comercios ambulantes abarrotados de frutas y verduras, y cuando se quedaban vacíos, la voz de Madre resonaba contra el techo.

Y había alguien que me atraía al verlo. No era de Llerena. Venía de muy lejos, recorriendo las calles empujando su carretilla, a la que

le había acoplado una rueca y una piedra de amolar. Siempre avisaba soplando una flauta de cañas, de la que salía una cancioncilla atrayente. Madre le sacaba los cuchillos, y me quedaba absorta delante de él viendo el rabo de chispas que salían de la piedra, pero me tapaba los oídos porque de la piedra salía también un tremendo chirrido metálico.

La primera experiencia de ir sola fue la del encargo de la leche, porque no me podían robar ni engañar. Me advirtió que fuese y volviese por la vereda de siempre, y que no me entretuviese ni hablase con nadie. A la vuelta me estaba esperando en la puerta de la choza con una sonrisa de orgullo.

-Ya eres una niña mayor que sabe hacer los encargos.

A partir de aquel día, Madre empezó a enviarme cada vez más lejos, advirtiéndome que no pasase por el callejón de la cárcel, ni por el palacio de los Zapata, en el que siempre se albergaba el Santo Oficio.

Era una niña impresionable y Madre intentaba siempre evitar que viese escenas que me pudiesen sobresaltar, pero no siempre lo consiguió. Un día, cuando íbamos a casa de la tía Nejama, pasamos por la de un hombre al que se le había muerto la mula, su único medio para ganarse la vida, y se había ahorcado. Madre me tapó los ojos mientras pasábamos, pero yo ya había visto su cara con la boca abierta y la lengua fuera. Horrorizada también le tapé los ojos a Tacirupeca. Madre podía presumir ya de que yo podía caminar tanto como un adulto, pero también de mi adorable inocencia.

UMA

INVIERNO DE 1489

En un recoveco de la calle de los zapateros, más allá de la sinagoga, estaba la antigua casa de la familia de Madre. Sus padres ya habían fallecido, pero quedaba allí su hermana, la tía Nejama. Era mayor y viuda desde hacía mucho. Lavaba ropa de gentes pudientes, y a cambio le daban algunas monedas o comida. Nosotras también le llevábamos algo cuando íbamos a verla.

Madre se había quedado embarazada y pronto nos traería a mi hermano.

–Ieronima, hace muchos días que no vamos a casa de la tía Nejama. Estoy molesta y necesito que le lleves esta hogaza.

Me hizo las advertencias de siempre, y con algo de miedo salí para la casa de tía Nejama. Tuve que ponerme de puntillas para llamar con la aldaba, y cuando me vio se sorprendió de que me hubiese dejado ir sola. Le entregué la hogaza y le expliqué que Madre se sentía muy pesada para caminar. Me sirvió leche, y después de bebermela le dije que me tenía que marchar.

Cuando llegué a la esquina de la plaza de la fuente, vi que un grupo de chicos hacían un corro. Uno de ellos gritó:

–¡Lo mejor es matarlo!

Aquello me asustó, y mi primer impulso fue salir corriendo, pero la curiosidad me hacía ver a quién querían matar. Me acerqué y pude ver que el niño que estaba agachado tenía en las manos un animalillo. Unos querían cogerlo, otros le empujaban con un palo para ver si se movía, y él trataba de defenderlo. La voz de una madre retumbó en la plaza.

–Shemuel, déjalo ya y vuelve a casa, que se hace tarde.

Shemuel se movió lo justo para esconder aquello, pero todos los demás niños recibieron el aviso de la madre de Shemuel como si hubiese sido la advertencia de las suyas. Se quedó solo Shemuel delante de mí, y pude ver que lo que tenía en las manos era un perrito recién nacido. Se movía muy poco y con dificultad, y le pregunté qué le pasaba.

-Que se va a morir.

-Por qué.

-Pues porque su madre y sus hermanos ya están muertos y no ha comido desde ayer.

-Y por qué no le das tú de comer.

-Porque solo puede tomar leche, y debe hacerlo a cada rato, y mi madre no quiere tenerlo en casa.

-¿Me dejas que lo coja? -El niño extendió los brazos y puso el perrito en mis manos.

Estaba tiritando y sus movimientos eran torpes y lentos, como si no tuviese fuerzas. Levantaba la cabecita sin saber en qué dirección hacerlo, con los ojos aún cerrados, guiado solo por el instinto que debía alimentarlo.

No puedo explicar qué me pasó, pero sentí que tenía que cuidarlo. Volví a dejarlo en las manos del niño y salí corriendo para la choza. Cuando llegué Madre me esperaba en la puerta, porque sabía el tiempo que debía tardar en regresar.

-¡Qué te ha pasado! ¡Por qué has tardado tanto! ¡Y la hogaza de pan!

-Se la dejé a la tía, como me encargaste.

-Y entonces a qué viene esa cara.

-A la vuelta he visto a unos niños que tenían un perrito. Muy, muy pequeño. Que se va a morir. Porque no tiene madre. Y nadie que lo quiera cuidar. Lleva todo el día sin comer. Y está muy débil. Y se va a morir.

Pensé que Madre no prestaría atención a lo que le decía, pero no fue así.

-Hija, tenemos ya un perro, Rufián, que trabaja con Padre porque lo necesita para guardar el rebaño. Padre no querrá tener otro perro porque hay que alimentarlos.

-Pero se va a morir -fue mi único argumento.

Madre debió de ver verdadera angustia en mis ojos y, a pesar de que casi no podía andar, me cogió de la mano.

-Vamos a ver dónde está ese dichoso perro.

Fuimos a la plaza de la fuente, ella deprisa y yo corriendo a su lado. Ella preocupada con estar de regreso para cuando Padre volviese, y yo para llegar antes de que se muriese.

Cuando llegamos Shemuel ya no estaba. Ni había nadie a quién preguntar. Madre me miró.

–Hija no podemos hacer nada. A veces las cosas son así. Regresemos a la choza antes de que Padre llegue.

Mis ojos recorrieron con desesperación todos los rincones de la plaza. Una y otra vez. No quería llorar, por no angustiar a Madre, pero una lágrima empezó a desbordarse.

Comenzamos a andar. Yo volvía la cabeza a cada paso. Y cuando ya salíamos de la plaza, un diminuto gemido llegó de algún rincón. Tiré de su mano.

–¡Madre, está aquí y está vivo, lo he oído!

Ella se paró y prestó atención, pero no podía percibir aquel insignificante gemido. Yo sí. Fui acercándome poco a poco siguiendo aquel hilo invisible que me guiaba. Era como si el perrito supiese que lo buscaba y me dijese dónde encontrarlo. Llegamos al pie de un árbol y tuve que levantar la mirada para señalarle a Madre de dónde venía el gemido. Ahora sí lo oyó, y metiendo la mano en el hueco de un nudo del tronco, sacó al perrito.

Ya no pude contenerme. Se mezclaban dentro de mí la alegría y la pena y empecé a llorar sin intentar contenerme.

Cuando llegamos a la choza Padre aún no había llegado. Teníamos poco tiempo para darle algo de leche. Madre vertió un poco en un platillo y metiendo el dedo se lo acercaba para que chupase la gota que colgaba. Al principio no sabía cómo tenía que hacerlo, pero después de varios intentos consiguió enseñarle, y un poco después lamía la leche del dedo de Madre, y luego del mío. Y luego lamió del platillo. Se debió de sentir satisfecho, porque se quedó dormido.

–Ieronima, tendrás que buscar un nombre bonito de chica, porque es perrita.

A penas tuvimos tiempo de coger un resto de saco viejo para envolverla, y con cuidado la escondí debajo de mi camastro.

Cuando Padre llegó me quedé callada esperando a que Madre resolviese la situación. Yo miraba con temor la expresión severa que siempre tenía Padre. Cuando empezó a contárselo, no pudo terminar porque Rufián se le adelantó, y cuando nos dimos cuenta ya la había sacado de debajo del camastro y la empujaba con la punta del hocico. Fui corriendo a apartar a Rufián. Me quedé sentada en el suelo con la perrita entre las piernas, empujando con el codo a Rufián que una y otra vez se empeñaba en olerla, como si fuese él quien tuviese que dar el permiso para que se quedase en casa.

Mientras, Madre terminó de contarle todo a Padre, y luego vino hasta mí y me dijo con cariño, pero también con determinación.

-Padre dice que podemos quedarnos con la perrita, pero también te digo, que serás tú la que te ocupes de ella, porque tengo muchas tareas y pronto vendrá al mundo tu hermano.

No sé qué le diría a Padre para convencerlo, pero aquella noche la perrita durmió hasta el amanecer debajo de mi camastro. Al despertarnos, Rufián se había metido también debajo y había dormido junto a ella. Y la llamé por su nombre.

-Uma, vamos a comer que tendrás hambre.

EL COLUMPIO

PRIMAVERA DE 1489

Padre me quería, pero no como Madre. Nunca estaba en casa. Su vida se repartía entre caminar con el ganado de día en el campo, y dormir de noche en la choza. Teníamos la suerte de que tuviese ese trabajo, aunque a nosotras nos privase de su compañía, porque había muchas familias que no tenían qué comer.

Aquel día su rebaño se retrasó. Madre empezó a preocuparse, porque ya estaba oscureciendo y todos sabíamos que al caer la noche el ganado debía estar resguardado en los establos para evitar ser presa de los lobos. Cuando al fin vimos acercarse el rebaño, Padre apoyaba solo un pie y otro hombre lo ayudaba. Se había resbalado por un balate. Rufián, prácticamente solo, se había encargado de gobernar el rebaño y ahora remataba su trabajo encerrándolo en el aprisco.

Madre le ayudó a acostarse. Le llevó algo de comida, pero él la rechazó. Me dijo que le llevase la otra manta que estaba en nuestro camastro, y que se la echase por las piernas, mientras ella le preparaba una tisana para calmarle el dolor. A la mañana siguiente intentó ponerse de pie, pero le era imposible apoyar la pierna en el suelo. Su espinilla estaba hinchada y de color morado. Rufián merodeaba inquieto a su alrededor notando que era la hora de salir. Padre, después de varios intentos tuvo que desistir.

–Mujer, ve al establo, llévate a Rufián y diles a los otros pastores que no puedo salir ahora. Ya los alcanzaré luego –y volviéndose hacia Rufián le dijo:

–Rufo, ve con los pastores y lleva el rebaño que yo no puedo ir. ¡Ve! ¡Corre!

El perro, como si hubiese entendido hasta la última palabra, se dio media vuelta y salió corriendo, y tras él Madre, que volviendo la cabeza me gritó:

–Cuida de Padre. Llévale lo que te pida, que vuelvo en seguida.

Me senté en el suelo junto al camastro de Padre, con la mirada hacia arriba mirándolo, esperando impaciente que me pidiese algo. Pero no fue así. Solo hacía de vez en cuando algún gesto de dolor y se agarraba la pierna con las dos manos. Me levantaba y le acariciaba la frente como Madre me hacía cuando alguna vez me había puesto enferma.

Empecé a preocuparme, porque Madre no regresaba. No se tardaba tanto en ir y volver a los establos. Al cabo de un buen rato por fin regresó. Venía acompañada de Nagar, el médico judío, que tenía un cuarto junto a la plaza Pública donde atendía a todos los que tenían algún mal. Levantó la manta y observó la pierna.

–Esta pierna tiene rotos los dos huesos, así que no podrás caminar en unos días. Te pondré dos tablillas con una venda, para que se junten, pero antes tengo que volver a colocarlos en su sitio.

Padre tenía cara de estar soportando un gran dolor, Madre de preocupación, y yo de asustada. Cuando Nagar se disponía a hacer su trabajo, le dijo a Padre que mordiera y chupara una bolsita con algo dentro. Esperó unos minutos y luego empezó a tirar de un lado y del otro, y luego lo vendó. Mientras, Padre se retorció de dolor.

–Ya está. Listo.

Nagar era un hombre bueno. Todos lo apreciaban por sus conocimientos para curar y por la generosidad con que lo hacía. Atendía a todos los que se lo pedían y a cambio solo cobraba lo que cada cual podía darle. Nunca exigía nada. Cuando terminó vi que Madre le daba una moneda de las que siempre tenía guardadas, y también le ofreció leche y algo de comida. Él aceptó la moneda, se bebió la leche y se marchó. Desde aquel momento y hasta que Padre se pudo levantar, las dos nos ocupamos de él.

Cuando aquel día regresaron los rebaños, Rufián entró como un torbellino buscando el camastro de Padre. Puso sus dos manos sobre él y empezó a lamerlo, gimiendo como si quisiese consolarlo. Nunca supe por qué le pusieron el nombre de Rufián, porque no había perro más bueno. Me imagino que fue por lo que nos contó Padre un día: la pelea que mantuvo él solo con tres lobos que quisieron atacar

el rebaño y a los que hizo huir. Desde entonces, y para toda su vida, a Rufián le faltó media oreja.

Yo intentaba estar siempre cerca de Padre, por si necesitaba algo, y después de unos días, empezó a sentirse algo mejor. Madre lo ayudaba y salíamos al patio. Había una encina junto a la puerta y un banco, en el que solíamos sentarnos al fresco las noches de calor. Allí lo dejaba sentado, y a mí a su lado.

Padre me quería, aunque no como Madre, porque nunca me lo decía ni me lo demostraba. Pero aquel día comprendí que su forma de querer era distinta. Él no sabía consolar como lo hacía ella, ni tampoco sabía lo que me pasaba con solo mirarme. Tampoco hablaba conmigo, nada más que para decirme que hiciera algo: come, ve, trae... por eso aquel día me sorprendió.

-Te portas muy bien con Madre. Eres una buena hija. Sigue así y ella y todos te querrán siempre.

Ahora, desde mi vejez, sé que lo que quiso decirme era que él también me quería.

Unos días después ya había salido solo al banco y con su navaja y una rama gruesa se hacía una muleta. Me senté a su lado, observando lo bien que trabajaba la madera.

-¿Te gusta lo que hago? Es una muleta.

-Sí, pero también me gusta ese olor de la madera al quitarle la corteza.

Al día siguiente cuando me levanté Madre estaba haciendo las cosas en la casa. Parecía contenta. El camastro de Padre estaba vacío. Y antes de que le preguntase por él me dijo que se encontraba mejor, y que se había ido con el rebaño.

-Te he puesto el desayuno en la mesa, tómatelo y sal al patio porque Padre te ha dejado algo.

Pensé que sería algún encargo, pero cuando salí me sorprendió que, de una de las ramas más gruesas de la encina colgaba una cuerda y al final de ésta, a poca altura del suelo, tenía un palo muy liso. Madre vino a mi lado y me preguntó:

-¿Sabes qué es? Es un columpio y sirve para balancearse. Mira,

siéntate aquí, deja colgando las piernas a cada lado de la cuerda y agárrate fuerte a ella para no caerte –y suavemente empezó a meceme. Su sonrisa me tranquilizaba, porque me daba un poco de miedo, pero al rato era yo la que gritaba feliz.

–¡Más fuerte, Madre, más fuerte!

Y es que, aunque no como Madre, Padre también me quería.

UZIEL

VERANO DE 1489

U nas semanas después, todos se preparaban para la trashumancia. Madre soportaba pesadamente el adviento de mi hermano, y yo, asustada por la soledad en la que nos íbamos a quedar, quería que trajese ya a mi hermano, pensando que sería mejor que Padre estuviese todavía con nosotras. Pero la primavera se estaba agotando y también los pastos de la dehesa de invierno, así que una noche lo dispusieron todo, y al alba salieron para las dehesas del verano en las tierras del norte. Rufián siempre acompañaba a Padre, pero aquel año Madre y yo no nos quedamos solas, porque tuvimos a Uma, aunque poco nos podía proteger.

Salimos a ver la partida. Me dio pena ver marchar a Padre, cojeando aún con la muleta, y un instinto de sentimientos compartidos me llevo a rodear con el brazo la cintura de Madre. Ella buscó mi mano por detrás y completamos entre las dos el abrazo. Estuvimos así, abrazadas mirando, hasta que la nube de polvo se disolvió y con ella los pastores y los rebaños.

Solo unos días después, Madre me dijo al levantarme:

—Ieronima, tu hermano quiere venir ya. Levántate, desayuna lo que te he puesto en la mesa y ven luego a preparar las cosas que vamos a necesitar.

Desayuné nerviosa, pensando en que me iba a enfrentar a algo que solo había visto en el corral del ganado, pero Madre siempre transmitía tranquilidad, y a pesar de que ella también sabía lo que le esperaba, fue organizando todo con movimientos reposados y serenos, como si no quisiese alterar al niño. Pusimos un gran caldero de agua a hervir, y sacó del baúl unos paños que dos días antes había lavado y tendido al sol en el romero. Lo llevamos todo junto a su camastro. Arrimamos también como pudimos el balde de agua hervida. Luego ató dos trozos de cuerdas a ambos lados del cabecero.

Yo tenía miedo, por Madre y por mi hermano. Cuando se lo dije y

mientras preparábamos todo, me explicó, como se lo explicó a ella su madre, que lo más importante era que todo estuviese limpio, porque si no se formaban malos humores dentro del cuerpo y ya no era posible sacarlos –Agua, sol, y romero. Esas son las tres cosas que nunca debes olvidar, porque con ellas esos malos humores no se formarán.

Nos sentamos. Ella en el borde de la cama y yo frente a ella. No perdía de vista su cara, a la que a cada rato se asomaba un gesto mudo de dolor. Cuando éste le daba una tregua, me miraba y me animaba con una leve sonrisa. Poco a poco se hicieron más seguidos, hasta que en uno de ellos Madre se recostó. Me dijo que le metiese debajo de las caderas una manta doblada para subirla. Se agarró con las manos a cada una de las cuerdas que había atado en el cabecero, y me hizo salir.

–Ieronima, no te preocupes. Todo va a ir bien. Pronto tendrás a tu hermano en los brazos. Ahora sal al patio. Llévate a Uma y juega con ella hasta que te avise.

Me acerqué a su frente empapada y la besé, porque era la única ayuda que sabía prestarle. Cogí a Uma en brazos y salí.

La perra, como siempre, quería jugar pero yo no. Y de repente pensé que a pesar de que Madre nos había asegurado que sería un niño, la gente en Llerena le decía que eso no se podía saber. Si fuese una niña podría jugar con ella porque estaría también en casa. Pero solo lo pensé un momento, porque ella, sin discutir, siempre repetía con tranquilidad y confianza –será un niño, porque es lo que quiere mi marido–. Y Madre nunca se equivocaba.

Las campanas del convento tocaron a Nona, la hora de la Misericordia, y un instante después, el llanto salió de la choza colándose por la estera que colgaba de la puerta. La potencia del llanto me confirmó que madre no se había equivocado. Era un niño. Uma levanto las orejillas, sorprendida por aquel sonido nuevo, y luego me miró, esperando mi reacción.

–¡Quieta aquí! -le grité.

Se quedó inmóvil, extrañada de aquel raro sonido, pero más aún del tono autoritario de mi voz. Esperamos unos instantes eternos. Y por fin salió de dentro la voz de Madre.

-Ieronima, pasa ya.

Entré con miedo, sin saber qué iba a encontrarme. Estaba sentada en el borde de la cama, con mi hermano en sus brazos. Había manchas de sangre. Me llamó para que me acercase, animándome con una mueca de sonrisa que ocultaba otra de dolor. Cuando estuve a su lado me di cuenta de que estaba empapada de sudor, cara, brazos y piernas, como si hubiese estado trabajando al sol del verano.

-Este es tu hermano, como le había prometido a Padre. Lávate las manos y brazos en el balde y extiéndelos.

Así lo hice y ella, sin dudar, me lo pasó.

Sus gestos, con los ojos cerrados y movimientos indecisos, me recordaban a los de Uma el primer día que la vi en la plaza. Notaba el peso y lo abrazaba con fuerza, pero a la vez con miedo de hacerle daño. Madre trajo otro balde de agua tibia que habíamos dejado cerca del fogón y vivimos juntas aquella experiencia. Lo lavamos bien, todos los orificios y pliegues, porque ahí es donde se forman los malos humores. Luego lo envolvimos en unos paños nuevos que Madre había comprado para él. Me senté en el camastro, mirándolo y notando su peso en mis brazos. Mientras Madre fue a beber de la infusión que tenía preparada para que le subiera la leche. Luego se acercó hasta mí y lo recogió. Me quedé sentada a su lado. Ella se lo puso en el pecho y el niño empezó a gimotear, moviendo la cabecita de un lado a otro hasta que, guiada por los dedos de Madre y por su propio instinto, empezó a mamar.

La miraba orgullosa, imaginando lo que habría pasado, y pensando que solo cinco años antes habría sido yo la que estaría aprendiendo a mamar de su pecho. Sentí la necesidad del tacto con mi hermano. Metí la mano por la parte baja del hueco del paño que lo envolvía y busqué con cuidado hasta que encontré su piececito, suave y tibio. El rostro de Madre estaba más sereno. Su sonrisa más natural y relajada, como si al mamar el niño los dos se serenasen. Con la mirada le acarició la mejilla y con los labios posó un suave beso en la diminuta frente, para recordar aquella sensación de piel suave. Luego se volvió hacia mí y también me besó.

-Madre, qué es esa manchita que tiene el niño en el cuello detrás de la oreja. ¿Es algo malo?

-No hija, eso no es malo. Es algo que tendrá toda su vida y por la que siempre lo reconoceremos.

-Y has pensado ya qué nombre tendrá.

-Lo sé desde que supe que vendría al mundo. Ya sabes que es nuestra costumbre que madre e hija no se llamen igual, ni padre e hijo tampoco, así que se llamará como se llamó el padre de Padre: Uziel. Pero lo anunciaremos después de la ceremonia del Brit.

Me habría gustado que Padre estuviese allí, para que supiese que ya teníamos un hijo varón en la familia. Seguro que Madre también lo pensó, pero no quiso decirlo.

Le llevé algo de caldo a Madre y luego cené algo y me acosté. Desde mi camastro no podía verla, pero sí veía reflejadas en la pared las sombras de Madre y Uziel en sus brazos, proyectadas por la lucerna, pero faltaba la sombra más grande y poderosa, la de Padre. Y como cuando era pequeña, me quedé dormida sin poder evitar mirarlas de reojo, pero porque ahora me parecían hermosas.

Y empujando a un lado el sueño para que no me venciese, oía perdida en la oscuridad, la dulce voz de Madre cantando...

*... Durme mi estreya briyante
kon tu madre estas
kudyando tus esfuenyos
bezikos te dara.*

EL REGRESO DE LA TRASHUMANCIA

MEDIADOS DE OTOÑO DE 1489

El otoño estaba llegando. La hierba volvía a revivir en los campos y nos transmitía su vitalidad. En el interior de la choza, también Uziel nos hacía revivir la actividad, pero de una manera agotadora.

Nuestro pequeño se hacía más consciente de lo que le rodeaba, y Uma había dejado atrás su etapa de cachorra y nos protegía a los dos. Los tres compartíamos las horas. Uziel por necesidad, yo por cariño y Uma por dependencia de mí y sentido de protección. Si por la calle alguien se acercaba y notaba mi intranquilidad, gruñía. Le enseñé muchas cosas, sin necesidad de castigos ni gritos, solo necesitaba buenas palabras y caricias de premio, pero lo de defenderme lo aprendió sola.

Una tarde al caer el sol, y con los campos ya reverdecidos, uno de los perros comenzó a ladrar anunciando el retorno de la trashumancia. Fuimos todos a la entrada para darles la bienvenida, desplazando la nostalgia de la ausencia, con la alegría del reencuentro. Madre con Uziel en sus brazos y yo con Uma a mi lado. Me di cuenta de que había dado un estirón y casi le llegaba a Madre a la altura del pecho. Las dos buscábamos ansiosas en la nube de polvo la silueta de Padre, hasta que emergió, abriendo camino delante de todos. A su lado Ruffián, porque el rebaño, guiado por la querencia, ya no necesitaba de los perros para que avanzara. Lo primero que noté fue que Padre ya no traía la muleta, y con alegría se lo hice notar a Madre:

–¡Padre ya no trae la muleta!

–Sí, pero viene más delgado. Lo tendremos que alimentar mejor, ahora que ya lo tenemos en casa.

Cuando él nos vio, se fijó en Uziel. Salió del rebaño y se nos acercó, mostrando en su cara la alegría de la sorpresa. Cogió a Uziel en alto y empezó a enseñárselo con orgullo a los otros pastores. Todos lo miraban y reían, haciendo bromas. Luego todos nos saludamos con cariño.

Junto a las piernas de Madre apareció zalamero Rufián, y luego vino a lamerme. A Uma no le pareció bien y empezó a gruñirle, pero intervine para recordarle que habían comido en el mismo cuenco. Ella lo recordaba perfectamente, pero lo que no quería era compartirme.

Aquella noche la choza pareció más confortable y segura. Bajo su techumbre descansábamos toda la familia.

PEDRO DE LA CONCHA

AÑO DE 1490

En la aljama, en torno a la sinagoga, había un gremio de comerciantes de lana. Se les conocía como los Mosaicos de la lana, porque el primero que inició el negocio, se llamaba Moisés. Viendo su prosperidad surgieron los demás, pero ninguno pudo hacerle sombra.

Nuestro Amo y los amos de otros rebaños, pagaban a sus pastores una parte de los jornales con vellones de las esquilas. Estos jornales de lana, se entregaban una vez al año, en el levante de la lana, antes de que llegasen los calores del verano. Era el momento en el que los esquiladores podían trabajar mejor metiendo las cuchillas, porque la lana se despegaba de forma natural de la piel de las ovejas. Era su manera de anunciarnos la llegada de los calores, porque eran ellas las primeras en notarlo.

Los amos no solo pagaban a sus pastores con los vellones para manejar menos monedas, sino porque así garantizaban una mayor calidad de la lana, ya que éstos se preocupaban de dar los mejores pastos al ganado, para conseguir una mejor calidad de la lana y cambiarlas con más beneficio.

Los Mosaicos llevaban las esquilas de ovejas hasta las tierras altas de Salamanca, Zamora y Segovia, siguiendo el Camino de la Plata hacia el norte, para venderlas allí a sus conocidos industriales de la lana, los cuales las convertían finalmente en mantas y paños. La hábil gestión de estos Mosaicos de la lana pronto hizo que sus patrimonios creciesen, aunque ninguno como el de Moisés, que después de unos años, terminó siendo el más pudiente de la comarca.

Se apellidaba De la Concha. Su familia tenía fama de buenas personas, muy trabajadora y honrada, aunque poco practicantes de su religión judaica. Pero lo que nadie ponía en duda en Llerena era su gran vista para los negocios. Cuidaba sus buenas relaciones sociales, haciendo gestos de dádivas a los más importantes. Al rabino, al

que trataba de complacer para compensar sus ausencias a la sinagoga; al prior de la Iglesia Cristiana de la Virgen de la Granada, al que obsequiaba con sustanciosas limosnas y algún que otro paño; al gobernador de la comarca, nombrado por el propio rey, encargado también de la Hacienda y la Recaudación de Impuestos; y también a los más importantes ganaderos, a los que les obsequiaba igualmente con paños vistosos y algunas llamativas telas para sus esposas. Con los del Santo Oficio nunca se atrevió. Así se había ganado la amistad y el favor de todos los importantes de Llerena, y así consiguió una situación de rango y respeto que no tenía ni por cuna ni por estudios.

Vivían en el lado oeste de la aljama, llegando ya a la puerta de Montemolín, de la que partía el camino de los baldíos a la Puebla. Su mujer era una buena esposa, madre de sus seis hijos, cuatro niños mayores y dos niñas más pequeñas, a los que habían educado en la virtud de la austeridad y a ganarse la comida con su trabajo, copiando el ejemplo de su padre. Pero ninguno de ellos había heredado las habilidades comerciales de éste, y siendo ya éstos mayores, en 1480, nació el último de sus hijos.

Al octavo día del nacimiento, y siguiendo la tradición judía, lo llevaron a la sinagoga para la ceremonia del Brit, y se anunció su nombre, que fue el mismo de su abuelo, Pedro el viejo, que aún vivía, aunque muy lejos de allí. Tras la ceremonia religiosa hubo una gran celebración que duró tres días. La hicieron en la nueva casa recién comprada, fuera de la aljama, y con pretensiones de un abolengo que no tenían, y a la que fueron invitadas todas las personalidades de Llerena. Para Moisés fue una oportunidad más para agasajar a sus influyentes invitados, y para éstos, la conveniencia del respaldo y reconocimiento al judío, al que en muchas ocasiones recurrían para solicitarle préstamos.

De esto surgió uno de los cargos para los que fue recomendado y contratado: el de ayudante del Receptor de Impuestos: alcabalas y diezmos. Era un puesto a la vez deseado y despreciado. No estaba mal retribuido, pero se cobraba en función de lo recaudado, por lo que cuanto mayor era el celo, mayor era su salario. Pero el puesto no

era deseable por la dificultad que suponía la recaudación, en Llerena y toda la comarca. A la mayoría, los contribuyentes humildes y sin recursos, por su escasez, y a los pudientes porque consideraban que ya pagaban demasiado, así que todos trampeaban, tratando de engañar al comisionado y a sus contables. Además, siempre debía llevar una escolta de protección, para los casos de violencia y para custodiar las arcas de regreso.

La fama de Moisés fue cruzando los límites de nuestra comarca. Incluso la de todo el territorio de León. Llegó a influir en la propia corte del rey, mediando para que se suprimiese la limitación de la celebración de las ferias a solo determinados días muy especiales en el año. Esto hizo que el reconocimiento de las gentes y comerciantes a Moisés se incrementase enormemente.

Le preocupaba la sucesión de su herencia, porque ninguno de sus hijos le demostraba aptitudes. Pero pronto se fijó en su hijo pequeño, Pedro, y siempre que podía hacía que lo acompañase, porque empezó a ver en él el reflejo de sus propias cualidades. Algo innato de inteligencia y sagacidad que bien podrían servirle el día de mañana para los negocios. Cuando el niño era aún muy pequeño, el padre lo puso a prueba. Le dijo que saliese al patio y le trajese una piedra, no muy grande, para cada uno de la familia. El niño salió y al rato regresó con sus manitas llenas de piedras. El padre extendió sus manos para que se las diese.

-Padre, son muchas. Ésta es para usted, porque es la más grande e importante; ésta para madre, porque es la más blanquita, y me ha costado mucho encontrarla; ésta, ésta, ésta y ésta, son para mis hermanos; y ésta y ésta, son para las hermanas, como son ellas, más pequeñitas.

El padre le sonrió satisfecho, porque sin saber contar, el niño había traído una piedra para cada miembro de la familia, pero creyendo haberlo pillado le dijo.

-Está muy bien, pero falta una, la tuya.

El niño no respondió. Miró al suelo un poco avergonzado, y metiéndose la mano por la cintura de los calzones sacó de allí dentro

una preciosa piedra de color rojo, sin duda la más bonita. El padre lo miró y sonriendo le guiñó un ojo. El niño, con cara de pícaro y sonrisa de complicidad, intentó también guiñar el ojo, pero necesitó la mano que le quedaba libre para tapárselo.

MOMA
AÑO DE 1491

Uziel se había convertido en mi niño, y con Uma íbamos los tres a todos lados. No había cumplido aún los dos años y lo llevaba todo el tiempo en brazos. Y como a mí, cuando me llevaba Madre, ya empezaban a conocerlo todo el mundo en Llerena como el hijo del mayoral. Yo prefería que lo llamasen por su nombre y aprovechaba cualquier oportunidad para recordarlo:

-Se llama Uziel, como se llamó nuestro abuelo.

Era muy simpático, sonreía con facilidad, como si él conociera también a todo el mundo. Me sentía orgullosa. Me gustaba llevarlo limpiito y arreglado, aunque su ropa, como la mía, solo podían presumir de limpias. Me habría gustado que alguien pensase que era hijo mío, pero claro, con mi edad...

En la choza se movía con pasos torpes de un lado a otro, porque, aunque ya se ponía de pie, no se atrevía a caminar si no era cogido de mis manos. Todo lo que cogía se lo metía en la boca para morderlo, como Uma cuando era pequeña, por eso, cuando nos salíamos al huerto debía tener mucho cuidado. En una ocasión cogió unas hojas de ortigas. Empezó a llorar y cuando vi las ortigas en su mano y la boquita abierta con la lengua fuera lo cogí embrazo y corrí a buscar a Madre. Ella se mojó un dedo en aceite y se lo untó en la lengua y labios. Me inventé un juego para distraerlo y se calmó.

Padre veía muy poco a Uziel, porque cuando salía por la mañana estaba dormido y cuando volvía al anochecer, también. Pero alguna vez me decía que se lo llevase, aunque estuviese dormido, porque se sentía muy orgulloso de su hijo. A Uziel no le hacía mucha gracia eso de que lo despertasen, pero como era tan bueno enseguida sonreía. Padre decía que pronto se lo llevaría con él a enseñarle como guardar el ganado, pero yo esperaba que eso tardase mucho, porque antes tenía que enseñarle muchas cosas: a andar, a hablar, a jugar y también a cuidar el huerto, como Madre me enseñó.

Enseguida aprendimos, él y yo, lo mucho que le gustaba mi columpio, pero como no podía dejarlo solo, Madre y yo le hicimos otro más seguro para él. Cogimos un saco pequeño, le abrimos dos agujeros en el fondo para que pudiese sacar las piernas, y por la parte de arriba lo cerramos como una cintura por debajo de los brazos, y con dos cuerdas a los lados lo colgamos junto al mío. Parecía un muñequillo metido dentro de unas calzas enormes que le llegaban a la barbilla. En seguida aprendió a saltar y a empujarse con las puntas de los pies en el suelo, y cuando me sentaba en mi columpio, y los dos nos balanceábamos, se asomaba a su carita una sonrisa inmensa. Supongo que la misma que vería él también en la mía. Pronto aprendió que cuando lo empujaba y la altura era mucho mayor también la diversión lo era.

Cada día descubría que Uziel había aprendido algo nuevo y corría orgullosa a contárselo a Madre, pero aquel día fue algo especial. Fue como si me hubiese hecho su primer regalo. Lo había dejado sentado en su columpio. Un poco más allá la primavera había hecho brotar el jazmín y cogía sus flores para hacerle a Madre un manojito atado con una rafia fina. Le gustaba colgárselo sobre el pecho, porque su dulce aroma le perfumaba el rostro y la relajaba. De repente, la contundente voz de Uziel sonó detrás de mí.

—¡Moma!, más.

Me eché las flores en el delantal y corrí hasta mi niño. Lo empujé unas veces más, pero enseguida lo dejé balanceando y entré corriendo a buscar a Madre. Salimos al patio. Al vernos Uziel, que ya casi se le había parado el columpio, repitió.

—¡Moma!, más.

Madre y yo nos miramos riendo a carcajadas y me dijo:

—Parece que a Uziel le gusta más Moma que Ieronima. Tendrás que acostumbrarte a tener dos nombres, a pesar de lo que dijo el rabino.

Me sentí orgullosa, porque fue mi nombre la primera palabra que pronunció en su vida. Fue su primer regalo.

LA LECCIÓN DE ELVIRA

AÑO DE 1491

El Amo había abierto un almacén en donde todos los sirvientes podíamos aprovisionarnos sin necesidad de pagar en el momento, sino a cuenta de los jornales. Allí nos abastecíamos de todo, harina, aceite, o sal; o productos ya elaborados, como paños, calderos, trenzados y herramientas; incluso las hierbas medicinales, que también recetaba y vendía Nagar en la plaza Pública.

Todos lo conocíamos como el colmado de la Raya, porque podías pagar en el acto, pero si no, el dependiente, un cristiano que sabía leer y escribir, lo anotaba con un cálamo en un libro muy grueso. El libro de la raya lo llamaban, porque anotaban allí, con todos de testigos, el nombre y lo que debía cada cual, y echaba debajo una raya para separarlo del siguiente. No estábamos obligados a ir a comprar allí, pero resultaba muy difícil que las familias pudiesen pagar en el acto en cualquier otro comercio de la aljama. Además, los prestamistas de la aljama cobraban intereses muy altos. Así el Amo se aseguraba el mayor negocio.

Los Xuarez, eran gente buena de Llerena, cristianos, pero tolerantes con todos. Tenían varios hijos, y una de ellas era mi amiga Elvira, la de juegos en la plaza Pública. La familia tenía muy buen nivel económico debido a su propio negocio. Algunas veces se compadecían de los más pobres y, manteniendo su honradez con los artículos del Amo, sacaban algo de comida para dárselo a estos pobres, anotándolo como gasto de ellos, FX, Francisco Xuarez, que era el nombre del padre. A Madre y a mí nos querían mucho. Me conocían desde niña cuando me llevaba en brazos, y después, cuando la acompañaba para ayudarle a llevar de vuelta a casa las cosas de la compra me regalaban una castaña pilonga. Luego, cuando yo llevaba a Uziel, nos regalaban dos.

Los Xuarez no tenían abolengo, pero sí algunos estudios y propiedades. Todos sus hijos, que eran mayores que yo, incluso Elvira,

habían aprendido a leer y escribir con su madre. Eso les había permitido tener su propio negocio de tejidos, con el que habían prosperado. Gracias a su experiencia y su fama de honradez, el Amo los había contratado para que le llevaran el colmado de la Raya. Ellos aceptaron, pero sin renunciar a su propio negocio. Como tenían varios hijos, dejaron a los mayores al cargo de su comercio, y el padre, con ayuda de los otros hijos, se ocuparon del colmado de la Raya, que, por su tamaño y cantidad de clientes, era el más complejo.

Cuando iba a hacer encargos para Madre, Elvira venía enseguida a atenderme, porque así teníamos también la oportunidad de charlar. Pero aquel día me sorprendió.

—¿Quieres saber cómo se escribe tu nombre?

Y sobre un papel de estraza lo escribió muy despacio. Sentí la magia de ver por primera vez las letras que producían el sonido de mi nombre: le-ro-ni-ma. De vuelta a casa las fui repitiendo, tratando de memorizar cada letra. Cuando llegué dejé las cosas y salí corriendo al patio. Cogí una ramita del almendro, y copié en el suelo del huerto aquellas letras maravillosas que nunca olvidaría: le-ro-ni-ma. Fueron las primeras letras que aprendí en mi vida, pero sentí que mis conocimientos hacían un enorme progreso.

DEL JUEGO A LA AMISTAD

PRIMAVERA DE 1492

Entre las familias pudientes se buscaban alianzas interesadas para sus hijos, y desde pequeños los padres fomentaban esos compromisos para cuando tuviesen la edad legal para casarse: catorce años los hombres y doce nosotras.

En nuestra familia no había patrimonios que proteger, pero además Madre decía que debían de ser los hijos los que, cuando tuviesen edad, decidiesen con quién querían formar sus familias. Yo no llegué a tener esa oportunidad.

Mi amiga Elvira estaba en eso, porque ya había cumplido los once, pero para mí, con solo ocho, aún era pronto. Los juegos infantiles y la diversión de unos años atrás, que niñas y niños compartíamos, habían cambiado, y los mayores buscaban otra manera de divertirse. Lo que antes eran juegos infantiles ingenuos de niños y niñas juntos, ahora se convertían en pequeños grupos con intercambios de miradas en la distancia, como si aquella ingenuidad se hubiese convertido en picardía.

El cuerpo de Elvira había empezado a cambiar, pero el mío no. Se le empezó a notar la forma del pecho y los chicos que la miraban desde lejos, hacían comentarios y se reían. Yo, aunque estaba a su lado, era consciente de que no era a mí a quien miraban. Lo confirmaba cuando en la choza me subía la blusa y me veía el pecho completamente liso.

Pedro de la Concha, el hijo menor del Mosaico, tenía un año más que Elvira. A pesar de ser judío, también prefería venir el domingo a la plaza Pública, porque, como toda su familia, lo del sabbath lo tomaban con un criterio muy relajado. En cambio para él, ir el domingo a la plaza tenía el aliciente de Elvira. Los dos teníamos interés por verla, aunque los motivos no eran los mismos. A mí me gustaba charlar con ella para contarnos confidencias y aprender. A Pedro sencillamente porque le gustaba.

Lo que antes había sido cogerse de la mano en el juego del látigo, ahora se había convertido en algo prohibido. Llevaban ya un tiempo así, él merodeaba por la plaza con sus amigos, sin perderla de vista, y ella le daba la oportunidad de que la viera, permaneciendo sentada allí. Por eso Elvira me pedía que me sentase a su lado en algún escalón de la iglesia, para tener la oportunidad de hablar, pero también de ver de reojo si Pedro seguía allí, interesado en ella.

Siempre sabía cómo controlar las situaciones. A pesar de mi madurez para la edad que tenía, como reconocía todo el mundo en casa y en la calle, mis méritos no pasaban de hacer bien las tareas domésticas: ayudando a Madre, haciendo encargos y cuidando a mi hermano. Pero lo de ella eran cualidades que demostraba simplemente hablando, sin necesidad de hacer nada. Organizaba y dirigía muy bien a los demás. A mí y a todas las niñas de nuestra edad, incluso mayores que ella. Si ibas a comprar algo al mercado y no llevabas las instrucciones concretas de tu madre, ella te recomendaba qué debías comprar. Y con los temas de los chicos igual, a todas daba consejos de cómo debían comportarse para gustar más a quien nos interesaba.

Elvira estaba antojada de Pedro y él de ella. Sus familias, a pesar de pertenecer a culturas diferentes, veían con buenos ojos el posible compromiso, porque Moisés prosperaba cada día más y era un hombre que se había hecho importante gracias a su trabajo y sus habilidades con los negocios. Y los De la Concha, veían en la familia de Elvira lo que ellos no tenían ni era fácil que consiguiesen: su nivel social. Y, sobre todo, leer y escribir, incluso el padre también sabía latín.

Un domingo hubo una feria en la plaza Pública y como de costumbre aprovechamos para ir a divertirnos.

Se formó un corro en torno a un juglar ciego que recitaba unos versos pasando unos carteles en los que tenía pintada la historia de un demonio, un dragón, una princesa y un caballero. Cuando terminó de contarla se quitó el gorro y empezó a pedir algunas monedas. Unos les echaron y otros se dieron media vuelta con disimulo. Pero

un grupo de tres jovenzuelos empezaron a bromear y a meterse con el pobre ciego. Le echaron en el gorro un guijarro, pensando que el ciego no se daría cuenta, pero él, acostumbrado al peso y sonido de las monedas, enseguida lo notó. Se enfadó y empezó a insultarlos, a ellos y a sus madres, para que si estaban presentes se avergonzasen de no haber sabido educar a sus hijos. Los chicos en lugar de arrojarse la emprendieron a golpes con él, que lo único que podía hacer para defenderse era dar bastonazos a su alrededor, para evitar que se le acercasen. La gente salió corriendo y los jovenzuelos, cuando vieron al ciego tumbado en el suelo, corrieron también. Elvira y yo nos acercamos para echarle una mano y ayudarlo a levantarse. Luego recogimos las pocas monedas que se habían esparcido por el suelo. El hombre pensaba que se quedaría sin lo poco que le habían dado, pero cuando vio que se las entregábamos nos cogió las manos y nos preguntó cómo nos llamábamos.

–Elvira es un nombre cristiano, que antes se pronunciaba Adalwers, y es muy bonito porque significa noble y fiel, y me acabas de demostrar que eres ambas cosas. Y el tuyo, Ieronima, viviendo aquí seguramente tu familia será judía. Eres buena, y tienes la bondad de la entrega a los demás. Muchos serán los que puedan disfrutar de esa generosidad, porque vivirás muchos años. Está bien que seáis amigas, aunque vuestras religiones no sean las mismas.

Recordé lo que había dicho Padre al verme por primera vez, y me sentí contenta porque eran una confirmación.

Cuando ya nos marchábamos, el juglar nos llamó.

–Venid. Os voy a dar algo que os protegerá y os ayudará toda la vida.

Nos dio a cada una, una especie de cruz pequeña de piedra azulada en forma de x.

–Es la cruz de lapislázuli. Las vendo porque sirven para muchas cosas: sanar, dar fuerzas, tranquilizar el alma, y también para tener suerte en los casamientos.

–Gracias, señor.

–Esto que habéis hecho conmigo, demuestra vuestra bondad de

corazón y por eso quiero regalároslas. Vais a vivir muchos años juntas, y vuestra amistad os acompañara hasta la muerte.

Salimos las dos de la plaza y cuando llegamos al punto de separarnos, Elvira me dio su cruz.

-Quédate tú con las dos. Yo no creo en esas cosas, porque los cristianos solo creemos en la Cruz verdadera, que es en la que murió Jesucristo.

Se acercó hasta mí y me dio un abrazo. Fue el primero que me dio en su vida y eso selló la amistad entre nosotras para siempre.

EL DECRETO

VERANO DE 1492

Llerena era una tierra de paz y convivencia, indiferentes a la religión que cada cual practicaba. Nuestra familia, más por tradición que por convicción, seguíamos la judía, aunque en nuestra choza había poco lugar para rezos y tefilás. Teníamos nuestras propias convicciones, basadas en los principios que Madre nos enseñó, a mí y a mi hermano: el del respeto a los demás, y ahí estaban encerrados los mandamientos de las otras religiones: honrarás a tus padres y a tus hijos, no harás el mal ni quitarás lo ajeno.

La tranquilidad y la convivencia religiosa habían sido lo normal, pero un día llegó el rabino mayor del reino, que tenía su sede en Toledón, para comunicarnos algo que iba a cambiar la vida del pueblo judío. Nos convocaron en la sinagoga. Asistieron prácticamente la totalidad de las mujeres, Madre y yo con Uziel de mi mano, y solo algunos hombres, porque muchos estaban trabajando, y a otros poco les interesaba lo que nuestro rabino contaba. Cuando ya no se cabía en la sinagoga, el Rabino empezó a hablar con cara de preocupación.

«Bienvenidos seáis todos. Os agradezco vuestra presencia, porque lo que tengo que contaros es muy importante. Primero empezaré por explicaros porqué ha ocurrido lo que luego os contaré.

Como muchos sabréis, Granada era la última ciudad en poder de los musulmanes. Está a más de cien leguas de distancia de aquí. Nuestros monarcas cristianos habían puesto sitio para conseguir doblegar a Boabdil, que se había refugiado en su gran palacio de la Alhambra, rodeado de otros palacetes, jardines, cauchiles y bosques. Es un paraíso, y por eso es por lo que tanto han luchado.

Finalmente, los monarcas cristianos han conseguido que Boabdil se rindiera y entregue la ciudad. A cambio ha exigido que no haya represalias; que se respetase la religión islámica para los que decidan quedarse; y que no tengan que pagar impuestos durante tres años.

Dicen que la campana de la torre de la Vela del palacio de la Alhambra estuvo redoblando tres días y también sus noches, pero nadie podía asegurar si era por el triunfo de la toma o por los muertos de tantos años.

Pero solo unos meses después, un hombre al que todos tememos, Torquemada, nombrado por el pontífice de Roma, ha estado medrando sin descanso ante los monarcas cristianos, y finalmente ha conseguido que recelen de la lealtad de todos los pueblos y religiones del reino, considerando que solo los cristianos pueden ser verdaderamente fieles y leales».

La sinagoga se inundó de murmullos, pero el rabino mandó calma y silencio, y prosiguió.

«Los Reyes han firmado un Decreto en el que se ordena la expulsión del reino de todo aquel que no profese la religión de Cristo, así que, para nosotros, los judíos, solo nos quedan dos caminos: o renunciar a nuestra religión y hacernos cristianos, o marcharnos de este reino, porque si no nos ejecutarán sin necesidad de juicio. Como veis es una decisión muy difícil, porque en cualquiera de los casos, decidamos lo que decidamos, cambiará para siempre nuestras vidas».

De nuevo la sinagoga se inundó de murmullos, pero ahora las voces eran gritos reclamando la justa libertad de creencias y la confianza en la fidelidad que siempre había demostrado el pueblo judío a la corona. Otros decían que, si se marchaban, dónde podrían ir para que los acogiesen. A qué tierras o estado. Y además perderían todo lo que con mucho trabajo habían conseguido: casas, comercios e incluso algunas fanegas de tierras. Se oían también voces argumentando que las creencias religiosas, a fin de cuentas, son solo cuestión de normas de cómo hay que interpretarlas, porque en el fondo todas son iguales. Los más creyentes defendían su posición de fidelidad, pero los menos practicantes argumentaban que igual daría ir a la sinagoga que a la iglesia, haciendo pesar más sus intereses. Y después de más de dos horas el rabino nos dijo que volviésemos a nuestras casas, lo hablásemos con nuestras familias

y tomásemos la decisión, porque solo teníamos ya tres meses para hacer lo uno o lo otro.

Salimos de la sinagoga. Yo con Uziel de la mano. Cuando llegamos a casa Madre estuvo menos habladora que otras veces, como si estuviera pensando cómo debía contárselo a Padre. Mientras, me ocupé de Uziel, le di la cena y lo acosté. Yo también lo hice, y cuando llegó Padre estaba medio dormida y no pude oírlos.

Unos días después, Madre buscó el momento relajado de la recolecta en el huerto.

–Ieronima, vas a cumplir ocho años. Eres casi una mujer y estás preparada para hacer casi todo lo que puedo hacer yo. Por eso debes participar en las decisiones importantes que tomemos en la familia. Recuerdas todo lo que nos contó el rabino, ¿verdad? Bueno pues Padre y yo lo hemos hablado y él, como cabeza de familia, cree que nuestras creencias son tan buenas como las de cualquier religión, y que no seremos ni mejores ni peores por profesar una u otra, porque interiormente seguiremos teniendo la nuestra, así que él, Uziel y yo nos quedamos. Nos gustaría que tú también te quedases, pero es algo que debes decidir tú. Si decides irte te podrás marchar con la tía Nejama, que se irá con una expedición que se ha formado y que saldrán en unos días para la ciudad de Salanik, en un reino lejano llamado Otomán.

Dejé en el suelo la fruta que había cogido. Cogí la mano de Madre, como lo haría una hija adulta, y sin dejar de mirarla a los ojos, empecé a responderle, con la misma serenidad y determinación que ella me había hablado:

–Madre, los dioses de las religiones son seres buenos, pero para mí no hay nadie más buenos y ejemplares que Padre y usted. Cualquier dios, si es bueno, lo aceptará. Así que iré a casa de la tía Nejama y le daré un abrazo para que tenga suerte en su viaje, pero yo me quedo con ustedes. Para siempre.

Habría sido innecesario, pero no pude terminar de decirle lo mucho que la quería, porque empezó a temblarme la voz. Fue como si toda la fuerza con la que había empezado a responderle, ahora se

estuviese disolviendo como la gota de lluvia en el río. Ella me consoló con una sonrisa y se acercó a mi oído para susurrarme algo. Algo que de momento quería que fuese un secreto entre las dos.

–Ahora que sé que te quedas, te confesaré algo, a ti la primera. Espero un nuevo hijo. Será niña, como tú, y llegará con la primavera.

Me despegué un instante de ella para ver su cara y confirmar sus palabras, y luego la abracé. Nos olvidamos en ese momento del dichoso decreto. Y enseguida noté las manitas de Uziel en mis piernas, volviendo a nuestra rutina.

–¡Moma, quiero comer!

AUTO DE FE Y BAUTIZMO

OTOÑO DE 1492

Llerena estaba triste. Cuando ya estaba a punto de concluir el plazo dado a los no cristianos para que se marchasen del reino, se convocó una reunión por parte de las dos máximas autoridades, la civil, representada por el gobernador, nombrado por el rey, y la eclesiástica, representada por el prelado, nombrado por el papa de Roma. Además, vino una representación del Santo Oficio, designado por el Inquisidor General del reino, que hacía las veces de supervisor y fedatario mayor. A esa reunión la llamaban Auto de Fe y Bautismo, y consistió en una tremenda ceremonia religiosa. Colocaron en los soportales de la iglesia de la Virgen de la Granada unas gradas. En la parte más alta se colocó un altar con la imagen de la Virgen y una gran Cruz, presidiendo todo. En los estrados siguientes, más abajo, se sentaron las autoridades, y más abajo aún, ya a la altura del suelo, el clero ocupaba los bancos. Frente a las gradas, y dejando una calle en medio, se convocó a toda la villa que ocupaba la plaza, como testigos de la ceremonia.

Durante los tres meses anteriores, todos los días al caer el sol, tuvimos que asistir a la catequesis que nos impartían en la iglesia de la Virgen de la Granada y en el convento de Santa Elena. Debimos pasar una prueba para demostrar que ya conocíamos los mandamientos del Dios cristiano y las reglas de su Santa Madre Iglesia. Los mayores, tenían dificultades para aprender tantos nombres y reglas. Conseguí aprenderlo todo y viendo el peligro que corrían mis padres, fui ayudándoles por las noches. Finalmente, la prueba a los catecúmenos, que así nos llamaban, la conseguimos superar todos, aunque en algunos casos, pesó más la misericordia que la justicia, o, mejor dicho, los intereses eclesiásticos que los del reino, porque más tarde nos enteramos de que cada diócesis presentaba ante el obispado el número de nuevos cristianos afiliados, y cuantos más, mayor era su prestigio.

La ceremonia consistió en un desfile vergonzante. Una procesión en la que nos hicieron ir pasando de uno en uno, vestidos con un capirote y un sudario, al que llamaban sambenito, de color amarillo con una gran Cruz roja pintada delante y detrás, en forma de escapulario, y que debimos llevar puesto durante siete viernes seguidos y cada domingo en la misa de la iglesia de la Virgen de la Granada, para redimir así la culpa y confirmar el arrepentimiento. En la mano llevábamos un cirio encendido. Nos teníamos que descubrir al llegar delante de las autoridades, quitándonos el capirote. El canónigo nos hacía la “signación”, la señal de la Cruz de los cristianos, en la frente, para darnos la bienvenida. Luego hacíamos las letanías del arrepentimiento, diciendo unas palabras en latín, que, a pesar de las explicaciones en la catequesis, no conocíamos su significado. Después nos hacían el exorcismo, para arrojar fuera de nosotros cualquier creencia y adoración que no fuese la cristiana, debiendo pronunciar las palabras de rechazo a satanás y que llamaban la apostasía. Entonces, pero no antes, nos hacían en la frente, una Cruz con el dedo pulgar untado en óleo, y finalmente, el capellán, con una concha y sobre una pila de piedra, nos vertía sobre la cabeza el agua bendecida. Era el acto de bienvenida a la religión a la que tuvimos que pertenecer.

Así fuimos desfilando las más de un ciento de familias judías que quedamos. Primero el cabeza de familia y a continuación la mujer y los hijos, que si eran menores los debían llevar los padres y hermanos mayores en sus brazos. Debimos esperar hasta que el último de los conversos fue bautizado, y cuando la procesión terminó, las campanas de la iglesia de la Virgen de la Granada y la del convento de Santa Elena, redoblaron a la vez en acción de gracias por la incorporación a la cristiandad de tantos nuevos fieles.

Con el cansancio del nerviosismo de todo el día, de regreso a la choza noté una extraña doble sensación: de alegría porque ya había terminado, y de frágil tranquilidad. No podía dejar de pensar en lo que nos habían obligado a hacer. Miré la cara de madre, y por su mejilla corría una lágrima de coraje.

LAS SOMBRAS DEL DECRETO

INVIERNO DE 1492

La aljama se había despoblado. Muchas de las casas y comercios estaban ahora vacías o en manos de algunos oportunistas, cristianos y conversos. Daba pena pasar por las calles, en las que el abandono y el miedo se asomaban detrás de cada puerta. Siempre he creído que aquella expulsión de trabajadores honrados, sería perjudicial para el reino de los cristianos.

Incluso los que apostatamos, seguíamos arrastrando el peso de la duda. Hubo muchos que no tuvieron tiempo de salir del reino y trataron de buscar cobijo en otras tierras más apartadas, ocultando su pasado. Hubo también quienes compraron falsos títulos de limpieza de sangre o de cristianos viejos, para borrar así sus orígenes.

La puerta de la sinagoga se selló y se quemaron en una gran pira en la plaza Pública la torah y todos los enseres sagrados. Las ceremonias judías desaparecieron y las cristianas se multiplicaron y a las que muchos asistían por devoción fingida, como medio de protección. La iglesia de la Virgen de la Granada se empezó a desbordar en los actos de precepto, y hubo que ampliarla, primero con unos toldos en el atrio, pero más tarde se hizo una reforma, en los soportales y en la torre.

Terminé de aprender qué era el Santo Oficio y su tribunal, porque veía en las calles a los castigados a llevar el sambenito, como nos habían obligado a nosotros; y oyendo al pasar junto a los muros de la cárcel, los lamentos de los presos, torturados para arrancarles una confesión a veces inexistente.

Entre los encarcelados había un grupo declarados herejes, pendientes de juicio. Por ese motivo, además de por el gran número de familias judeoconversas, el Santo Oficio fue cambiando su presencia temporal en nuestra Llerena por otra mucho más permanente, controlando una gran extensión de comarcas y pueblos. Se albergó en la casa del prior de San Marcos de León, en la que los Familiares

custodiaban los documentos de los procesos abiertos, algunos sumamente secretos, por el rango de los imputados.

Cada vez que algún Familiar traía un preso desde otro pueblo, la calle se convertía en rendijas de ventanas llenas de miradas furtivas que se escondían. Y un murmullo reiterado iba corriendo de casa en casa.

La preocupación en Llerena crecía y se contagiaba entre las familias, como cuando llegaba la epidemia de peste. El apodo de judaizante se convirtió en sentencia de muerte. La casa del antiguo rabino se hizo clandestina, a pesar de que éste había apostatado en el atrio de la iglesia de la Virgen de la Granada. Todos evitaban pasar cerca de él. Se había despojado de su kipá, y cortado sus largas peiot, y de rodillas, ante la Virgen de la Granada, rezó el rosario voluntariamente durante tres meses seguidos.

Desde la inseguridad de mis ocho años, todos los comentarios se convertían en preocupación, y buscaba con la mirada la cara de mis padres, esperando la confianza de su fortaleza. Pero no siempre la encontraba. Y lo que más me preocupaba era el vientre de Madre, cada día más abultado.

Para demostrar su fidelidad a la corona y al cristianismo, algunos judeoconvertos hacían manifestaciones ridículas, como comer tocino sentado en la puerta de su casa para que todos los vieran. Era cierto que otros seguían haciendo sus tefilás en lugares ocultos. A los que descubrían, el tribunal de la Santa Inquisición los juzgaba, y en su mayoría eran condenados, pero antes los torturaban para buscar cómplices. Algunos, para parar el tormento, terminaban por admitir falsamente la complicidad de otros, sobre los que caía de nuevo la acusación, la culpa y el castigo. La acusación entre judíos se convirtió en autodefensa.

Tuvimos que vivir la terrible experiencia de la familia de Jamila, la esposa de Ebrahim, un inocente pastor como Padre. Una noche registraron su casa. Aparecieron cosas que podían ser sospechosas. Jamila y su hijo exculparon al padre, asegurando no saber nada. A pesar de ello se lo llevaron y unos meses después lo juzgaron y lo

ejecutaron, sin que hubiese admitido su culpa ni la de ningún cómplice. Un año más tarde su hijo no pudo más con el remordimiento y explicó que fue él el que escondió los objetos. Lo hizo por petición del rabino, pero sin que su padre lo supiese. El Santo Oficio actuó como de costumbre: ejecutó al hijo, ejecutó al rabino y dejaron a la pobre Jamila, viuda y sin hijo. Una semana después también ella se quitó la vida. Voluntariamente.

Desde el sur de la Bética llegó la noticia de que los monarcas habían autorizado a un navegante experto, a hacer una expedición por mar hasta las Indias, por una ruta desconocida e incierta. En un pueblecito costero que decían llamarse Palos, se preparaba ya la flota, acopiando alimentos y reclutando a la marinería, con promesas de conseguir grandes riquezas. Se formó un grupo de siete conocidos judeoconvertos, y una noche partieron por la margen del Guadiana corriente abajo, salvando así la serranía de Aracena. Yo no supe nada más de ellos, porque también acabé teniéndome que ir.

LEVANA

PRIMAVERA DE 1493

Los días se habían alargado. Las plantas y las flores del huerto agradecían esas horas más de sol. En nuestra choza tratábamos de vivir con naturalidad, intentando que la intranquilidad que circulaba fuera no nos afectase demasiado. Madre buscaba esas cálidas horas de sol y salía al huerto, en el que el vientre no le permitía muchos trabajos, pero paseaba por él para que su nueva niña notase con ella las caricias del sol. Yo me hacía cargo de Uziel y de la casa. A través de la puerta, mientras preparaba la comida en el fogón, la veía a ella fuera, con sus pasos prudentes de embarazada. Habíamos cambiado los papeles: ella con su niña fuera y yo ocupándome de la casa. Uziel iba y venía de una a otra, buscando que una de las dos jugásemos con él. Se había acostumbrado a recibir todas nuestras atenciones, pero pronto tendría que compartirlas.

Salimos los dos aquella tarde para recoger la jarra de leche y coger algo más en el colmado de la Raya. Dejé a Madre en la butaca, asegurándome de que estuviese bien mientras estábamos fuera. Uma quiso venir, como siempre, pero preferí que se quedase acompañándola. La pobre se conformó y se tumbó a sus pies, en su postura de resignación: hecha una rosca.

En el colmado, Uziel curioseaba por los establos, viendo ordeñar las cabras y descubriendo aquel maravilloso mundo que lo rodeaba. Las mujeres que las ordeñaban, bromeaban con él, diciéndole lo guapo que era y que si se quería casar con ellas. Y algunas cosas más que luego me preguntaba qué significaban, porque su inocencia no daba para tanto.

En el colmado, aquel día había mucha gente esperando a que la atendiesen, y cuando Elvira me vio vino corriendo a saludarme y para charlar de nuestras cosas.

Me contó que unos días atrás había venido la madre de Shemuel, y que se había interesado por si había nacido ya nuestra hermana.

Me preguntó si hacía mucho tiempo que no veía a Shemuel, y le respondí que la última vez que lo había visto había sido en la tremenda ceremonia del Auto de Fe, cuando iba en la procesión como nosotros, en compañía de sus padres. Pero Elvira debía notar algo en mis palabras.

–Ahora suele venir él porque su madre está enferma. Viene muchos días y habla conmigo. A mí me gusta también hablar con él. ¿Quieres ver a Shemuel?

No supe que decir, porque nunca había pensado en ello, pero es cierto que desde que lo vi con la perrita en sus manos, me fijé que sus ojos eran de un color especial, como de miel. Dudé un momento y respondí con otra pregunta.

–¿Cuándo suele venir?

–Al atardecer, cuando vamos a cerrar.

En ese momento me di cuenta de que Uziel no estaba a mi lado y asustada empecé a buscarlo por todo el colmado. Salí a la puerta. Estaba allí, junto a Uma, tan tranquilo, jugando con ella, pero cuando los vi me sobresalté más aún, porque Uma podía haber venido a avisarme, por encargo de Madre, para que volviese a casa. Cogí a Uziel en brazos y corrí hasta la choza.

Se estaba haciendo de noche. Padre aún no había llegado, pero encontré a Madre, con la cara blanca y traspuesta. Había preparado ya todo: los baldes de agua hervida y los paños limpios. Tenía sobre la mesa la ropita nueva que había hecho, para que viésemos a su niña estrenar su llegada al mundo.

Estaba sentada en el borde del camastro, esperando resignada el siguiente estremecimiento de su vientre. Preparé corriendo algo de comida para Uziel, y lo llevé a nuestro camastro para que se lo comiese allí, desde donde no podía vernos.

–Termina de comerte eso y luego déjate dormir.

Recordé lo que me dijo Madre cuando preparamos las cosas para el parto de Uziel, y fui a lavarme muy bien las manos y brazos. Cuando me acerque a ella, me dijo:

–Muy bien Ieronima.

Y le respondí sonriendo: “Agua, sol, y romero”.

Empezó a sujetarse el vientre, para controlar con sus manos el esfuerzo de un nuevo empujón, y en ese momento apareció Rufián y detrás Padre. Al vernos comprendió que su nueva hija estaba llegando. Uziel y Uma, habían oído llegar a Padre y se levantaron y vinieron también. Padre me miró, y luego a Madre, preguntándole con la mirada que debía hacer.

–Saliros todos al patio, que Moma se queda conmigo –lo dijo con determinación para reforzar mi confianza.

Estaba nerviosa, porque había visto a muchos animales parir, pero nunca a una mujer. Con Uziel no me dejó. Cuando los dolores le daban una tregua, me cogía la mano para tranquilizarme. Después de un rato se tumbó y se agarró con las manos a las cuerdas de los lados del cabecero. Abrió las piernas y esperó hasta que el dolor volvió a contraerle el cuerpo y entonces comenzó a empujar. Le secaba la frente de vez en cuando, pero me dijo que me pusiese entre sus piernas. Después de varios intentos vi que el cuerpo de Madre se abría y se desgarraba, y la cabeza sonrosada de la niña empezó a asomar. Empujó con todo su cuerpo. No estaba segura de qué tenía que hacer, pero ella me dirigió –cógela y tira cuando te diga–.

Un rato después tenía a mi hermanita entre mis manos ensangrentadas y temblorosas. Madre cogió a la niña y le dio unas palmaditas, y como si la vida le asustase, empezó a llorar. Yo también. Me dejó que fuese la que la lavase y la vistiese. Ella me observaba. La niña había dejado de llorar y sonreía. Yo también sonreía de alegría, pero no podía dejar de llorar.

Arropamos a la niña y me dijo que avisase a Padre y a Uziel, para que entrasen. Cuando salí, Padre tenía a Uziel medio dormido, sentado en sus rodillas. Al verme se puso de pie y el niño protestó. Corrí hacia ellos y me abracé a Padre, como no recordaba haberlo hecho antes.

–Padre, la nueva niña ya ha venido.

Él me puso su enorme mano en el hombro, yo cogí la de Uziel y volvimos a la choza. Los perros nos siguieron y nos adelantaron.

Entramos todos hasta el fondo, en donde la lucecita de la lucerna iluminaba a Madre y a la niña.

Fuera quedó la luz de la luna llena haciendo brillar el color verde de las plantas del huerto. Las renovadas hojas del almendro habían hecho caer las flores, pero el dulce aroma aún persistía. Sobre el suelo del patio empedrado de chinorros, la brillante luz de la luna jugueteaba con las siluetas de las hojas y las ramas, pareciendo que quisiese alfombrar, con un delicado encaje de luces, el suelo por el que pronto andaría con pisadas inseguras nuestra princesita del reino de la choza.

EL HEREJE

AÑO DE 1494

Una tarde, cuando pasaba por la plaza Pública, vi que se había formado un gran revuelo. El Ayudante del Inquisidor, acompañado de un Familiar del Santo Oficio, ambos a caballo, traían detenido a un fraile. Lo traían andando a trompicones detrás de ellos, atado de manos, descalzo y amarrado con una soga larga a la cola del caballo. Su hábito carmelita estaba raído, la cabellera ceniza, larga y estropajosa, le llegaba a los hombros, y la barba, también cana, le cubría la mayor parte del rostro y cuello. Se dirigían a la cárcel y al pasar, la gente, atraídos por el rumor, se asomaban curiosos a las puertas de las casas. El fraile era ya conocido. Había decidido irse a vivir extramuros a las montañas de Trasierra, como un anacoreta. Había renegado de los símbolos de la cristiandad, y decía haber sido iluminado por la gracia de Dios, y por eso estaba en contra de los símbolos de riqueza, como los anillos litúrgicos y los báculos de metales preciosos; la ostentación y la pompa; los besamanos y el arrodillarse ante superiores, y otras muchas cosas que quebraban las reglas, por el mal ejemplo que causaba ante la comunidad religiosa. Se le conocía como “El curador de Trasierra”, porque decían que podía curar cualquier mal con ungüentos hechos por él y letanías compartidas con sus pacientes. Un superior de la comunidad religiosa lo había puesto en conocimiento del Santo Oficio, tanto la huida, como las prácticas oscuras que había estado haciendo antes. Después de un tiempo, el rumor de sus milagrerías y sanaciones se hizo tan general que el Santo Oficio ordenó su apresamiento. Fueron a buscarlo a la sierra, y en la cueva en la que habitaba lo detuvieron, sin oponer resistencia.

Cuando llegué a casa me desahugué contándoselo a Madre, y cuando fuimos el domingo a misa, el padre prior que la oficiaba dio un sermón terrorífico desde el púlpito, y después de amenazarnos con el infierno a los que desobedeciéramos a la Santa Madre Iglesia,

nos explicó el peligro que corría ésta, por la cada día mayor aparición de rebeldes como el curador de Trasierra, y que precisamente por eso, para que ningún otro fraile ni seglar siguiesen su ejemplo, ni anidaran en otras almas la maldad del diablo, debía ser castigado de manera ejemplar.

Unas semanas después, nos convocaron a todos en la plaza Pública. En el centro habían puesto una gran pira de leña y una Cruz de madera. Trajeron al preso y lo pusieron de rodillas, obligándolo los guardias a mantenerse erguido ante el Tribunal, que ocupaba un estrado que habían colocado en los soportales de la Iglesia. Después de un juicio cargado de acusaciones, algunas falsas y otras admitidas por el acusado, alegando en su defensa que jamás había hecho mal a nadie y que su único delito era reconocer la ley de Dios, pero no la de la Iglesia, el Tribunal lo condenó a morir quemado en la hoguera al no haber mostrado arrepentimiento, y para que así se consumiese también su alma, infectada de pecado.

Cuando lo vi la primera vez atado detrás del caballo, su aspecto daba pena, pero en esta segunda ocasión daba terror. No por lo que era sino por cómo habían dejado su cuerpo. Desecho por los golpes y la tortura. Un tormento que había sido inútil ya que ni consiguieron que reconociese su error, ni que hubiese otros cómplices. Pero lo que más me aterraba era la facilidad con la que lo acusaban y lo que le podía ocurrir a una persona de buena condición, solo por no asumir unas reglas dictadas por una persona, a fin de cuentas, como él.

Nos obligaron a permanecer en la plaza, y cuando prendieron fuego a la pira abracé a Uziel con un brazo y puse su cara contra mi pecho para evitarle el tremendo espectáculo. Con la otra mano busqué la de Madre, que estaba a mi lado con Levana en sus brazos. Miré aterrorizada hacia el suelo para no ver la horrible imagen de un cuerpo desnudo abrasándose y retorciéndose, y los gritos, primero de dolor, luego de arrepentimiento y finalmente de suplicas de perdón. Pero no fue así. El cuerpo del monje no lo vi, porque no me atreví a levantar la vista, pero ni el más mínimo lamento se oyó salir de los labios de aquel desdichado. Al comprobar su comportamien-

to, toda la gente de la plaza también se quedó muda. De repente alguien del pueblo gritó:

–Milagro, ese hombre es santo y tiene que estar bendecido por la mano de Dios para poder soportar ese tormento y no pronunciar la más mínima queja.

El Tribunal ordenó que echasen más leña para acelerar la ejecución, temiendo que en lugar de un escarmiento aquello se convirtiese en la admiración a un mártir y la santificación del hereje. Y solo se escuchó ya el crepitar de las ramas secas y el ventear de las llamas, que sobrepasaban la altura de las casas de la plaza. Aquel sonido del crepitar, el olor a carne quemada y la cara del monje destrozada por los golpes, se me quedaron grabadas para toda la vida. Solo me quedaba la esperanza de que ni Uziel ni Levana, pudiesen recordar aquel espanto.

EL GUARDIÁN DEL AGUA

VERANO DE 1495

La vida tenía sinsabores pero también nos regalaba alegrías. Solo había que fijarse en lo que nos rodeaba, porque estaban allí, a nuestro lado, de manera tan natural que nos pasaban desapercibidas.

Cerca de nuestra choza estaba la huerta de Mair, un hombre que tenía el privilegio del agua, porque se gastó mucho dinero y esfuerzo en conseguirla, pero después fue ya rico. Me explicó Madre, que ella vio como lo hacía. Primero vino un hombre del sur de Al-Andalus, le llamaban el zahorí, y con una ramita de olivo, recorrió con pasos lentos todo el terreno, hasta que después de trazar muchas marcas en la tierra, se arrodilló, marcó un redondel y clavó tres estacas, una por cada quince pies de profundidad. Allí mismo cavaron el pozo y encontraron el manantío. Luego construyeron el brocal y una alberca para regar sus naranjos, y a partir de entonces fueron los mejores.

A nosotros nos permitía coger agua de su alberca y cuando iba me sentaba en la acequia y observaba lo que ocurría a su alrededor. Mair hacía un inquietante rito cada mañana: se ponía de pie en el brocal del pozo, y uno a uno, subía los cubos cargados de agua. El chirrido de la carrucha parecía una queja, y cuanto más cargado subía el cubo, mayor era el lamento. Cuando Mair terminaba de llenar la alberca, se bajaba del brocal, se componía el fajín y los calzones y empezaba a regar el huerto.

El agua corría por la acequia, y él iba abriendo y cerrando con la azada la entrada a los pies de cada árbol. Y cuando ya el agua de la alberca se la había tragado de nuevo la tierra, llegaban los gorriones traviosos, habituados a aquel rito, y revoloteaban impacientes, esperando la altura apropiada de los charcos. Bajaban de las ramas y se remojaban las plumas. Yo los veía como los últimos usuarios del agua.

Un día apareció una golondrina, recogió un poco de lodo y se marchó. No había pasado nada de tiempo cuando volvió, aunque

ahora parecía un poco más grande. Creí que a Uziel le gustaría y le señalé hacia donde estaban los pajarillos. A medida que el calor del verano aumentaba el agua desaparecía antes, hasta que un día se creó una gran rivalidad por los charcos, y cuando apareció la golondrina no la dejaron acercarse. Quise mediar, pero si lo hacía, todos salían volando. De repente apareció otra golondrina, más grande, y empezó a dar pasadas a toda velocidad emitiendo un sonido agudo y amenazador que hizo que los gorriones desistiesen del baño. La golondrina pudo acercarse y coger su barro y así, yendo y viniendo ésta, y la otra dando pasadas, estuvieron un buen rato hasta que la luz del sol se hizo dorada, la golondrina pequeña no volvió y la grande remontó el vuelo, tan alto que no pude seguirla con la vista.

Unos días después, cuando la luz de la mañana despertaba nuestro pequeño huerto, Uziel entró corriendo. –Moma, ven–. Lo seguí hasta el patio y me señaló con su dedito hacia el alero. Un laborioso nido de barro se había unido al de nuestra choza, buscando el amparo de nuestra techumbre de paja. Me fijé que por el hueco de la puerta asomaba la cabeza de una golondrina. Cogí a Uziel en brazos y se la enseñé. Él sonrió al descubrirla. Pero su carita se iluminó más, y empujándome la mejilla para que girase la cara, me señaló de nuevo el nido ¡Ahora eran dos las cabecitas que asomaban! la de la golondrina y la del guardián del agua.

EL COMERCIANTE ABULENSE

OTOÑO DE 1495

De Ávila a Llerena hay un largo viaje de más de 80 leguas y a pesar de ello él lo hizo solo. Se llamaba Hernán Luis Quesada, y era un fabricante de paños que había oído hablar de la calidad de nuestras lanas y venía a comprobarlo. Pretendía comprar directamente la lana a los ganaderos, y saltarse así a los intermediarios: los Mosaicos y los comerciantes de Salamanca. Pero cuando corrió la voz de quién era y qué pretendía, no gustó.

La influencia de los Mosaicos era mucha, y consiguieron que tuviese dificultades: le cerraban las puertas y no tenía dónde dormir, a pesar de que no exigía mucho, y podía pagar un buen precio. Tampoco le fue fácil comer caliente, porque los mesones no lo querían atender, y comía de lo poco que había traído para el camino. Y por las noches dormía a la intemperie, envuelto en una manta y solo con el resguardo de los soportales de la iglesia de la Virgen de la Granada.

Tampoco le fue fácil conseguir audiencia con el Amo, ya que lo veía con recelo, temiendo que, si negociaba con él, se pondría en contra de Moisés de la Concha. Hernán traía cartas de recomendación del canónigo de la catedral de Ávila y de un importante caballero de la Mesta. Pero de poco le servían.

Un día que me dirigía a la aljama, como siempre, con Uziel de la mano y Uma de escolta, para vender una cesta de higos secos, pasamos junto a él. Estaba sentado en uno de los escalones de la plaza Pública, esperando que alguien lo recibiese. Había conseguido al fin dejar su caballo en un establo, para que lo alimentasen hasta su partida de regreso, porque era eso lo único que deseaban los Mosaicos: facilitarle su marcha. Me dio pena su aspecto, a pesar de que sus ropas eran de señor elegante: jubón de cuero negro, calzas holgadas y medias gruesas de color negro, pero todo estaba sucio. Se veía en su rostro el desánimo y la frustración. Sería el destino, pero decidí que nos sentásemos a descansar un momento. Él vio los higos y me preguntó.

-Este niño es tu hermano, ¿verdad? Se parece a ti.

-Sí, se llama Uziel y yo Ieronima, y la perra es Uma.

-Y eso que llevas ahí son higos ¿verdad?

-Sí, los llevo para venderlos en la plaza de la fuente.

-Y cuánto te van a dar por ellos.

-Depende. Madre me ha dicho que no los dé por menos de un maravedí por cada higo.

-¿Y si te doy dos maravedíes por cada uno, me los venderías?

Yo no sabía mucho de cuentas, pero de aquella sí, y cuando me enseñó las monedas no lo dudé. Le fui pasando los higos a puñados, y él, sonriente los fue guardando en todos los bolsillos y rincones de su ropa. Cuando terminó de guardarlos, se metió el último en la boca y me dio el puñado de monedas, y mirando de reojo a su alrededor me dijo.

-Uhm, están riquísimos, pero es mejor que no le digas a nadie que me los has vendido.

Me puse de pie. Cogí a Uziel de la mano y Uma se levantó inmediatamente, y le respondí, ya mirándolo de espaldas.

-Adiós, señor. A Madre sí se lo tengo que contar.

-Claro, a ella no le debes ocultar nunca nada.

De vuelta a la choza notaba con alegría el peso de las monedas en mi bolsa. Cuando llegué le conté a Madre lo ocurrido y ella coincidió con el comerciante.

-Ese caballero tiene razón, mejor que no lo contemos.

Unos días después, viendo el forastero que sería imposible romper la hegemonía de Moisés en la comarca, decidió ir a verlo a su propia casa. Se entrevistaron de igual a igual y Hernán le ofreció ser socios con beneficios a medias. Moisés vio en Hernán un posible adversario convertido en aliado y aceptó. A partir de aquel momento todas las puertas se abrieron. No hicieron falta ya las cartas de recomendación para ver juntos al Amo y a los otros ganaderos.

Unos días después Madre y yo vimos a Hernán montado en su caballo saliendo de Llerena, cruzando la muralla por la puerta de Villagarcía en dirección al norte, buscando el Camino de la Plata.

El aspecto de su ropa era aún peor, pero la cara le había cambiado y derrochaba una alegre sonrisa.

Se metió la mano por dentro del jubón y, después de rebuscar, se sacó algo que se metió en la boca. Las dos nos miramos, y sin decir nada, confirmamos con risas, qué era lo que se estaba comiendo.

HERNÁN LUIS DÁVILA

INVIERNO DE 1495

Cuando el comerciante Hernán llegó a Ávila, no tuvo tiempo de anunciar a su mujer la buena noticia de sus negocios en Llerena, porque ésta se le adelantó para darle la que ella tenía para él. No necesitaba de muchas palabras, porque se la llevaba en sus brazos. Era su nuevo hijo, del que ya habían decidido su nombre antes de su marcha, por si pasaba algo y había que bautizarlo: Hernán Luis Dávila.

A los pocos días, se celebró una misa bautismal en la catedral del Salvador, oficiada por el canónigo, un diácono y tres acólitos. Asistieron padrinos, testigos, y los familiares de las ramas paterna y materna. Durante la ceremonia el coro cantó algunos salmos y terminó interpretando la Salve. Después de la ceremonia religiosa se reunieron en la gran casa familiar en la cuadrilla de San Juan, a la que fueron invitados todos los asistentes al bautismo, pero además un gran grupo de comerciantes y amigos, de la ciudad de Ávila, e incluso de Segovia, Bejar y Salamanca.

La ceremonia sirvió a Hernán padre para difundir el pacto conseguido en Llerena, lo cual propició que la familia Hernán Luis Quesada iniciase una nueva etapa de gran prestigio y prosperidad en su negocio.

No sabía yo cuando lo conocí en Llerena, ni tampoco él se lo podía imaginar, que años después la vida me llevaría hasta su casa, para vivir allí, con su familia.

UN REENCUENTRO MARAVILLOSO

PRIMAVERA DE 1496

Elvira iba a cumplir los quince años, tres más que yo. Sus padres y los Mosaicos, tenían muy buena relación, de negocio y de amistad, así que la relación entre el hijo menor de Moisés, Pedro, y Elvira, prosperaba, alentada además por sus padres.

Ella siempre fue por delante. Fue la primera en prestar atención a la buena presencia de Pedro, consiguiendo que él se fijase en ella. No necesitó mucho esfuerzo, porque era muy guapa, mucho más que yo, y todos los chicos de Llerena sabían que, además, sus padres tenían un buen patrimonio y por tanto que recibiría una buena dote en su matrimonio.

Una tarde noté algo diferente en la templanza del aire y en los aromas de la primavera. No sé por qué, pero recordé lo que me había dicho Elvira el día que nació Levana: que si quería ver a Shemuel. Le dije a Madre que iba al colmado para hablar con mi amiga, y que prefería que se quedasen mis hermanos y que solo me llevaría a Uma.

Cuando llegué, Elvira enseguida me vio y vino corriendo, como hacía siempre, pero con una sonrisa de picardía.

–Sé por qué has venido. Traes el pelo más arreglado que otras veces y tu ropa también.

No sabía ella que era lo mejor que tenía y que me podía poner, pero me gustó que lo notase. Supuse que Madre también lo habría notado, aunque no me dijo nada.

–Ah, sí. ¿Y a qué he venido?

–¡A ver a Shemuel!

Me dio vergüenza, y noté que se me ponían las mejillas rojas, porque parecía que lo llevase escrito en la cara. No le respondí, me tapé las mejillas con las manos y me limité a sonreír. Tampoco ella esperaba mi respuesta, así que volvió a intervenir.

–No ha llegado aún, pero si charlamos un poco lo verás, porque debe estar a punto de llegar.

Seguimos así un rato, no sé cuál de las dos más nerviosa, hasta que de repente me cogió la mano.

–No mires para detrás. ¡Acaba de entrar!

No supe, o no quise, contenerme más que un instante, y deseosa volví la cara para buscarlo.

Tenía el buen porte que recordaba, pero ahora estaba mucho más alto y más corpulento. Su pelo era negro brillante, y su piel morena, pero lo que más me atraía de él eran sus ojos color de miel con forma de almendras. Cuando estaba ensimismada mirándolo, sin darme cuenta de lo que había alrededor, vi con horror que Elvira levantaba la mano, para llamarlo hasta donde estábamos. Él se acercó y se quedó a mi lado, a menos de un palmo. Podía notar su respiración y permanecí callada sin saber qué tenía que hacer o decir.

La diferencia de edad entre Elvira y yo me hacía sentir inexperta ante una situación que para mí era nueva. Y cómo no, Elvira tomó la palabra para conducirnos a los tres.

–Hola Shemuel, quieres lo de siempre ¿verdad?

–Sí, pero necesito también que me des las hierbas medicinales de mi madre, esas que dice que le sientan tan bien, pero que no la terminan de sanar nunca.

–Paciencia Shemuel, seguro que si continúa tomándolas se curará. Son muy buenas y nos las trae un pastor que sabe dónde encontrar las mejores.

Y antes de ir a por las cosas que le había pedido me miró, como diciendo, ahí lo tienes, y con naturalidad le dijo.

–Conoces a Ieronima, ¿verdad?

Yo no sabía dónde mirar. En parte esperaba que no me reconociese ni se acordase del día que nos conocimos cuando protegía a Uma, pero también deseaba que no se hubiese olvidado de mí. Su respuesta me dejó helada.

–Claro que la conozco. Es Ieronima, la hija del mayoral, Moma, como la llaman sus hermanos Uziel y Levana. La vi la última vez en una procesión humillante, vestidos los dos con el sambenito y un ridículo gorro. Pero prefiero recordarla el día que la conocí,

cuando yo tenía a su perra Uma en mis manos y me pidió que se la dejase.

Elvira puso una cara de terror y susurró:

–Shemuel, no hables así en público, ya sabes que el Santo Oficio tiene oídos por todos lados y te pones en peligro tú y a los demás. Incluso a mis padres y al Amo.

Shemuel calló resignado. Pero de nuevo la sonrisa de Elvira apareció en su cara y dijo lo que pensaba yo, pero que jamás me habría atrevido a decir.

–Vaya, que bien la conoces, Shemuel, seguro que has pensado en ella más de una noche.

Cuando me atreví a levantar la vista para ver de nuevo la cara de Shemuel, ahora estaba tan roja como la mía. Y por fin me decidí a pronunciar mis primeras palabras, que como una bocanada de aire fresco desvió la conversación hacia algo menos comprometido para los dos.

–Pues mira aquella perrita indefensa en lo que se ha convertido. La perra más buena que existe en toda la comarca. Pero eso sí, si alguien se atreve a hacerme daño es capaz de matarlo.

–Sabía que la tendrías tú, porque aquel día por la noche volví al árbol donde la dejé escondida y ya no estaba. Pero en lugar de preocuparme me quedé más tranquilo porque todos sabíamos que se iba a morir y nadie se habría tomado la molestia de volver para recogerla. Mira qué suerte hemos tenido los tres, ella con un ama tan buena, tú con una amiga tan fiel, y yo contento de habértela enseñado aquel día. Bueno y de haberte conocido... también.

Aquella noche, en la choza, deseé que Uma pudiese hablar, para intercambiar las confidencias de los sentimientos que Shemuel había despertado en mí, pero lo único que obtuve al acariciarla fue su dulce mirada, esa con la que siempre me decía que entendía lo que le quería decir, pero en silencio.

LEONOR DE VICTORIA

VERANO DE 1496

Un año después de la gran fiesta del bautizo de Hernán Luis Dávila, su padre, Hernán Luis Quesada, había prosperado enormemente, en parte por su alianza con Moisés, al que ya no le iban tan bien las cosas en Llerena. Si antes tenía la mayor actividad en la comarca de Ávila, ahora se extendía a otras, y eran cada vez más necesarios y frecuentes los viajes a las ciudades próximas, en donde tenía buenos amigos.

Uno de ellos vivía en Bejar y se llamaba Alonso de Victoria. Había recibido una invitación de él proponiéndole la firma de un compromiso comercial muy importante.

Después del duro viaje cruzando la sierra, cuando Hernán llegó a Bejar se lo encontró enfermo, triste y desolado, recostado en su lujosa cama con dosel, que de poco le servía para aliviarle los dolores y las penas.

Aun así, firmaron aquel compromiso, pero luego le contó que su esposa esperaba un hijo, el primogénito de su matrimonio, y que temía que no llegaría a vivir lo suficiente para verlo. Continuó Alonso contándole que su buena posición económica le había permitido hacer un testamento generoso, con su esposa y con ese hijo que ahora esperaba, e incluso con una de las órdenes religiosas que estaban establecidas en la ciudad, pero aun así le preocupaba que cuando él faltase, que sería pronto, su esposa no pudiese hacerse cargo de gobernar su hacienda. Hernán trató de tranquilizarlo diciéndole que no se preocupase, porque mientras él pudiese les ayudaría, primero a ella y luego al hijo que naciese, en todo cuanto fuese necesario para que pudiesen salir adelante y no perdiesen su hacienda. Alonso se emocionó, y cogiendo el brazo de Hernán le dijo.

—Amigo Hernán, te he nombrado albacea de mi testamento, porque no conozco a nadie más honrado y honesto que tú. Sé que puedo confiar en que sabrás hacer que se cumpla mi voluntad, la que

está reflejada en el documento, y, además, me acabas de decir que cuidarás de mi familia y del patrimonio que les lego para que no lo pierdan. Sé también que no habrías permitido que te incluyese en el testamento como beneficiario, porque me dirías que sería quitarle algo a mi familia, pero hay una forma de hacerlo que quizás tú sí admitirías. Es un favor más que comprendo que puede ser un atrevimiento y abuso por mi parte, pero así conseguirás que me marche tranquilo de este mundo, dejando las cosas atadas.

–Tú dirás, amigo Alonso. Si está en mis manos hacerlo, no tengas dudas de que lo haré.

Se incorporó Alonso en su lecho acercando su rostro al de su amigo, como si fuese una confesión secreta. Y con palabras titubeantes y aferrándose al antebrazo de Hernán le dijo:

–Quiero pedirte que seas el padrino del hijo que espera mi esposa, así estaré aún más tranquilo, porque además de la palabra que me has dado de ayudar a mi familia, y de la que no desconfío, también la darás ante Dios para protegerlo como si fuese un hijo tuyo.

–Cuenta con ello amigo Alonso.

Hernán hizo ademán de abrazarlo, pero Alonso se separó un poco y le dijo:

–Aún no he terminado. Hay algo más que te quiero pedir, amigo Hernán.

–Pues dime que más quieres de mí.

Alonso ahora puso un gesto más de comerciante que de amigo, y sonriendo continuó.

–Si lo que traiga mi mujer es un varón, nada más te pido, porque ya sé que lo ayudarás a salir adelante, pero si fuese una hija quiero pedirte que prometamos en matrimonio a tu hijo, Hernán Luis Dávila, a cuyo bautismo tuviste la deferencia de invitarme, con esa hija mía que naciese, y que como serás su padrino te cedo el honor de que seas el que escoja su nombre. Piénsalo antes de contestarme. Creo que sería conveniente para ambos, porque ya que tenemos lazos muy fuertes de negocio y amistad, sería bueno que nos uniésemos con la-

zos de sangre. Háblalo con tu esposa y contéstame pronto, porque me temo que ya no podré esperar mucho tiempo más.

A Hernán le sorprendió la propuesta, porque no la esperaba, pero después de meditar un momento le contestó.

–Amigo Alonso, me halagas con tus peticiones. Son inteligentes y meditadas, como todo lo que tú haces. Mañana mismo regreso a Ávila para reflexionar lo que me has dicho y hablarlo con mi mujer, y en unos días tendrás noticias mías.

Hernán regresó a su casa por el tortuoso camino de la sierra de Bejar, bordeando Gredos. Al llegar le contó a su esposa todo lo ocurrido en Bejar y las propuestas de Alonso. Ella se sintió orgullosa y contenta, y prepararon inmediatamente el viaje del matrimonio a Bejar, para formalizar el compromiso, aunque con la incertidumbre de que solo sería válido si el descendiente de Alonso era una niña. Cuando llegaron, Alonso se encontraba aún peor, pero pareció mejorar con la firma del compromiso.

Solo dos días después de que Hernán y su esposa hubiesen regresado a su casa en Ávila, llegó un propio de Bejar trayendo la noticia del fallecimiento de Alonso. Volvieron de nuevo a Bejar para las honras fúnebres y después de darle sepultura regresaron de nuevo a Ávila llevando la tristeza del fallecimiento de su amigo, y sabiendo Hernán que aún tendría que volver varias veces a Bejar: primero para ejecutar el testamento, luego para el bautizo, para el que ya tenían incluso acordado entre todos sus nombres: Alonso de Victoria, como su padre. Y si era una niña, Leonor de Victoria. Y doce o catorce años después, volvería para la boda. Aunque no ocurrió exactamente así.

Los dos primeros viajes si se cumplieron, primero hizo de albacea y ejecutó el testamento tal y como su amigo Alonso le había encomendado. Solo hubo ciertas dificultades con el legado de ocho mil ducados que el testador hacía a los frailes de una orden religiosa, porque ponía como condición tener el derecho a ser enterrado él, y toda su familia, en la cripta de la iglesia del convento. Éstos, aceptaban que Alonso fuese enterrado, pero no su familia. Finalmente,

los frailes, viendo peligrar la asignación, aceptaron, buscando una interpretación a sus reglas más favorables para todos.

La segunda previsión, la del viaje a Bejar para el bautizo también se cumplió. La esposa de Alonso tuvo unos meses después una preciosa hija, siendo Hernán el padrino del bautizo. Pero lo que ya no ocurrió como pensaba, fue su regreso por tercera vez para la boda, ya que apenas cumplió Leonor su primer año, Hernán convenció a la madre para que, no quedando ya familiares próximos, se trasladasen a Ávila.

EL LIBERTADOR OCULTO

VERANO DE 1496

La aljama seguía despoblándose. Incluso los que habían comprado los comercios a los judíos emigrados, a precio de saldo, los cerraban. El barrio se había convertido en nido de sospechosos. Pero lo que colmó la situación fue una tremenda ejecución del Santo Oficio.

Las familias judeoconversas que quedábamos, nos sentíamos cada día más vigiladas. Un comentario sobre la religión cristiana se convertía en un ultraje. Cualquier cristiano podía denunciarnos y su palabra valía diez veces más que la nuestra. Era cierto que había judíos que seguían haciendo cosas prohibidas, tan difíciles de ocultar como practicarle el brit a un hijo.

Un día nos volvieron a convocar en la plaza. Como siempre, habían preparado un estrado para un juicio público, aunque éste ya se había celebrado antes a puertas cerradas. Ahora solo se trataba de que todos viésemos la justicia implacable para los que no se arrepentían. En esta ocasión los reos eran un grupo de personas, mujeres y hombres, descubiertos en prácticas prohibidas, en una sinagoga secreta, pero, además, no solo no mostraron arrepentimiento, con el que habrían salvado la vida llevando el sambenito, sino que, cansados de tanta persecución y sospecha decidieron renegar públicamente de la religión cristiana. Y para que fuese un verdadero escarmiento, el Tribunal los condenó a ser emparedados entre los muros de aquella sinagoga secreta, desnudos y sin alimentos.

Cuando al día siguiente los llevaron por la calle hasta la casa para ser emparedados, varios de ellos comenzaron a pedir clemencia, entre ellas una hermana de la mujer del Mosaico. Ésta suplicó a su marido que hiciese algo para salvar a su hermana. Él intentó usar su antigua influencia con el gobernador, pero nadie se atrevía a interferir en los juicios de la Inquisición. El veredicto ya se había dictado y la sentencia se ejecutó aquella misma mañana.

Pero por la noche un grupo de judíos, compadecidos de los reos y ocultándose en la oscuridad de la noche, se prestaron a ir para romper el muro y liberar a los emparedados.

Todos huyeron de Llerena. Solo uno de los rescatadores decidió quedarse, pensando que el Santo Oficio creería que todos los participantes, reos y libertadores, habrían huido de Llerena, porque nadie se atrevería a correr semejante riesgo.

Cuando a la mañana siguiente se descubrió la ofensa del rescate, el Santo Oficio montó en cólera y desplegó todas sus redes para averiguar quiénes habían colaborado en semejante ultraje. Fueron de casa en casa, interrogando y amenazando. Sabían quiénes eran los reos fugados, y ahora descubrieron, por sus ausencias, quiénes habían sido los rescatadores. Mandaron una expedición para ver si los alcanzaban, pero después de unas semanas regresaron sin haberlos hallado.

Aquella ofensa fue interpretada por los superiores de la Inquisición como una burla, y agravó aún más la vida para los judíos, ya que empezó a correr el rumor de que uno de los rescatadores seguía en Llerena, y constantemente aparecían falsos acusados. Pero nadie, ni el Santo Oficio, ni nosotros los judíos, supimos entonces quién era el libertador oculto.

LA MALDITA VISITANTE

VERANO DE 1496

De todos los Mosaicos de la lana ya solo quedaba la familia del patriarca, Moisés, pero mayor y cansado delegaba en su hijo Pedro la gestión de los mermados negocios de la familia.

A pesar de ello, y de su connotación judía, la familia Xuarez mantuvo su relación de amistad con la familia de Moisés de la Concha, hasta el punto de que el compromiso entre sus hijos Elvira y Pedro permaneció intacto. Cuando hablaba con Elvira de su relación con Pedro, me decía que seguía enamorada de él y que poco le importaba que su familia fuese judía, ni tampoco que hubiesen venido a menos. Elvira siempre me pareció admirable y ni ella ni su familia corrían el peligro que corríamos nosotros los judíos.

Pero la vida da muchas vueltas, y un día empezaron a llegar noticias de que la peste había regresado a algunos puntos de la comarca, y la maldita visitante no atendía a religiones. Al principio solo fue un agobio más, pero a medida que pasaban los días, el número de pueblos afectados y muertos era mayor. Para evitar que llegase a la villa, se cerraron las puertas para que no pudiese entrar ningún forastero.

Pero la epidemia parecía más fuerte, consiguió traspasar los muros y empezaron a morir personas. El primer caso de fallecimiento fue, como no, en la aljama, en donde tanta desgracia se había ya ensañado con las familias. Y nuevamente sirvió de excusa para señalarnos a los judíos como culpables de haber traído la enfermedad a nuestra villa.

Decretaron que, para evitar la propagación, las casas fuesen quemadas con los fallecidos dentro. A las pocas semanas la aljama era una ruina.

Un mes después la enfermedad llegó a entrar en la Casa Grande, la del Amo, y a pesar de todas las medidas que pusieron para evitar el contagio, enfermaron varios miembros de la familia. Gracias a los

cuidados se pudieron salvar, pero uno de los hijos, el más débil, falleció.

La familia De la Concha estaba horrorizada, viendo que a su ruina económica se unía ahora la de su salud, y además el Santo Oficio seguía una pista del libertador oculto, y merodeaba ya por su calle.

A su vez, la familia Xuarez, estaba igualmente atemorizada por la epidemia y el riesgo que corrían sus hijos, y después de meditarlo decidieron que los padres se quedarían allí, para preservar sus patrimonios, pero enviarían a sus hijos a otras tierras no contagiadas. Unos marcharon a Lusitania, otros al sur de Al-Andalus, y cuando pensaron dónde enviar a Elvira, tomaron una decisión dura. Supuso el mayor cambio en nuestras vidas.

BODA DE LA CONCHA - XUAREZ

OTOÑO DE 1496

Debo contarte aquel recuerdo tremendo que no quise contarte. Y entenderás el por qué.

Hubo una reunión de las familias De la Concha y Xuarez y se pactó definitivamente la boda de sus hijos Pedro y Elvira. Decidieron que sería de inmediato y que partirían para las tierras del norte, porque en la ciudad de Segovia tenían los Xuarez unos parientes industriales de paños.

Pero hubo varias cosas en aquella reunión de las que no nos enteramos, y una que afectó a nuestra familia. Los Xuarez y De la Concha, pero más los primeros, pensaban que sus hijos, de quince y dieciséis años, aun teniendo la edad legal para casarse, eran muy jóvenes como para hacer solos aquel viaje. El padre de Elvira decidió hablar con el Amo, para pedirle que su mayoral los acompañase. El Amo, que estaba agradecido a ambas familias, accedió. Habló con Padre y él lo asumió, como habría aceptado cualquier trabajo que le hubiese ordenado, pero tampoco fue eso lo último que le dijo.

Cuando Padre llegó a casa traía la cara más seria que otras veces. Habló con Madre, y un poco después me llamaron porque tenían algo importante que decirme. Todo aquel sigilo, sus caras y gestos me angustiaban, porque no eran de tranquilidad.

Como las últimas palabras que le dicen al reo antes de ajusticiarlo, así oí las de Padre, que sereno y determinante comenzó a decirme.

«Ieronima, eres ya una mujer bien preparada, a pesar de que tienes doce años. Tu madre te ha educado para que puedas manejar una casa. Has aprendido a traer hijos al mundo, a cuidarlos y educarlos en la forma correcta en la que se deben comportar en la vida. Conoces las labores del huerto, las hierbas medicinales, sabes cocinar y todos los trabajos de la casa. No te hemos podido enseñar nada de letras ni de números, porque tampoco nosotros tuvimos la oportunidad de que nos enseñasen. Y de religiones ya sabes que en

nuestra familia tenemos nuestros propios principios, tan buenos y honrados como los de la mejor religión, y nunca hemos necesitado que nos asusten con castigos de infiernos para actuar correctamente y con respeto a los demás y al Creador. Pero ya sabes que esto no lo podemos decir en voz alta, porque el Santo Oficio nos vigila.

Debemos aceptar las situaciones que nos llegan en la vida, aunque a veces sean dolorosas. Unas veces podemos decidir, pero otras no. El Amo me ha pedido que lleve a los hijos de las familias De la Concha y Xuarez, a las tierras altas del norte, porque así se librarán de las amenazas de la peste que se ciernen sobre todos nosotros, y también de las del Santo Oficio. En la ciudad a la que van, parece que aún no ha llegado la enfermedad y nadie conocerá los orígenes judíos de don Pedro de la Concha. A sus padres les duele separarse, pero creen que así los protegen. Pero nada de eso es tan importante para nosotros como lo que te voy a decir».

Padre tomó aire para coger determinación y descargó sus palabras como una tormenta.

–Me ha dicho también el Amo, que le han rogado las dos familias, que quieren que te vayas tú con ellos, allí a Segovia, para servirles. Dicen que comprenden que madre y yo no queramos desprendernos de una hija tan buena como tú, pero tu experiencia le sería de gran ayuda a su hija Elvira. A cambio a ti te darán casa, ropa y comida de por vida, y a nosotros, aunque preferiría que no me lo hubieran propuesto, nos prometen una pequeña renta hasta que Levana tenga ahora tu edad y esté tan bien preparada como tú.

Las lágrimas me caían por las mejillas, en silencio, porque no tenía ni el mínimo aliento para pronunciar palabra. Mientras oía a Padre, una tormenta retumbaba en mi cabeza. Pensaba en Madre, en Uziel y Levana, también en Padre, en Uma y en Rufián, y en todo lo que en aquella choza me había rodeado y había sido mi vida. Busqué con la mirada la ayuda de Madre, y ella, como siempre, incluso cuando no existía respuesta agradable que dar, supo encontrar las palabras que no calmaron mi desconsuelo, pero sí en parte el de la familia. Me cogió la mano.

–Moma, hija mía, sabes que eres lo que más quiero en el mundo, y no me perdonaría que por no tomar ahora una decisión que a ninguno nos gusta, mañana nos tengamos que arrepentir, porque por quedarte en este pueblo infectado, seas víctima de la peste. Ojalá tus hermanos fuesen un poco mayores y los pudiésemos enviar como a ti, lejos y con familias tan buenas.

Los dos días que faltaban para la ceremonia del matrimonio de Pedro y Elvira fueron todo un trasiego de preparativos en las tres casas: en la de los Xuarez con los de la novia, su ajuar y la ceremonia, que dadas las circunstancias sería algo muy sencillo; en la de los De la Concha, igualmente con los arreglos del novio, y los preparativos de algunos utensilios de equipaje con los que empezar; y también en nuestra familia, en la que Padre se ocupaba de preparar lo necesario para el viaje: dos mulas, que llevarían a la pareja, un burro en el que iría yo, y otra mula más para la carga. Padre iría como siempre, todo el camino a pie, junto a su perro.

Y mientras Padre se ocupaba de todo eso, lo verdaderamente necesario, Madre y yo deambulábamos por la choza con tareas innecesarias, cruzándonos sin querer mirarnos a los ojos, suspirando interiormente para que la otra no lo notase. Uziel, ajeno a la soledad en la que unos días después se encontraría, jugaba por el huerto. Levana, más ajena aún, había aprendido ya a columpiarse ella solita en el columpio de Uziel. Y Uma, que intuía en los latidos de mi corazón el drama de nuestra separación, no se despegaba.

Le pedí a Madre una talega para meter en ella a Tacirupeca y las dos cruces de lapislázuli que nos dio el juglar ciego, pero cuando me la trajo, había metido el cepillo con el que cada mañana se arreglaba el pelo y me lo alisaba a mí.

–Moma, llévate nuestro cepillo. Me lo hizo tu padre cuando naciste para que lo pudiésemos usar las dos, y con él te he cepillado todos estos años. Era ya más tuyo que mío.

Guardé aquella talega de mis tesoros con el resto de la ropa que Madre había doblado cuidadosamente y metido en una saca algo mayor.

El día de la boda, en aquella singular iglesia de la Virgen de la Granada, más que a una ceremonia pomposa, asistimos a un arreglo breve de liturgias, pero repleta de sentimientos contradictorios: de alegrías y de penas. Hasta el oficiante tuvo que hacerla a la carrera, porque no tenía tiempo para los vivos. Y yo, que fui la única invitada de aquella extraña ceremonia, recé por primera vez consciente de que lo hacía. Porque lo necesitaba. No sé a qué dios, ni a que virgen, solo sé que pedí que mi familia, a la que dejaba sanos y salvos, siguiese así, aunque no estuviésemos juntos.

El Amo nos citó a Padre y a mí para que, después de la boda, fuésemos a la Casa Grande a darnos las últimas instrucciones. Cuando llegamos nos encontramos que también estaban allí, Moisés de la Concha con su hijo, y Francisco Xuarez con su hija. Padre y yo nos sentíamos cohibidos porque yo nunca me había sentado en uno de los sillones de la Casa Grande, y Padre, que sí había tratado con el Amo en su despacho, tampoco le era natural ni cómodo.

Tomó la palabra el Amo, para dirigirse a todos.

«Bueno, sabemos que la boda de Pedro y Elvira tiene la doble razón de unir los intereses de las dos familias de esta pareja tan joven y adorable, hijos de mis buenos amigos Moisés y Francisco, pero también para que puedan marchar a Segovia, huyendo del peligro y la desgracia que la peste nos ha traído a Llerena. Para Pedro supone, además, que pueda rehacer su nueva vida junto a su esposa, sin el estigma de su ascendencia, y el temor al Santo Oficio.

Hemos hablado los tres responsables, Francisco, Moisés y yo, y hemos creído oportuno daros las últimas instrucciones para que el camino sea lo más seguro dentro de los riesgos que entraña. He puesto a disposición de la nueva pareja a mi mayoral, porque es el hombre más experto en esos caminos, y quién mejor puede llevarlos. Y sé que él ha hablado con su mujer y su hija Ieronima, también aquí presente, para que ella entre al servicio de la nueva pareja, e igualmente tengo que decir que, a pesar de su edad, es una joven responsable y muy trabajadora que servirá maravillosamente a Pedro y Elvira en las labores de la casa que funden en Segovia.

Durante el camino, debéis evitar el encuentro con personas, para eludir posibles contagios, pero también para ocultar vuestras ascendencias judías, y me refiero a ti, Pedro, a ti, mayoral y a tu hija, porque cuanto menos sepan vuestra ascendencia más seguros estaréis, sobre todo cuando lleguéis a Segovia. A partir de ahora, Ieronima, y por vuestro propio bien, jamás debes llamar en público a tu padre, como Padre, sino que debes llamarlo, mayoral.

Es probable que cuando lleguéis a las ciudades por las que tenéis que pasar, os pregunten quiénes sois y de dónde venís. Responded siempre con tranquilidad y sin nervios: que sois de Llerena, que os llamáis Pedro de la Concha y Elvira Xuarez, los dos con limpieza de sangre, que habéis contraído matrimonio y que marcháis a Segovia, huyendo de la peste y para hacer vuestra propia familia y negocios allí. Y diréis que Ieronima es una joven, también de esta villa, que ha entrado a vuestro servicio. Y tú, mayoral dices que trabajas para mí, y das mi nombre, porque soy bien conocido, y que tienes instrucciones de llevar a estas tres personas a buen destino».

Yo, naturalmente no abrí la boca. En realidad, nadie lo hizo, porque solo Moisés y Francisco ratificaron con gestos lo dicho por la autorizada voz del Amo.

Pensé, con una sensación de desconsuelo, que los últimos días de mi vida que iba a estar con Padre, tendría que llamarlo mayoral, pero comprendiendo las razones que el Amo nos había dado, lo acepté. Pero hubo algo que hablaron ellos antes de que llegásemos Padre y yo que no nos quisieron contar, pero que nos enteraríamos en el camino a Segovia.

Cuando salimos de la Casa Grande, la noche se había apoderado de la luz, y la luna no podía remediarlo, porque solo le quedaba una insignificante línea de luz menguante que mañana habría desaparecido, dejando nuestra primera noche hacia la nueva vida, en la más absoluta oscuridad.

DOLOROSA HUÍDA HACIA LA LIBERTAD

LUNA NUEVA DE OTOÑO DE 1496

Al día siguiente, cuando el alba asomó irremediabilmente por la línea del horizonte, los cuatro nos disponíamos ya a cruzar el arco de la puerta de Villagarcía. Habían ido hasta allí para despedirnos: Moisés, cansado, pero haciendo frente a su agotamiento para ver a su hijo menor cruzar la puerta hacia la libertad, resolviendo así el estigma de su antigua religión; estaba también Francisco, con cara de tristeza, viendo marchar a su hija preferida hacia tierras lejanas, pero confiando que así la ponía a salvo de la maldita epidemia. Ninguna de las dos madres, habían querido ir, porque habían preferido verter sus lágrimas de despedida en sus casas. Pero Madre sí. Estaba allí. Entera y firme, como siempre, asumiendo la realidad del destino, con Uziel, de siete años cogido de una mano y Levana, de solo tres, de la otra. Uma, asociando nuestra partida con la trashumancia y las largas ausencias de Padre, daba vueltas, inquieta, yendo y viniendo, pasando delante del burro que me llevaba para que se detuviese. Viendo que no lo conseguía comenzó a ladrar mirándome a mí y luego a Madre. Se volvía hacia ella y luego hacia mí, sin entender que no hiciésemos caso de sus advertencias, como si no fuésemos nosotras ya conscientes de aquello. Viendo que el burro se iba a espantar, decidí bajarme para acariciarla y tratar de calmarla, pero fue peor, porque agarró mi saya con sus dientes y empezó a tirar de mí hacia donde estaba Madre. Padre, al verla, paró la caravana, dejó a Rufián sentado delante del primer mulo y vino hasta mí. Agarró a Uma con fuerza por la piel del cuello y tiró de ella ordenándole con voz firme que obedeciese. Yo también le pedía a Uma que fuese con Madre y con los niños, pero en cuanto Padre la dejó allí, no pudieron sujetarla y se vino de nuevo hasta mí, rogándome con sus ladridos que me bajase. Padre se empezó a impacientar viendo la cara de desagrado de Moisés y Francisco, así que reinició de nuevo la marcha. Uma, viéndome subida en el burro y que prose-

guíamos la marcha, cambió de estrategia, dejó de ladrar y resignada decidió ponerse a caminar al lado del burro, dispuesta a seguirnos hasta donde fuésemos. Pensé que Madre no se podía quedar sola con los niños y sin perro, pero Padre, que debió de pensar lo mismo, le dijo a Rufián que se fuese con ella y el perro obedeció, como siempre.

Poco después miré hacia atrás. El otoño estaba llegando, porque las primeras luces del día iluminaban las copas de los árboles con un tono más tibio. Vi a Madre, aún firme, de pie, y tres pequeñas siluetas junto a ella. Su voz parecía llegarme desde ellos, siguiendo nuestras pisadas en el camino que poco a poco nos alejaba. Una voz que me decía con resignación: Moma, vuelve algún día, no te olvides nunca de nosotros, hija mía.

II - DIÁSPORA

PASOS QUE ACERCAN, PASOS QUE ALEJAN

DE LLERENA A SEGOVIA

Solo Padre sabía a qué nos enfrentábamos. Un largo camino de más de un ciento de leguas, en dirección hacia el norte, en el que a medida que avanzásemos el clima sería peor. En el que podíamos encontrarnos con gentes de toda condición, y en el que los salteadores aguardaban el paso de las personas más vulnerables, como nosotros. Elvira me contó que llevábamos escondido todo el dinero que su padre había aportado como dote a su matrimonio, una gran fortuna, y también el que el padre de Pedro había dotado a la joven pareja para que pudiesen iniciar un negocio en Segovia. Era casi todo lo que le quedaba de su mermada fortuna. Ni ella ni yo sabíamos dónde lo habían escondido, para que no corriésemos riesgo en caso de ser asaltados. Pedro había acompañado alguna vez a su padre a pueblos cercanos, pero ni Elvira ni yo habíamos salido más allá de las cercanías de Llerena.

Cabalgábamos hacia Çafra, pero no estábamos acostumbrados. Nuestras monturas eran simples serones de paja y unas mantas, atadas con cinchas. Desmontábamos a ratos, agotados de la montura, y seguíamos a pie, hasta que el nuevo cansancio nos hacía volver a ellas.

Los pasos de Padre eran tranquilos y constantes, de buen pastor, calculando lo que quedaba por delante. Los nuestros eran atolondrados, dados solo para resolver el instante. Para Pedro y Elvira eran los pasos que los llevarían a fundar su nueva casa. Para mí eran pasos que me acercaban al reino prometido, pero que me alejaban del paraíso de mi Llerena.

Aquellas primeras leguas fueron duras. No solo porque nuestros cuerpos necesitasen acostumbrarse a la marcha, sino porque además teníamos que hacerlo sin mirar atrás con el pensamiento.

Cuando padre notaba que Elvira estaba muy cansada escogía un apartado en el camino y parábamos para reponer fuerzas con

algo: unos higos secos, unas nueces, o un poco de queso con pan. Las bestias y Uma solo comían una vez al amanecer, antes de salir, y otra por la noche, que era cuando nosotros también hacíamos la comida caliente.

Llegamos a las afueras de Çafra, después de caminar más de ocho leguas. Hacía unos días que había terminado la feria de San Miguel y se notaba el ferial abandonado. Quedaban algunas casetas que intentaban vender sus existencias, y Pedro compró algunas provisiones más, de las que sabía que eran de más calidad que las de Llerena, como el vino.

Padre solía ir para comprar y vender el ganado del Amo, pero en aquella ocasión el motivo era bien distinto y fuimos conscientes de ello. Llegamos a la puerta de la Alcabala, nos pararon y nos preguntaron quiénes éramos y de dónde veníamos. Habían puesto veto de entrada para evitar la propagación de la peste, aunque nos enteramos que intramuros ya se habían detectado algunos casos. Gracias a que Padre pudo hablar con un comerciante conocido del Amo, éste se responsabilizó de nosotros y pudimos entrar, aunque nos examinaron con desconfianza.

Buscamos un lugar para pasar la noche. Padre y Uma no parecían notar el cansancio, pero Elvira, Pedro y yo, sentíamos el dolor en todo nuestro cuerpo. Entre Padre y yo encendimos un fuego y cocinamos un caldero de comida caliente, con la que todos repusimos fuerzas. Me acerqué a Elvira porque suponía que, como yo, notaba en el silencio de la oscuridad los recuerdos de lo que habíamos dejado en Llerena. Después de hablar un rato nos sentimos algo mejor y nos echamos a dormir. Padre a un lado, junto a los aparejos; Uma y yo al otro, compartiendo mi manta para darnos calor; y un poco más allá, Pedro y Elvira, también compartiendo las suyas.



Al levantarnos el frío había convertido el dolor en inmovilidad. Padre nos recomendó que caminásemos un rato antes de montar

en las bestias, para meter en calor el cuerpo. Seguimos su consejo y cuando la luz del día nos descubrió caminando hacia Almendral, el dolor pareció que nos perdonaba.

Dejábamos al pasar, a ambos lados del camino, campos de almendros y viñedos. Los almendros no tenían ya frutos porque, como los algarrobos, estaban recolectados, pero en los viñedos aún quedaba faena, y hombres, mujeres y niños, se afanaban, bajo la mirada del capataz, para terminar la recogida de la uva antes de que la lluvia la pasase. Fuimos un rato detrás de una carreta cargada de uva, que iba dejando un reguero de zumo que se escurría de la carga por los esterones del fondo. El caldo se lo iba bebiendo el polvo seco del camino. Era como si el corazón de la uva quisiese regresar a la tierra en la que nació. Como me ocurría a mí. Miré hacia atrás, pero solo vi el polvo que levantábamos al caminar.

Ese día, en las paradas que hacíamos para descansar aprovechamos para comer racimos de uvas que pedíamos a los vendimiadores. Nos miraban y nos los daban con recelo, porque el miedo a la peste estaba ya en todos los caminos.

Cuando llegamos a Almendral, nuestros cuerpos estaban aún más cansados que el primer día, a pesar de haber hecho un buen descanso a mitad de camino, en el Manantío de la Puebla, y haber caminado casi dos leguas menos.

Pero cuando fuimos a entrar en la villa, nos pararon, y cuando los vigilantes de la puerta se enteraron que veníamos de Llerena, dijeron que podíamos estar infectados y nos amenazaron con sus lanzas para que nos alejásemos. Caminamos un poco más hasta perderlos de vista. Padre buscó un resguardo en el camino para pasar la noche. Solo pudimos comer cosas frías, por miedo a hacer un buen fuego para cocinar, y hacernos notar ante posibles salteadores. Padre encendió uno muy pequeño, solo para calentar una infusión para que durmiésemos y descansásemos mejor, y oímos su promesa con alivio:

–Mañana los cuerpos empezarán a acostumbrarse y caminaréis mejor.

A pesar de la poca luz que dio aquel fuego, alguien la vio y vino hasta donde estábamos. Era un caminante, aparentemente solo. Uma lo oyó llegar y nos advirtió, y antes de que pudiese acercarse, Padre se puso en guardia y le dio el alto. Pedro comprobó que llevaba colgado a su espalda un gran pellejo de vino, y con semejante carga no podía ser un bandolero, sino alguien que buscaba cobijo. Calmó a Padre y asumió su papel de Amo.

Utilizó su encantador lenguaje de comerciante, con el que se entendió perfectamente con su colega, un comerciante de vino de Almendral. Pedro, que sabía de la fama de ese vino, le propuso comprarle algo del que llevaba, pero antes tenía que probarlo para confirmar si el suyo era mejor que el que había comprado en Çafra. Después de un rato de charlas y risas, con tragos de cata, Pedro le propuso un trato:

-Le compro todo el vino de Almendral que quepa en las botas que llevamos, pero como las llenamos ayer con vino de Çafra, debo vaciarlas, y como no voy a tirar un vino tan bueno, a pesar de que el suyo sea aún mejor, yo le vendo el mío a un precio razonable y naturalmente menor que el suyo. Vaciaremos mi vino en estos pucheros y cuando hayamos sacado todo el vino de Çafra, llenaremos nuestras botas con el suyo. Luego usted podrá echar el de Çafra con el que lleva de Almendral, porque nadie lo notará, y como yo le pagaré más por el que usted me vende que por el que yo le vendo, ganará más dinero aún, porque habrá vendido el vino dos veces, primero a mí, y luego cuando venda el que yo le vendo, pero a un precio mayor que el que me paga a mí. El hombre lo pensó solo un momento, y accedió antes de que Pedro se echase atrás. Se dieron la mano y cerraron el trato. Pedro le dio diez maravedíes por la diferencia del precio y todo el vino de Çafra. Los dos comerciantes brindaron satisfechos, pensando ambos que habían hecho un buen trato, e invitaron a Padre.

Cuando a la mañana siguiente nos despedimos del comerciante, Padre, que no entendía muy bien de cuentas, le preguntó a Pedro por cuanto había comprado y vendido el vino.

–Le he pagado ochenta maravedíes por el vino de Almendral, y él me ha pagado setenta por la misma cantidad del de Çafra.

–Entonces, a usted le ha costado solo diez maravedíes cambiar el vino por este que es mucho mejor.

Pedro lo miró con picardía.

–Bueno aparentemente sí, pero en realidad he ganado cinco maravedíes, porque en Çafra pagué cincuentaicinco maravedíes por él y a este comerciante se lo he vendido por setenta.

–Ah, pues los tratos son los tratos –respondió Padre–, el hombre se ha ido conforme y sonriente, porque llevaba diez maravedíes en el morral y todo el vino para volver a venderlo.

Estaba confusa sin entender bien cómo podían estar los dos tan satisfechos, pero cuando al día siguiente Elvira me lo explicó con los dedos de mi mano, lo comprendí.

–Pedro ha nacido para comerciante –dijo Elvira–. Ha cambiado su vino por otro mejor. Ha ganado cinco maravedíes, y ha hecho feliz al comerciante porque ha ganado diez maravedíes por nada. Es una buena señal, porque estos son los primeros cinco maravedíes que ha ganado en nuestra nueva vida.



Como predijo Padre, al día siguiente nos encontramos algo mejor, pero no hasta la hora del Ángelus. Era el tercer día, y caminamos hacia la ciudad de Emerita. Mientras marchábamos traté de averiguar cuanto nos quedaba para llegar a Segovia: más de noventa leguas, y casi tantos días como los dedos de cuatro manos.

Cuando descabalgábamos para caminar un rato, me acercaba a Elvira para poder hablar como antes, pero aquel día ella estaba cansada y el ánimo y disposición a todo que siempre había tenido parecían haberla abandonado. Traté de animarla, diciéndole que yo también echaba de menos a mi familia, pero que cuando llegásemos a Segovia tendría una nueva vida junto a Pedro, al que siempre había

querido tener de esposo, y que vendrían hijos y formaría su propia familia. Al oírme se echó a llorar.

–Moma, no llores por eso. Recuerdas el juicio de los emparedados del Santo Oficio. Y recuerdas que se rumoreaba que uno de los rescatadores se quedó en Llerena, Pues ese ya tampoco está allí.

No entendía nada, pero ella bajo la voz a pesar de que nadie podía oírnos y se desahogó.

–Moma, aquel rescatador fue Pedro, y lo hizo porque su madre le pidió que salvase a su hermana. No lo ha sabido nadie, solo él y sus padres. Ni siquiera sus hermanos. A mí me lo ha contado anoche, cuando nos acostamos. Pero me tienes que jurar por la Virgen de la Granada, que no se lo contarás a nadie. Ni siquiera a tu padre.

Aquel secreto me hizo pensar que nuestro camino sería aun más peligroso, pero también más necesario. Elvira sintió alivio al compartirlo, porque desde ese momento su peso lo llevábamos entre las dos.

Con la mente puesta en aquel secreto, el camino se nos hizo más corto, y empezamos a ver a lo lejos la silueta de una muralla teñida con los dorados de la puesta de sol, y un río que la rodeaba, como un cinturón de plata reluciente.

Empezamos a cruzar el puente para entrar en Emerita por una de las puertas de la muralla. Era un puente inmenso, largo y alto. Al mirar hacia abajo, el agua parecía un enorme camino brillante, en el que resbalaban los rayos del sol. Pero al llegar a la puerta, el encanto se desvaneció. De nuevo nos echaron por miedo a la peste. Nuevamente tuvimos que dormir extramuros, con el riesgo de que alguien nos asaltase.

Como las noches anteriores, Pedro y Elvira durmieron juntos, Padre cerca de las cabalgaduras, y Uma y yo bajo la misma manta. Busqué recuerdos de Madre y mis hermanos, y así, con ellos en la distancia, me dormí.



A la mañana siguiente la lluvia había aparecido. Seguimos nuestro Camino de la Plata, cruzando la inmensa dehesa. Miramos hacia

atrás y, a pesar de su gran tamaño, Emerita se hacía más pequeña a cada paso, hasta que oculta por las gotas, desapareció.

La lluvia en cambio nos acompañó gran parte del camino. Era una lluvia fina, envuelta en niebla, que no calaba nuestra ropa, pero sí nos mojaba la cara.

Paramos a descansar debajo de una gran encina. En el suelo había unas bellotas. Cogí una, la más grande y hermosa, aunque sabía que aún estaban amargas y no se podían comer, pero no la quería para eso. Me recordaba a nuestra dehesa, y aquellos momentos en los que Uziel y yo las cogíamos. La guardé en la talega de mis tesoros.

Llegamos a una pequeña población llamada Güeskar, en la que tampoco pudimos entrar para dormir, porque era una villa en la que había quedado una colonia de familias musulmanas conversas, y el Santo Oficio hacía frecuentes visitas. Así que Pedro convenció a Padre para evitar tener que dar muchas explicaciones. Yo sabía bien por qué lo hacía. Seguimos un poco más adelante, y Padre buscó una especie de cueva entre dos rocas para pasar la noche.



Cuando a la mañana siguiente me desperté, antes de que saliese el sol, Padre ya tenía aparejadas las cabalgaduras. Habíamos dormido mejor porque las caminatas se estaban haciendo rutina en nuestros cuerpos. Después de comer caliente lo poco que nos quedaba, recogimos y partimos.

Nos habíamos quedado sin provisiones, así que teníamos que ganar tiempo en el trayecto para llegar temprano a Caeserina y poder reponerlas. Con la incertidumbre de si nos dejarían entrar.

En un momento del camino, Elvira empezó a quejarse, pero como no debíamos parar, desmonté del burro y me acerqué para poder darle ánimos. Fuimos así un buen tramo, porque le consolaba mi proximidad. Elvira no estaba acostumbrada al trabajo duro ni a las dificultades en las que me había criado yo.

Uma se adelantaba a veces, incluso por delante de Padre, oliendo en el camino los rastros del ganado de la trashumancia. Otras, se quedaba un poco atrás, entretenida también con el olor de algún animalillo, y luego corría hasta alcanzarnos. Nunca nos perdía de vista y la mayor parte del tiempo caminaba junto a mí, hasta que un olorcillo despertaba su instinto y volvía a tirar de ella.

Cuando divisamos las murallas de Caeserina todos deseábamos poder entrar, para poder descansar mejor y más tranquilos, pero sobre todo para reponer las provisiones. Las ciudades tan grandes eran un reclamo para pícaros, que venían en busca de oportunidades de engañar a quién se dejase, en los mercados y en las calles. Al anocheecer, como no tenían con qué pagar, los echaban a dormir extramuros. Por eso Padre y Pedro querían evitarlos, llevando como llevábamos la fortuna escondida y todo lo que cargaba la mula.

Nos pararon en la entrada y los guardas empezaron a poner dificultades. Pedro reaccionó con habilidad y un pequeño soborno de vino nos abrió las puertas.

Ya no nos sentíamos tan cansadas, y antes de dormirnos, Elvira y yo estuvimos charlando y riendo un buen rato. Ella retomó su espíritu, y empezamos a recordar aquellos buenos ratos en la plaza Pública. Después nos echamos a dormir. Pedro se había apartado un poco para no oírnos y se había quedado dormido. Elvira y yo dormimos arropadas juntas para darnos calor, y Uma se tuvo que conformar con verme de lejos.



Entrábamos en las ciudades por la parte sur y salíamos por la del norte, porque esa era la dirección con la que nos alejábamos de Llerena, con el naciente a nuestra diestra y el poniente a la siniestra. Sintiendo que cada día estábamos unas leguas más allá.

Habíamos dormido y comido bien antes de partir para Cañaveral, y llevábamos la mula cargada de provisiones, así que iniciamos el camino con buen ánimo. Padre nos advirtió que el trayecto era

bastante llano, pero que sería una de las etapas más largas. Algo más de diez leguas.

Pero a nosotras nos pareció estar en la rutina de siempre. Entre el cansancio, las preocupaciones y las añoranzas.

Cuando faltaba menos de la mitad del trayecto, un gran río se cruzó en nuestro camino, enorme y profundo, y que tuvimos que atravesar por un puente de piedra, que unas crecidas lo habían dañado. Tuvimos que ayudar a Elvira, porque le impresionaban las alturas, y aquel puente, con trozos de barandilla rotos y agujeros en la calzada por los que se veía el agua, impresionaba.

Cuando disfrutábamos de un descanso y de las nueces que tomábamos para reponer fuerzas, vimos que se acercaba un hombre con capa y sombrero. Venía solo, pero al traer capa podía ocultar una espada. Padre se puso de pie con su callado cogido con las dos manos y le dio el alto. El hombre levantó los brazos en son de paz, y se abrió la capa para que viésemos que iba desarmado.

Nos tranquilizó diciendo que era un hombre de paz. Que era solo un pobre bachiller que caminaba hacia Sevilla, en donde esperaba encontrar una ocupación de escribano en el reclutamiento de marineros y colonos con destino a las Indias. El primero en confiar fue Pedro, que enseguida entabló conversación, y luego Padre y nosotras. Una fue la última.

El pobre bachiller era solo un joven inofensivo, con pocos medios económicos, a juzgar por sus ropas con presunciones de elegancias, pero ajadas y raídas, al igual que sus botas, en la que un agujero dejaba al aire el juanete. Estaba muerto de hambre, a juzgar por cómo devoraba todo lo que le ofrecíamos. Eso sí, muy cortésmente, porque primero lo rechazaba por educación, pero antes de que le diésemos la oportunidad de hacerle caso, extendía la mano para cogerlo. Era un “No, por Dios... muchas gracias... pero si insiste”.

Después de un rato, decidimos reanudar nuestro camino, pero él, con la panza bien repuesta, decidió quedarse para echar una siesta, antes de emprender el suyo.

Con los rayos del sol tiñendo el horizonte, llegamos a Cañaveral, después de más de diez leguas de viaje.



Cuando a la mañana siguiente me desperté conté con los dedos de una mano y dos más los días que llevábamos caminando.

Aquel día, Elvira y yo tuvimos momentos de alegrías y de tristezas, porque éramos conscientes de que ya estábamos a casi la misma distancia de Llerena que de Segovia y eso nos alegraba y nos entristecía. El camino se hizo más llevadero, porque transcurría muy llano y eso nos permitía ver a una distancia muy lejana. Un montículo fue agrandándose en el horizonte y Padre nos lo señaló diciendo que aquello era ya Placentia, el final de aquel día. A medida que nos acercábamos se iba definiendo el perfil de una gran ciudad. La muralla, sus almenas, y una gran puerta. A los pies de la muralla nuevamente el río hacía también de defensa. Y cómo no, un puente por el que debíamos cruzar. Elvira al verlo puso mala cara, pero Padre la tranquilizó y le dijo que esté era mucho más pequeño y que no le impresionaría cruzarlo. Al llegar a la cabecera del puente desmontamos y cruzamos a pie, Elvira cogida de mi brazo como sostén, porque a pesar de que era tres años mayor, yo tenía más altura y fuerza. Así entramos en la ciudad, cogidas del brazo, triunfantes del nuevo logro, pasando por debajo del arco de la puerta de Trujillo.

Nos preguntaron, como de costumbre, de dónde y a dónde íbamos, y Pedro, igualmente acostumbrado, repetía lo mismo. Antes de darnos el salvoconducto, avisaron a un monje mayor y experto en la peste, para que nos reconociese. Estábamos asustados por si nos encontraban algo, pero no fue así y pudimos entrar.

Encontramos un buen lugar para pasar la noche, un tinado en el que tanto nosotros como las bestias podríamos descansar, a cambio de unas monedas que pagó el amo Pedro. Padre y yo organizamos la estancia. Desaparejamos las bestias y les echamos de comer. Comimos también nosotros, y después nos echamos a dormir. Pedro

volvió con su esposa, Padre se recostó sobre el aparejo de una de las mulas, y Uma y yo nos acorruamos en una esquina tapadas hasta la cabeza, escondiéndonos del frío.



Pero si al acostarnos se notaba el frío, al amanecer mucho más. Cuando nos levantamos un viento helado que venía del norte nos hacía tiritar. Pedro se acercó a Padre y estuvieron hablando un buen rato. Al parecer comentaron el itinerario que deberíamos llevar, porque Padre tenía previsto desviarnos ya de nuestra cañada, y tomar la del Valle del Jerte para dirigirnos hasta Tornavacas. Pero al parecer Pedro tenía que ver a un señor en una villa llamada Hervas, para un tema muy importante, así que se plantearon o bien ir los cuatro a Tornavacas, como estaba previsto, y quedarnos Elvira, Padre y yo allí, un par de días esperando a que Pedro fuera solo a Hervas y volviera, o, no separarnos y seguir el Camino de la Plata, hasta Hervas, y al día siguiente cruzar las montañas hasta llegar a Tornavacas. A Elvira le pareció que era muy peligroso que Pedro hiciese solo el camino, así que decidieron que seguiríamos juntos.

Terminamos de cruzar la ciudad de Placentia, saliendo por la puerta Berrozana, y siguiendo de nuevo el Camino de la Plata, en dirección a León. El viento nos helaba las manos y la cara, y Padre nos aconsejó que desmontásemos y caminásemos un rato para entrar en calor.

Pedro se fue delante con Padre, y Elvira enseguida me hizo un gesto para que me adelantase y me pusiese a su lado. Seguía preocupada con el peligro que corría su esposo, al que el Santo Oficio perseguía, pero sin saber exactamente quién era el rescatador oculto. Al menos esperábamos que aún no lo hubiesen descubierto, porque los otros rescatadores ya habían sido identificados por sus ausencias al día siguiente, pero Pedro, más inteligentemente, esperó y buscó la coartada de su boda y el viaje a su nueva vida con su esposa.

Después de un rato, la cañada empezó a empinarse y como notábamos el cansancio, nos subimos a las cabalgaduras. El valle bor-

deaba las montañas, pero, aun así, notábamos cómo poco a poco su-
bíamos más, porque las bestias aflojaban el paso y el frío era mayor.

Tuvimos que parar muchas más veces, para soportar el cansancio de las pendientes. Cuando llevábamos caminando más de diez horas, notamos que la luz del sol empezaba a bajar. Padre se sintió contrariado por haber tenido que cambiar los planes de su itinerario, pero Pedro había impuesto su criterio en la necesidad de ir a Hervas.

Continuamos así dos horas más, y ya completamente de noche, divisamos las luces de Hervas. Eso nos animó a apretar el paso, porque sin el calor del sol, el frío era cada vez mayor. Después de casi doce leguas de viaje, con los cuerpos ateridos y agotados, alumbrados por la luz de la luna de cuarto creciente, entramos en Hervas.

Pedro preguntó por un hombre. Pero surgió el problema. Nos dijeron que vivía en la antigua judería. Pedro dijo que a pesar de ello teníamos que ir, ante la sorpresa de Padre y mía. El hombre tenía facciones judías, pero su atuendo era de un caballero castellano y en su casa no había rastro de que lo fuese. Pedro se apartó y habló con él un buen rato y luego vino muy amable a atendernos, ofreciéndonos su casa mientras estuviésemos en Hervas. Al vernos a Elvira y a mí ateridas de frío, llamó a su esposa para que nos atendiese. Nos prepararon comida que devoramos al calor de la lumbre, y luego nos dejaron unos camastros para dormir, aunque Padre prefirió ir a dormir al establo con las bestias. Todo aquel secretismo me hacía pensar qué había detrás, pero cuando me acosté el cansancio pudo más.

A la mañana siguiente tuvimos una nueva sorpresa. Al parecer, Pedro necesitaba unos documentos, y estos tardarían por lo menos dos o tres días, así que tendríamos que quedarnos allí. A Padre se le veía contrariado, pero siempre obediente con el encargo de su Amo, se resignó.

Aquellos días en Hervas nos sirvieron para comer bien en casa de aquella familia que nos acogía, y recuperar fuerzas, porque sabíamos que cuando reanudásemos el camino, nos encontraríamos con una dificultad aún mayor: pasar del valle de Ambros al del Jerte, pero cruzando toda la sierra de Bejar, sin camino ni casi veredas, solo campo a través.

Dos días después, el señor llegó muy satisfecho. Traía oculto un pergamino enrollado y cuando se lo mostró a Pedro, su cara se iluminó. Vimos que tenía incluso un sello de lacre. Sacó de su alforja una bolsa grande de monedas y se la dio.



Después de aquellos días de espera, volví a contar los que llevábamos desde que salimos de Llerena, y comprobé que eran ya los de las dos manos y uno más.

Cuando a la mañana siguiente Padre le dijo al señor de la casa que teníamos que ir a Tornavacas, puso un gesto de sorpresa y asombro, porque ese camino muy pocas personas se atrevían a hacerlo. Además, era refugio de bandoleros.

Nos planteamos si volver a desandar el camino hasta Placentia para tomar la otra cañada, pero eso supondría volver a necesitar dos días más para llegar a Tornavacas, y después de los ya perdidos en Hervas, Pedro decidió que fuésemos directamente a Tornavacas. El dueño de la casa, al ver que solo Padre era experto pero que ni él conocía aquella ruta, se ofreció a acompañarnos hasta un punto en el que ya podríamos seguir solos sin riesgo a perdernos.

Nunca habríamos podido imaginar lo duro que resultaría. Las pendientes hacían que las bestias resbalaran, y teníamos que descalegar para subirlas andando. Dábamos pasos muy cortos y aun así nos quedábamos sin aliento. Cuando llegamos a lo alto de una cima vimos a lo lejos el valle del Jerte. El señor nos dijo que desde allí podíamos seguir solos, pero que no nos confiásemos porque aún nos quedaban muchas horas de camino.

Así fue. Continuamos sin parar por una vereda interminable, desde la hora del Ángelus hasta la de Vísperas. El Jerte desaparecía y volvía a aparecer, a la vez que la vereda bajaba a lo hondo del barranco o nos encaramábamos a una cima. La noche se nos echaba encima y la oscuridad borraba por momentos la estrecha senda, hasta que poco a poco fue desapareciendo y nos quedamos sin ella. Elvira

y yo estábamos aterradas pensando en los bandoleros y lo decíamos. Pedro también, pero lo ocultaba. Padre pensaba solo en cómo seguir las estrellas para sacarnos de aquel laberinto y cumplir su compromiso con el Amo.

Llegamos a Tornavacas faltos de aliento y llenos de dolores. La pobre mula de carga estuvo a punto de reventar.

Pedro, sin ánimo para negociar, habló con el dueño de una casa y le pago algo para que nos permitiese resguardarnos en su cobertizo. Allí cenamos algo de cualquier manera y nos echamos a dormir.

Parecía que nuestras vidas se habían convertido en una historia interminable. Levantarnos, salir al alba, caminar hasta consumir nuestras fuerzas, y llegar con las penumbras del anochecer y el tiempo justo de comer algo y echarnos a dormir. Así cada jornada, con los miedos de cada cual ocultos.



Afortunadamente a la mañana siguiente habíamos retomado la cañada real del Valle del Jerte, que nos llevaría hasta Piedraficta, que, si bien tendríamos que caminar casi todo el trayecto ascendiendo, estaba preparada para el paso del ganado de trashumancia.

El frío seguía apretándonos las carnes, y el camino, mucho más cómodo, nos invitaba a desmontar a ratos para entrar en calor, hasta que el cansancio superaba al frío.

A la hora del Ángelus hicimos una parada, y en el descuido del descanso salieron del bosque tres hombres que venían hacia donde estábamos nosotros. Uma nos lo avisó. Padre se puso en pie y advirtió a Pedro. Elvira y yo recibimos las advertencias, pero no nos movimos.

Padre con su cayado sujeto firmemente se había adelantado un poco. Uma, agazapada a su lado, gruñía amenazante, lista para abalanzarse contra los extraños en cuanto Padre se lo ordenase, y cuando aún estaban a una distancia prudente les gritó.

—Alto ahí. Quién va, y porqué se han salido de su camino para venir a donde descansamos nosotros.

-Solo queremos saber si nos pueden dar algo de beber y comer. Somos tres monjes dominicos que venimos caminando desde el monasterio de Santo Tomás de Ávila. La última noche la hemos pasado en el convento que nuestra congregación tiene en Piedraficta, y vamos camino del monasterio de Santa María da Vitoria, también de nuestra congregación, en la ciudad lusitana de Batalha.

Elvira reparó en que efectivamente llevaban hábitos blancos con esclavina negra y un rosario de quince misterios en la cintura. Padre bajó su cayado, Uma se relajó un poco y Pedro se adelantó hasta ellos, y al confirmar que parecían hombres de paz los invitó a sentarse. Nos relajamos todos y mientras compartíamos la comida, Pedro justificó el motivo de nuestro viaje a Segovia, en donde Pedro y Elvira tenían un familiar comerciante de paños.

El mayor de ellos nos contó que se llamaba Fray Tomás, y sus acompañantes eran los hermanos Luis y Daniel. Venían de un monasterio en Ávila que hacía solo tres años se acababa de terminar de construir, promovido y financiado por el propio tesorero de los Reyes de España, en honor a Santo Tomás, y regentado por su orden de Dominicos.

Nos contó que de los dos frailes que lo acompañaban, el hermano Daniel, había aprendido la ciencia de la música y a tocar el órgano siendo, a pesar de su juventud, un excelente maestro capaz de competir con otros mucho mayores y más experimentados. Iban al monasterio de Batalha para hacer unas pruebas, ya que su organista había fallecido y se había quedado el puesto vacante.

Explicó, un tanto orgulloso, que su orden religiosa no permitía que viajase un hermano solo, así que debían ir los tres, ya que, si el hermano Daniel era seleccionado, que Dios lo quisiese, tendrían que regresar los otros dos sin quebrantar sus reglas.

Después de un rato y con un poco de pereza, nos pusimos todos en marcha, cada cual en la dirección de sus destinos, pero antes de marcharnos fray Tomás nos agradeció los alimentos y la compañía dándonos su bendición. Y nos dijo que cuando llegásemos a Piedraficta, fuésemos al convento de las Beatas Dominicadas de Santa Cata-

lina, junto a la puerta de Ávila, y que dijésemos que nos enviaba fray Tomás, en correspondencia por nuestra generosa acogida, e igualmente, cuando llegásemos a Ávila, nos presentásemos al prior del Monasterio de Santo Tomás con la misma referencia. Nos deseamos mutuamente buen viaje y marchamos en direcciones opuestas.

Al llegar a Piedraficta, fuimos directamente al convento y preguntamos por la priora. Cuando le dijimos de parte de quién íbamos y cómo nos habíamos conocido, nos abrió las puertas. Nos dijo que Elvira y yo podríamos pasar la noche en el interior, en una dependencia junto al claustro, pero que los hombres tendrían que quedarse fuera, en el cobertizo, en la parte trasera del convento, junto al huerto.

Al oír lo del huerto, no pude evitarlo, y les conté que mi familia también tenía un pequeño huertecito en Llerena. Como aún había luz, nos ofreció ir a verlo y recolectar algo para preparar la cena, antes de que dieran las Vísperas. Elvira, Pedro y Padre prefirieron quedarse descansando, pero yo me dejé acompañar por la priora y la hermana encargada del huerto, que se les notaba con ganas de lucirse. Al verlo me quedé impresionada. Era como un paraíso del Creador. Labrado y cuidado, sin malas hierbas, todo limpio y ordenado, los árboles podados y bien formados, las verduras sanas y frondosas y los senderos para recolectarlas delimitados en los bordes con piedras gruesas encaladas y empedrados de pequeños guijarros para evitar malas hierbas. La priora y la hermana miraban mi cara para ver mi reacción, y confirmaron orgullosas lo que ya sabían. Recolectamos algunas verduras y nos volvimos a la cocina para prepararlas: unas cebollas asadas y un caldo de berros.

Después de conocer el interior del convento, la tranquilidad de sus claustros y la limpieza y pulcritud de todo el recinto, pensé si Levana podría algún día entrar allí en aquella congregación, y así estaríamos más cerca las dos, porque ya solo nos debían faltar cuatro o cinco días para llegar a Segovia. Pero lo olvidé. Levana nunca se iría a un convento para garantizarse el futuro, dejando a mis padres solos. Con aquella realidad se desvaneció la esperanza de acercarnos.

Durante la noche oímos las campanadas anunciando las horas de los rezos: Maitines y Laudes, y al amanecer, cuando la campana dio la primera hora del día, nos levantamos también nosotros, no para rezar, ni tampoco para desayunar, porque sabíamos que en los conventos la primera comida no la hacían hasta el Ángelus. Nos levantamos como cada día: para seguir la incertidumbre de nuestra interminable marcha.

Pensamos que comeríamos de nuestras provisiones cuando ya estuviésemos un poco alejados del convento, pero nos llevamos una sorpresa. La priora le dijo a Elvira que nos tenían preparado en el refectorio una comida humilde pero abundante, para que cogiésemos fuerzas. Pero hubo un contratiempo. Un momento incómodo. La priora nos rogó que cumpliésemos con la liturgia de los rezos a Nuestro Señor, en agradecimiento por los alimentos que íbamos a tomar, y que solo ella, puesto que las otras hermanas estaban en la capilla en sus oraciones, nos acompañaría. Comenzó a rezar, y Elvira contestaba con facilidad y claridad. Yo la seguía bien, pero Pedro y Padre pronunciaban los rezos a trompicones, tratando de repetir nuestras palabras.



Mientras terminábamos los preparativos para partir, la Priora se ausentó un momento, y al despedirnos le dio a Elvira una carta cerrada con la indicación y el ruego de que se la debía entregar personalmente al prior del monasterio de Ávila, y a ninguna otra persona. Padre y yo nos miramos con desconfianza. Pedro y Elvira le devolvieron una sonrisa, y ella guardó la carta, agradeciéndole su amable acogida y asegurándole que la entregaría ella en mano y solo al destinatario.

Cruzamos la muralla de Piedraficta, por la puerta de Ávila, y después de unos pasos, volví la vista atrás. Aún pude divisar el precioso huerto, peinado con sus surcos oscuros y sus hiladas verdes. Y como un guardián gigante, el campanario del convento lo regaba todo con

sonidos de bronce, con los que ya los pájaros y las plantas se habían familiarizado. Me vino el recuerdo de nuestro humilde huerto, y con él, la imagen de Madre cuidándonos a través de la ventana de la choza. Uziel y Levana correteando. Sus alegres caritas y el sonido de sus risas.

El frío helaba las palabras y nos hacía moquear. Caminamos para entrar en calor. Hasta Uma parecía tener frío y metía el rabo entre las patas.

Elvira me comentó que cada día que pasaba se sentía más esposa de Pedro, como si el día de la boda y los inmediatos siguientes, no se hubiese dado cuenta de su nuevo estado y de que a partir de ahora era ella la que debía formar una nueva familia con él. A pesar de ello, echaba de menos a la suya, sus comodidades y la situación privilegiada que siempre había tenido, pero sobre todo le daba miedo la incertidumbre que pesaba sobre nosotros, y en especial sobre Pedro. Me lo contaba para aliviarse, pero con el sigilo de que ni Pedro ni Padre nos oyesen.

Trataba de contentarla, y contentarme, diciéndole que lo que habíamos dejado atrás era una familia maravillosa, pero que por ley de vida debíamos ser nosotras las que ahora formásemos la nuestra. Tenemos que asumir ahora la responsabilidad de nuestro futuro y el de nuestros descendientes, hasta que ellos tengan edad y una nueva generación comience. Y bajando la voz le dije:

–Y Pedro, cuanto más lejos esté del Santo Oficio de Llerena, mejor.

Después de caminar un buen rato y con el cuerpo ya entrando algo en calor, montamos en las cabalgaduras y continuamos el camino, siempre en ascenso y siempre hacia el frío, como si nuestro futuro estuviese cubierto de hielo.

Cuando ya habíamos recorrido unas tres leguas, vimos que nos acercábamos a un robledal inmenso. Se extendía a la diestra subiendo por la ladera de la montaña, formando un bosque impresionante y hermoso. Nos adentramos en él. El silencio era tan inmenso como el propio bosque. No se oía sonido humano, solo algún pájaro se atrevía a quebrantarlo, compartiéndolo con el silbido del viento al colarse por las ramas. El golpeteo acompasado

de los cascos, al pisar las piedras, hacían recordarnos la realidad de nuestra marcha.

Paramos de nuevo y desmontamos para descansar. Elvira me pidió que la acompañase para apartarnos un poco y hacer nuestras necesidades. Cuando ya no se nos veía, nos subimos las sayas y comenzamos a aliviarnos. De repente me di cuenta de que, justo detrás de Elvira había aparecido sigilosamente un oso enorme. Me puse de pie, pero me quedé muda e inmóvil. Elvira al verme la cara de espanto se levantó también y miró hacia atrás, y cuando vio aquel animal enorme dio un grito espantoso y corrió hasta mi lado. Las dos nos abrazamos sin saber qué hacer. Me agaché y cogí una rama grande que había a mí lado. El animal nos observó y empezó a dar pasos calculados hacia donde estábamos. Entonces gritamos las dos. Y cuando el oso estaba ya a solo unos pasos, se puso en dos patas y levantó los brazos demostrándonos su fortaleza. Era una montaña de músculos que se venía sobre nosotras. Uma apareció como un tropel, ladrando y gruñendo, y se interpuso entre el oso y nosotras. Estaba ya apenas a tres o cuatro pasos. Él rugiendo y ella ladrando cada vez más fuerte y enseñando los colmillos. Ante la sorpresa de Uma se detuvo y dio un par de pasos atrás, calculando como contraatacar. Uma era ahora la que lo atacaba enfurecida, acercándose cada vez más al oso. En uno de esos ataques éste se defendió dando un zarpazo, pero la agilidad de Uma evitó que la alcanzase. Elvira y yo veíamos la pelea mudas de espanto. El oso retrocedió algo más, pero a Uma siguió pareciéndole insuficiente y siguió acosándolo más y más, hasta tal punto que en uno de esos arranques llegó a marcar un mordisco en el brazo del oso. Extrañado de la fiereza de un rival mucho más pequeño que él, pareció que desistía de nuestra presa. Apoyó las manos en el suelo y sobre sus cuatro patas empezó a girarse para donde había venido. En ese momento llegaron Padre y Pedro sobresaltados, que al oír los ladridos de Uma, vinieron en nuestra ayuda. El oso caminaba en retirada y Uma venía hacia mi rabeando para que la acariciara. Ese era el único premio que pedía por habernos salvado la vida: una simple caricia. Me agache hasta ponerme de

rodillas a su altura, y la abrace mientras ella me besaba la cara, como si fuese ella una madre salvadora y yo la hija.

Después de aquel espanto continuamos nuestro camino con una experiencia más que guardar en nuestros recuerdos. Todos nos sentimos más seguros viendo a Uma caminar a nuestro lado.

Encontramos un ensanche en el camino, cerca de Villatoro. Padre buscó de nuevo el resguardo de unos troncos para protegernos del viento, e improvisamos el campamento para pasar la noche. Encendimos un gran fuego, porque había mucha leña, y parecía un lugar más propicio para lobos y osos que para bandoleros, así que el fuego alejaría a las bestias. Dormimos algo más confortables al calor de la hoguera. Pedro y Elvira se acostaron a un lado del fuego. Me dormí acariciando a Uma. Ella parecía entender mis caricias de agradecimiento, porque de vez en cuando abría los ojos para responderme, pero los cerraba diciéndome que durmiese, porque sabía que mañana tendríamos que volver a caminar juntas.



Nos despertó una lluvia helada que había apagado los rescoldos del fuego. Padre aparejó las bestias, mientras yo me esforzaba en conseguir volver a encender el fuego con el pedernal para comer algo caliente.

Debíamos terminar de completar lo que nos faltaba para llegar a Ávila de los Caballeros.

El otoño era más frío de lo normal, al menos para nosotras, que no estábamos acostumbradas a esas temperaturas tan bajas en esa época del año. Empeoró, y lo que primero fue una lluvia helada, terminó convirtiéndose en una nevada copiosa, que poco a poco fue cubriendo todo de un manto blanco. El camino de la cañada se borraba cada vez más y Padre se dejaba llevar por su instinto para seguirlo. Delante, una inmensa masa blanca nos esperaba para cruzarla, y detrás las huellas de las pisadas de las bestias dejaban el recuerdo momentáneo de nuestro paso.

De pronto, la mula de carga pisó una lasca de piedra suelta y resbaló. Con el cimbronazo una de las cuerdas que sujetaban los se-rones se rompió, y parte de la carga se esparció por la nieve. Nos paramos en medio de aquella tormenta. Padre fue a ver qué había ocurrido, pero en lugar de fijarse en lo que todos, en la carga dispersa por el suelo, él se agachó y cogió la pata de la mula, comprobando que se había hecho un corte profundo con la arista de una piedra. Nos apeamos para recoger las cosas, pero Padre nos advirtió que ya no podríamos volver a cargarlas en esa mula.

Como faltaba poco para llegar a Ávila, Padre la curó provisionalmente, poniéndole unas hierbas que ató con una cuerda. Dispuso que la mula de Pedro sería la que ahora llevaría la carga. Pedro, que era el que pesaba más, iría en la que había llevado Elvira, y ella iría en mi borriquillo. La mula herida iría sin carga, porque el pobre animal casi no podía caminar, y yo iría andando.

Aprovechamos para comer algo y recobrar las energías que el frío nos robaba, y reanudamos el camino: Padre, Uma y yo delante, abriendo con nuestros pasos el camino en la nieve, y detrás Pedro, Elvira y la mula que ahora hacía de porteadora. La otra mula, andando de mala manera, la llevaba Padre a su lado cogida de la jáquima para obligarla.

Tuvimos que aflojar la marcha para que el pobre animal pudiese seguirnos. Después de unas leguas divisamos por fin a lo lejos la ciudad de Ávila. Como tantas otras anteriores, en lo alto de un monte, rodeada de muralla, con un río protegiéndola y un puente franqueando la entrada hasta la puerta del Puente.

Preguntamos por el nuevo monasterio de Santo Tomás, pero tuvimos que volver a salir por la puerta del Peso en la parte opuesta de la muralla, porque el monasterio se encontraba un poco apartado, en la ladera sur. Encontramos el monasterio y preguntamos por el prior, y cuando le dijimos al hermano portero que veníamos de parte de Fray Tomás, lo avisaron de inmediato. Era un hombre con tamaño, gestos y sonrisa de monje veterano. Escuchó con interés y curiosidad nuestras explicaciones de cómo habíamos conocido a Fray

Tomás y a los dos monjes acompañantes, y entonces su sonrisa se hizo aún más abierta.

-La señora y su sirvienta no pueden dormir dentro del convento, pero le proporcionaremos albergue en una pequeña casa que regentan las monjas, junto al convento. El caballero y el acompañante podrán dormir en el cobertizo. Y la perra puede pasar la noche en los establos.

Cuando ya se disponía a dar instrucciones para que buscasen a la persona que podría hacer la cura a la mula, Elvira se dirigió a él, y sacando la carta le dijo:

-Padre prior, esta carta me la entregó la priora del convento de Piedraficta, en donde pernoctamos, con las instrucciones expresas de que debía entregársela a usted personalmente y a nadie más, así que aquí la tiene.

El prior puso cara de extrañeza, pero la cogió y sin abrirla se la guardó en el dobladizo de la bocamanga del hábito. Cuando llegó el fraile que cuidaba el ganado del convento, Padre lo acompañó llevándose las bestias y a Uma. En el establo descubrieron la herida, y ambos confirmaron que al día siguiente tendría la pata completamente hinchada y no podría dar ni un paso. Así que tendríamos que esperar unos días hasta que pudiésemos proseguir el camino.

Aquella noche cuando nos acostamos, Elvira y yo dejamos de notar el frío, porque el olor a incienso que llegaba a través del pasillo de la iglesia, nos hacía olvidarlo.

No quería pensar en ello, pero habíamos llegado ya a Ávila, y eso, que debería ser una alegría, porque solo nos quedaban ya dos días, me entristecía. Era cada vez más consciente de que me tendría que separar de Padre y Uma, lo poco que quedaba de mi familia. Consciente de que Padre tendría que volver con Madre y mis hermanos, pensé en cómo hacer que Uma se quedase conmigo. Si convencía a Elvira, a Padre no le importaría tanto volver sin ella, y ya solo tendríamos que convencer a Pedro.

Cuando a la mañana siguiente nos levantamos, no pudimos comer nada, porque el convento seguía las estrictas horas canónicas de

sus rezos, así que debimos esperar hasta la hora del Ángelus. Elvira y yo fuimos con las monjas. A Pedro y a Padre los esperaba el prior para ir al refectorio con los otros monjes. Padre trató de eludir la invitación, pero a Pedro le pudo el estómago. El prior los invitó a sentarse junto a los otros hermanos de la congregación, cerca de él, en una mesa alargada. Antes de empezar, y haciéndoles una deferencia a sus invitados, preguntó si alguno de los dos quería leer la introducción de un salmo para luego hacer las oraciones de agradecimiento por los alimentos. Pedro, un tanto sobresaltado le respondió.

–Padre prior, no tengo buena lectura ya que mi vida transcurre más entre lanas que entre libros, y el mayoral que nos acompaña apenas sabe leer, porque para su trabajo no lo necesita. Pero le agradecemos mucho esta deferencia.

Hizo el prior una seña a uno de los monjes y éste se levantó, fue a un lateral del refectorio, se metió en un hueco del muro y volvió a salir más arriba por una ventana con barandilla de piedra en forma de púlpito. Con devoción y esmero leyó un salmo escogido por el prior, todo en latín, y posteriormente continuó con los rezos, al que todos iban respondiendo. Bueno todos no, porque Pedro y Padre lo hacían con la voz tan baja que no se les podía oír.

Al terminar, el prior les dijo que el hermano encargado de los animales le había informado de que la mula no podría caminar antes de una semana o más, y les ofreció la hospitalidad del monasterio el tiempo que fuese preciso.

Cuando nos reunimos de nuevo los cuatro y sin que nadie nos pudiese oír, Padre dijo que deberíamos salir de allí lo antes posible. El problema era la mula, que no podía caminar. Pedro tampoco estaba cómodo, después de la experiencia del refectorio, pero pensando más insensatamente en el bienestar de poder comer y dormir bien, restó importancia a la preocupación de Padre. Elvira por su parte se encontraba feliz y contenta, en un lugar tan hermoso rodeado de tranquilidad. Yo me encontraba bien, sabiendo que, si teníamos que esperar obligatoriamente, sería mejor hacerlo allí que no en un camino rodeados de peligros. Pero como la opinión de Padre siempre

me pareció la acertada, convine con él en que deberíamos partir en cuanto nos fuese posible. Pero como no había alternativa Padre tuvo que resignarse.

El centenar de hermanos del monasterio se ocupaban de sus labores. Convencí a Elvira para que fuésemos a ver el huerto. Estaba en el lado sur y era inmenso, mucho mayor que el del monasterio de Piedraficta, pero faltaba el primoroso cuidado de las manos de mujer.

Fuimos también a ver el claustro porque nos habían dicho que era un lugar acogedor. Tuvimos que pasar otra especie de claustro, que era el camposanto donde enterraban a los hermanos. Cuando llegamos comprobamos que era realmente hermoso. No muy grande, comparado con las dimensiones del convento. En un lateral había un pozo. Todo de piedra, con columnas y arcos que daban sensación de firmeza y seguridad. Desde una de las arcadas se veía al otro lado, las espadañas del campanario de la iglesia, invitando a mirar al cielo. La mano experta y primorosa de algún hermano jardinero, contribuía a embellecer aquella paz.

En medio de aquel silencio, vimos pasar por la galería a un monje mayor, encorvado, canoso y con aspecto de arrastrar el cansancio acumulado durante toda su vida. El prior, que salió de la puerta lateral en ese momento, lo llamó:

–Fray Tomás, señoría, espere que también voy yo a la iglesia y lo acompaño.

Elvira y yo nos quedamos intrigadas de quién sería aquel monje, llamado también Tomás, y al que el propio prior trataba con tanta deferencia.

Cuando nos reunimos con las monjas a la hora Sexta para la cena, Elvira no pudo resistir la curiosidad y le preguntó a una de las hermanas.

–Hemos visto a un señor muy mayor en el claustro del convento y nos ha parecido que era un señor importante, porque lo tratan de señoría.

–Claro que lo es. Y cómo es que no lo conocen ustedes. Es fray Tomás de Torquemada, el Inquisidor General del Santo Oficio, nom-

brado por su santidad el papa. Está enfermo y vive en el monasterio esperando que Dios se lo quiera llevar.

No podíamos disimular nuestro espanto. Nos separamos de la hermana en cuanto nos fue posible y corrimos hasta el cuarto que nos habían asignado para dormir. Cerramos la puerta y buscamos cómo decírselo a Pedro y a Padre inmediatamente, y cómo marcharnos de allí lo antes posible. La noche se nos hizo eterna. Cada rato nos levantábamos desveladas y dábamos unos pasos por la habitación para intentar inútilmente deshacernos de los nervios. Nada deseábamos más que ver amanecer. Aquel lugar de paz y tranquilidad, era de repente el sitio más inquietante y peligroso. Elvira no pudo más y se echó a llorar temiendo por Pedro. Le dije que debería decirle a Padre el secreto de Pedro, pero ella me convenció diciendo que, si no sabía nada, tampoco podrían acusarlo a él de haberlo encubierto.

Cuando al fin amaneció, salimos angustiadas hacia el huerto, para contarle a Pedro y a Padre lo que habíamos descubierto. Ellos se quedaron mudos, al saber quién dormía bajo nuestros mismos techos. Padre se puso de pie de un salto. Pedro reaccionó con más miedo aún, porque su ofensa al Santo Oficio del rescate de su tía, era una espada afilada que pendía sobre él, y era consciente de que su vida dependía de su habilidad para no dejar pistas.

A partir de ese momento rehuimos cualquier contacto con las gentes del monasterio. Padre fue a comprobar como estaba la herida de la mula, en un intento desesperado de que se hubiese equivocado en el diagnóstico. Volvió con la cara de desánimo, porque el pobre animal tenía la pata tan hinchada que no podía apoyarla, pero decidimos que con mula o sin ella, a la mañana siguiente nos marcharíamos. Le diríamos al prior que no podíamos esperar más porque el familiar de Segovia nos precisaba allí dentro de dos días, y eso era lo que nos faltaba de camino.

Pero antes de que pudiésemos mandarle recado al prior, para que nos recibiese, ordenó llamarnos él. Entramos en la sala aterrados. Nos dijo que tomásemos asiento en las sillas que habían colocado frente a su mesa. Le dijo al hermano secretario que nos había

llevado ante él, que nos dejase solos porque aún no sería necesario redactar ningún acta. Nos cruzamos miradas de espanto. Pensé si el Santo Oficio no habría seguido alguna pista hasta los padres de Pedro y se los hubiesen llevado a los sótanos de sus cárceles, en donde superar un interrogatorio sin confesar era imposible. El hermano obedeció y cerró la puerta al salir. El prior se recostó en su sillón y comenzó a hablar.

«Supongo que se imaginan por qué los he mandado llamar –nadie contestó–. Todos conocemos que la iglesia protestante intenta socavar la fe de los cristianos en nuestro reino. Y también que algunos judeoconversos se esconden bajo identidades falsas para no ser descubiertos ni levantar sospechas de sus prácticas judaicas, que como saben, desde la publicación del Decreto, hace ya más de cuatro años, están prohibidas y castigadas con la ejecución. Además, cada día aparecen herejes que cuestionan las doctrinas de nuestra Santa Madre Iglesia. No son pocos los peligros que acechan a nuestra religión y a nosotros, sus fieles creyentes consagrados. Desde que llegaron les he observado, he recabado información, y he podido comprobar que, de los cuatro, solo dos saben orar bien como cristianos practicantes, la señora Elvira Xuarez y su sirvienta Ieronima. Incluso Elvira me dicen que no solo oró bien, sino que leyó en un buen latín el pasaje del salmo que le pidieron antes del refectorio. Pero los otros dos, los hombres, no han hecho ni una sola oración dignamente. Si sois conversos, ¿qué ha sido de las lecciones de catequesis que os debieron enseñar en su día? ¿Es que quizás no habéis practicado como deberíais?»

Ninguno de los cuatro nos atrevíamos a contestar, porque preferíamos considerarlas preguntas retóricas. Ante nuestro silencio y porque en realidad no esperaba aún ninguna respuesta, continuó.

«Además, tengo la carta de la priora del convento de Piedraficta, en la que me advierte de lo mismo que he observado yo, y me propone que los denuncie al Santo Oficio, para que investigue. Los tenemos aquí, muy cerca, en unos despachos del monasterio. Pero antes de hacer esa denuncia necesito que me den alguna explicación, si es

que la tienen, y librarne así a mí y a ustedes mismos de semejante trance, porque la ayuda que le prestaron a fray Tomás y a los hermanos Luís y Daniel, era también un servicio a la Iglesia, y es algo que tienen a su favor y en su defensa, pero eso no sería suficiente para el Santo Oficio».

Pedro pidió permiso para hablar.

–Padre prior, somos lo que le dijimos al llegar y le expliqué en el refectorio. Mi esposa y yo somos cristianos, ella más piadosa, devota y practicante que yo, porque mi trabajo me ocupa mucho tiempo, y debo admitir que no siempre he cumplido como es debido con los preceptos de la Santa Madre Iglesia, pero eso, siendo pecado de desidia, no debe ser considerado pecado de idolatría ni reconocimiento alguno a otro dios ni religión, porque juro ante usted y ante ese crucifijo que hay sobre su mesa, que no tengo ni reconozco a otro dios que al de la religión cristiana. Además, puedo enseñaros el documento de limpieza de sangre que me acredita.

–Ah, sí, pues dónde está ese documento que decís tener.

Pedro, que había metido la mano debajo del jubón, sacó un pergamino enrollado. Lo reconocimos al instante, porque era aquel que le habían entregado en Hervas. Se lo dio al prior, y éste, después de leerlo detenidamente, comprobó la autenticidad del sello del lacre.

–Está bien, y de este hombre, al que los tres llaman mayoral, ¿qué me puede decir?

Al instante, y sin dejar que Pedro respondiese, Padre se levantó y con voz serena y segura respondió:

«Con permiso, padre prior. Con todos mis respetos a usted y a la Iglesia de Cristo que usted representa, responderé yo por mí, si no tiene inconveniente.

–Hable pues –respondió el prior–.

«No tengo estudios ni conocimientos, porque mis padres tampoco los tuvieron y no me los pudieron dar, pero trataré de expresarme con mis palabras torpes y humildes. Como ya le ha explicado el señor Pedro de la Concha, su esposa, él y su sirvienta son cristianos, ellas más practicantes y mejores que él, pero ninguno de los tres

podrían ser acusados de herejía, porque solo son buenas personas y no habría prueba alguna que pudiese demostrar que actúan en contra de la Iglesia. Respecto a mí, debo decir que solo soy un humilde pastor de rebaños, que trabajo para el Amo, un importante señor de la Mesta, y cumplo con él y con mi familia: mi esposa y mis hijos, a los que he dejado en Llerena y que esperan mi regreso, cuando los deje a salvo de peligro en Segovia. Cumplo con la Iglesia, todo lo que puedo y me permite mi trabajo. Debo reconocer que fui judío, pero con la misma falta de práctica que ahora profeso a Cristo. Hice la apostasía y recibí el sacramento del bautismo, y desde ese día he tratado de cumplir, y más aun de no ofender a la religión de Cristo. Pero como su señoría sabe, la Iglesia es la primera en conceder bula a determinados preceptos y personas, como el de respetar el descanso dominical. Mi Amo nos dijo, cuando nos convertimos, que él pagaría a la Iglesia de Llerena la bula que nos daba licencia del precepto de la santificación de las fiestas de guardar, ya que sus pastores no las pueden cumplir, y así viene haciéndolo desde aquel año. Pero yo, padre prior, como hombre y como pastor me considero un sirviente de Dios y de toda su creación. No pienso en Él dentro de una iglesia, porque me paso la vida en la soledad de los campos, bajo la cúpula del cielo creada por Él. Pienso en Él y admiro su talento para crear lo que ha sido capaz de hacer para que los hombres y los animales podamos vivir. Pienso en su poder y su inteligencia y lo comparo con la fortaleza del alcornoque, que cubre la dureza de su tronco con el corcho que lo amansa y ennoblece. Pienso en Él cuando veo el renuevo de los pastos al llegar el otoño. Pienso en Él cuando la tormenta nos estremece con sus relámpagos y truenos y termina hecha un remanso en los ríos. Y pienso que, gracias a Él, los rebaños se alimentan, y nosotros de ellos...

Nuestro tiempo en soledad nos permite meditar, como lo hacen ustedes en sus conventos, o los fieles en las iglesias. Es también nuestra forma de rezar y dar gracias al Creador por todo eso que nos ha dado. No son los mismos rezos que los que se oyen en las iglesias, pero son tan profundos y sinceros como los de los más creyentes,

porque cada uno de los pasos de nuestras largas caminatas, cada una de las gotas de lluvia que empapan nuestras ropas, y cada una de las noches de desvelo cuidando para que el lobo no mate y robe el ganado, son sacrificios permanentes que ofrecemos con nuestro trabajo como si orásemos».

En ese momento, hizo una pausa para coger fuerzas.

–Señoría, si usted cree que debe denunciar a alguien de los presentes le suplico que sea a mí, porque soy judeoconverso y podrán acusarme de poco practicante, pero de nada más.

Lo dijo con convicción, sin miedo y sin inmutarse. Mucho mejor que lo podría haber hecho Pedro, porque Padre ignoraba el delito de Pedro. La satisfacción de los amos al exculparlos, se leía en sus rostros, habiendo hecho recaer sobre él toda la posible carga de castigo. Pero lo que ninguno de ellos, ninguno de los cuatro pudo notar fue el orgullo interior que sentí al oír las palabras de Padre. ¡Padre todopoderoso! llaman los cristianos a su Dios. Pues Padre fue en ese momento ¡mi Dios todopoderoso! Tuve que contenerme para no levantarme y abrazarlo. Y puede que el prior, que daba muestras de ser una persona muy inteligente y sensata, sí hubiese notado ese orgullo en mis ojos al oír aquellas palabras. Incluso haber descubierto que en realidad era yo la hija del mayoral, porque en seguida contestó.

–Está bien. Siéntese usted, mayoral. Debo reconocer que tanto la priora como yo solo teníamos meras sospechas de ustedes dos, los hombres. Y dado el documento que me ha mostrado el señor Pedro de la Concha, y su juramento de no reconocer a otro dios más que al verdadero, y no teniendo ninguna prueba que acredite lo contrario, sería injusto presentar denuncia. Y respecto a usted, mayoral, oyendo sus humildes pero inteligentes palabras, reconozco que bien podría haber sido usted también pastor de nuestra Santa Iglesia, pero ya sabe que ningún converso lo puede ser. Podría ser el más sospechoso, pero parece un hombre honrado, que cumple como puede, con Dios, con el Rey y con su Amo, y sería igualmente injusto acusarlo sin tener ninguna prueba incriminatoria. La injusticia y el falso testimonio es igualmente un pecado al que el Tribunal está frecuentemente some-

tido, y en el que no debemos caer. Así que pueden quedar tranquilos porque yo les absuelvo de las sospechas. La Iglesia no es solo dogmas, pecados e inquisición, también debe ser comprensiva y misericordiosa con sus fieles. Romperé la carta de la priora de Piedraficta, para que no caiga en manos de algún malévolo de los que utilizan al Santo Oficio en provecho propio y sin pensar en el enorme daño y pecado en el que incurren al acusar a pobres inocentes. Escribiré a la Priora de Piedraficta, cuyo monasterio depende de éste, agradeciéndole su celo por preservar a nuestra Santa Madre Iglesia, pero diciéndole que se ha investigado sobre ustedes y que después de revisar todo y comprobar sus documentos, hemos considerado que están libres de sospecha, por lo que debe olvidar el asunto.

Satisfechos con aquel juicio de un hombre comprensivo, le explicamos nuestros planes.

–Pueden ustedes hacer lo que mejor consideren, y si quieren pueden dejar la mula herida hasta que se recupere.

Dijimos que al amanecer reanudaríamos nuestro camino. Le dimos las gracias de corazón y él a su vez, nos dio una lección más de inteligente tolerancia:

–Lo que necesita la Iglesia son cristianos honrados y honestos, y esos se consiguen más con la comprensión y la misericordia que con la intransigencia, el castigo y la penitencia extrema. Id con Dios y sed buenos cristianos.

El resto del día pasó sin que nadie notase nuestra presencia, meditando sobre el acierto y la fortuna de haber ido a Hervas, a pesar de todo el sufrimiento que padecimos en el camino. Cuando las campanas del monasterio daban la hora Prima, y las espadañas de la torre empezaban a perfilarse en el cielo, salimos para Segovia con una tranquilidad pasajera.



La oscuridad del alba ya no era tan profunda, porque una preciosa y gigantesca luna llena nos iluminaba, proyectando de-

lante de nosotros tres alargadas sombras: la de Padre, inmensa, la mía pequeña, y a mi lado, como una prolongación de la mía, la de Uma.

Después de un buen rato, cuando contaba los días que ya habían pasado, los dedos de tres manos y dos más, Padre me preguntó si estaba cansada, pero parecía que él me transmitía su fuerza, y mi respuesta fue la que siempre le repetiría:

–No, Padre, puedo seguir un rato más.

Los Amos caminaban detrás, con la mula y el burro pareados, para poder hablar. Iban comentando la experiencia del monasterio de Santo Tomás y de la que nos habíamos librado. Mi preocupación no era esa. Era la de mi separación de Padre y de Uma. Después de un rato de titubeos me decidí a hablarlo con él.

–Padre, que va a pasar cuando lleguemos a Segovia y usted se tenga que volver con Uma a Llerena.

–Pues eso, Moma. Que tú te quedarás con los nuevos amos, y yo me tendré que volver a Llerena, con Madre y tus dos hermanos.

–Sí, eso ya lo sé. Pero qué pasará con Uma.

–Que volverá conmigo.

–¿Y no podría quedarse conmigo? Yo la quiero y ella me quiere y me necesita... es lo que me quedaría de la familia.

Padre alargó el silencio para no pronunciar las palabras que no tenía más remedio que pronunciar. Yo también aguardé en silencio, esperando el milagro de que Padre hablase como Madre.

–Moma, por mi Uma se quedaría contigo para siempre, y seguro que Madre también habría preferido que fuese así, pero tus amos no querrán tener perros en casa, porque ni la familia Xuarez ni la de los de la Concha los han tenido.

–Y si lo hablo con Elvira y ella y Pedro aceptan que me quede con Uma. ¿Podría ser?

–Si fuese así, sí, pero no creo que ellos lo acepten. Estate preparada para una respuesta que no te va a gustar, y no se te ocurra discutirla. Por cierto, debes acostumbrarte ya, porque cuando lleguemos a Segovia será así, que cuando te dirijas a ellos debes hacerlo como el

ama Elvira y el amo Pedro. A ellos les gustará y querrán que lo hagas así.

–Padre, a mí eso no me importa. Lo que me importa es Uma. Sé que ella lo pasará mal si se separa de mí.

–Habla con quién creas que debes hablar, pero no trates de imponer tu voluntad, porque no te servirá de nada.

Así terminó aquella difícil conversación. Proseguimos el camino. Yo no notaba el cansancio, porque me había olvidado de él, pero Padre consideró que debíamos hacer un alto para reponer fuerzas.

Cuando reanudamos la marcha, Pedro y Elvira prefirieron caminar también. Padre, que a pesar de la sinceridad de sus palabras quería ayudarme, me dio la oportunidad: le propuso a Pedro que se adelantase con él para charlar sobre la llegada a Segovia, y aproveché para ponerme al lado de Elvira.

–Ama Elvira, quiero pedirte un favor. Algo que no sé si lo podrás hacer –un poco sorprendida por el tratamiento de “ama” pero claramente complacida, me respondió:

–Moma, de qué se trata. Ya sabes que haré lo que sea posible para que te encuentres bien con nosotros, así se lo prometí a tu madre.

–Se trata de Uma. Padre me ha dicho que se la tendrá que llevar de vuelta a Llerena, pero quiero que se quede conmigo. Ella no sabría estar sin mí.

–Pues eso creo que no va ser posible, porque dudo que Pedro quiera aceptar que se quede.

–¿Pero a ti te importaría?

–Moma, no se trata de lo que me importe a mí, sino de lo que le importa a quien ahora es ya el jefe de la casa De la Concha X Suarez.

–¿Y si a él no le importase a ti te molestaría que me ocupase de ella? Podría servirnos de protección, como ya nos lo demostró en el bosque.

–No, Moma, a mí no me importaría, si tú te ocupas de ella, pero si mi esposo dice que no, no le llevaré la contraria ni podré hacer nada.

Desde aquel momento todos mis pensamientos se centraron en encontrar qué podía hacer para que Pedro diese el único sí que ya me faltaba. El resto del camino se hizo más monótono.



Después de dos días más de marcha, al caer la tarde divisamos por fin la ciudad de Segovia.

Llegamos con la alegría de haberlo conseguido. Padre cambió momentáneamente su semblante serio. Pedro abrazaba a Elvira mientras ella lloraba de alegría, contemplando su futuro en un horizonte ya al alcance de la mano. Me agaché y abracé a Uma. Ella me miraba a mí y ni siquiera se molestó en mirar hacia la ciudad de mi futuro, porque recelaba que no sería el de ella.

Todos habíamos deseado durante el camino aquel momento. Reconozco que también yo lo tuve, pero ahora ese deseo había desaparecido.

Entramos en Segovia por la puerta de San Andrés, después de cruzar el puente sobre un río que llamaban Eresma. Pedro tomó la iniciativa y se puso en cabeza del grupo. Padre se retrasó con naturalidad, consciente de que ya su cometido había terminado.

Cuando nos disponíamos a preguntar por la casa del señor don Álvaro de Odríze, el pariente de la familia Xuarez, nos dimos cuenta de que estábamos en una judería. El aspecto actual era como la nuestra en Llerena: despoblada y abandonada por culpa del Decreto. Seguimos hasta la catedral y cerca de ésta encontramos la casa, que resultó ser una de los comerciantes de paños más ricos y conocidos de la ciudad.

Pero cuando llegamos a la casa, de aspecto señorial, resultó que el argumento que le habíamos dado al Prior de Santo Tomás de la urgencia en llegar, era cierto. Don Álvaro de Odríze estaba muy enfermo. Su esposa, doña Beatriz Xuarez, nos recibió desolada por la situación de su marido, pero se alegró al ver a su joven sobrina Elvira, a la que no paraba de hacerle elogios de su belleza y su elegancia.

Y también de la buena presencia de su esposo. Dio instrucciones al servicio para que nos atendiesen, diciendo que debían preparar un aposento para Pedro y Elvira. Padre y Uma dormirían en el establo, y yo dormiría con el servicio: un ama de llaves muy mayor, Gertrudis, y dos doncellas, Cósima y Virtudes, jóvenes pero mayores que yo, que compartían un amplio dormitorio junto a la cocina.

A partir de ese día Pedro y Elvira comieron siempre con la señora en el comedor y yo en la zona del servicio, con el ama de llaves y las dos doncellas.

Las tres mujeres me pusieron al corriente de quiénes eran la familia Odríze, su fortuna y sus grandes negocios de paños, con una fábrica y un gran almacén, desde el que surtían a toda la comarca. Al parecer no habían podido tener hijos.

Después de un buen rato de charla, que yo diría que fue un interrogatorio, nos acostamos. Me gustaría haber podido preguntarle a Elvira si había hablado de lo de Uma con Pedro. Me quedé esperando un rato. Oí las campanas de algún convento cercano que daba la hora de Completas y, resignada, me fui a dormir yo también.



A la mañana siguiente fueron las campanas del mismo convento las que nos levantaron. Gertrudis encargó a Cósima que fuese al mercado a traer leche y algunos mandados, y me dijo que fuese con ella, porque así aprendería.

Cuando regresamos a la casa, Elvira bajó y me llamó a un lado. Yo estaba impaciente por saber si ya había hablado con Pedro.

—Moma, no he encontrado el momento oportuno para hablar con mi esposo de lo que me pediste. Así que tendrás que hacer que tu Padre se quede hasta mañana. Explícale que solo será uno o dos días, y así podrá descansar y reponer fuerzas antes de emprender el regreso.

Yo prefería que hubiese hablado con Pedro, pero en cierto modo me daba una nueva oportunidad. Era una nueva esperanza, a pesar

de que debía enfrentarme al difícil reto de decirle a Padre que debía retrasar la salida.

Fui al establo para decírselo, pero me encontré que Pedro y él habían descosido el aparejo de una de las mulas y sacaban de dentro varias bolsas llenas de monedas. Me volví para esperar que Padre se quedase solo, y cuando vi salir del establo a Pedro, tambaleándose por el peso de las bolsas, regresé para hablar con Padre.

Había empezado a zurcir el aparejo, y ya tenía preparadas y aparejadas la otra mula y el borrico. Al verme se alegró, aunque la expresión era la suya, la de su seriedad de siempre. No sé cómo, fui encontrando las palabras.

–Padre, me da pena que se marche, pero Madre y mis hermanos también querrán que vuelva. Recuerda lo que le pedí de poderme quedar con Uma. Elvira, bueno, el ama Elvira, me dijo también que sí, como usted. Pero ella aún no se lo ha podido preguntar al amo Pedro, que es quién tiene que dar el consentimiento. Me ha dicho que le diga que se espere. Así ella podrá encontrar el mejor momento, y usted podrá reponerse para el regreso. Solo será un día o como mucho dos. Padre, esto será lo último que voy a pedirle en nuestra vida.

La dura realidad de estas últimas palabras, despertaron su contrariedad y su compasión. Se quedó callado un momento, como cuando tenía que tomar una decisión que no le gustaba. Me miró, y con el gesto más complaciente que supo poner en su rostro, me dijo escueto.

–Un día, Moma, solo un día más.

Volví para decírselo a Elvira, pero ella ya había subido.

Al día siguiente le dije a Gertrudis que tenía que hablar con el mayoral, para hacerle un encargo para cuando llegase a Llerena. Ella notó que era una excusa, pero me sonrió.

–Claro, hija, ve con él.

Todos mantuvimos el secreto de que el mayoral era mi padre, pero algunos mayores, como el prior de Santo Tomás y ahora Gertrudis, sabían ver en mí cara la relación de hija y padre que tratábamos de ocultar.

Cuando entré en el establo, Padre estaba en lo suyo. En su mundo de ausencias y de silencios. Añorando la rutina de su trabajo, el vacío inmenso de palabras en los campos, y la perpetua compañía de sus rebaños. Me senté a su lado, acariciando a Uma que se recostó sobre mi pierna, y me conformé en aquellas últimas horas con la sola presencia de Padre en silencio, que representaba, ya por poco tiempo, la de toda la familia. Terminó el día, y también nuestro tiempo y mis oportunidades.

Fue una noche en la que el sueño, corto y fugaz, llegó por agotamiento. Cuando aún no se había levantado el ama de llaves, salté de la cama y fui corriendo al establo. Padre ya estaba preparando la mula y el borrico para emprender la marcha, y me dijo que solo esperaba a que los amos se levantasen para despedirse de ellos.

Volví a acariciar a Uma y regresé apresurada a la casa. Un rato después el ama de llaves se levantó, pero para entonces yo ya había encendido el fogón y preparado los desayunos. Se sorprendió y alabó mi diligencia. Le pedí si podía subir el desayuno a los amos.

Cuando vi a Elvira la miré esperando la respuesta. Ella bajo la mirada y me temí lo peor. Cuando ya retirábamos los platos del desayuno ella se acercó.

—Moma, lo siento. Mi esposo no quiere que haya animales en nuestra casa, y tampoco podemos imponérselos a nuestros anfitriones, en cuya casa no sabemos aún el tiempo que tendremos que quedarnos.

El mundo se apagó. Quería insistir, pero recordé las palabras de Padre, y mi compromiso de asumirlo.

Padre subió cohibido para despedirse de los amos y yo, inquieta y nerviosa, esperaba en la puerta aguardando que bajase. Acariciaba a Uma con una mano y con la otra sujetaba las riendas de las bestias.

Gertrudis y las dos doncellas se habían asomado curiosas a la puerta. Abracé a Padre, aun sabiendo que no debía hacerlo. Abracé a Uma y di unos pasos andando de espaldas para prolongar sus presencias, hasta que tropecé con el escalón de la puerta. El brazo de Gertrudis me rodeó la cintura. Recordé la entereza de Madre y quise imitarla, pero me di cuenta de que aún me faltaban muchos años para llegar a ser como ella.

Padre comenzó a caminar, llevando a la mula atada por la cuerda y el borrico detrás, atado al aparejo de la mula. Llamó a Uma para que fuese también caminando a su lado, y ella obedeció obligada por su lealtad, pero solo unos pasos más allá, volvió la cabeza para buscarme. Yo no quería verla, ni que me viese, pero me resultaba imposible perder aquellos últimos instantes. Uma se paró y se giró. Temí que desobedeciese a Padre y viniese a buscarme. Pero Padre se adelantó, porque ya había previsto lo que ocurriría, y le estaba poniendo una soga atada al cuello. Ella dejó que se la pusiesen, como el reo del Santo Oficio, pero cuando Padre echó a caminar, empezó a resistirse a la marcha. Padre ató el extremo de la cuerda al aparejo de la mula y la arreó para que empezase a andar. ¡Fue espantoso! Padre caminando y mirando de reojo a Uma. Ella arrastrada por la mula, y ésta, esquiva y temerosa por el extraño comportamiento tan cerca de ella. Fue una eternidad el tiempo que tardaron aquellos pocos pasos en doblar la esquina y desaparecer. Noté, estúpidamente, la sensación de alivio de no verlos, porque me quedó la imagen grabada para recordarlo.

Los días siguientes fueron inexplicables, porque ¿cómo se explica el vacío que queda cuando se llevan tus sentimientos? El profundo hueco que se abre dentro cuando ya no queda nada ni nadie de los que has querido y tenido en tu vida. Es como si un nuevo mundo, extraño y ajeno, se hubiese puesto delante de mí para que buscarse y repusiese todo ese universo de gestos, afectos, ternuras y cariños que mi familia me había ido regalando durante toda la vida, mi corta e inmensa vida, sin apenas notarlo y que ahora se habían desvanecido. Me refugié en mi trabajo. Traté de olvidar aprendiendo todo lo que me enseñaba con cariño y comprensión Gertrudis, que amable, pero inútilmente, trataba de hacer de madre.



Don Álvaro había mejorado notablemente y ya se paseaba por la casa y por el patio. A doña Beatriz se le notó también más animada, y unos días después aprovechaban para salir los dos matrimonios

juntos, para que pudiesen conocer la ciudad y aquella nueva sociedad tan ajena.

Unos días después, cuando de nuevo la luna llegaba a su cuarto creciente, Elvira vino a buscarme. Estaba muy alegre, y venía a contarme que su tío, les había buscado una casa que ya habían comprado. Nos podríamos mudar después de algunos arreglos. Tendría en la parte alta la vivienda, muy amplia, y en la parte baja, en donde antes había habido un establo, ahora se haría una gran reforma para abrir un comercio de paños, con el que don Pedro de la Concha iniciaría su propio negocio, vendiendo los paños, telas y mantas elaborados en la fábrica de Odríze.

A la nueva pareja se les veía muy ilusionados y con muchos planes de vida, y además se sentían protegidos por sus parientes. Éstos, al no tener hijos, veían a Pedro y Elvira como sus ahijados, para poderlos ayudar y recibir también de ellos la ayuda que como personas mayores empezaban a necesitar. Eran los hijos que no habían podido tener y que les habían caído del cielo, él sagaz y con habilidad y experiencia familiar para los negocios, y ella, elegante, inteligente, prudente y virtuosa, como gustaba a la sociedad Segoviana.



La luna había llegado de nuevo al plenilunio. Fue suficiente para que aprendiese todo lo que había que hacer en la casa. Con el permiso del ama de llaves, subía ya todos los días a la parte alta de la vivienda, para hacer las labores y el servicio del comedor. Elvira me dijo que los tíos habían apreciado en mí, las cualidades de una buena doncella de casa, mejor que las suyas, y que cuando nos mudásemos a la nueva, sería yo el ama de llaves, a pesar de mi juventud.

Cuando nos acostamos pensé en las palabras de Elvira y me sentí orgullosa, no por mí sino por lo agradecida que estaba a Madre, que me había educado y enseñado.

Tenía presente su cara, cuando de repente algo la desvaneció. Era como si una brisa se hubiese colado por debajo de la puerta y la

hubiese borrado. Me quedé inmóvil en la cama aguantando la respiración. Un leve sonido me volvió a poner en guardia. Algo indefinido que me hacía atender y escuchar de manera irresistible. Y de nuevo lo oí, pero ahora era más preciso y empecé a identificarlo como algo familiar y concreto. Se me encendió la sonrisa y de un salto me senté. Lo volví a oír, y ahora ya no me quedaba la menor duda. Era ella. ¡Era Uma! que me avisaba sin llegar a ladrar, con ese gemido suave con el que en Llerena me decía que le abriese la puerta. Salté de la cama, y sin hacer ruido para no despertar a mis compañeras, me envolví con la manta y fui al portón de la calle. Abrí con sigilo la puertecilla pequeña de escape, y la cara de Uma apareció iluminada por la luna. Sentada y humilde aguardaba mi sentencia. Sabía que había actuado mal y esperaba el castigo y el perdón. Su aspecto era lamentable. Sucia, flaca, y con el cuello ensangrentado, del que colgaba lo que quedaba de la soga con la que Padre la ató y que ella había cortado a dentelladas. Su mirada era triste y de remordimiento, pero leía en ella las palabras que no podía pronunciar.

–Moma, no he tenido más remedio, perdóname.

Me agaché, le quité con cuidado la cuerda que le rodeaba el cuello herido y la acaricié. Y en voz baja, para que solo ella pudiese oírme, le susurré:

–Pero Uma, qué has hecho. Has desobedecido a Padre.

Se echó sobre mí para lamerme, y aunque su aspecto seguía siendo flaca, sucia y malherida, su cara había cambiado de expresión, porque sabía que antes de castigarla ya la había perdonado.

Nos sentamos en el tranco de la puerta, yo recostada contra el quicio y ella contra mí. Nos arrebujamos con la manta y así nos echamos a dormir. Ella satisfecha con mi perdón y yo con la alegría de su pecado, y sin querer pensar cómo resolvería la situación, para que no nos robasen aquellos momentos maravillosos.

A la mañana siguiente, antes de que se despertase la casa, cogí algo de comida de la cocina para llevársela al establo, en donde la había escondido. Le curé el cuello y le restregué el cuerpo con paja limpia y agua, para que tuviese un aspecto algo mejor. Le dije que

se quedase allí, y la pobre, obediente, se tumbó sobre la paja, para recuperar las jornadas de día y noche que había caminado sin comer ni dormir.

A la primera que le confesé el regreso de Uma fue al ama de llaves, porque veía en ella su maternal comprensión y la benevolencia de las personas mayores, y aunque sabía que ella no podría decidir nada, tampoco pondría pegas. Después de desayunar nosotras, y cuando preparábamos el desayuno de los señores, Gertrudis se me acercó y me dijo:

–Moma, hoy subiré contigo para servir el desayuno.

Eso era inusual, porque ella solo subía para darle las cuentas de las compras a doña Beatriz, una vez a la semana. Noté en su voz la voluntad de tranquilizarme, porque veía el nerviosismo de mis movimientos y el gesto de preocupación en la cara. Se lo agradecí con una sonrisa.

Cuando ya los señores habían terminado de desayunar y nos disponíamos a recoger la mesa, me acerqué a Elvira y le susurré:

–Uma ha vuelto. Está en el establo. ¿Qué hacemos?

Elvira, asustada, dio un paso atrás para comprobar en mi cara que eran ciertas las palabras que había oído. Y después de meditar un momento, y empujada por mis últimas palabras de, qué hacemos, recordó su temperamento y tomó la iniciativa. Levantó un poco la voz y dirigiéndose a su marido, que estaba al otro lado de la mesa, le dijo sin rodeos:

–Pedro, la perra de Moma ha regresado, sola –y antes de que él pudiese responder continuó–. Quizás nos vendría bien tenerla en la nueva casa. Podría servirnos de protección, a nosotros y al negocio, porque ya sabes con la valentía y decisión que hizo retroceder a aquel oso.

Al oír lo del oso, el matrimonio de los Odríze preguntó que qué había ocurrido, y cuando Elvira lo contó con todo lujo de detalles, se quedaron asombrados. Incluso don Álvaro pareció más interesado. Y de nuevo sin dar oportunidad a que los demás interviniesen, propuso decididamente:

-Tíos, Álvaro y Beatriz, si Pedro considera que Uma nos puede venir bien como protección de la nueva casa, y da su aprobación, tendríamos que pedirlos a vosotros un favor más, adicional a todos los que ya nos estáis haciendo, y es que la perra se quedase en los establos hasta que se terminen las obras de nuestra casa.

Pedro miró a Elvira, admitiendo que ya ella lo había decidido todo, pero asumiendo su obligado papel de señor de la casa dijo:

-Querida esposa: me parece que esa perra no dejará nunca que la separen de Moma, así que mejor será que le busquemos algún sitio donde tenerla. Pero naturalmente, y como bien dices, antes tendríamos que contar con la aceptación de nuestros tíos, a los que ya tanto les debemos.

Intervino entonces Beatriz, y mirando con cierta complicidad al ama de llaves dijo:

-Yo no creo que estorbe en absoluto para el desarrollo de las labores de la casa, ¿verdad, ama?

El ama, dispuesta a ayudarme y entendiendo que la pregunta de su señora era retórica, respondió:

-Desde luego que no, señora. Seguro que Moma hará perfectamente su trabajo, y no nos enteraremos de que la perra vive en la casa.

Finalmente, don Álvaro se levantó de la mesa, se cogió del brazo de Pedro y caminando hacia la puerta del salón le oímos decir:

-Querido sobrino. Tenéis mi consentimiento para que se quede esa dichosa perra en nuestra casa el tiempo necesario. Es más, creo que es una decisión acertada que hayáis pensado en la protección que pueda prestaros. Los tiempos no son buenos. Pero a cambio quiero pedirte un compromiso: si esa perra, que ha demostrado tanta valentía, pare algún día, quiero quedarme con una de sus crías.

Hubo un intercambio fugaz de miradas cómplices entre las cuatro. Miradas que los dos caballeros no percibieron. Porque habían sido ellos los que habían dado la última palabra, pero eran ellas las

que habían decidido que Uma se quedaba. Lo que no sabíamos ninguno era la sorpresa que nos esperaba.



El primer día que lo vi me llevé un susto. Me lo encontré al entrar en el establo. Era un hombre muy mayor, pequeño y enjuto, solo piel y huesos, pero siempre activo y laborioso. Lo tenían contratado para encargarse del establo. Lo mantenía limpio, echaba de comer a los caballos, y hacía de arriero cuando había que llevar en la carreta los géneros del negocio, incluso hasta otras comarcas. Dormía ocasionalmente en el establo. Solo se quedaba a dormir si tenía que salir con el carro muy temprano. Hablaba a los caballos como si fuesen sus hijos. Los llamaba por sus nombres y les razonaba como si fuesen personas. Era muy parlanchín y simpático y cuando le pregunté cómo se llamaba me respondió:

–Me llamo Eustaquio, para servir a Dios y a usted, pero todos me llaman “El estercolero”.

Y es que me enteré que estaba contratado en la casa de los amos, pero que le pagaban con el estiércol que sacaba de la cuadra. Cada día limpiaba los establos y los amontonaba en el fondo del corral, en donde tenía una montaña mucho más alta que él. Poco a poco se lo iba llevando en la carretilla para venderlo por las huertas.

Todas las mañanas, nada más levantarme, bajaba al establo a ver a Uma para llevarle su comida. Estaba contenta con ella, porque comía muy bien y se estaba reponiendo muy deprisa. Un día, cuando apenas habían pasado dos o tres semanas de su regreso, me agaché para acariciarla y Eustaquio se asomó por detrás del caballo que cepillaba:

–Niña, tu perra está preñada.

El corazón me dio una sacudida. Le toqué el vientre y solo noté que estaba algo más gruesa por los lados, pero después de una semana más la cosa fue evidente, porque ya tenía todo el vientre y las tetillas abultadas.

De nuevo fue a Gertrudis a la primera que se lo dije, y me respondió que ya se vería qué se hacía con los cachorros. El amo Álvaro hizo la broma de que quería quedarse con uno, pero ¿qué haríamos con todos los demás? Pero como todo en la vida, el tiempo termina por dar solución a las cosas.

Era el tercer domingo de enero. Yo acompañaba a la pareja a misa, y el sermón trató de la vida de santa Inés, que al parecer murió martirizada defendiendo su fe, cuando solo tenía mi edad.

Cuando llegamos a casa Uma no salió a recibirme, y pensé entrar al cobertizo a verla, pero no pude, porque la voz de Gertrudis me llamó desde el fondo. Me quedé preocupada.

Cuando pude volver al establo no lo podía creer. Se había producido el milagro de la vida. Uma me miraba jadeante desde el fondo, tumbada sobre la paja y con dos cachorritos mamando de sus pechos. Cuando me acerqué hizo un gesto como para levantarse, pero la sujeté para que siguiese echada. La acaricié y también a los dos pequeños, que no paraban de mamar. Se puso un poco inquieta. Me pareció que los cachorros le molestaban y se los quitó. Eran dos machos. El tacto de los pequeños me recordó al suyo cuando Shemuel me la puso en la mano. Ella pareció que me lo agradecía. Se puso de pie. Dio varias vueltas en círculo sobre sus patas traseras, y encorvada se agachó hasta casi tocar el suelo y empezó a salir otro perrito. Era blanco y se le quedó colgando. Dejé a los dos pequeños en la paja y tirando de él lo terminé de sacar. Era una perrita. Parecía que estaba muerta porque no se movía. Uma se volvió y me la cogió con cuidado con su boca. Se la llevó a su rincón, y sujetándola con las manos empezó a lamerla hasta que la chiquitina empezó a levantar la cabecita con movimientos torpes. Ella me miró, buscando en mí una explicación a todo aquello que su instinto le había hecho hacer, sin que nadie se lo enseñase, sin ninguna experiencia. Esta vez fui yo la que solo le pude contestar con una mirada llena de emoción, porque no tenía palabras para explicárselo.

III - LA NUEVA VIDA

LA NUEVA CASA

OTOÑO DE 1497

Llegó el día: todo en la casa parecía que se mudase. Bultos de aquí para allá. Carreras por todos lados. Espuertas con bagatelas. Las ropas buenas en baúles, con la ropa buena de cama, y la de faena en talegas y sacos, con otros paños y mantas viejas. La vajilla en cestos de mimbre, bien colocada, y la cacharrería de la cocina amontonada en banastas. El trajín de las dos criadas, Cósima y Virtudes, ayudándome. Los ojos cansados de Gertrudis, siguiendo nuestros movimientos. Los nuevos muebles comprados, arrimados hasta la puerta esperando ser subidos a las carretas, y lo poco traído desde Llerena, como el taburete del ama Elvira, también en la puerta. Los jornaleros contratados, porteando hasta las carretas. El amo Pedro dando instrucciones de aquí para allá, y las dos amas, Elvira y Beatriz, asomadas a la ventana, junto al marido de ésta, comprobando con agotador cansancio, el trajín de toda la casa. Finalmente lo conseguimos.

Con aquel otoño había llegado nuestro primer año en Segovia. El deterioro de la salud del tío Álvaro había hecho que Pedro fuese ocupándose de sus negocios. Al principio lo hacía de una manera generosa, pero don Álvaro consideró que esa dedicación debía ser recompensada, y en agradecimiento le asignó una generosa participación en los beneficios del negocio. Además, los viajes de representación a Ávila y Salamanca habían hecho que conociesen al amo Pedro en aquellas comarcas. Su prosperidad era evidente, y las expectativas de su propio negocio aun mayores.

La nueva casa era enorme, un verdadero palacio. En la fachada colgaba un cartel: "Paños de la Concha". En la planta baja estaba el gran almacén con estantes y muestrarios de todos los tejidos, y en la parte trasera el almacén de géneros para distribuir a comerciantes más pequeños. Eran géneros elaborados en la fábrica del tío Álvaro, con lo cual el amo Pedro obtendría doble beneficio, el de la parti-

cipación en el negocio del tío y el de las ventas en su propia tienda. Detrás estaba el patio, en el que habían dejado un cobertizo con un fogón y un pilón. La planta de encima era la del servicio, con una cocina, una gran despensa, un dormitorio y un cuarto que servía para todo el desahogo de la casa. Y encima de esta planta, la de los señores, con buena luz, un salón, un comedor, el despacho de don Álvaro, el dormitorio principal, y otro cuarto de momento sin destino.

En el dormitorio del servicio habían puesto una cama enorme con sábanas y dos mantas, mi cama, pero aún había sitio para tres camas más. Pero de momento estaba yo sola, y los días siguientes al traslado me supusieron un verdadero esfuerzo, tanto, que Beatriz le propuso a Elvira cederle durante las mañanas a Cósima, para que ayudase en la puesta en marcha de toda la casa.

Solo unos días después, el frío se presentó riguroso y descargó una gran nevada. No había terminado el otoño. Lo supe por el color de las hojas de los árboles y porque las golondrinas se habían marchado. Y lo supe también porque era mi aniversario. Cumplía ya los dedos de las dos manos y tres más. Habíamos visto nevar, incluso en Llerena, pero aquel fue mi primer cumpleaños blanco.

LA SEMILLA QUE NO ENRAÍZA

PRIMAVERA DE 1498

La nueva familia vivía satisfecha y orgullosa su nueva vida en Segovia. Todo era agradable y placentero. Todo prosperaba. Todo menos una cosa. Una cosa que no podían solucionar con su dinero. Comenzó como un deseo, pero terminó convirtiéndose en una obsesión. Elvira no se quedaba embarazada.

Para remediarlo, primero recurrieron a las prácticas que se hacían en nuestra tierra, como lavarse al amanecer los pechos y el vientre con agua de rocío. O beber el agua de la fuente en ayunas. O lavar los pañales de un niño recién nacido con la ropa de la mujer. Pero al no funcionar, el ama Elvira, más creyente, recurrió a los rezos y las ofrendas. Aconsejados por algunos familiares y amigos, llevaron docenas de huevos a las monjas clarisas del convento de San Antonio. Rezaron rosarios diariamente, primero de rodillas en la catedral y luego caminando alrededor de ella, incluso lloviendo y nevando.

Viendo que la Iglesia tampoco lo remediaba, el amo Pedro convenció a Elvira para que fuesen a ver a una persona, que aseguraban tener remedios para lograrlo. Una tan peligrosa para el pasado de Pedro, como las hechiceras, cuyos rituales eran considerados por el Santo Oficio como brujerías. A pesar de ello se arriesgaron y fueron a verla, pero tampoco lo consiguieron. Tardó varios años en ser madre, y con una experiencia imposible de olvidar.

LA SOLEDAD DEL ESPANTAPÁJAROS

INVIERNO DE 1498

La estación fría lo fue realmente. Ni los amos, ni Uma, ni yo, estábamos acostumbrados a tanto frío, tanta nube, y tanta nieve. Ni tanto día gris, que nos traía la nostalgia de la luz de Llerena. El viento helado se colaba por las rendijas. Los bronces de las campanas contraían su brillantez, y en el campo, los espantapájaros parecían tiritar. Ni a madre ni a mí nos gustaron nunca los espantapájaros, porque los pájaros tienen que comer. Te hablaré luego de uno que sí me gustó.

Me ocupaba de toda la casa, y por las tardes el ama Elvira me decía que la acompañase para ayudarle con las compras. Me daba pena que Uma estuviese todo el día sola y aprovechaba el final del día para bajar a verla. Poco después, cuando terminaron los remates de la mudanza, pensé que podía sacar tiempo para, después de terminar mis obligaciones, salir a dar un paseo con ella.

Una de esas tardes aproveché ese rato de proximidad con el ama, en el que ella parecía recuperar algo de la amistad de nuestra infancia.

–Ama Elvira, me gustaría poder salir a dar un paseo con la perra los domingos por la tarde, cuando haya terminado mi trabajo de la casa y solo hasta la hora de poner la cena.

Se sentía satisfecha con mi trabajo y quería demostrármelo, pero su respuesta fue condicionada:

–Moma, no creo que haya inconveniente, porque ya sabes que en las cuestiones de la casa soy yo y no el amo Pedro la que debe decidir, pero quiero consultarlo con él.

El domingo siguiente, después de acompañar a la pareja a la misa de la catedral, a la salida, el amo Pedro me dejó encargada de acompañar al ama Elvira, mientras él hablaba con unos comerciantes. Ella aprovechó y me dijo:

–Moma, hablé con Pedro y le dije que me habías pedido permiso para salir un rato con tu perra. Él no estaba muy decidido porque pensaba que quizás no sería prudente ni correcto que una moza sa-

liese sola, a fin de cuenta estás bajo nuestra protección y tenemos la responsabilidad de la palabra dada a tus padres, pero lo he convencido diciendo que eres una persona muy responsable, y que yendo con Uma nadie se atreverá a acercarse.

Aquella tarde, después de recoger la mesa y lavar los platos, salimos las dos a la calle a estrenar nuestra experiencia. No sé cuál estaba más contenta. Solo nos atrevimos a caminar por los sitios más céntricos, el Alcázar, la iglesia de San Miguel, la catedral y el Acueducto, todo intramuros, pero poco a poco nos fuimos alejando, hasta que un día salimos por la puerta de Santiago y llegamos a la ribera del Eresma. El río no era muy caudaloso, y toda la margen estaba sembrada de huertos. Así descubrimos nuestro rincón.

Esperábamos ansiosas la llegada de la primavera, y por fin una mañana nos sorprendió. Las golondrinas habían vuelto y volaban veloces sobre nuestras cabezas recorriendo la plaza de la catedral de lado a lado, excitadas por la templanza que notábamos, compitiendo para recuperar sus nidos del año anterior, esperando prendidos de las cornisas, vacíos y silenciosos.

Aquel domingo deseaba más que los anteriores que las campanas del convento diesen la hora sexta, para salir con Uma. Ella también. Fuimos directamente a la ribera y cuando habíamos pasado ya varios huertos llegamos a uno que era muy pequeño, quizás el más pequeño de todos. Un señor mayor lo labraba con la azada. Un espantapájaros desvencijado entre los surcos era su única compañía. Parecían dos amigos que solo se tenían ya el uno al otro para poder charlar. Uma y yo nos sentamos sobre una roca para observarlos. El hombre trataba con delicadeza las plantas. Se agachaba y arrancaba con calculada dificultad alguna mala hierba incipiente, y seguía labrando con pequeños golpes.

Repetimos varios domingos, sin saber por qué, aquella visita silenciosa, tal vez porque nos gustaba ver cómo prosperaban las plantas en sus caballones, hasta que una de esas tardes el señor se acercó hasta el vallado de su huerto y me dijo con voz amigable:

–Buenas tardes nos de Dios.

-Buenas tardes -respondí sin levantarme de la roca en la que nos sentábamos.

-He visto que vienes a menudo a ver mi huerto. Te gusta, ¿verdad? ¿A que es bonito?

-Sí señor. Es precioso y lo tiene usted muy bien labrado. Nosotras una vez tuvimos uno. Esas cebollas de ahí ya están listas para recolectarlas, porque tienen las hojas secas.

-Vaya, y ya veo que entiendes de huertos. ¿Te gustaría venir y recolectar algunas? Son muy ricas y jugosas.

-Es que no traigo la ropa de faena y me puedo manchar.

-Bueno, pues otro día te vienes preparada y me ayudas, que ya lo necesito, ya. Yo también tuve una hija como tú.

Me di cuenta entonces de que se estaba haciendo tarde. Me levanté, me despedí de él y salimos a toda prisa para no llegar tarde a casa. El, gritó desde lejos:

-¡Ven preparada otro día! ¡Ven cuando quieras!

El siguiente domingo no lo dudé. Me puse ropa apropiada y salimos para el huerto. El señor estaba allí y parecía que nos esperase, porque enseguida nos vio llegar de lejos y levantó el brazo para saludarnos:

-Hola moza. Ya veo que hoy vienes preparada para ayudarme -me dio un poco de vergüenza, pero él nos abrió la cancelilla y nos hizo pasar.

-Tu perra no será de esas que se comen a los ancianos, ¿verdad? Aquí se comería a dos, al espantapájaros y a mí -me eché a reír.

-No señor. Ella es muy buena y solo le mordería si me quisiese hacer daño.

-Vaya, pues mejor será que seamos buenos amigos.

Disfrutaba recordando las labores del huerto de Llerena y él me explicaba qué había sembrado en cada caballón y cuánto le faltaba a cada planta para brotar o recolectarla. Se le veía contento y agradecido a aquel pedacito de tierra.

-Arranca unas cebollas y llévaselas a tu madre para que te las cocine esta noche.

No quise aclararle nada de mi familia en ese momento. Fui hasta donde estaban las cebollas y arranqué dos. El me animó para que cogiese más, pero solo me atreví a coger una más. Cuando ya salía del huerto me dijo:

-No sé cómo te llamas. Yo me llamo Gervasio.

-Ieronima, para servirle a Dios y a usted, pero todos me llaman Moma, y la perra es Uma.

Cuando los amos probaron la sopa de cebolla, me preguntaron por qué me había salido tan rica. Solo les respondí que eran cebollas de un huerto del Eresma.

Mis visitas al huerto se repitieron, y mi amistad con Gervasio se fue convirtiendo en algo entrañable. Me recordaba a Padre y el instinto de protección me empujaba a cuidarlo. La curtida piel de su cara ocultaba las duras condiciones de vida que había vivido, y su cabello blanco los disgustos que habría pasado. Por cada disgusto que se tiene en la vida, salen un puñado de canas, y Gervasio tenía el pelo blanco.

Un domingo, cuando llegamos al huerto, Gervasio no estaba. El espantapájaros era el único que seguía haciendo su trabajo. Preguntamos por él y alguien nos dijo que estaba enfermo. Averiguamos dónde vivía y fuimos a su casa, pero antes recolecté algo para llevárselo. Era una choza parecida a la nuestra de Llerena, pero más humilde aún. Nos recibió haciendo esfuerzos para engañar al dolor. Estaba solo. Traté de animarlo. Le dije que no se preocupase por el huerto, porque mientras él estuviese enfermo yo iría a cuidarlo.

Le preparé algo de comida caliente en el fogón y se lo llevé al camastro. No me dio las gracias, pero vi que se emocionaba. Sus únicas palabras fueron:

-Dile a tu padre que se lo vendo. Es pequeño y pido poco, pero da muy buenas hortalizas. Ya no puedo trabajarlo y pronto la mala hierba se lo comerá... y necesito el dinero.

-No se preocupe, Gervasio, se pondrá bien y volverá al huerto, y mientras tanto yo cuidaré de él y vendré a verlo y a traerle sus hortalizas.

Cumplí con mi parte del compromiso, pero él no pudo. Unos días después empeoró y se lo llevaron las monjas de la Caridad para cuidarlo. Pude ir a verlo dos veces más, pero la tercera, me dijeron las monjas que había fallecido.

Cuando me dirigía a la salida para recoger a Uma que me esperaba allí, una de las monjas me dijo que tenía que hablar con la priora. Entré en el despacho y después de saludarme me dio una carta escrita con letra de monja y me preguntó si sabía leer. Le dije que no, y me explicó entonces que la carta me la dirigía Gervasio, que le había pedido a ella que hiciese de escribana. Me preguntó si quería que me la leyese. Pensé si debía comentarlo con los amos, pero la curiosidad pudo más.

«Querida Ieronima, espero que en la presente te encuentres bien. Yo ya no estaré cuando leas esta carta, porque mi vida ya se acaba.

Quiero que seas tú la que conserve mi huerto, y te hago heredera de él, porque le correspondería a mi única hija, pero su vida también se terminó, y bien joven que era. La priora bien lo sabe, porque mi hija ingresó, con mi permiso, en este convento de la Caridad, y cuidando enfermos, ella cayó.

Solo te pongo una condición. Mi hija está enterrada en el camposanto trasero, porque ella perteneció a la congregación. Quiero que me entierren con ella, pero solo pueden enterrar en él a las hermanas de la congregación, o a los donantes y benefactores. Así que te pido que consigas algo de dinero y lo entregues como donativo a las monjas, y así podré descansar para siempre junto a mi hija. Te deseo que vivas muchos años y que Dios te guarde, Moma.

Tuyo para siempre: Gervasio».

La priora me dijo que Gervasio estaba ya enterrado junto a su hija, pero si consiguiese un donativo a cambio del huerto, su descanso sería mayor, porque así no se quebrantarían las reglas. Entendí en ese momento por qué me había dicho Gervasio aquel día, que necesitaba dinero. Me entrego la carta, que era el documento de propiedad del huerto, y me dijo que volviese a rezar cuando quisiese.

Fui a ver la tumba de Gervasio. El color pardo del túmulo de la tierra recién movida, me recordaba a los caballones de su huerto. Me arrodillé y le dediqué mis pensamientos.

Al día siguiente hablé con el ama Elvira. Le expliqué todo: de dónde venían aquellas hortalizas y quién era Gervasio. Leyó la carta, y con cara de sorpresa y alegría dijo:

–¡Enhorabuena, Moma! ¡Ya eres propietaria! Y de un huerto, nada menos. ¡Con lo que te gustaba el de Llerena!

Verla a ella contenta me hizo ser consciente y me alegré, pero me preocupaba que yo no podía cumplir la voluntad de Gervasio, porque no tenía dinero, pero cuando se lo dije a ella me tranquilizó:

–Moma, no te preocupes por eso. Las Hermanas de la Caridad hacen una gran labor con los pobres y se merecen esa ayuda. Hace tiempo que Pedro y yo queríamos hacer algo para agradecerle a Dios la fortuna que hemos tenido desde que llegamos a Segovia. Hablaré con él y haremos el donativo en tu nombre.

Cuando el domingo siguiente volvimos al huerto, Uma y yo nos sentamos en la misma roca en la que lo hicimos el primer día. Me habría gustado que Madre estuviese para verlo. Me pareció que el espantapájaros estaba triste esperando a Gervasio, pero como Uma, no sabía decirlo con palabras. Lo acaricié con la mirada para explicarle que él ya no volvería.

LECCIÓN DE PÍCARDÍA

INVIERNO DE 1499

Segovia, como todas las ciudades, tenía sus pícaros y oportunistas deambulando por las calles. Eran conocidos por todos, y en cierto modo, admitidos, porque no eran malas personas. Intentaban ayudar a los demás, pero con cierto beneficio para ellos. Lo mismo se ofrecían a descargar un carro de frutas que a limpiar unos establos, pero lo que sí estaba claro era que además de los maravedíes prometidos por la tarea, ellos se llevarían algo más que nadie imaginaba.

Había uno con una especial habilidad, al que todos conocían como “Pelurrio” por su abundante cabellera rubia y desmadejada. Era hijo de una ramera ya desaparecida. Conocía todos los posibles rincones de donde sacar algo para comer. Era astuto, pero tenía la misma necesidad que tenemos todos de comer, así que tenía que aguzar su astucia cada mañana al levantarse.

Y había otro personaje, el “Jabo”, también hijo de ramera y conocido por todos, e igualmente con la misma necesidad de comer todos los días, pero como su mente no era astuta ni pícara sino retrasada, él no necesitaba de la astucia para comer, porque las Hermanas de la Caridad se lo facilitaban todos los días. Dos veces. A veces la estupidez podía ser una fortuna, al menos eso decía Pelurrio de Jabo.

Tenía la cualidad de observar, porque era eso en lo que gastaba su vida, en mirar sin aprender. Veía a las gentes entrar y salir, comprar y vender. A los niños jugar, a las comadres cotillear y a las alcahuetas emparejar. Era espectador de todo y testigo de nadie, porque a nadie interesaba su testimonio ni sus palabras desarticuladas.

La relación entre ambos no era ni buena ni mala. Era la que Jabo nos concedía a todos: el regalo de una sonrisa desdentada y una baba colgante permanente. La mayoría trataban a Jabo con indiferencia, como el tiesto roto tirado a la calle al que nadie presta atención. A mí me daba pena verlo y le sonreía con amabilidad al cruzarnos, pero su respuesta era siempre la misma: la misma cara, la misma sonrisa.

Pero ocurrió que la desgracia, o la suerte, hizo coincidir a ambos un día en el que Pelurrio ejercía sus habilidades y Jabo su tontuna observancia.

Pelurrio había decidido que la iglesia tenía mucho guardado. Mucho más de lo que podía necesitar. Y él en cambio no tenía ni el poco que necesitaba para comer ese día, así que decidió hacerle caso a los sermones que pregonaban los frailes, de que los ricos debían repartir sus riquezas, y la iglesia lo era y mucho.

Estudió el terreno. Planeó el robo. Y esperó el momento: la noche de luna nueva, en la que la oscuridad lo protegía de las posibles miradas de todos los vecinos normales, que a esas horas estaban en sus casas. Pero claro, el Jabo no lo era, así que desde la esquina trasera de la calle del convento observó a Pelurrio cómo se subía a la techumbre de la capilla del convento, levantaba las tejas, y se descolgaba con una soga. Se quedó inmóvil y en silencio, con su sonrisa apagada momentáneamente por el asombro. Al poco volvió a emerger el Pelurrio por el agujero del tejado, pero con el camión más abultado que a la entrada. La sonrisa de Jabo regresó a su cara, para devolverle su natural desarmonía, y cuando Pelurrio se escurría sigiloso huyendo por la calleja, tropezó con la pierna de Jabo que estaba sentado en el suelo recostado contra la pared. Un crucifijo con un rubí en el centro y un candelabro, ambos de plata, rodaron por el suelo delante de él. Pelurrio se asustó al ver a Jabo, y éste también, esperando la bofetada habitual. Pelurrio se limitó a hacerle un gesto de complicidad y silencio, guiñándole un ojo y poniéndose el dedo índice delante de los labios para emitir un “shiiii” que devolvió la tranquilidad y la sonrisa a ambos.

A la mañana siguiente la noticia corría por todas las calles de boca en boca. Alguien había robado de la capilla del convento, un candelabro de plata. No era lo de más valor que había allí. No era de oro, pero razonaba la gente que probablemente era lo más fácil de vender.

Los monjes, además de denunciarlo a la autoridad, estuvieron tratando de indagar por su cuenta entre las gentes, preguntando a unos y otros si alguno sabía o había visto algo. Intervinieron los

guardias. Intervinieron el obispo y el gobernador, pero nadie pudo descubrir nada, porque nadie había visto ni sabía nada.

Pelurrio había escondido el botín en un lugar seguro, extramuros, hasta que pasase el barullo y se pudiese ausentar para ir a venderlo sin levantar sospechas, pero lo que le preocupaba era la peligrosa inocencia de Jabo y la debilidad de su compromiso de silencio, temiendo que las monjas que lo alimentaban supiesen sacarle lo que sabía.

Así que después de meditarlo, Pelurrio decidió ir a hablar con él. Lo llevó a un lugar apartado y discreto, en el que no pudiesen verlos juntos, y al terminar, Pelurrio le dio una naranja y dos nueces, y éste se lo agradeció, asintiendo con la cabeza a algo que Pelurrio le había dicho que hiciese.

En Segovia no se hablaba de otra cosa. Os podéis imaginar el escándalo y la intriga. Cuando íbamos a casa de los tíos Álvaro y Beatriz, el tema de conversación era el mismo.

Pero de repente surgió la noticia de que las Monjas de la Caridad sabían ya quién había sido el autor del robo del candelabro. O, mejor dicho, que sabían de alguien que lo sabía, y ese no era otro que el Jabo, del que nadie sospechaba como ladrón, pero sí que podía haberlo visto y saber quién era.

Jabo aseguraba saberlo, pero decía que no lo diría más que delante del señor obispo y el gobernador, en la catedral y después del sermón, cuando todo Segovia pudiese oírlo.

Al principio no le hicieron caso, creyendo que se había inventado todo, pero una de las monjas, sor Michaela, que le servía la comida todos los días, lo intentó sonsacar, dándole aquel día ración doble de sopa y de vino, sobre todo de vino. Le dijo la monja que podía confiar en ella y que le dijese quién era el ladrón, porque no se lo diría a nadie, pero Jabo parecía una roca. Una roca con una boca atiborrada de comida, que le impedía pronunciar siquiera sus torpes palabras, de manera que meneaba la cabeza de lado a lado, terco como una mula, negando y diciendo con palabras estropajosas:

-No, no y no, zolo lo diré en la misja de la catetral, al bispo y al gumernador, y zolo allí.

Sor Michaela pensó que si no se lo decía a ella era porque en realidad no lo sabía, y así se lo dijo a Jabo. Pero éste se sintió ofendido, y para demostrar que lo sabía le dijo:

–E vedad, yo lo visto todo. El candelabro y la cru con la piedla roja.

La monja se quedó sorprendida, porque nadie había dicho nada del robo de un crucifijo, así que se lo dijo a la superiora y ésta mandó aviso al obispo para decirle lo que habían descubierto. El obispo, a su vez, mando aviso al prior del convento para que fuese inmediatamente a explicarle qué era aquello del crucifijo y la piedra roja, y éste se presentó avergonzado. Le confesó que en efecto no era solo un candelabro lo que habían robado, sino que también se habían llevado un crucifijo de plata con un rubí, pero que no habían querido dar pistas a los ladrones de la importancia de la joya, una de las más valiosas del convento, confiando recuperarlo.

Nadie puso ya en duda que Jabo sabía quién era el ladrón, así que siguieron contemplándolo para que no se enfadase y finalmente lo delatase.

Llegó el domingo y las campanas de la catedral tocaron a misa mayor: la media, los cuartos y la hora, y comenzó la celebración. En el centro del altar el oficiante y a sus lados dos acólitos. En el lado de la Epístola, sentados en dos butacones con respaldos y asientos de terciopelo rojo, el obispo y el gobernador. Y frente a ellos, en el lado del Evangelio, sentado en un taburete, pero también con un cojín púrpura, el protagonista del acontecimiento: el Jabo.

Todos estaban expectantes deseando que el oficiante acabase aquel sermón interminable, que naturalmente versó sobre la maldad del pecado del hurto y la perversidad de la mano autora de la simonía, sobre la que caería ahora todo el castigo de la justicia; y la generosa bondad de la voz inocente del denunciante, el Jabo, héroe al que todos ya admirarían.

Intentaron que Jabo subiese las escalinatas hasta el altar mayor, pero éste, crecido de tanta púrpura a su alrededor, dijo que no, que quería que se le oyese mejor, y señalando el púlpito dijo que lo diría allí arriba. El oficiante se incomodó, al ver la cara de desesperanza

del obispo, que había intercambiado una mirada de incredulidad con el gobernador. Finalmente, viendo la tozudez del personaje, accedieron. Bajó el oficiante para cederle el sitio al Jabo.

En el púlpito, con las miradas y oídos puestos en él, crecido del protagonismo, y con la sonrisa más destartalada y babosa que nunca, puso las manos sobre la barandilla de piedra y, mirando a todos, disfrutó del momento.

El oficiante, desesperado le gritó desde el altar:

–Jabo, hijo mío, di a sus ilustrísimas señorías, el obispo y el gobernador, quién ha sido el ladrón del convento –Jabo, sin perder la compostura ni su sonrisa, alzó la voz y gritó:

–¡Han sido los lairones!

La catedral entera exclamó un ¡Ooooh! de decepción descomunal. El gobernador se levantó ofendido por haberle hecho perder el tiempo. El Obispo a su vez se desahogó con los frailes y las monjas, por el ridículo que le habían hecho pasar, al darle a aquel majadero demente tanta credibilidad.

La sonrisa de Pelurrio compartió aquel momento de gloria con el Jabo, que sentado en la primera fila había presenciado aquella declaración exculpatoria urdida por él.

Pero sor Michaela se quedó dándole vueltas a la cabeza de cómo sabía Jabo que también habían robado el crucifijo, y cuando se lo contó a la superiora, ésta no la dejó terminar:

–Sor Michaela, ¿no tiene usted bastante con el ridículo que hemos hecho ya toda la congregación con este asunto? Jabo habrá oído a alguno de los frailes, que también habían robado el crucifijo. Olvidémoslo y recemos para que el obispo también se olvide.

Jabo volvió a ser el de siempre, el tiesto roto y abandonado en la calle. Pelurrio dejó de ser el pícaro de Segovia, y a saber si no fue el señor rico y respetable en alguna otra ciudad del reino. Y la Iglesia se resignó con que, en algo, había contribuido al reparto de las riquezas.

LUZ PÚRPURA SOLEMNE

AÑO DE 1501

Hay recuerdos que no se olvidan, están siempre con nosotros, porque el pasado se hace presente.

“El espantapájaros ha bajado los brazos. Los tiene caídos, pegados al cuerpo. Uno más que el otro. Ya sus muñones de palo que asoman por las bocamangas del levitón raído, no apuntan a levante y poniente, apuntan a la tierra que hay a su pie, sobre la que está clavado. Como para decir que es ése ahora el punto cardinal más importante. Como si se hubiese trastornado el universo y tuviese que señalarle al sol dónde debe depositar los delicados rayos transversales de su luz de poniente. Luz púrpura solemne.

El huerto sin él ya no es el mismo, porque prefiere estar con su hija, por eso descansa allí, en la paz del convento. Pero a ti te gusta estar aquí, en la serenidad del huerto, echada sobre la propia naturaleza, cerca del río, con el susurro del agua al pasar adormeciendo tu ya eterna siesta. Sintiendo la tierra y las plantas que labrábamos con cariño, yo con el almocafre y tú descubriendo las guaridas de los topillos. Aquí reposas, respetando tu voluntad, cubierta solo por el manto de tierra y el aire libre, sin lápidas ni cruces. Fíjate que hasta el espantapájaros ha respetado tu deseo y ya no tiene los brazos en cruz. Esa Cruz que para muchos simboliza perdón y redención, pero que para ti era el estandarte del Santo Oficio, del dolor y de la crueldad, porque así te lo hicieron ver ellos, y les gruñías comprometedoramente a su paso, advirtiéndoles que yo era intocable.

Reposas aquí con la humilde sencillez y dignidad que siempre tuvimos, para que puedas seguir así oliendo el aire cargado de los aromas de huerto, esos que tanto te gustan, aunque ahora, inmóvil, ya no puedas seguir los rastros.

Estás aquí, para que me tengas cerca y no te inquiete el no sentirme a tu lado. Estás aquí, para que puedas oír la charla de Gervasio y nuestro espantapájaros, ahora que ya los tres camináis juntos por

el mismo paraíso. Ese al que te querían mandar injustamente apenas nacer, tan pequeña, y dejarte sin poder demostrarme todo ese enorme cariño que guardabas dentro de aquel diminuto cuerpecito para regalármelo. Ese paraíso desde el que tendrás el privilegio de vernos a todos, a mí, y también a Padre, a Madre, a Uziel y a Levana. Y protegernos a todos, como decidiste desde el primer día, que era ésa la razón de tu vida.

Sí, estás aquí, cerca de la naturaleza, cerca de mí que es como siempre nos gustó estar. No necesitas recordarme que nunca pudieron separarte de mí. Seré yo ahora la que no deje que lo hagan, porque siempre te tendré presente.”

Así recé en el huerto el día que enterré a Uma a los pies del espantapájaros. Con los delicados rayos transversales del sol de poniente iluminando su túmulo con luz púrpura solemne.

LA PROFUNDIDAD DEL SILENCIO

AÑO DE 1501

Lo sintió ella. Ella fue la primera en querer creerlo. Primero esperanzada, luego ilusionada y finalmente temerosa. Deseando sentir el malestar y las náuseas al levantarse para confirmarlo. Ocultándolo a todos, por miedo a un desengaño. No pudo más y una mañana me lo contó.

–Moma, no sé si estoy esperando un hijo.

No podía creerlo. Después de cinco años de intentos fracasados, de rezos y ruegos ignorados, de esperanzas desvanecidas y lágrimas malgastadas, al fin parecía que la semilla de la nueva vida había germinado. No me atrevía a decirle lo mucho que me alegraba, temiendo por ella que la gran felicidad compartida hiciese aún mayor otro malogrado desengaño.

–¿Se lo has dicho ya al amo Pedro?

–No, no me atrevo. Solo lo sabes tú y nuestra Santísima Virgen de la Granada, a la que todos los días le rezo y le pido que sea cierto que voy a tener un hijo.

–Pues si la próxima luna tampoco sangras, es que realmente tienes un hijo dentro. Se lo debes decir a él el primero, porque lo ha deseado tanto como nosotras. Tendré que cuidarte el doble, ahora que sois dos.

Se confirmó. Después de aquellos años de estéril sequedad, brotaba la semilla que tanto había esperado. La yema en el interior de su vientre empezaba a abultarlo. Daba la noticia con palabras casi susurrantes, para no despertar al infortunio.

Pasaron los meses, con cuidados y mimos extremos. El amo Pedro no se atrevía a salir de viaje, y los domingos lucíamos orgullosos el abultado vientre. Los tres. Incluso yo disfrutaba corriendo la noticia por Segovia. La daba también en voz baja, para dar mayor importancia a la confidencia.

Pasaron ocho meses y la casa estaba ya expectante y arreglada para la llegada del hijo. Cuna, canastilla, sonajero de plata, vasito,

platillo y cucharita de estaño labrado. Y vinieron también, los preparativos para el parto.

Hablaron con el ecónomo de la catedral y la Iglesia intervino, no solo para los ritos de cristianar del hijo del distinguido don Pedro, sino más allá, también para el momento del parto. Recomendaron a Clotilde, la partera, que gozaba de buena reputación: de mediana edad, experimentada, fuerte y buena cristiana, a la que el señor Obispo le tenía otorgada una licencia especial para administrar el sacramento del bautismo y la extremaunción, en caso de peligro de muerte del neonato o de la madre.

Esperaba poder asistir y ayudar al ama Elvira, porque ya lo había hecho con mis hermanos, sobre todo con Levana, y sabía hacerlo. Pero ella me dijo que era correr demasiado riesgo, y que si ocurría una desgracia no nos lo perdonaríamos.

Llegó el día. Había hecho la cama con sábanas recién lavadas y tendidas en el romero. Acostamos al ama Elvira. El amo Pedro salió de la alcoba y me dejó a solas con ella. Después de un rato volvió a entrar, pero ahora venía con Clotilde, que traía en sus brazos un fanal ambulante con una imagen de la Virgen de la Fuencisla, que colocó sobre la mesita de noche para proteger de la muerte a la madre y al hijo. Se santiguó. Se remangó. Y con más gestos que palabras comenzó a dar instrucciones, con aturrullados movimientos. Decidida y determinante, segura de su autoridad absoluta en ese momento, hizo salir de la habitación al amo Pedro. Y cerrando la puerta nos quedamos solas las tres mujeres.

No quiero recordar, por lo que verás luego, la gran diferencia que noté, en cómo me había enseñado Madre a asistir la llegada de un niño y como lo hacía Clotilde. Para ella lo principal era el esfuerzo controlado hasta el momento oportuno, en el que había que ayudar al pequeñito a salir; y luego el agua hervida y los paños limpios para lavar bien a la madre y al hijo. Para Clotilde lo principal eran los rezos, antes, durante y después del nacimiento; y las prisas, porque decía que así corrían menos riesgos ambos. No me atrevía a decirle nada, porque era ella la autorizada para asistir el parto, así me lo habían dicho los amos, y solo le serví de ayudanta.

Tras unas horas, más de las que Clotilde habría querido, el silencio de la madrugada se quebró con el desgarrador grito de Elvira, ya agotada, al expulsar la vida nueva. Un llanto pequeño anunció a toda la casa su llegada, colándose por la rendija de debajo de la puerta de la alcoba. Era un varón, como querían los amos.

Apenas pasó un paño seco por el cuerpecito del niño, diciendo que era peligroso mojarlo para que no se enfriase. Tampoco quiso limpiar más que superficialmente el desgarro de Elvira, para no ahondar más la herida. Me lo decía con la determinación de la voz y la edad de la experiencia.

Intenté coger al pequeño para ponérselo a Elvira sobre su pecho, para que pudiese verlo y disfrutar del primer roce de la piel de su hijo en sus labios, pero Clotilde, al ver mi gesto, se adelantó. Lo envolvió en un paño y salió corriendo de la habitación gritando con él en sus brazos:

–¡Don Pedro, don Pedro, ha sido un varón! Han tenido mucha suerte, porque es bueno tener varones, y, sobre todo, que el primogénito lo sea.

Me quedé con Elvira. Le limpié con un paño húmedo el sudor de la cara, los brazos y el cuerpo. Le alisé el cabello y le acaricié la mano, como se lo habría hecho a madre. Ella me lo agradeció con una sonrisa.

–Gracias, Moma. Pero dime cómo está mi niño. Porque ha sido niño, ¿verdad? Pedro quería que fuese varón. Le llamaremos Pedro, Pedro X Suarez. Así lo protegeremos y alejaremos el riesgo de su ascendencia judía.

–No te preocupes por eso ahora. Es un varón, fuerte y precioso. El amo Pedro estará muy contento, con él y contigo, por habérselo dado. Hemos tenido todos los de esta casa mucha suerte. Ahora está ya de verdad hecha la familia, y vendrán más a completarla.

Elvira me miró con una sonrisa de agradecimiento, pero también satisfecha y orgullosa de que, por fin, su maternidad había llegado.

Unos días atrás había recogido en el huerto las hierbas de la leche, para que le subiera con más facilidad. Pero no sabía que no

servirían de nada, porque la partera Clotilde había hablado con los amos para aconsejarles que era mejor que un ama de cría con experiencia fuese la que lo criase. Los amos, temerosos de no darle a su hijo lo mejor, aceptaron el consejo, y Clotilde, cómo no, sabía de una mujer que lo haría estupendamente.

Esperaba ocuparme del pequeñito, pero me dijeron que sería el ama de cría la encargada de hacerlo, y que preparase junto a la cuna un camastro para ella, para que pudiese darle el pecho también durante la noche.

Traté de convencer a Elvira de que ella podría darle el pecho y que yo me encargaría de todo lo demás, lavarlo, cambiarlo y dormirlo, pero Elvira me respondió lo mismo que con el parto: que era más seguro dejar al pequeño en manos más experimentadas que las nuestras.

La felicidad en la casa era total. Los amos con su pequeñín. Él contento con haber venido al mundo, y las dos empleadas más, con los sustanciosos jornales. Y yo me sentía contenta por los amos y por tener un niño en la familia, aunque no me dejaban tocarlo.

Pero la felicidad empezó a encogerse. Tres días después del parto Elvira empezó a notar punzadas en el desgarro, y el pequeño empezó a no querer comer. Cada vez comía menos y lloraba más. Me acerqué mientras le cambiaban la muda y me di cuenta de que tenía el ombligo y todo a su alrededor muy rojo. Elvira empezó a preocuparse y dijo que le llevasen al niño para calmarlo, pero nada lo consolaba. Deseaba tomarlo en mis brazos, pero si antes no me dejaban, ahora menos.

Pasaron dos días más, y el pequeño ya no paraba de llorar. Lo hacía durante todo el día y toda la noche. Apenas dormía un instante. El ama Elvira empezó a angustiarse y a sollozar, y le decía al amo Pedro que hiciese algo para remediarlo. El ama de cría también empezó a preocuparse, tanto que me mandó ir a buscar a Clotilde.

Pero si Elvira estaba preocupada, después de que Clotilde viese al niño y hablase con el ama de cría, la dejó aterrorizada.

–Señora Elvira, los niños nacen. Unos viven y otros no. Eso es así y lo será toda la vida, porque es la voluntad de Dios, y contra Él nada podemos hacer.

Me quedé horrorizada al oír aquello, porque era cierto que muchos niños morían antes de llegar a mayores, pero no podía entender que no intentasen hacer algo para salvarlo, aunque yo era la primera que no sabía qué había que hacer.

Elvira se enfadó tanto que echó a Clotilde del dormitorio y le dijo que no volviese. Me dijo que le llevase la cuna junto a su cama y a partir de esa noche dormirían solos ella y el niño. Al amo Pedro le preparé una cama en su despacho y el ama de cría y yo seguimos durmiendo en el dormitorio del servicio.

Mandaron venir al médico, pero este se limitó a decir casi lo mismo que la partera.

Oír al niño durante el día era punzante, pero lo soportaba escondiendo mi preocupación entre las tareas de la casa, pero durante la noche era atronadoramente triste, porque su llanto en la oscuridad y el silencio de la noche, era como su súplica para que alguien lo salvase.

Resignados, el amo Pedro fue a buscar al párroco de la iglesia para que viniese a cristianarlo. Llegó la comitiva cuando las campanadas del convento daban la hora prima. Venía delante, abriendo el cortejo, un acólito con campana y farol, alumbrando el camino. Detrás el párroco, con el Santísimo, cubierto con una capa pluvial. A su lado otro acólito con el hisopo, y detrás de todos ellos, don Pedro. Cuando llegaron, el sacerdote hizo el rito completo, pero doble: primero el del bautismo y la unción del santo óleo, y luego el de la extremaunción. Todo ello con el atronador llanto del niño desconsolado.

La noche en la calle se fue terminando. Y el llanto en el dormitorio del ama Elvira se fue agotando, cada vez más tenue y más lejano. No sabía si porque el niño, mi niño, se había cansado de pedir ayuda o porque no quedaba ya más fuerza en su cuerpecito para pedirla.

Cerré los ojos y cuando los volví a abrir ya no se oía nada en la casa. Corrí hasta el dormitorio del ama Elvira, y cuando abrí la puerta tuve que aguantar la respiración para no quebrantar aquel espantoso silencio. Elvira, sentada en la cama, agotada, con la cara empa-

pada de lágrimas, se tapaba la boca con la mano para que no saliese de ella el gemido, y con el otro brazo rodeando contra su pecho al niño, ya mudo e inmóvil. Frente a ella, sentado en una butaca y con los brazos caídos, Pedro, mudo también de dolor. Y yo en la puerta, muda de espanto, al comprobar la tremenda profundidad que puede llegar a tener el silencio.

Y JUGARÁ CON SUS HERMANOS

AÑO DE 1504

Habían pasado ya tres años de aquella tremenda experiencia del primogénito de Elvira. No se hablaba de él, pero no se olvidaba.

La gente, acostumbrada a la muerte, le decía que no era tan importante y que tendría más. Como si la muerte de un hijo tuviese el mismo dolor que la de un anciano harto de vivir.

Ella se debatía entre el deseo de querer tenerlo y el no volver a pasar aquella espantosa experiencia, por eso el día que me dijo que creía que estaba embarazada, su cara no sabía qué expresar, si alegría o miedo.

Siempre pensé que, aunque los niños al nacer tenían muchos riesgos de enfermar y morir, por la debilidad de sus cuerpecitos, si se les atendía bien en el parto y en los primeros meses, los peligros eran menores. Confiaba en que el nuevo hijo que naciese de Elvira pudiese vivir y llegar a ser mayor, pero me preocupaba que volviesen a tomar la decisión de contratar a la partera y al ama de cría. En aquel momento no me atreví a hablarle de eso, la miré con alegría y la felicité, porque era esa la respuesta que necesitaba. Recordaba con la determinación que las había echado de la casa, pero después de esos tres años, podría haberse olvidado.

Pero las cosas omitidas intencionadamente tarde o temprano aparecen. Fue ella la que me dijo que no quería decir que estaba esperando un hijo, por miedo a que le dijese que contratasen a aquellas dos mujeres. Los amos no querían de ninguna manera que se encargasen ellas. Así que me armé de valor y le dije a Elvira que yo había aprendido de Madre, y tenía la experiencia con mis hermanos.

Elvira al principio lo dudó, por la responsabilidad que suponía, pero le expliqué que era yo la primera que había pensado en ese enorme compromiso.

—Moma, si tú estás decidida a hacerlo, no estaremos el niño y yo en manos más seguras que en las tuyas.

Me dijo que habría que buscar la solución del ama de cría, porque ella, sí que no tenía experiencia. Y le razoné que no perdíamos nada por probar, y en caso de que no pudiese, o la leche no fuese tan buena, buscaríamos al ama.

A pesar de lo segura que siempre fue Elvira, en este tema de la maternidad parecía que me pedía a mí opinión para ayudarla a tomar las decisiones.

Lo mantuvimos oculto hasta que ya la evidencia de su vientre nos obligó a contarlo. Y como suponíamos empezaron las presiones. Todos le decían que cómo iban a confiar y dejar en manos de una chiquilla sin experiencia un tema de tanta responsabilidad, pero fue en vano, porque ella ya había tomado la decisión. Me sentía feliz y orgullosa, pero a medida que pasaban las semanas y se acercaba la fecha, me daba cuenta de la enorme responsabilidad que había asumido.

Llegó el día y preparamos todo para el parto. Pero esta vez lo hicimos a la manera de Madre. Los baldes de agua hervida, las ropas limpias y secadas en el romero. Incluso las hierbas para la infusión de la leche.

Le pedimos al amo Pedro que se saliese y esperase en el salón, por si lo necesitábamos, y obedeció sin decir palabra.

Habíamos estado practicando unos días antes, así que la cosa resultó más rápida y sencilla que en el primer parto, a pesar de que no queríamos tener prisas. Cuando la cabecita empezó a asomar, fui ayudando a Elvira a que su dilatación fuese más amplia, y la cabecita terminó de salir. Luego, entre Elvira empujando y yo tirando con cuidado, terminamos de sacar el cuerpo.

Era un varón, y enseguida empezó a llorar con fuerza, pero en cuanto notó la templanza del agua con la que lo lavamos, se calmó. Lo sequé con paños limpios y se lo pasé a Elvira. La cara de ella era una sonrisa dolorida, empapada de sudor y lágrimas de alegría. Me dijo que avisase al amo Pedro y aproveché para prepararle la infusión de la leche. Cuando regresé, la pareja estaba mirando al pequeño, y Elvira le decía a su esposo que quería que se llamase Pedro II, porque así no olvidaríamos a su hermano.

Pasaron unas horas. Encendí las velas del candelabro, y la escasa luz que entraba ya por la ventana terminó de desaparecer, dejando que el color de miel de la luz de las velas, diese un ambiente cálido y acogedor a la alcoba: Elvira feliz, abrazando a su hijo; el niño feliz, mamando del pecho; Pedro feliz y orgulloso de su descendiente; y yo feliz, de verlos a ellos.

Cuando el niño terminó de comer se lo retiré y lo llevé a su cuna, fuera del dormitorio, junto a mi cama. Le dije al ama Elvira que debía descansar, y ella, confiada, cerró los ojos. Cuando salía del cuarto, su voz me susurró:

–Moma, mi niño vivirá, ¿verdad?

–Sí, ama, nuestro niño vivirá muchos años. Y jugará con otros hermanos.

UN LIBRO DE TELAS PARA LA REINA

AÑO DE 1504

La fábrica del tío Álvaro Odríze y la nueva que había montado el amo Pedro, más pequeña pero más moderna, producían por separado. La antigua de don Álvaro se dedicaba ahora al satén, el damasco y el raso, y la del amo, construida en una casa contigua, fabricaba lana, fieltro y franela fina. Pero habían unificado ya sus marcas en una: “Paños Odríze y de la Concha”.

Su calidad era tan buena que llegaban pedidos de todas partes. Pero hubo uno muy especial. Un pedido que le daría aún más renombre, porque con él se extendería a los señores más ricos e importantes: los relacionados con la corte.

Un día llegó un propius con un documento dirigido al amo Pedro, porque era él el que se encargaba ya de todo el negocio de la familia. Se le citaba en una villa de Valladolid, Medina del Campo, donde los monarcas habían establecido la corte, después de su regreso de Granada. Decía el escrito que se trataba de un asunto de aprovisionamiento para el palacio de la corona, y que debía de estar allí en el plazo de tres días.

El amo, con su especial vista para los negocios, mandó hacer un libro de hojas de tela de un palmo de largo y ancho, con los tejidos de los distintos géneros que producían, cosidas con un cordón de raso por el lomo y con unas tapas de pergamino con el sello de la marca, de manera que al pasar las hojas se podían ver y tocar las diferentes calidades.

Preparó todo con mucho interés y cuidado, pensando lo mucho que se jugaba si conseguía hacerse proveedor de los reyes. Se vistió con sus mejores galas, para demostrar aún mejor el resultado de sus tejidos. Le enjaezaron el caballo con la silla repujada de don Álvaro, y le organicé una alforja con comida.

Al llegar se entrevistó con el Intendente Mayor de la corte, y le explicó que necesitaban una gran partida de tejidos, para uniformar

a la guardia y a los sirvientes de palacio. Hablaron de los distintos géneros y tiempos de suministros, pero antes de empezar a hablar del precio, Pedro lo interrumpió educadamente:

–Señor, me he permitido preparar un libro de telas, para que su señoría tenga la oportunidad de ver y tocar la calidad de nuestros géneros.

El Intendente se quedó boquiabierto. Fue pasando la mano por las hojas, comprobando las cualidades que Pedro hacía resaltar de cada una de ellas: suavidad, cuerpo, firmeza, color, brillo, elegancia... Y pensó que a su majestad le vendría bien distraerse un poco de su enfermedad viendo aquellas telas. Se puso en pie, envolvió el libro en el paño y dijo:

–Señor de la Concha, me quedo con este libro. Pediré audiencia con su majestad la Reina Isabel y ya le informaré de lo que se decida. Mientras tanto puede hospedarse en el edificio contiguo al palacio. Diga que va de mi parte.

Pedro se impacientaba porque nos había dicho que en cuatro o cinco días estaría de regreso en Segovia, y ya habían pasado, pero al sexto el Intendente lo mandó llamar.

Cuando llegó se sorprendió al ver que además de él, estaban citadas cuatro personas más. El ayudante del Intendente hizo las presentaciones:

–El sastre de la Reina y su ayudante, venidos desde Valladolid; el sastre militar y el suyo, venidos desde Toledo; y venido desde Segovia, don Pedro de la Concha, el industrial de los famosos “Paños de Odríze y de la Concha”.

Al parecer la Reina había visto el libro de las telas y le había gustado mucho, hasta el punto de decir: “Un hombre que es capaz de hacer estas maravillas de tejidos, aquí tan cerca de nos, y esta manera tan original de presentárnoslas, bien se merece que sea nuestro proveedor”. Luego ordenó al Intendente que él y los sastres decidiesen el diseño y las telas, confiando en sus buenos gustos.

Era paradójico, y divertido, que a uno a los que los monarcas habían querido expulsar de su reino con el Decreto, lo tuviesen unos

años después alojado en su propia corte, y alabado por la mismísima Reina, eligiéndolo además para servirle los tejidos con los que vestirse.

Todos intervinieron en la elección. Los sastres prestaban más atención a los colores de moda, las botonaduras y las cenefas, para lo cual venían provistos de una gran cantidad de muestras. Uno de esos botones llamó la atención del amo Pedro. Se trataba de una elegante pieza de metal dorado, en forma de flor y con una piedra en el centro. Fue ese precisamente el que finalmente eligieron para las casacas de los sirvientes. Pedro pidió uno de recuerdo y naturalmente se lo dieron. Acordaron que se volverían a reunir en el Adviento.

Cuando preparaba las cosas para su regreso a Segovia, pudo hablar con uno de los sirvientes de la Reina, y le fue sacando toda la información de cómo se encontraba su majestad. Le contó que a la Reina Isabel, le había salido un bulto en la parte de sus vergüenzas, pero como se trataba de la Reina, nadie hablaba de ello. Primero se le empezaron a hinchar las piernas y los brazos. Luego la enfermedad fue avanzando, y los malos humores se extendieron hasta ulcerarle todo el cuerpo. Ahora ya no podía bajarse de su lecho.

Pedro partió temprano para Segovia. Iba satisfecho, aunque algo preocupado por el estado de salud de la Reina, haciendo cábalas de cómo atender aquel enorme pedido, y de cuánto ganaría, porque esa parte de negociante que llevaba en sus orígenes judíos, era imborrable.

Al llegar a la casa, Elvira se sintió encantada de ser la esposa del importante industrial que proveería a la Reina. Cuando Pedro le conto los detalles, sacó del bolsillo el botón que llevaba de recuerdo, y se lo puso en la palma de la mano:

–Elvira, este será nuestro botón de la suerte.

Pero un mes antes de que volviesen a reunirse según lo previsto, llegó la noticia del fallecimiento de la Reina. Pedro se preocupó, pero más porque veía peligrar el negocio de su vida. Pero no fue así, solo sufrió el retraso de unos meses, que además le vinieron muy bien para completar su pedido. Y aquel botón, que conservaron toda la vida, se convirtió en el botón de la suerte.

La Reina falleció, no del rebrote de peste que aquel año hubo en Valladolid, sino de lo que le contó a Pedro aquel sirviente. Dejó en este mundo, todo lo que poseía y por lo que tantas guerras había mantenido. Nada de esas riquezas y poder pudo llevarse, porque es como te dije: el verdadero tesoro no son las riquezas, sino los recuerdos.

LOS FANTASMAS DEL PASADO

AÑO DE 1509

Levábamos ya trece años en Segovia. Elvira no era una mujer fértil. Sus embarazos fueron difíciles y escasos, pero había conseguido tener cuatro hijos, y solo el primero falleció.

Después de aquel, nació Pedro II, luego Gabriel y este año había nacido Damián. En todos la asistí, porque ya solo confiaban en mí para traer a sus hijos al mundo. Habían sido todos varones, aunque Elvira quería siempre una niña.

La familia había prosperado. Los viajes de negocios del amo Pedro a otras ciudades, como Valladolid, Ávila, Bejar e incluso León, eran cada vez más frecuentes, porque el tío Álvaro había fallecido, pero antes de su muerte, lo había designado ahijado legal, con plenos poderes para la administración de sus bienes. Así, al fallecer, dejando como heredera universal a su esposa Beatriz, él pudo seguir ejerciendo sus funciones de administrador sin más trámites.

Un día tuvo noticias de un comerciante de Ávila que le enviaba una carta con un propius.

«Estimado señor de la Concha: He sabido de usted por la fama de sus paños. He pensado si pudiese tener relación con un señor, al que hace años tuve el honor de conocer en Llerena, don Moisés de la Concha, que controlaba el negocio de la lana en las tierras del sur. Estaba muy bien relacionado y poseía una gran casa familiar en aquella villa, y al que me unió una relación de negocio y de amistad, aunque se nos quedó pendiente una deuda.

Supe hace dos años, por uno de los ganaderos de la zona, que me suministra lana, que don Moisés y toda su familia había fallecido, víctima de la peste, así que dudo si será usted algún miembro de ella. Y aunque nuestra relación de negocio se terminó ya hace unos años, el buen recuerdo y afecto que le guardo, me ha hecho pensar si no tendría usted alguna relación con él. Si fuese así, estaría encantado de conocerlo e incluso que pudiésemos retomar,

ahora con usted, aquella relación de negocio, y naturalmente también de amistad.

Los achaques y mi edad, más de medio siglo, me impiden desplazarme a Segovia para conocerle, como hice con su padre, pero estaría encantado de recibirlo en mi propia casa.

Quedo a la espera de sus noticias y que Dios guarde a usted muchos años.

En la ciudad de Ávila, en el año de gracia de mil y quinientos y diez. Hernán Luis de Quesada».

Cuando Pedro leyó la carta, se quedó perplejo. Le dijo al propius, que descansase pasando la noche en el establo, y que a la mañana siguiente le daría la respuesta para que la llevase de vuelta.

Inmediatamente habló con su esposa. Los dos pensaban que descubrir su relación familiar con Moisés, era volver a destapar su ascendencia judía, y con ello poner en peligro todo lo conseguido durante aquellos años. Pero también pensaban que negarlo o no dar respuesta era igualmente peligroso, porque Hernán podría hacer más averiguaciones y acabar descubriéndolo. Decidieron que lo mejor sería que el amo fuese a Ávila y que aclarase todo. No sabía don Hernán el desasosiego que nos creó aquella carta. Lo del miedo a la Inquisición era alarmante, por la espada que pendía sobre Pedro, pero lo de la muerte de su familia, y qué habría pasado con la de Elvira y la mía era igualmente preocupante.

En realidad, éste ya había conocido a Pedro, porque su padre se lo presentó cuando fue a Llerena. El amo se acordaba de él, y yo también, porque lo conocí cuando tenía once años y le vendí los higos en la plaza Pública.

A la mañana siguiente le entregó al propius, una carta escrita con la buena letra del ama Elvira, en la que le adelantaba su parentesco con Moisés, diciendo que iría a verlo en unos días para explicarle todo, pero le rogaba discreción.

Buscaron también a un propius para que fuese a Llerena a averiguar qué había ocurrido con los Xuarez y con mi familia; que llevase la noticia de que nosotros nos encontrábamos bien, y nuestros buenos deseos de que estuviesen todos sanos.

Pedro partió para Ávila, y fue directamente a la casa de don Hernán, en la cuadrilla de San Juan. Al verlo lo reconoció, pero don Hernán a él no. Aclararon todo. Lo de la deuda resultó ser un impago de Moisés a don Hernán por su quiebra, y viendo que podían colaborar en sus negocios, pactaron un acuerdo.

Cuando hablaron de sus familias, Pedro le dijo que después de trece años de matrimonio, tenían tres hijos vivos. Hernán a su vez le habló de su esposa y de sus siete hijos, el mayor de ellos llamado también Hernán, nacido a su regreso de Llerena, hacía ahora quince años.

Y cuando Pedro le dijo a don Hernán que él cumpliría con la deuda de su padre, éste le respondió que estaba ya saldada, en consideración hacia Moisés y como gesto de buena voluntad por la nueva relación que ahora iniciaban.

Al despedirse, el amo Pedro le rogó discreción respecto a la ascendencia, a lo que Hernán le respondió que podía confiar en su palabra. Y así fue.

LAS NOTICIAS DE LLERENA

AÑO DE 1510

El propius enviado a Llerena por el amo Pedro tardó más de dos meses en regresar. Se veía que no tenía mucha prisa por volver, porque la nuestra siempre fue tierra de buena acogida para los forasteros, buenas comidas y buenos vinos.

Las noticias que traía eran malas y buenas. Al parecer toda la familia del amo Pedro, que se había quedado en Llerena, había fallecido a causa de las epidemias de peste. Los padres del ama Elvira igualmente habían fallecido, ambos, pero poco se sabía de los hermanos de las dos familias, que, como nosotros, se habían marchado a otras tierras. Pero mis padres sí que estaban vivos, ya muy mayores y achacosos, y seguían viviendo con mis hermanos, Uziel y Levana.

Uziel se había hecho pastor, como Padre, y aunque no tenía el cargo de mayoral, ya hacía la trashumancia. Levana se ocupaba de los tres, porque estaba soltera y vivía con ellos.

El Amo también había fallecido, y un hijo, que había regresado a Llerena, se encargaba ahora de toda la herencia de su padre, siendo también señor de la Mesta.

Mi familia se puso muy contenta al saber que estábamos los tres sanos y salvos, y que el negocio de los paños de don Pedro era cada día más importante.

El propius traía en sus alforjas dos talegas de parte de mis padres, una con comida y otra con algo que habían hecho entre Madre y Levana, al saber que el ama Elvira había tenido cuatro hijos, que aún eran muy pequeños.

En la talega de la comida venían cosas ricas de nuestra tierra: quesos de cabra y de oveja, algo de vino, y almendras e higos de nuestro huerto. Cuando el propius nos la entregó, pensé al verla si lo que nos había llegado sería lo mismo que puso Madre en la talega de la comida, o si habría habido alguna merma en el camino, a cuenta del propius que la traía, porque conociéndola, aquello parecía poca cosa.

Por la tarde subí a consolar a Elvira, que se había pasado toda la mañana llorando la muerte de sus padres, y me decía que no entendía que ahora le afectase tanto, porque en realidad ella siempre había pensado que era eso lo que había ocurrido, pero confirmarlo era cerrar el pequeño refugio de esperanza que siempre guardaba. No me pareció prudente celebrar nada en aquellos momentos de tristeza. Unos días después, cuando subí a poner la cena, les subí también los quesos y el vino que Madre nos había enviado. Nunca comía con ellos, pero aquella noche el ama y los niños me lo pidieron.

El amo Pedro descorcho la botella de vino, y el ama Elvira y yo troceamos el queso, y aunque ni ella ni yo bebíamos vino, en aquella ocasión sí lo probamos, incluso Elvira mojó su dedo meñique con una gota y dejó que los niños lo probasen, poniendo ellos la esperada cara de asco al sentir el amargor en la lengua. Al queso ninguno le pusimos peros ni ascos.

No te he contado qué era lo que Madre y Levana nos mandaban en la otra talega. Cuando la abrimos, sacamos de su interior una especie de saco roto, atado con unas cuerdas. Los niños lo miraron extrañados y el ama Elvira también, hasta que reparó en que por mis mejillas resbalaban dos lágrimas. Yo sí reconocí aquello desde el primer momento. Era un primoroso columpio que ellas habían preparado para que nuestros pequeñitos se divirtiesen, como el que le hicimos a Uziel cuando aún no tenía dos años, y que luego heredó Levana. Pero éste estaba hecho con mucho más primor, rematados los orificios con dobladillos para sacar las piernecitas, igual que el cordoncillo de la cinturilla que lo sujetaba por debajo de los brazos, y los dos ollares, por los que pasaban las cuerdas con las que se colgaba del árbol.

Pasé los dedos con delicadeza sobre la tela del columpio, queriendo recuperar de ella el tacto y el cariño que Madre y Levana habían dejado en él al hacerlo.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano, y colgué el columpio saco de una rama en el patio trasero. Puse a su lado otro normal de una sola sogá y un palo atado, para el mayorcito. Después

de ponerles el desayuno a todos, llevé a los niños al patio, y un rato después todos disfrutábamos de los columpios: Gabriel, con sus dos años y medio, metido en el del saco, dando saltos de alegría y haciendo cimbrear la rama; Pedro, ya mayorcito, balanceándose en el columpio de una sola cuerda; el ama Elvira riendo feliz al ver a sus hijos tan divertidos y contentos, con el pequeño Damián en sus brazos dándole besos. Y yo, mitad llorando y mitad riendo, recordando la carita de Uziel el primer día que estrenó su columpio... comprobando que sí es posible llorar a la vez de alegría y tristeza.

BODA CON MÚSICA DE JEREMÍAS

AÑO DE 1515

Don Hernán el viejo, iba a cumplir el compromiso hecho a su socio de Bejar, don Alonso de Victoria, poco antes del fallecimiento de éste, de hacer de padrino de su hija Leonor de Victoria, en la boda con su hijo, Hernán Luis Dávila. Nos enviaban la invitación para la ceremonia en la catedral del Salvador.

Como aún faltaba unos meses para la boda, empezamos los preparativos con tranquilidad. Primero los amos pensaron si sería mejor asistir ellos dos solos, pero luego decidieron ir con sus hijos, que ahora eran ya cuatro, Pedro II, Gabriel, Damián y Jeremías, que había nacido hacía algo menos de dos años, y el nuevo que esperaba Elvira, y que según nuestras cuentas nacería un mes después de la boda. El ama hacía toda clase de ruegos y promesas a la Virgen de la Fuencisla y a la de la Granada, para que fuese una niña.

Ella se encargó de escoger y organizar todo el vestuario, eligiendo las mejores telas. El sastre y la pantalonera, venían a casa, primero para tomarnos medidas, luego para las pruebas de hechura, y al final la prueba de ajuste y remate, más complicado en el caso del ama, porque no sabían cuán abultado tendría el vientre.

El amo contrató dos carruajes, uno en el que irían ellos con sus equipajes, y el otro en el que iríamos los niños, yo, y en el pescante nuestro baúl.

Llegamos unos días antes, porque querían hacer ensayos. Don Hernán Luis de Quesada y su esposa nos recibieron muy amablemente en su casa. Él estaba muy mayor, había cumplido ya los sesenta años, pero lo reconocí inmediatamente, recordando su cara amable después de venderle los higos en la plaza Pública de Llerena. Él no podía reconocerme, porque yo entonces tenía solo once años y ahora había cumplido los treinta.

La familia Luis tenía varias casas intramuros, y nos ofrecieron una muy próxima a la casa solariega, en la calle de los Caballeros. Los

amos pasaban muchos ratos con ellos, haciendo conjeturas sobre los invitados y sus relaciones. Mientras, sacaba a los niños de paseo por aquella ciudad que vimos al pasar sus padres y yo en el viaje de Llerena a Segovia. No sabía yo, ni cuando la vi por primera vez, ni en este momento de la boda, que acabaría viviendo en ella.

Cuando fuimos a la catedral para el ensayo con algunos invitados, nos quedamos impresionados del sonido que salía de aquellos tubos del órgano. Al pobre Jeremías, le pareció excesivo, así que decidió ponerse a llorar en medio del ensayo. El ama Elvira trató de consolarlo, pero él estaba acostumbrado a mis brazos y parecía reclamarlos a gritos, y como no paraba, los invitados empezaron a mirar hacia donde estaban los amos con el niño. El maestro de ceremonia interrumpió el ensayo, mirando inquisitoriamente hacia la procedencia del llanto. El ama Elvira, violenta, recurrió a mí haciéndome un gesto para que lo recogiese. Al momento de verse en mis brazos se cayó. Ese fue solo el ensayo general.

El día de la ceremonia, la casa era un trasiego de carreras y nervios, yo vistiendo a los niños con aquellas galas tan aparentes, que me las veía y me las deseaba, porque ellos no entendían que una vez arreglados ya no podían jugar porque se estropeaban el arreglo. Cuando salimos para la catedral, acompañando al cortejo, parecíamos gente de linaje con aquellas ropas tan suntuosas y aparentes.

Comenzó la ceremonia. Cada cual en su lugar asignado. Todos contentos de estar allí tan elegantes compartiendo, ahora con las familias de los novios al completo, y muchísimos más invitados, aquel momento tan importante.

El sacerdote oficiante y cuatro acólitos a su lado estaban ya esperando en el altar mayor. El novio y su madrina de pie, delante de unos taburetes con cojines de terciopelo rojo, frente al oficiante. Y todos expectantes a que entrase la novia del brazo del padrino: don Hernán el viejo.

Por fin aparecieron por la puerta principal, y el organista, que tenía los fuelles del instrumento repletos de aire, comenzó a tocar una atronadora obra de recepción y bienvenida. Creció también el

rumor de los asistentes, opinando entre cotilleos lo bella y elegante que venía la novia. El organista no dejó que los rumores acallasen su música, y cuando el órgano repartía por toda la catedral sus registros más agudos, la voz de un cantante solista comenzó a interpretar un aria, sin mucha letra, solo música, o, mejor dicho, sonido de llanto, para que me entendáis. Y claro el solista no podía ser otro que mi niño Jeremías, que con el ensayo había aprendido a la perfección, cuándo y cómo tenía él que hacer su entrada.

Por suerte, el ama Elvira y yo también lo teníamos ensayado, así que ella no tuvo que hacerme ni el gesto para que fuese a recoger al niño. Al verse en mis brazos, Jeremías me sonrió, y como él y yo también lo habíamos practicado en el ensayo, le tapé los oídos y en seguida se consoló y se durmió, los dos con nuestras incómodas y elegantes galas.

Después de la ceremonia tuvimos el banquete que se prolongó toda la noche, pero los niños y yo regresamos antes a la casa, ellos medio dormidos y yo agotada de tanto trajín.

Al día siguiente me levanté aún cansada, pero los niños ya habían recuperado su energía habitual y jugaban con la rutina normal de cualquier día. Cuando se levantaron los amos, también mostraban en sus caras los resultados del largo día anterior, pero todos estábamos contentos de haber ido a la boda. Me comentó orgullosa que todo el mundo le había alabado lo guapos y elegantes que íbamos toda la familia.

Pensé que nadie se habría fijado en mi discreta actuación de ir a recoger al niño, ni habría prestado mayor atención a su comportamiento, pero no fue así. Unos días después, cuando ya hacíamos los preparativos para el regreso, en la casa de los Luis, el matrimonio comentó con los amos mi habilidad para consolar al niño, y cuando Elvira les explicó que también era de Llerena, don Hernán empezó a atar cabos. Me mandaron aviso para que fuese a la casa, y como no podía dejar a los niños solos, me presenté con todos ellos. En lugar de preguntarme directamente si lo conocía, don Hernán prefirió ir deduciéndolo con su ironía:

-Ya vimos en la catedral que te gustan los niños y se te dan bien.

-Sí, señor.

-Y tú no tendrás un hermano, ¿verdad?

-Sí señor, dos. Un hermano y una hermana.

-Vaya, qué casualidad. Y ¿cómo se llama tu hermano?

-Uziel, y ella Levana -don Hernán mostró una sonrisa de confirmación.

-Vaya, no conseguía acordarme. Sabía que no era un nombre castellano, pero sí que era muy bonito -y dirigiéndose a todos los que estaban en la sala: su esposa, su hijo, su nuera y la consuegra, y naturalmente a los amos, dijo:

-¡Menuda suerte tuve aquel día! Sabed que esta joven aquí presente, la que nos ha salvado la ceremonia de la boda, consiguiendo que se pudiese terminar sin los cánticos destemplados del pequeño Jeremías, un día me salvó la vida a mí también, vendiéndome unos higos para comer, porque si no me habría muerto de hambre. Fue una bendición caída del cielo, aunque dudo que ya lo pueda volver a hacer. Es un acierto, mis queridos Pedro y Elvira, haberla elegido para que cuide de vuestros hijos.

Los amos se sintieron halagados, y yo aún más, hasta el punto de ponerse las mejillas rojas, pero cuando empecé a quererle dar las gracias, no pude terminar, porque noté que las manitas de Gabriel por un lado y de Damián por el otro, se cogían de las mías.

-Moma, vámonos a dormir.

Nos despedimos como les teníamos enseñado, dando la mano, y nos fuimos para la casa. De vuelta pensé que había algo en las palabras de don Hernán que no había entendido, lo de salvarle la vida: "dudo que ya lo pueda volver a hacer". Lo entendí dos meses después de la boda. Porque cuando bautizábamos a Jacobo, el sexto hijo varón de los amos, nos llegó la triste noticia de que don Hernán había fallecido.

El abuelo Hernán no consiguió conocer a su primer nieto, Francisco Luis de Victoria, le faltaron solo siete meses de vida, que eran los que necesitaba aún su nuera Leonor para traerlo al mundo.

LOS FRESCOS DE LA IGLESIA DE SAN JUAN

AÑO DE 1516

Al morir don Hernán el viejo, su hijo se hizo rico de la noche a la mañana. Aunque inicialmente, la nueva pareja había previsto ir a vivir a una de las otras casas heredadas, cambiaron los planes y se quedaron a vivir en la solariega de los Luis, para cuidar a su madre, que no quería mudarse para no olvidar su pena. Pero los disgustos, también pasan al ayer.

Solo unos meses después nació en esa casa Francisco Luis de Victoria. Y de nuevo las relaciones comerciales favorecieron las de amistad entre ambas familias. El amo Pedro recibió la invitación para ir con su familia a Ávila, al bautizo del primogénito de su nuevo socio Hernán hijo.

Y otra vez hubo que organizar el trajín de los preparativos: dudas sobre las ropas, pruebas de sastrería, tan odiadas por los niños, los carruajes, los cocheros, los baúles del equipaje...

Pero de todos los preparativos, el peor fue el vestuario. Primero el ama Elvira no terminaba de decidirse sobre qué tela escoger para los niños, y se perdieron unos días. Luego el sastre tuvo problemas en el taller, porque la pantalonera se había fugado con un amante, marido de otra señora, según los rumores que corrían por todo Segovia. Y finalmente, cuando el sastre vino con los trajes ya casi terminados para probarnos, surgió el problema.

El del ama Elvira y el mío nos quedaban perfectos. Eran muy bonitos. El de ella mucho más lujoso que el mío, pero además tenía muy buen porte y todo le quedaba bien.

El de don Pedro le quedaba bien, aunque el calzón un poco estrecho. La nueva pantalonera no había interpretado bien las medidas tomadas por la primera.

Pero lo peor de todo fueron los calzones de los cuatro niños. El pequeño Jacobo aún iba en mantilla. A todos les quedaban estrechos, tanto que la tela parecía que se iba a reventar. El ama se plantó y dijo

que así sus hijos no irían al bautizo, pero como ya no quedaban días para rehacerlos, el sastre se comprometió a soltarle algo de las costuras.

Cuando a los tres días volvió con los trajes, el problema ya era menor, gracias a las habilidosas manos del sastre, y aunque seguían quedándoles estrechos, podían pasar.

Partimos para Ávila. Llegó el día del bautizo. Nos pusimos nuestros trajes de gala y nos fuimos a la iglesia. Durante la ceremonia, Elvira quiso tener en sus brazos al pequeño Jacobo, y yo me ocupé de sus hermanos.

Tenía al pequeño Jeremías en brazos, temiendo que el órgano empezase a sonar, y arrancase también el niño con el canto de sus lamentaciones. Pero afortunadamente no fue así. Al tratarse de un bautizo, y no de una boda, lo que sonó fue un virginal, mucho más suave y armonioso y sin tantas estridencias y trompetazos, que era lo que le molestaba, y acurrucado en mis brazos decidió dejarse dormir, ignorando el protocolo, mientras los demás, enfundados en nuestras galas, sobrellevábamos sufridamente las incomodidades de los lujosos trajes. Los niños, por sus gestos, más sufridamente aún.

Pero se ve que siempre nos acompañaba a la familia alguna de las musas del arte, porque en esta ocasión no fue la música sino la pintura.

El sacerdote oficiante había recibido unos buenos diezmos de don Hernán, para que la ceremonia estuviese a la altura del rango de la familia, así que el pobre sacerdote se esforzaba en conseguirlo. Hicieron una misa antes de la ceremonia del bautizo, con un sermón larguísimo. Pedro II, Gabriel y Damián empezaron a ponerse nerviosos y me pidieron permiso para salir al atrio. Pensando que podría ser lo mejor, por gestos, y sin moverme de donde estaba sentada, le expliqué al ama el nerviosismo de los niños y le pregunté si los dejaba salir. Ella, con resignación, me dijo que sí. Les advertí a los niños que podían salir, pero sin alejarse del atrio, y al mayor, Pedro II, que cuidase de sus hermanos.

La ceremonia transcurrió sin incidentes. La abuela del niño, viuda, estaba emocionada, porque su esposo no había podido conocer a

su nieto. Al terminar la ceremonia, salí apresuradamente a buscar a los niños, temiendo que se hubiesen alejado y estuviesen perdidos, solos, en aquella ciudad desconocida para ellos, pero mi temor no era nada para lo que me encontré. Preferiría haberlos encontrado asustados llorando por cualquier esquina. Se habían dedicado a mojarse las manos con barro de un charco y a pintar toda la fachada del atrio. Se inspiraron en lo que vieron en las paredes de la iglesia, y que su padre, para educarlos, les había explicado que se llamaban frescos, y cómo los pintaban los artistas famosos. Y se ve que quisieron probar si ellos también lo eran.

El resultado de aquella obra de arte de treinta pies de largo, llena de manos y churretones, hecha por tres artistas aún desconocidos, fue el gran disgusto de su madre y mío, la reprimenda y castigo de don Pedro, y el pago correspondiente a unos canteros para que devolviesen a su estado original la fachada.

Pero la mente de los niños es simple: oyen lo que les decimos, pero no todo lo entienden. Cuando regresábamos a Segovia, los amos en una carroza y yo en la otra con los niños, oí a Damián que, como si yo no pudiese oírlo, le decía extrañado a su hermano:

-Gabi, ¿entonces por qué nos ha castigado padre?

-Eres tonto Dami. Por qué va a ser, porque no nos hemos portado bien en la iglesia y nos hemos salido a pintar.

-Y por qué me ha dicho Moma que soy un buñuelo.

-No, lo que te ha dicho es que pa-re-ces un buñuelo.

-Y por qué.

-Porque nos hemos manchado los trajes de barro cuando pintábamos los frescos en la pared, como nos explicó padre que lo hacían los pintores famosos.

-Pues mi traje estaba menos manchado que el tuyo, y a ti no te lo ha dicho.

-Claro Dami, nos lo decía a los tres, mirándote a ti.

Entonces intervino Pedro II, con sus once años, y consciente de que lo peor aún no había llegado.

-Callaos ya los dos, que parecéis tontos. Nos han reñido porque

no les han gustado nuestros frescos. Y ya veréis la que nos vamos a ganar cuando lleguemos a Segovia y se den cuenta de que hemos estado enseñándonos el culo, cuando se nos rompieron las calzas al agacharnos para coger la pintura del charco.

-No, al que se le rompieron, sin querer, fue a mí -puntualizó Dami- tú y Gabi, primero os reísteis al verme el culo, pero luego os agachasteis hasta que os estallasteis los vuestros. ¡Queriendo!

Volví la cara simulando que miraba el paisaje por la ventanilla de la carroza, para que los niños no pudiesen verme cómo trataba de aguantar la risa, pensando que divertidos y frescos sí que habían estado los tres en aquel bautizo. Lo que no sabían era que encontrarían en mí una aliada, porque ellos eran pequeños y ya habían recibido la lección que su padre les había dado al castigarlos. Además, la culpa la tendrían que compartir con la pantalonera y el sastre, que provocaron la situación. Así que pensé que cuando llegásemos a Segovia lavaría y cosería las calzas de todos, antes de que su madre se diese cuenta.

Al otro lado de la ventanilla el paisaje corría a nuestro lado, pero hacia atrás, como queriendo decirme que había que dejar en Ávila el disgusto de lo ocurrido, porque ya pertenecía al pasado.

FRANCISCA XUAREZ DE LA CONCHA

AÑO DE 1517

Ella los quería mucho, a todos, pero eran varones. A una hija la habría adorado. Todo el mundo opinaba que era una suerte tener hijos varones, pero ella soñaba con tener una hija. Madre me decía que era importante tener hijas, a pesar de que ellas no fuesen a las guerras: “A las hijas el Creador nos da la delicadeza necesaria para crear la vida dentro de nuestro cuerpo. Es con la vida, y no con la muerte de las guerras, con lo que el mundo prospera”.

El ama me preguntaba con sentimiento de culpa, por qué no se podía formar en ella una hija. No se daba cuenta de que yo ni siquiera había podido tener la oportunidad de tenerlos, ni hijas ni hijos. Pero, aunque no fuesen míos los quería como una madre, y ellos a mí. Cuando eran pequeños buscaban en mí el refugio a sus miedos infantiles. Pero cuando eran mayores también me demostraban ese cariño. El día que hicimos la fiesta para celebrar el décimo cumpleaños de Pedro II, lo pude comprobar.

El ama Elvira quiso que el décimo segundo aniversario de su primogénito fuese un día especial. Los amos invitaron a un buen número de amigos para que viniesen con sus hijos. Y como siempre que se trataba de algo de los niños, me dieron libertad para organizarles lo que creyese oportuno. Me acordé de los comediantes que veía de niña en la plaza de Llerena, y decidí que podíamos hacer una función como aquellas. Lo preparamos en el patio, en el que montamos un escenario colgando sábanas de unas cuerdas. Con los cuatro artistas comediantes, Pedro II, Gabriel, Damián y Jeremías, organicé una historia, en la que un caballero, Pedro II, tenía que liberar a su dama, Damián disfrazado con trenzas, de un dragón, Gabriel, que la tenía secuestrada en un castillo. El pequeño Jeremías hacía de escudero de Pedro, aunque con sus tres años, teníamos que ser tolerantes con su papel, no siempre sujeto al guion, para desesperación de su señor caballero. Yo trataba de conciliar discordias mientras aprendíamos

los papeles de la obra, porque la hombría de Damián le hacía estar incómodo, bajo aquella peluca con trenzas que le había hecho con hilos de lana teñidos de azafrán. Pedro II no conseguía besar en los labios a su amada después del rescate, como era debido, viendo en ella la cara de su hermano. Gabriel no tuvo problemas en interpretar su papel de dragón, porque siempre fue el más brutote, y eso de dar guantazos se le daba demasiado bien, sobre todo con el pequeño escudero, al que tenía que consolar en algún ensayo desafortunado.

Llegó el día, y antes del banquete, propusimos a los invitados bajar al patio para ver la representación que habíamos preparado. Los hijos pequeños de los invitados se sentaron en el suelo delante del escenario, para no perderse detalle. Los actores con sus disfraces salieron a escena, mientras que yo me escondía detrás de una de las sábanas para hacer de apuntadora.

La obra fue un éxito inesperado, porque los actores se metieron tanto en su papel que empezaron a improvisar, texto y bravura en la actuación. Yo, temiendo por la integridad del escudero, traté de protegerlo diciéndole que se alejase del caballero y del dragón, pero esté lejos de amedrentarse decidió ser fiel a su señor y la emprendió a patadas con el dragón. Uno de los chicos del público sintió con verdadera realidad la llamada de auxilio de la princesa, y quiso ir también a rescatarla, pero otra de las chicas invitadas, compadecida de la tunda que estaba recibiendo el pobre dragón, en inferioridad de condiciones, subió también al escenario para equilibrar la contienda, aunque le habría gustado que raptasen a la princesa para sustituirla, en su papel más acorde con su sexo. Entre risas y aplausos terminó la función. Elvira satisfecha con la diversión de los niños, y en especial de Pedro II, su héroe.

Pero aquel día fue especialmente emotivo por partida doble. Primero mi niño Pedro II, delante de los invitados, me rodeó con sus brazos y me dio un beso, mientras me susurraba: -Moma, nadie me había hecho nunca un regalo como éste. Todos los niños les han dicho a sus madres que quieren hacerlo también. Te quiero como a Madre.

Y luego ella, que cuando todo había terminado y la casa dormía, bajó al sótano, buscando mi complicidad:

–Moma, estoy embarazada. ¡Pero es una niña!

Intercambiamos nuestras miradas. Pasé la mano por su vientre y una diminuta sensación llegó hasta mi corazón. Nos abrazamos en silencio. Nadie, ni siquiera una partera, se habría atrevido a asegurar que sería una niña, pero nosotras sí estábamos seguras, porque hay presagios que son rotundos.

Siete meses después asistí al ama Elvira en su parto. Pero en aquella ocasión las dos pusimos más mimo y cuidado que nunca en traer a la niña al mundo. Nuestra niña, la que tanto habíamos deseado.

Unos días después la bautizamos en nuestra parroquia, con el nombre de Francisca X Suarez de la Concha. Entre los invitados habían venido de Ávila la familia de Hernán Luis Dávila y Leonor de Victoria, a la que además de los lazos comerciales de Pedro y Hernán, les unía ya una buena y sincera amistad entre sus esposas. Elvira pudo presumir de su niña, porque desde el momento de nacer tenía una carita linda, pero además con los años resultó ser la más guapa, elegante y bondadosa de toda la familia.

Aquel fue el último parto de Elvira, porque, feliz con su niña, no sentía ya la necesidad de tener más hijos. Le faltaban solo cuatro años para llegar a los cuarenta. Más de la mitad de su vida la había entregado a su matrimonio, pero desde aquel día los dos esposos durmieron en habitaciones separadas. Él solo, y ella con su niña.

Y cuando aquel año se acababa, nos llegó la noticia del segundo embarazo de la familia de don Hernán. Su esposa Leonor, que había asistido al bautizo de Francisca, le dijo a Elvira con envidia, que quería tener una niña como la nuestra. Sus deseos se cumplieron, y la bautizaron con el nombre de Isabel Luis de Victoria.

A lo largo de los años, y hasta 1526 en el que nació la última hija, el matrimonio de Hernán y Leonor tuvieron, otros dos varones más: Tomás, que fue licenciado, y Juan, que se hizo clérigo; y finalmente tres hijas: Leonor, María Andrea y Sebastiana. Los cuatro primeros

llevaron los apellidos Luis de Victoria, pero a las tres últimas su madre impuso que por ser mujeres llevasen primero: de Victoria. Con el licenciado Tomás, hubo cierta confusión, porque un sobrino suyo, del que os hablaré mucho, se llamó igual.

LA INFINITA ETERNIDAD DEL OCÉANO

AÑO DE 1517

La niña, como todos llamábamos a nuestra niña Francisca, había cumplido ya los nueve años. En los encuentros con la familia de los Luis, el ama Leonor se volcaba en alabanzas a ella, y día a día nuestra pequeña se hacía más candidata a ser el lazo de unión entre las dos familias. Ambas madres veían con buenos ojos el enlace de sus hijos, el primogénito de los Luis de Victoria y la benjamina de los de la Concha Xuarez, casi de la misma edad, inteligentes, guapos y afortunados. Y así fue. Sin necesidad de firma de ningún documento de compromiso, todos asumimos que algún día aquella amistad que empezó con juegos de infancia, terminaría en un verdadero enlace de sangre, vinculando para siempre a las dos familias.

A niña Francisca sí le gustaba venir al huerto, y aquella tarde de otoño nada hacía prever que llovería, y menos de aquella manera. Ya sólo íbamos Jacobo, Francisca y yo. Cuando apenas me había dado tiempo a desbrozar un pequeño trozo del huerto, el cielo empezó a cubrirse de nubes grises. Los niños se habían ido a la orilla del río y se entretenían buscando ranas y galápagos entre los juncos.

La temperatura empezó a bajar rápidamente. Notaba como el aire enfriaba mis brazos y mis mejillas. Las nubes cruzaban el cielo a gran velocidad, y su color gris se hacía más oscuro por momentos. La luz de la mañana se apagaba como si la noche se estuviese aproximando. Levanté la vista para ver a los niños, pero ya no estaban donde los vi la última vez. Dejé de hacer aquello y fui a buscarlos. Me aproximé a la orilla y un fogonazo de luz iluminó todo el espejo del río. Solo un instante después un trueno ensordecedor se apoderó de todo lo que nos rodeaba. Enmudecieron las voces lejanas, el ladrido de los perros, el canto de los pájaros y hasta el chirrido de la noria se paró. Solo el viento se enfrentó a él con el ruido de las ramas y de las hojas.

Empecé a gritar, llamándolos, pero no conseguía verlos ni oírlos. Corrí de un lado a otro. Tres gotas enormes chocaron contra mi cara,

y una cortina de lluvia empezó a caer desde el cielo. Se me hizo un nudo en la garganta y casi no podía llamarlos. Por fin los vi en la que ellos llamaban isla de los galápagos, un pequeño trozo de tierra a poca distancia de la orilla, a la que solían ir. Llegaban a ella cogiendo impulso desde la orilla y saltando, y lo mismo para volver, pero ahora el regreso era imposible, porque al crecer el río, el islote se había reducido tanto que apenas podían dar dos pasos para coger impulso.

Corrí hasta donde estaban, pero mi sensación de alivio se volvió a convertir en angustia. El río parecía crecer ensanchando su margen y alejándome de ellos. Decidí meterme para ir a rescatarlos, porque no había tiempo para ir a buscar ayuda. Ellos estaban también muy asustados. Jacobo abrazaba a su hermana y Francisca, refugiada en él, lloraba de miedo. Me remangué las sallas y empecé a meterme en el río. Creí que el agua solo me llegaría a las pantorrillas, pero el caudal iba creciendo y me llegaba a los muslos. La corriente me empujaba con fuerza y tenía que mantener el equilibrio para que no me arrastrase. Mis últimos pasos fueron más decididos. Extendí los brazos y se agarraron con fuerza a mis manos. Tiré de ellos y los abracé como pude para volver a la orilla. Con los niños en mis brazos y el agua empujándome no conseguía avanzar, pero le dije a Jacobo que intentase poner los pies en el suelo para que caminase también. El pobre lo hizo, al principio sin soltarnos de la mano, pero luego, cuando ya estaba casi fuera se soltó y corrió. Yo, con Francisca en mis brazos, luchaba para que la corriente no nos arrastrase. Su hermano se volvió a meter hasta las rodillas y extendió los brazos para ayudar a su hermana. Yo se la acerqué todo lo que pude y cuando vi que Francisco la tenía firmemente sujeta la solté. Con alivio vi a los dos ya fuera del agua, y en ese momento un tronco que venía a la deriva me golpeó y me arrastró dejándome enredada en unos cañaverales.

Desde allí podía ver a los niños a salvo, pero no podía desprenderme de aquella maraña para salir. La orilla no estaba lejos, pero sí lo suficientemente profunda como para no poder alcanzarla. Los niños viendo mi trance empezaron a llorar. Yo también.

La situación empeoraba por momentos, y les grité que se fuesen a casa. Después de insistirles se pusieron los dos de pie y empezaron a caminar, pero Jacobo se volvió, dejó a su hermana sentada en el pie del árbol y vino corriendo por la orilla. Se agachó y empezó a empujar un tronco enorme que había quedado varado. El pobre empujaba con una cara de coraje que jamás le había visto. Unos instantes después, cuando ya el agua casi me arrastraba, vi que Francisca ayudaba a su hermano empujando también el tronco. Entre los dos consiguieron meter una parte en el agua, lo suficiente como para que me cogiese a él.

No sé cómo pudimos lograrlo, ni de dónde habíamos sacado fuerzas, pero unos momentos después caminábamos los tres hacia casa, abrazados y empapados.

Cuando llegamos, los amos, aterrorizados, reclutaban hombres de la fábrica para ir a buscarnos, temiendo lo peor. Y cuando contábamos lo sucedido, el ama Elvira repetía: ay mis niños, ay mis niños, abrazándolos y dándoles besos.

—Ama Elvira, tienes que estar orgullosa de tus hijos. Son extraordinarios. Valientes y generosos. Hoy lo han demostrado salvándome la vida.

Jacobo, en un gesto enorme de cariño me abrazó.

—Moma, no podíamos dejar que te ahogases.

Unos días después, cuando el cielo lucía un azul radiante, y el miedo era ya cosa del recuerdo, decidí ir sola a ver mi pequeño huerto. El camino que bajaba hasta el río estaba deshecho. Todos los huertos habían desaparecido. Ya no quedaba nada, ni huerto, ni la isla de los galápagos, ni el tronco que me salvó la vida. Era como si el río hubiese decidido recuperar algo que le pertenecía.

Me senté sobre la misma piedra que aquel día descubrí el huerto. Reconocí y acaricié con la mirada el único tronco que permanecía erguido. Era el cuerpo del espantapájaros que su amigo Gervasio vistió con sus harapos, y que ahora, desnudo, parecía esperarme para despedirse antes de que la corriente se llevase sus almas, la de él y la de Uma, buscando la infinita eternidad del océano. Fue mi último día en el huerto.

REGALOS DE BODA

AÑO DE 1530

Aquella no era temporada de trashumancia, pero oímos a lo lejos unas esquilas de ovejas que se acercaban. Desde que los niños dejaron de serlo, habíamos perdido la costumbre de ir a ver el paso de los rebaños, pero quizás porque no era la temporada, algo me impulsó a ir a la puerta de San Andrés por donde llegaban los rebaños del sur.

El mayoral y su perro, sin aparente prisa ni cansancio, abrían el camino, y detrás, una nube de polvo envolvía el cencerreo de las esquilas. A medida que se acercaban iba emergiendo un inmenso rebaño de más de tres o cuatro cientos de ovejas, del color de las de nuestra tierra, rodeadas de los pastores y los perros.

Cuando el mayoral estaba ya entrando por la puerta de la muralla me pareció ver algo familiar en su forma de caminar. Lo observé con más atención y el corazón empezó a latirme con fuerza. Aquella cara, curtida por el sol y la lluvia, se parecía a la de Uziel. Calculé, por mi edad, que él habría cumplido ya los cuarenta, y traté de convertir aquella carita infantil que vi por última vez cuando salíamos de Llerena, en ésta que ahora se acercaba después de tanta ausencia.

La prudencia me hizo esperar para ver la parte trasera de su cuello y buscar su manchita, aquella que me dijo Madre que lo haría inconfundible. ¡Era Uziel! Su cuello también estaba curtido pero la mancha era idéntica a la suya. No pude resistirme, y avanzando entre las gentes, le grité –¡Uziel!

No me oyó, y viendo que se adelantaba, volví a gritarle –Uziel, ¡Uziel!

Me oyó, me buscó entre la gente con ansiedad y vino hacia mí. No podía imaginarme verlo, pero él sí sabía que me podría ver en Segovia, porque cuando el amo Pedro envió al propius a Llerena, contó que vivíamos aquí.

Sin decir ni una sola palabra nos abrazamos con el cariño de dos

hermanos a los que les habían privado durante años de poder hacerlo, y a pesar de que nuestros aspectos podían ser los de dos desconocidos.

–Moma, venía deseando llegar para darte la sorpresa, pero, como siempre, eres tú la que me la has dado.

–No he sido yo, Uziel, ha sido la voz del instinto... o la de Madre, la que me ha hecho salir a veros llegar.

Uziel miró hacia el cielo, y como caía la tarde, me imaginé que tendrían que llegar hasta alguno de los corrales próximos de la Mesta, donde pasar la noche.

No quería separarme de él, pero me dijo que tenía que hacer su trabajo y que volvería por la noche para verme. Lo vi alejarse metiéndose de nuevo en aquella inmensa nube de polvo. Me quedé petrificada sin poder dar ni un paso, hasta que ya no quedó rastro de ellos.

Le conté al ama Elvira que Uziel estaba en las afueras de Segovia, y que por la noche vendría a verme. Se puso muy contenta y me dijo que cuando llegase subiésemos. Mientras cocinaba algo para él, pensaba todo lo que tenía que preguntarle, pero cuando se hizo de noche y llegó a la puerta, todo lo que había pensado se borró. Solo quería abrazarlo. Ahora si lo reconocía. Se había lavado y tenía muy buen aspecto. Estaba hecho un hombretón muy guapo. Le dije que el ama Elvira y su esposo nos esperaban, impacientes por tener noticias de Llerena.

Subimos, y después de los saludos, Uziel comenzó a hablar con serenidad, con la misma que caminaba, sin necesidad de preguntarle, llevando el hilo de la conversación.

«Llerena ha prosperado mucho, pero para los judíos no es como antes. El tribunal de la Inquisición, obsesionado con nuestro pueblo y su comarca se asentó definitivamente allí. Eso hizo que muchas de las familias nos sintiésemos vigilados y siempre bajo sospecha, y poco a poco nos fuimos marchando. El antiguo Amo falleció, pero el hijo que heredó sus tierras y el ganado, no supo administrarlas y terminó por vender todo y marcharse. Levana y yo seguimos viviendo con Padre y Madre. El nuevo amo, supo de la fama de buen mayoral que

tenía Padre, y le ofreció el trabajo, pero él, que se sentía ya mayor y enfermo le propuso que lo sustituyese yo. El Amo me puso a prueba. A partir de aquel momento me convertí en el responsable de toda la familia. Levana había conocido a un buen hombre que la había pedido en matrimonio. Había venido de Toledón, y le pidió permiso a Padre para poder casarse con ella e irse todos a Toledón, pero ellos no quisieron marcharse y dejaron que Levana decidiese su futuro. Ella dijo que mientras sus padres viviesen, seguiría cuidándolos. Poco tiempo después, Padre falleció y Madre lo siguió un año después. Cuando el hombre se enteró que ellos habían fallecido, volvió para insistirle a Levana que se casase. Ella lo aceptó y se fue a vivir con él. Yo también me casé, pero fue con una mujer de las tierras del Alentejo, en el reino de Lusitania, de donde vengo ahora con este ganado. El nuevo amo, que tenía allí una gran finca, me dijo que quería que fuese su mayoral. Así fue como llegué hasta allí y conocí a mi esposa».

Mientras Uziel nos contaba aquello, dentro de mí se desvanecía la esperanza que siempre conservaba de poder volver a ver a Madre, y la tristeza me iba invadiendo. El ama Elvira, que se había dado cuenta de mis sentimientos, trató de consolarme:

–Moma, es normal que nuestros padres fallezcan. Comprendo que te entristezca, pero debes sentirte contenta de ver que los tres hermanos estáis vivos.

Uziel me consoló:

–Así es, Moma. El ama Elvira tiene razón. Me he alegrado mucho de verte, y te prometo que cuando regrese trataré de ir a Toledón a ver a Levana.

Lo oía sin perder ni una de sus palabras, y recordé el gesto de Uziel mirando al cielo, cuando le dije que era la voz de Madre la que me había hecho salir para verlo llegar. Aquel gesto no me pasó desapercibido, y me dejó intranquila. Ahora veo que tenía motivos para estarlo.

Le pedí a Uziel que me esperase en la puerta. Fui a buscar la talega de mis tesoros y cogí una de las dos cruces de lapislázuli y la bellota que recogí en nuestra diáspora.

-Uziel, ya sabes que tengo poco que dar, pero estos son dos de mis pequeños tesoros, recuerdos de nuestra Llerena. Quédate tú con la bellota, porque el día que la cogí lo hice recordando cuando tú y yo las cogíamos. Y cuando veas a Levana, dale esta cruz de lapislázuli. No son regalos valiosos para la mayoría de la gente, pero para mí sí, y sé que para vosotros también lo serán, porque están llenos de cariño, y con ellos os deseo mucha suerte en vuestros matrimonios.

Fueron mis regalos de boda para él y para Levana. Regalos insignificantes, pero, aun así, la talega de mis tesoros se quedó medio vacía.

Y LA RAMITA SE HIZO ÁRBOL

AÑO DE 1540

Los bosques son las familias de la naturaleza. Grandes familias que se hacen con el tiempo. Yo ya pertenecía a esta familia que me adoptó. La que me quería y a la que yo quería, pero nunca olvidé la mía, la que quedó en mi Llerena.

Después de nacer Francisca, el tronco de nuestra familia ya no echó más ramas, pero las que ya tenía crecieron y ensancharon sus vidas. Todos llevaron de primer apellido el de ella, Xuarez, para alejar la parte judía de su origen. Pedro II casó con una joven de una familia de Valladolid, aunque su esposa se vino a vivir a Segovia. Y también Gabriel contrajo matrimonio, pero en su caso fue él el que se marchó a vivir a Salamanca. Primero para hacerse bachiller, y unos años después se hizo docente en la universidad. Allí conoció a la joven con la que se casó. Los otros tres varones, Damián, Jeremías y Jacobo, seguían viniendo a la casa, pero con sus vidas organizadas. Jacobo, el más pequeño, decidió alistarse en una de las levadas voluntarias de las tropas del Rey Carlos.

Pero quedaba aún con nosotros una de las ramas más importantes del árbol. La más esperada y deseada en su día por su madre. La más delicada y bondadosa. La más querida y necesitada. Niña Francisca era el alma y la vida para su madre. La vestía como su muñeca preferida y salía con ella para presumir de su mejor joya.

A pesar de la confianza que el ama Elvira depositaba siempre en mí, en cuanto al cuidado y educación de todos sus hijos, con Francisca mantuvo siempre una atención especial, como si quisiese hacer de ella su consecuencia.

Durante todos aquellos años, los encuentros con la familia Luis de Victoria continuaron. Con cualquier motivo. A veces se desplazaban ellos a Segovia, otras nosotros a Ávila. Los niños se divertían con sus juegos, las madres con el intercambio de comentarios sociales llevados de una ciudad a la otra, los padres con sus conversa-

ciones de negocios. Y a medida que pasaban los años, la atracción entre Francisco y Francisca se hizo más evidente. Siempre fui testigo muda y confidente. Y también fui cómplice, de ambas, madre e hija, porque confiaban en mí, y yo administraba esa confianza.

La distancia entre Segovia y Ávila era lo suficientemente larga, como para no hacer que los encuentros fuesen cotidianos, pero a su vez alimentaba el deseo del reencuentro. Primero con la ilusión infantil del juego inocente. Luego con el pudor juvenil. Más tarde con caricias y besos delicadamente robados.

Al cumplir Francisca los dieciséis años, hubo un gran acontecimiento. Volvieron a casa todos los hermanos, los casados con sus esposas e hijos, y también los familiares de los Luis de Victoria. Primero se firmaron los compromisos, con las correspondientes asignaciones de dotes de los cabezas de familias a la nueva que ahora se formaba. Luego celebramos una gran fiesta, pero no sabíamos en aquel momento, que una serie de desafortunadas circunstancias harían que se retrasase la ceremonia del enlace siete años.

Primero ocurrió que una hermana de Francisco, Isabel, murió al caer del caballo. Don Hernán, que la quería mucho, pidió que se respetase el luto, y se retrasó la boda dos años.

Pero antes de que se cumpliera ese plazo que habían pactado, el padre de Francisco tuvo un nuevo quebranto, ahora económico, ya que ardió uno de sus almacenes y se quemó todo el género. Afortunadamente no falleció nadie, pero hubo que rehacer toda la industria. Francisco, al ser el primogénito, era el principal soporte de su padre, y esto obligó de nuevo a retrasar la boda hasta que todo funcionó. Pasaron otros dos años.

Cuando todo parecía listo para el enlace, se declaró una de las frecuentes epidemias. En esta ocasión había brotado en Aranda. Era muy contagiosa y afectó a mucha más gente de lo habitual. Se extendió rápidamente por toda la región y naturalmente la sufrimos en las dos ciudades, Ávila y Segovia. En la familia de don Hernán enfermó él y también uno de sus hijos, Juan, que ya estaba en el seminario. Los contagiados fueron atendidos con prontitud y ninguno murió. Y en nuestra familia también la sufrimos. Gabriel y Jacobo enferma-

ron. Los dos vinieron a la casa de la familia, para que los cuidara y afortunadamente los dos sanaron, aunque Jacobo estuvo en peligro de muerte. En un momento en el que ya no sabía qué hacer para salvarlo, me acordé de aquella cruz de lapislázuli que nos dio el juglar ciego. Aquella que Elvira no quiso porque decía que ella solo creía en la Cruz de Jesucristo. La busqué en la talega donde guardaba mis pocos tesoros y se la puse bajo la almohada. Puede que no fuese esa la causa, pero Jacobo empezó a sanar, y unos días después ya se levantaba. Oculté a su madre lo de la cruz.

El ama Elvira se aterraba cada vez que la epidemia brotaba, y se encerraba en su habitación con su hija. En aquella ocasión llegó a no dejarme entrar, a pesar de que sabía que era muy cuidadosa y que además la enfermedad nunca había podido con los humores de mi sangre.

En el año de 1540, después de una espera de siete largos años de compromiso, por fin se anunció la boda. Nuestra niña Francisca había cumplido los veintitrés años. Pero cuando ya solo faltaban días para la celebración, volvieron a correr rumores de epidemia en las proximidades de Segovia. Hubo un cónclave de las dos familias, presidido por don Hernán. De común acuerdo decidieron que se trasladarían de inmediato todos a Ávila, más distante de la epidemia, y allí se haría la boda. Pidieron al párroco de la iglesia de San Esteban de Segovia, en la que debía celebrarse la boda, por ser la parroquia de la novia, que diese su consentimiento para que se pudiese officiar en la parroquia del novio, y solo puso como condición que habría que leer en sendas ciudades, las moniciones matrimoniales, y que el obispo debía dar el consentimiento final. No hubo oposición por parte de nadie, pero además don Pedro hizo una generosa donación para que la parroquia de su hija no se viese perjudicada.

La ceremonia fue la más solemne de todas las anteriores. Asistimos con ilusión y alegría al ver a nuestra niña felizmente casada, pero como me confidenció el ama Elvira, con la sensación de estar viviendo una de las últimas bodas. Notábamos el peso de los años. El amo Pedro había cumplido los sesenta años y el ama Elvira los cumpliría el año siguiente. Yo, era la jovencita, como bromeaba el ama, porque tenía tres años menos.

El Ama Elvira estaba dispuesta a prescindir de mí, después de tantos años de servicio y cuidados, para que me fuese a vivir a Ávila para cuidar de Francisca, pero su esposo, el amo Pedro, se había acostumbrado a mi orden y control de la casa y no quería que me fuese, argumentando que empezaban a verse más débiles y vulnerables, y que eran ellos los que me necesitaban y no su hija, que seguro que podría encontrar en Ávila un ama de casa experimentada para encargarse de la comodidad de su hija.

En realidad, mi opinión no era la más importante, pero el ama Elvira, buscando la complicidad que siempre habíamos tenido, me llamó una noche.

-Moma, ¿no crees que tengo razón y que deberías irte a cuidar de la niña? Deberías ayudarme a convencer al amo Pedro. Nosotros conocemos ya aquí a muchas personas y podríamos buscar a alguien para que nos cuidase.

-Ama Elvira, haré lo que decidáis vosotros, pero quizás el amo Pedro tiene razón. Nos estamos haciendo mayores y vais a necesitar mi ayuda. Niña Francisca va a estar tan cuidada y mimada en Ávila como lo estaría con nosotros. El ama Leonor la adora, y hará todo lo que sea necesario para que se encuentre como en casa.

-Moma... como siempre, tienes razón. Eres tan buena y razonable que siempre hay que escucharte antes de tomar una decisión. Tendremos que cuidar a Pedro, porque cada día lo veo más limitado, y nadie mejor que tú para hacerlo. Sé que tu corazón te pide ir a Ávila a cuidar de nuestra niña, pero también te dice que debes quedarte con nosotros. Yo también cumpliré con el compromiso de cuidarte, como le prometí a tu madre cuando salimos de Llerena –y rompiendo la tensión con una broma dijo–: ya veremos quién de las dos aguanta más, y cuál de las dos, cuida de quién.

Empecé a esbozar una sonrisa, pero la contuve al ver en la cara de Elvira, que aquella broma intentaba ocultar la razón de la lágrima que se le escapaba: que niña Francisca ya no estaba con nosotras, porque la ramita más pequeña se había hecho ya tronco de un nuevo árbol.

IV - THOME: LA MÚSICA DEL CREADOR

DIMINUTA PRESENCIA

AÑO DE 1540

La nueva estirpe familiar de los Luis de Xuarez llevaba unos meses de matrimonio, y Francisca se adaptaba bien a su nueva vida en Ávila, aunque nos echaba de menos. Nueva familia, nueva ciudad, nuevo entorno social, pero como era ya alguien de la familia de los Luis de Victoria, la sociedad burguesa le abría sus puertas. Al principio las invitaciones eran por curiosidad, para comprobar las bondades que contaban de ella, pero un tiempo después, Francisca se había ganado la sincera amistad de muchas de las esposas de esas familias, incluso de sus hijas jóvenes, que veían en ella el carácter liberal de alguien venida a renovarles su entorno.

En nuestra casa de Segovia el vacío era cada día más notorio. A él contribuía el silencio que parecía llenarlo todo agobiantemente. El patio sin el griterío de los juegos infantiles. La cocina sin el golpeteo de las cacerolas. Y el salón, convertidas ahora sus animadas tertulias, en monólogos. Sentir la casa en ese silencio me confirmaba cómo el tiempo se iba llevando poco a poco la razón de nuestra existencia.

Un día apareció un propius que venía de Ávila trayendo la buena noticia de que Francisca estaba embarazada, y que su hijo nacería al llegar el invierno. El ama Elvira organizó todo para ir a verla, pero en realidad lo que organizaba era algo más que una visita, porque ella se volvería, pero yo no.

Cuando llegamos la alegría del estado de buena esperanza de Francisca lo inundaba todo. Todo era felicidad. Madre e hija permanecieron aquellos días sin separarse, pero cuando ya preparábamos el regreso, por decisión del amo Pedro para atender sus negocios, el ama me llamó y me dijo que lo había convencido para que ellos se volvieran solos y que yo me quedase para cuidar de Francisca hasta el parto. Reconozco que disfruté esos meses cuidando como ama de compañía a niña Francisca, en los paseos por Ávila, haciendo que su maternidad se fuese encajando en su vientre.

Cuando se aproximaba la fecha del parto, hubo algunas insinuaciones para que Francisca fuese asistida por una de las parteras que siempre atendían a la familia, pero la propia Francisca, y su madre, que se presentó en Ávila para estar el día del parto, convencieron a todos diciendo que “no había manos más seguras para traer al mundo a un hijo, que las de Moma”.

Solo cuatro días después de que hubiese llegado el ama Elvira, Francisca se puso de parto y entre las tres trajimos al mundo a la primera hija de los Luis de Xuarez, porque resultó ser una niña. Francisca se portó como si ya hubiese tenido más hijos, serena y atendiendo a todo lo que le decíamos, y cuando Francisca tenía ya a su niña en los brazos, bromeamos.

–Hija, te has portado muy bien –a lo que yo añadí:

–Sí, así es. Incluso mejor que tu madre cuando te trajo al mundo, porque el tuyo es el primero, que es una experiencia desconocida, pero el de ella fue el último. ¡De siete!

Las tres reímos, porque incluso la pequeñita hizo una mueca como si participase de la broma. Fue una niña guapa y muy simpática toda su vida. Como su madre.

A la semana siguiente la cristianaron en la iglesia de San Juan Bautista, parroquia de la familia. Le pusieron el nombre de María Xuarez de Victoria, porque Francisca quiso dar gracias a la Virgen María de que hubiese sido niña, y ante el desdén de Francisco su marido, por haberlo sido.

Los abuelos se volvieron a marchar a Segovia, pero yo continué unas semanas, hasta que madre e hija fueron conscientes de que, más que a mí, se necesitaban ellas. Me habría gustado poder seguir cuidando a la pequeña María, como hice siempre con todos los niños de la familia, pero una voz interior me decía que, en Segovia, sus abuelos me necesitaban más.

Subí a la alcoba de Francisca para despedirme. Estaba sentada con María en sus brazos, y un halo de luz placentera parecía envolverlas. Era el de la nueva vida que había llegado a la casa, invadiéndolo todo con su diminuta presencia.

PRIMOGENITO DE PRIMOGENITO

AÑO DE 1542

La vuelta a Segovia fue el retorno a lo cotidiano. Pero no todo estaba igual. El amo Pedro había perdido vitalidad. Sus movimientos ahora eran más lentos y su mano derecha había cogido un temblor casi permanente.

A veces parece que el tiempo no fuese nuestro. Se vuelve insuficiente para todo lo que tenemos que hacer, y para repartirlo con los demás. Pero lo importante es que no supere nuestra personalidad. Cuando llevaba sólo unos meses en Segovia, y el amo Pedro parecía haber mejorado, un nuevo aviso de Francisca nos llegó con la noticia de su nuevo embarazo. Con sorpresa, y un tanto contrariada de la facilidad con que se había vuelto a quedar embarazada, Elvira le envió aviso diciendo que en esta ocasión ella no podría ir, dado el estado de su esposo. Pero lo que no podía era dejar el parto de su hija en las manos de una desconocida, así que también les dijo que ellos prescindirían de mí, para que pudiese ir a atenderla.

Aguanté todo lo que pude mi estancia en Segovia. El amo Pedro no estaba peor, pero tampoco mejoraba, y yo sabía que ya nunca se repondría. Elvira sufría cada noche pensando que me necesitaban, pero que estaba quitándole a su hija la ayuda que debía tener. Una mañana, cuando ya sólo faltaban tres semanas para el parto, el ama no pudo más y me dijo que preparase la mula y que me fuese a Ávila.

Allí me encontré la otra cara de la moneda, a la familia Luis de Victoria alegre y feliz. Francisca más abultada que en su primer parto, pero contenta. Y se alegró aún más al verme, tanto que evité contarle el estado delicado de su padre. Más tarde no pude ocultárselo, porque su pregunta fue directa:

–Moma, cómo están mis padres.

–Niña, nos estamos haciendo mayores. Tu madre está bien, pero tu padre no consigue mejorar. Ojalá pudiese haber venido para conocer al nuevo nieto.

Francisca no necesitó más palabras para entender que la abuela Elvira, sí, pero el abuelo Pedro no llegaría a conocer a su nieto. Pero me equivoqué en la mitad de mi presagio.

Nuevamente vivimos la experiencia del parto. En este caso fue su suegra, Leonor, que seguía teniéndole un enorme cariño a Francisca, la que me acompañó.

Cuando el ama Leonor cogió por primera vez a su nuevo nieto, se echó a llorar.

Antes de hablar con el párroco para darle los detalles del bautismo, las familias se reunieron para decidir el nombre. La de Francisco argumentó que, por tratarse de un varón, primogénito del primogénito, y por la importancia de sus apellidos en la región, el niño debería llamarse como su abuelo, Hernán Luis, y de Victoria por su abuela.

LA MONJA TERESA

AÑO DE 1543

Francisca era una mujer activa e innovadora. Se enfrentaba con habilidad, pero con contundencia, a las costumbres establecidas. Le gustaba leer y además hacerlo en cualquier lugar, incluso en público. Esa afición la llevo a descubrir un sitio, tranquilo y sosegado: el claustro del convento de las carmelitas de la Encarnación, que se acababa de construir. La mayoría de las novicias que ingresaban en él pertenecían a familias nobles. Pidió permiso para poder pasar ratos leyendo en su agradable claustro, y naturalmente, tratándose de alguien de la familia Luis de Victoria, se lo dieron.

Un día, estando embarazada de nuevo se sintió mareada y una monja corrió en su ayuda. Cuando unos minutos después se repuso, la monja le dijo.

–He observado que viene usted a nuestro claustro a menudo para leer. Hace usted muy bien. La admiro por ello y aquí siempre será bien recibida. Mi padre, Alonso Sánchez, me enseñó a leer y me transmitió esa misma afición por los libros. Decía que “los libros son alimento del alma, como la comida lo es para el cuerpo”.

–Gracias por su ayuda, hermana. A mí me enseñó mi madre... perdón, no sé su nombre.

–Teresa de Jesús. Pero los apellidos no tienen importancia cuando se entrega una al servicio de Dios. Le deseo que su futuro hijo goce de salud y pueda usted transmitirle su afición por las letras.

Regresé de nuevo a Ávila para el parto del tercer hijo de Francisca. Fui en la mula yo sola, porque el amo Pedro estaba ya muy enfermo y Elvira no quería dejarlo sin su compañía.

Ya nadie cuestionaba que mis manos eran tan expertas y seguras como las de la mejor partera, así que nuevamente trajimos al niño con la ayuda de su suegra Leonor. Y después de haber cumplido ya el compromiso de poner al primogénito el nombre y apellido de su

abuelo, en esta ocasión decidieron ponerle idéntico nombre que el de su padre: Francisco Luis de Victoria.

Me quedé en Ávila solo el tiempo necesario para el bautismo. Francisca se encontraba perfectamente y su nuevo hijo también, así que preparé la mula para el regreso por aquel camino que las dos conocíamos ya perfectamente. Ambas confiábamos la una en la otra. Ella me lo demostraba porque en los cruces de caminos no era necesario dirigirla con la rienda, y yo se lo demostraba a ella quedándome dormida mientras marchaba.

ANNUS MIRABILIS

AÑO DE 1544

No siempre el regreso coincide con lo temido. A veces es mejor de lo esperado y nos alegra comprobarlo, pensando que quizás podíamos haber esperado antes de preocuparnos tanto. El amo Pedro estaba algo mejor, aunque sus temblores seguían impidiendo sus movimientos. El ama Elvira estaba contenta porque lo veía más animado, y ahora, que sería yo la que cocinase, se le abriría también el apetito. Pero no fue así. Fue el preámbulo de un tiempo difícil.

En aquel año y el siguiente llegaron a nuestras familias el mayor número de desdichas de nuestras vidas, causadas por las terribles epidemias.

Cuando parecía que el amo Pedro se recuperaba, al menos de ánimo, llegó un brote que venía arrasando las ciudades por las que pasaba. Pedro, con su delicada salud fue el primero en contagiarse. Aislé al ama Elvira en su alcoba, para preservarla del contagio. Pasé varios días atendiendo día y noche al amo, pero no pude con aquella enfermedad que parecía venida de otro mundo. De nada servían mis remedios medicinales, y no sabiendo ya a qué recurrir, me acordé de la cruz de lapislázuli del juglar ciego, y aunque reconozco que tampoco yo tenía mucha fe en ella, con niño Jacobo sí que pareció dar resultado, así que, ocultándoselo de nuevo al ama Elvira, volví a cogerla de la talega de los tesoros y a ponerla bajo la almohada del amo Pedro. Una semana después se puso tan grave que pensé que debía advertírsele a Elvira.

Cuando ella fue consciente del peligro de muerte que corría, me dijo:

–Moma, él se nos va.

A partir de ese momento decidió abandonar su encierro para irse a su lado. Le expliqué el peligro que corría, pero ella ignoró mis palabras. Pudo más el amor por su marido. No quedó santo sin rogar

ni virgen sin promesa, pero de nada sirvieron. El amo Pedro falleció con el consuelo de la proximidad del cariño de su esposa. Sus últimas palabras fueron:

– Elvira, no estés triste, porque cuando me vaya me llevaré conmigo la espada que el Santo Oficio tenía puesta sobre mi cabeza, y ni tú ni nuestros descendientes tendréis ya el estigma de mi ascendencia.

Y así fue, porque con él se borraba de la familia el apellido de la Concha, y sus connotaciones judías. Todos sus hijos llevaron de primer apellido, X Suarez, y ni siquiera ellos supieron de la ascendencia judía de su padre.

Las puertas de las ciudades permanecían cerradas, así que sólo su hijo Pedro II, que vivía en Segovia, pudo asistir al funeral. Un funeral breve y ausente de testimonios de condolencias. El vacío de la iglesia y la acelerada ceremonia me trajeron los recuerdos de su boda en Llerena, hacía ya más de medio siglo. Fue como si la maldita visitante, después de tantos intentos fallidos con sus hijos, quisiese ahora vengarse terminando el funeral de Pedro de idéntica manera al de su boda. El ama Elvira se sintió mal en el funeral, pero su hijo Pedro II lo achacó al disgusto y al cansancio. No lo dije, pero temí que la maldita visitante, que siempre asechaba, estuviese buscando de nuevo la rendija por la que colarse en nuestra casa.

Solo unos días después nos avisaron que, en la puerta de San Cebrián, un propius, al que los guardas no le dejaban entrar, traía una noticia importante para la familia. Fui corriendo para ver de qué se trataba. Aunque la noticia que traía era buena, no pudimos alegrarnos, porque se trataba del aviso de que Francisca estaba de nuevo embarazada, pero con las muestras de la enfermedad asomándose ya a la cara y los brazos del ama Elvira, no podíamos ni siquiera salir a la calle. Así que tuve que decirle al propius que llevase de regreso nuestro deseo de que todo fuese bien, pero también que llevase las dos noticias: que el amo Pedro había fallecido, y que yo no podría ir para ayudarla en el parto, porque tenía que cuidar a su madre enferma.

A pesar de mis cuidados y mis remedios contra la enfermedad, el ama, al despertarse una mañana, me dijo.

–Moma, Pedro ha fallecido después de cumplir los sesenta y cuatro años, pero yo no los cumpliré.

Y así fue. A medida que pasaron los días Elvira empeoró. Yo lloraba. No delante de ella, porque no quería que viese mi desesperación por no poder salvarla. Le propuse, como hicimos con el amo Pedro, que avisásemos al médico, pero ella se negó diciendo que, si yo no podía con la enfermedad, ningún otro boticario ni sacamuélas iban a conseguirlo. En realidad, lo que había decidido era irse con su esposo, y no lo pude evitar. A pesar de tantos años y experiencias vividas juntas. A pesar de la amistad de nuestra infancia y el cariño que siempre le tuve. No pude, no pude salvarla.

Con ella se marchó esa parte de mi segunda vida, la que vivimos desde nuestra salida de Llerena. Y se fue la niña amiga y confidente, la que me enseñó a sentir las inquietudes de la adolescencia, el deseo de gustar a los chicos, la que me descubrió la atención que me prestaba Shemuel. Fue mi única amiga, mi familia desde que dejé a la mía, y la que me dio los hijos que no tuve. La acompañé en todas las etapas de su vida: de niña, de esposa, de madre y de viuda. Como veis mi pronóstico de que el abuelo Pedro no llegaría a conocer a su nieto Hernán, era cierto, pero me equivoque porque tampoco Elvira lo conoció. Y recordando las últimas palabras de Pedro a su esposa, me quedó la tranquilidad de que con ella se borraba el secreto de la participación de Pedro en el rescate de los emparedados de Llerena, porque ya solo yo lo sabía, y me dejaría quitar la vida antes de confesarlo.

Y ya te he dicho que estos dos años fueron los peores de nuestra vida. Al año siguiente los suegros de Francisca enfermaron y fallecieron. ¡Ambos! Se me rompe el alma al contarte tantas desgracias. Aquel fue el año triunfal de la maldita visitante. Tristeza y desolación son palabras que apenas, pero no describen lo que yo sentía.

Esperaba, por indicaciones de Pedro II, que se tramitasen los testamentos de sus padres, pero se abrieron antes las puertas de las

ciudades, y a los pocos días recibí el aviso de niña Francisca pidiéndome que, si podía dejar a su madre bien cuidada, fuese para atenderla en su nuevo parto. No sabía aún que también su madre había fallecido. Hablé con su hermano, Pedro II, para darle la noticia de su hermana, y de que me marchaba, porque allí ya no tenía a nadie que cuidar, solo la casa llena de cosas inútiles y de tremendas ausencias.

A la mañana siguiente aparejé la mula, recogí lo poco necesario que me quedaba ya en aquella casa y partí de nuevo para Ávila. Al salir por la puerta de la ciudad, una extraña sensación me hizo volver la cabeza y vi lo mismo que cuando salí de Llerena: la silueta de Madre con mis dos hermanos a su lado, iluminados por los insignificantes rayos de sol que les llegaban desde el alba. Fue el presagio de que nunca más volvería.

LA HERENCIA DE CARIÑO

AÑO DE 1544

Al no tener salvoconducto, los guardas de la puerta de Ávila me impidieron la entrada. Mandaron aviso a la casa de los Luis de Victoria para confirmar las explicaciones que les daba. Cuando llegué a la calle de los Caballeros, niña Francisca venía ya en mi busca, todo lo aprisa que le permitían sus torpes pasos de embarazada y con su cara me decía lo que la tranquilizaba verme.

Las palabras que siguieron nuestro encuentro fueron duras para las dos. Ella me contó el dolor de la muerte de sus suegros. No tuve más remedio que decirle, en aquel mismo momento, que su madre también había seguido los pasos de su padre. No dejé que saliesen mis lágrimas, porque mi niña tenía más derecho que yo a desahogarse sobre mi regazo. Me limité a acariciarle la cabeza, como tantas veces de niña.

Solo dos días después nació el cuarto hijo de Francisca, que venía a consolarnos de todos los disgustos. A la pequeña María de la Cruz Xuarez de Victoria la amamantó su madre, al igual que hizo la suya con todos sus hijos.

Pocos días después recibimos noticias de Segovia. Pedro II había escrito una misiva para su hermana Francisca. En ella le explicaba el contenido del testamento de sus padres. La fortuna de sus padres era importante: además de la industria de la lana creada por ellos, habían recibido también la de don Álvaro de Odríze. Toda esa parte industrial se la dejaban al primogénito, así como la casa de la familia, a la que poco tiempo después se mudó Pedro II. Pero dejaban a Francisca, una casa en Valladolid, otra en Palencia, y otra en Zamora, todas más pequeñas, y utilizadas por el patriarca de la familia en sus desplazamientos de negocio. Y además le dejaban la cuantiosa suma de dinero en metálico de veinte veces mil escudos, como complemento a la dote que le otorgaron el día de su matrimonio. A pesar de que su hermano Pedro II no hacía ningún comentario, luego nos

enteraríamos que acató la voluntad de sus padres, pero no le gustó que le quitasen de su primogenitura las otras casas, entendiendo él que formaban parte de la industria.

Pero la sorpresa vino luego, cuando Francisca me llamó para leerme algo que hacía referencia a mí: “A nuestra querida Ieronima; que siempre ha sido la hermana en adopción que nos cuidó desde el día que dejamos a nuestras familias en Llerena; que se alejó de su familia por cuidarnos; que también hizo de madre de nuestros hijos, a los que trajo con sus propias manos a este mundo, para cuidarlos y criarlos; la que a pesar de su edad y su cansancio ha seguido ayudando y atendiendo a los hijos de nuestros hijos, y porque sabemos que seguirá haciéndolo mientras le queden fuerzas en esta vida. A ella queremos legarle, con nuestro cariño y en reconocimiento, la cantidad de veinte veces mil maravedíes de plata”.

Nunca había pensado que pudiese estar en el testamento de los amos, porque era yo la que me sentía agradecida y afortunada con la vida que ellos me habían proporcionado y el cariño demostrado. Cuando terminó de leerme aquello, niña Francisca me miró con alegría.

–Moma, estoy muy contenta con lo que mis padres me han dejado. Ya sabes que no suele ser normal que haya partición significativa de la herencia para otro hijo más que para el primogénito. Seguro que fue cosa de mi madre. Pero tanto o más contenta estoy con que también ellos se hayan acordado de ti en su testamento. Es un justo reconocimiento. ¿Estás contenta, Moma?

–¡Ay mi niña! ¡Cómo no iba a estarlo! Esas palabras de cariño escritas por el notario en ese documento tan importante, será uno de mis mejores recuerdos, porque los recuerdos de cariño son la mejor herencia.

–Pero Moma, y qué me dices de todos esos maravedíes que te han dejado. Ahora podrás vivir bien y donde quieras todo lo que te queda de vida, que espero que sea mucho, y descansar si eso es lo que quieres.

–Pero niña, a dónde voy a ir yo si mis padres ya murieron y mis hermanos están casados haciendo sus vidas con sus familias. Para

mí ya no hay más familia que vosotros. Que tú y tus hijos, ahora que los amos ya tampoco están. Lo que no sé es si consentiréis en que me quede en vuestra casa.

–Moma, cómo se te ocurre decir eso. Para mí no habría mayor alegría que te quedases ya para siempre con nosotros, aquí, en Ávila. Así podrás cuidar y educar a nuestros hijos, como te decía madre en lo que te acabo de leer. Y nosotros te podremos cuidar a ti el día que lo necesites. Buscaremos alguna ayudanta para que no cargues tú ya con las tareas más pesadas. Estás muy bien de salud, pero... Moma, ¿cuántos años has cumplido ya?

–Seis veces los dedos de las dos manos.

–Moma, es que una de las razones por las que quiero que te quedes con nosotros, es para poder cuidarte y devolverte lo que has hecho tantos años con mis padres y con nosotros. La otra razón, es que en nadie confiaría más que en ti para cuidar de mis hijos y ayudarme a seguir trayéndolos al mundo.

Aquella conversación terminó con un abrazo de madre e hija, que las dos necesitábamos, y el reclamo de María de la Cruz, que debió pensar que ya habíamos hablado bastante.

El testamento de la familia Luis de Victoria no tardó mucho en ser abierto. Debió de ser porque al tener la familia el oficio de la Escribanía de la ciudad, se agilizaron los trámites.

La familia Luis de Victoria gozaba del prestigio y el poder económico de una de las familias más poderosas de Ávila. Comenzaron con los negocios relacionados con la lana, los tejidos y la sastrería, yendo por las ferias de las ciudades importantes. Recordad que el viejo Hernán Luis de Quesada, llegó incluso hasta nuestras tierras en Llerena. Pero además de ese fructífero negocio del tejido, en los últimos años, sus descendientes habían ido ocupando otras actividades, como la de prestamista, abogado, clérigo y la escribanía de la ciudad.

En la relación de bienes figuraban: una heredad y varias casas en Sanchidrián y en Fontiveros; tierras en varias provincias; una sastrería en Ávila; y además la industria de tejidos. Pero también la casa

principal donde vivía la familia, en la calle de los Caballeros de Ávila, y la Escribanía. Y una gran cantidad de ducados en metálico. Gracias al testamento de sus padres, Francisco quedó en una posición económica envidiable.

Era terrible la potestad de la maldita invitada, que, con un solo dedo, podía tocar al padre para hacer rico al hijo.

LOS RESPLANDORES DEL ORO

AÑO DE 1546

A pesar de llevar sólo siete años casada, niña Francisca había tenido cuatro hijos: dos niños y dos niñas. Cuando me anunció su nuevo embarazo, lo hizo como lo hacía su madre, antes incluso de decírselo a su marido, pero por motivos distintos. Elvira lo hacía temerosa de no estarlo y ser un embarazo engañoso. Niña Francisca lo hacía sorprendida de la facilidad y de no esperarlo.

En esta ocasión Francisca nos dio otro hermoso varón. Mi ayuda era cada vez más innecesaria, porque su facilidad para tenerlos era la misma que para quedarse embarazada. Así que aquello empezó a convertirse en una rutina. Pero todos los nuevos nacimientos tenían una anécdota y la de éste fue como una premonición.

Para hacer la ceremonia del bautismo, el párroco se puso un anillo muy ostentoso que le acababan de regalar, a pesar de que le quedaba algo grande y podía perderlo. Era una piedra roja que solo mirarla atraía, aunque en mi opinión un tanto exagerada para la humildad que se les supone a los sirvientes de Dios. Habíamos aprendido que antes de ir a la iglesia debíamos de tratar de mantenerlo despierto, para que se durmiese cuando ya fuésemos a salir, así el niño se portaba mejor mientras hacían los rezos y los prolegómenos del bautismo. Pero luego venían los ritos: que si el agua sobre la cabeza, que si el santo óleo, que si la señal de la cruz, y los pequeños empezaban a llorar. Pero en esta ocasión no fue así. El niño, desde el primer momento, se quedó prendado de aquel anillo reluciente. Su madre y yo nos mirábamos con cierta tranquilidad, confiando en que mientras el niño estuviese distraído con aquel fulgor, se portaría bien.

Pero de repente, en un descuido del párroco, al acercarle la mano a la frente para hacerle la señal de la cruz, el anillo rozó la manita abierta del niño, y como un acto instintivo éste la cerró. El cura para zafarse tiró hacia atrás, pero en su huida perdió el anillo, que quedó

dentro del puño cerrado del pequeño. El párroco, sorprendido, no se atrevía a forcejear con el niño, pero temía quedarse sin su joya. La madre se sintió apurada por la situación embarazosa, y yo me reía por dentro viendo que aquel traía innatas las habilidades de su bisabuelo, el judío Moisés, pero naturalmente no se me ocurrió hacer el menor comentario, ni en aquel momento ni luego, porque la condición de judío se había borrado de la familia ya para siempre. Pero no estaba descaminada en mis pensamientos, porque años después, aquel pequeño al que llamaron Antonio X Suarez de Victoria, se hizo comerciante y prestamista, y fundó junto con otro hermano, un banco. Fue uno de los que mejor se situó en la vida, haciéndose el más popular de los hermanos en la ciudad, e incluso en otras poblaciones próximas.

Al año siguiente nació el sexto hijo, Agustín X Suarez de Victoria, que siempre estuvo muy unido a su hermano Antonio, y que cuando se hizo mayor tomo el camino del sacerdocio.

COMO UN SONAJERO DE PLATA

AÑO DE 1548

Pero si el presagio de Antonio en su bautismo fue acertado el del séptimo hijo lo fue más, porque hay señales que anuncian los pequeños ya desde antes de nacer.

Era domingo. La familia Luis de Victoria había decidido asistir a la misa en la catedral del Salvador. Yo, naturalmente, iría también para ocuparme de los seis pequeños, y además, niña Francisca esperaba de ocho meses a su nuevo hijo. Como de costumbre, todos íbamos con los trajes de gala de domingo. Francisca había heredado el buen gusto por el bien vestir que su madre le había inculcado. Era algo que a todos los niños y a mí nos incomodaba, pero ella desde pequeña se adaptó a las estrecheces de los trajes y le gustaba engalanarse. Su buen porte resaltaba las habilidades del sastre, y éste siempre estaba dispuesto a hacer una nueva creación para ella.

Cuando caminábamos hacia la catedral, los tres mayores, María, Hernán y Francisco, ya se habían adelantado, sorteando las esquinas para presumir de saber llegar sin nuestra ayuda. María de la Cruz caminaba a mi lado agarrada a las sayas, Antonio iba con su madre y el pequeño Agustín en mis brazos. El amo Francisco caminaba marcial y elegante junto a su esposa, adaptando su paso al nuestro, para no romper la procesión de gala.

Niña Francisca me había comentado al amanecer que notaba al niño muy inquieto. Toda la noche había estado así, dándole pataditas y empujones, e incluso por la mañana. Cuando llegamos a la catedral ocupamos el sitio en el que solíamos ponernos, en los primeros bancos del lado del evangelio. Nos sentamos a esperar que saliese el sacerdote, y una delicada melodía empezó a salir del órgano. Era tan dulce que parecía imposible hacer un sonido así con aquellas trompetas gigantescas. La penumbra de la catedral parecía que se iluminase delicadamente con aquella música.

Francisca posaba sus manos sobre el regazo, queriendo sosegar al pequeño en su vientre. Poco a poco su cara se fue relajando, porque a medida que sonaba la melodía, sentía que el niño se tranquilizaba, hasta que se quedó totalmente sereno.

Salió el oficiante, y a lo largo de las distintas partes de la misa, el organista fue interpretando obras tan atrayentes que todos estábamos más atentos a ellas que a las palabras del sacerdote. Durante la Comunión sonó algo tan espiritual y de tanto recogimiento, que cuando salimos todos comentaban lo especialmente bonita que había sido la música de aquella misa. Alguien le dijo a don Francisco que el organista era un famoso músico de la corte, don Antonio de Cabezón, que solía venir a Ávila con frecuencia, porque tenían una casa aquí, muy próxima a la de la familia de su esposa, que era de Ávila. Pero lo que más me sorprendió fue que dijeron que aquel hombre, era completamente ciego.

Niña Francisca me comentó que, al oír aquella música, por fin el niño se había relajado, como si los dos, hubiesen compartido aquella serena armonía.

Unos días después se volvió a repetir la inquietud del niño en el vientre de la madre, y después de una noche de insomnios, me dijo que la acompañase a la parroquia, la iglesia de San Juan, en la que la familia tenía una gran amistad con el párroco. Allí no había órgano, pero tenían un pequeño instrumento con el que el sacristán había aprendido a tocar algunas obras sencillas, que sin muchos alardes y con bastantes tropezones que todos perdonábamos, conseguía que las ceremonias pareciesen algo más solemnes. Niña Francisca le pidió permiso al párroco para que, mientras orábamos un rato, el sacristán tocase alguna de las melodías, naturalmente con la consiguiente limosna que ella echó en el cepillo junto a la pila bautismal, y algo más que le dio de propina al sacristán. Nos sentamos, y en cuanto empezó a sonar la música, el niño empezó a serenarse, como si las notas que le llegaban a través del vientre de su madre fuesen un sonajero mágico.

Aquella experiencia la fuimos repitiendo con la asiduidad que el niño nos lo pedía a su manera, hasta que una mañana, ama niña

Francisca me avisó de que se estaba poniendo de parto. Como las dos conocíamos la liturgia del alumbramiento, no nos costó mucho organizarlo todo, y yo diría que menos aun traerlo al mundo.

Cuando iban a dar las campanadas del ángelus, niña Francisca hizo su último esfuerzo y dejó que su niño llegase a mis manos. Inmediatamente se puso a llorar y empecé a lavarlo con el cuidado que siempre lo hacía. Pero eso al niño parecía no importarle tanto como a su madre y a mí, porque en lugar de serenarse con el agua tibia, su llanto arreciaba más y más, y con aquel vozarrón pensé que el niño podría cantar en el coro cuando fuese mayor.

De repente, cuando sonaron las campanadas del ángelus, el niño dejó de llorar. Parecía que ahora fuese más importante para él prestar atención a aquello que llegaba a sus oídos recién nacidos, que hacernos notar con su llanto que lo dejásemos de molestar con aquellos lavados.

Unos días después lo cristianamos en nuestra parroquia de San Juan Bautista, haciendo de padrino Juan, el tío sacerdote, y lo bautizaron con el nombre de Thome Luis de Victoria, porque su padre le tenía un gran cariño a su hermano, Tomás Luis de Victoria, y quiso que se llamase igual, pero éste, que era licenciado y hablaba latín, propuso que, para evitar confusiones, al pequeño le llamásemos Thome. Y supongo que no necesitaréis que os diga que, naturalmente, durante la ceremonia de las aguas bautismales el sacristán tocó algunas de aquellas melodías ramplonas, a las que ya todos nos habíamos acostumbrado, aunque Thome la oyó ya no en el vientre, sino acurrucado en los brazos de su madre, atraído por aquellos sonidos como si fuesen el mejor sonajero de plata.

LA LENGUA DE FUEGO

AÑO DE 1550

El tiempo pasa, algunas cosas no cambian pero otras sí. Niña Francisca era una mujer a la que le gustaban los niños y los trataba con cariño. Después de Thome, nació Juan. El color de su piel nos dijo desde el primer momento, que traía la vida pendiente de un hilo. Lo cuidamos y sacamos adelante con muchas atenciones, pero la debilidad de su cuerpecito fue propicia para que la maldita visitante viniese para llevárselo en el primer brote de peste. Aún no había cumplido el año. Las familias estaban acostumbradas a que los pequeños falleciesen, pero la nuestra no. Fue una experiencia terrible para todos, pero para su madre más. Cuando dos años después nació el siguiente hijo, sano y fuerte, le pusieron el mismo nombre de su hermano, Juan II Luis de Victoria, para perpetuar su recuerdo.

Francisca quería tener una hija más, para que fuese la benjamina. Lo intentó dos veces más. Pero primero nació Pedro y luego Gregorio, así que ya no quiso intentarlo más.

Desde que los niños aprendían a caminar los llevaba a la plaza del mercado chico, al final de nuestra calle. Si no podía llevarlos por estar ocupada, dejábamos que fuese María, que tenía ya nueve, con sus dos hermanos, Hernán y Francisco.

Pero cuando aquel día María los llevó, al rato volvió asustada, y Hernán con ella, llorando. Francisco se había perdido. Salimos corriendo a buscar al niño. María justificaba su responsabilidad, y Hernán seguía llorando, pensando que se había quedado sin su hermano preferido.

Cuando llegamos a la plaza preguntamos inútilmente a los otros niños. Se me ocurrió que lo primero que debía hacer era preguntar en las puertas, porque si había salido podía ser más peligroso. Mandamos a los chicos mayores a preguntar. María, se quedó acompañando a su madre en la plaza, por si volvía, y yo, con Hernán nos fuimos por

la calle pescadería hasta la puerta del Peso. Nadie había visto al dichoso niño. Hernán dijo entonces algo que me hizo volverme.

–Hernán, qué has dicho de “la lengua de fuego”.

–Que a Francisco le gustaban las chispas.

–¿Chispas? Qué chispas, Hernán, ¡qué chispas!

–La que hacía el hombre de la música. Francisco dijo que le gustaba la lengua de fuego.

Sus palabras me llevaron a mi infancia, y fui preguntando si había pasado por allí el afilador, hasta que una mujer que volvía por la calle de la Cárcel con dos cuchillos afilados, nos dijo dónde estaba. Cuando llegamos allí estaban los dos: el afilador con su piedra y su rabo de chispas, y Francisco, con la boquita abierta mirando aquel espectáculo. Lo cogí de la mano y volvimos. Su madre al vernos lo cogió en brazos y empezó a reñirle mientras se lo comía a besos. Al volver a casa, Francisco le contaba a su madre que aquel hombre tenía un dragón que echaba fuego por la boca cuando intentaba cortarle la cabeza con un cuchillo. Oí la melodía de flauta que llegaba desde la calle cuchillería. La misma que de niña oía tocar al afilador en Llerena. Seguía con la respiración agitada por el susto, y me di cuenta de que, a pesar del tiempo que había pasado, algunas cosas no cambiaban, como aquella música, pero otras sí. Yo era ya una anciana.

SEBASTIÁN VIVANCO

AÑO DE 1551

Niño Thome había cumplido tres años y vivía sus primeros juegos en la plaza, y yo descubría sus primeros sentimientos. Era bueno y sensible. El que más de todos mis niños. Incluso más que sus dos hermanas, que eran más delicadas, pero a las que no les noté los gestos de ternura y bondad que demostraba Thome. Quizás por eso se fue metiendo cada día más en mi corazón.

Era un niño de lágrima fácil, pero no porque fuese especialmente blando con el dolor físico. Cuando algo le impresionaba, bueno o malo, no podía ocultarlo. El llanto era el desahogo de su personalidad, de la naturaleza de la que estaba hecho. Podía sentir mi estado de ánimo con solo acercarse. Podía ver a un pajarito en un árbol y dejar el juego para observarlo –Moma, hoy he visto a un pajarito que estaba aprendiendo a volar y casi se cae–. O venía en mi ayuda para ponernos de parte del débil –Moma, corre, ven que unos niños le están pegando a otro más pequeño–. Era trabajador y no se daba por vencido, pero su espíritu era humilde, compasivo y justo. Por eso llegó a ser lo que fue.

Una mañana de primavera, una de las ayas anunció en la plaza que había nacido un nuevo niño en la cuadrilla: Sebastián. Y unas semanas después apareció el ama de cría de los Vivanco, una honrada mujer de pechos enormes, con el niño en sus brazos. Se sentó junto a nosotras con naturalidad, y para que comprobásemos sus habilidades, por si alguna de las otras familias la necesitaban, porque, según ella, tenía leche suficiente para criar a más de un niño a la vez.

Naturalmente ninguno de los niños se acercó. Solo dos niñas dejaron su juego y vinieron corriendo a conocer al nuevo personajillo. Thome tampoco se acercó. Siguió jugando con sus amigos, pero de repente las campanas de San Juan Bautista tocaron al Ángelus. El pequeño Vivanco debió de asustarse, dejó de mamar y empezó a llorar, tan fuerte que todos lo mirábamos. Thome también. Confiába-

mos en que su ama lo calmase, pero después de unos cuantos lloros, viendo que el niño no se consolaba, Thome se acercó, se puso de puntillas, cogió la manita del pequeño, y con voz susurrante le dijo:

–No llores niño, no te asustes. Esas son las campanas que anuncian que la mañana termina, mira, suenan así –e imitando el sonido que salía del campanario, repitió con perfecto parecido, pero mucho más dulces y serenas: “tin, tin, tan, tin, tin, tan...”

No sé si fue que dejaron de sonar las campanas de verdad, pero Sebastián dejó de llorar, pegó sus labios al pecho de su nodriza, y siguió mamando, mientras oía aquellas agradables campanadas que salían de la boca de Thome. No podían saber ninguno de los dos, que no sería aquella la única vez que Thome le susurraría algo a Sebastián.

Por la noche, después de cenar y mientras acostaba a los pequeños, le pregunté:

–Niño Thome, cuándo has aprendido tan bien el sonido de las campanas.

–No lo sé, Moma, no recuerdo cuando fue la primera vez que las oí, pero ahora las puedo imitar... y las de la catedral también. Mira, suenan más gordas, así: “gong, gong, gang, gang, gang, gang, gong”.

Me sonreí, porque a pesar de su voz de niño pequeño, me parecía estar pasando por debajo de la torre de la catedral.

El pequeño Juan II, que tenía solo dos años, prefería acostarse y dormir con su hermano Thome, porque ya compartían los juegos, y éste lo protegía.

Cuando me acosté, me di cuenta de que la pregunta que le había hecho a Thome me la podía responder yo mejor que él, porque con esa edad no se recuerda el pasado. Aquellas campanadas las conocía desde el primer día de su vida. Las oyó en el momento de nacer, cuando lo lavaba, sintiendo en mis manos esa sensación única de templanza de su cuerpecito recién nacido, latiendo en mis manos.

DUREZA EXTRAMUROS

AÑO DE 1551

Madre decía que, cuando no somos ricos, el poco dinero hay que guardarlo, para un buen destino.

Una mañana temprano, cuando compraba en el mercado Chico, me enteré de que en la Alquibla, extramuros, una mujer había tenido dos hijos en el mismo parto. Se rumoreaba siempre que ocurría, que era porque la mujer había tenido relaciones con dos o más hombres y que cada hijo era de un padre diferente, poniendo en duda la honradez de la pobre mujer. Lo comparaban con los animales, como las gatas o las perras, que se apareaban con varios machos y tenían muchos cachorros. Y parecía admitido por todos que el destino de esos bastardos debía ser la muerte.

La madre era una pobre joven de apenas quince años. Había sido su primer parto. No estaba casada, pero vivía con un hombre mucho mayor que ella, con el que los padres habían pactado el emparejamiento, a cambio de unos escudos, dos ovejas y que la mantuviese de por vida.

Cuando se lo conté a niña Francisca, también se preocupó. Naturalmente ella, por su posición social no podía ir allí, así que decidimos que iría yo sola, porque en una vieja no se fijaría nadie. Cogí algo de comida y salí a buscarla.

Preguntando por la choza en la que una mujer había parido a dos niños a la vez, pude encontrarla. El hombre con el que vivía había ido a Valladolid a buscar a los suegros, para deshacer el trato, argumentando que lo habían engañado.

Al entrar en la choza, pensé que llegaba tarde, porque la joven estaba con esa resignación que queda cuando ya todo ha ocurrido y no hay esperanza, pero luego oí a las dos niñas que lloraban pidiendo la atención que los recién nacidos necesitan. Ella se limitaba a abrazarlas temiendo que se las quitasen. Su esposo la había amenazado, pero alguien le sugirió que primero recuperase lo que había pagado por aquel emparejamiento.

Aunque yo también estaba aterrorizada, traté de tranquilizarla y después de un rato conseguí que me viese como alguien que venía a socorrerla. Aseguraba la pobre que era honrada y juraba por Dios no haber tenido relación con más hombre que con aquel que sus padres le habían buscado.

Como tardaría unos días en regresar, le dije que volvería para ayudarla. A ella y a sus dos hijas. Dejé la comida y me marché.

Volví a casa pensando en qué podíamos hacer.

–Niña Francisca. ¡A esas pobres niñas las van a dejar morir! He pensado que del dinero que me legaron tus padres podría darle una parte para que salgan adelante.

–Moma, nunca dejas de sorprenderme lo generosa que eres. Pero eso que me dices no serviría de mucho. El hombre con el que vive terminaría por enterarse y se lo quitaría. Pero podemos hacer otra cosa. Las monjas de la congregación de las Dominicas, quizás podrían ayudarnos con este asunto. Seguramente ellas no pueden acoger a esa mujer y a sus hijas en el convento, pero le diré a don Francisco que nos acompañe, porque él y su familia lo consiguen todo.

Al día siguiente fui a verla de nuevo, y le llevé algo más de comida para ganarme su confianza. Me estaba esperando, pero seguía con miedo. La volví a tranquilizar y le expliqué que estaba buscando un sitio para ella y sus hijas.

Cuando llegué de nuevo a nuestra casa, el ama ya había convencido a su esposo para que fuésemos al convento de las Dominicas. Nos abrió la hermana portera, y tratándose de don Francisco Luis de Victoria, nos pasaron enseguida a una sala en la que nos recibió la madre superiora.

Le contamos la situación. La Dominica nos explicó que, como ese, se daban otros muchos casos parecidos, y que era imposible ayudar a todos. Además, las reglas de la congregación no permitían en el convento mujeres que no hubiesen hecho los votos o fuesen a hacerlos, y desde luego sería imposible que pudiese quedarse, tratándose de una mujer amancebada y con dos bastardas.

No pude contenerme, y busqué las palabras más correctas y educadas, pero llena de indignación.

–Reverenda madre superiora: Yo he visto y he hablado con esa pobre joven. He visto también a sus hijas y no tengo la menor duda de su honradez. Sus hijas no son bastardas, son tan legítimas como usted y como yo. Lo que dicen las gentes no es así. Las mujeres pueden tener más de un hijo en el mismo parto y ser del mismo padre, mi madre me lo explicó. Las niñas tienen derecho a vivir y ella a poder criarlas. Jesucristo nos dice que compartamos lo que tenemos con los pobres, así que no tengo mucho, pero estoy dispuesta a donarlo a su congregación si buscan una solución para ayudarlas.

Supongo que mis palabras fueron fruto de la confianza que nos dan los años, pero todos se quedaron sorprendidos de mi decisión y de la osadía al dirigirme así, yo una pobre criada, a aquella madre superiora, que pareció un tanto incómoda, porque, además, pensaba que yo no podía tener mucho dinero. Pero antes de que ella y don Francisco reaccionaran, Francisca me demostró una vez más su bondad.

–Como ve, madre superiora, nuestra aya Ieronima, que es humilde de cuna, pero grande de corazón, nos está dando una lección de generosidad. Mis padres le legaron un dinero que ella ahora con toda generosidad está dispuesta a donárselo. Nosotros también debemos hacer algo para contribuir a esta buena causa. Lo que no sé es qué podemos hacer.

Intervino entonces don Francisco, que había cruzado con su esposa varias miradas, y de forma decidida propuso:

–Pues está claro, querida esposa. Siempre es posible buscar soluciones en esta vida, lo importante es encontrar a las personas adecuadas.

Las palabras de don Francisco estaban calculadas para que fuesen un reto a la superiora, y continuó:

–Madre superiora, mi esposa y yo estamos decididos a buscar una solución. Entendemos que las reglas de su congregación no permiten acoger en el convento a personas ajenas, y que como éste, se

darán otros casos. Pero qué le parecería si nosotros aportásemos un capital, junto con la generosa oferta de nuestra aya Ieronima, para rehacer una casita que tenemos y que donaríamos a su congregación, para que ustedes pudiesen fundar una casa de misericordia e iniciasen así la labor de acogida de personas necesitadas.

Al oír las palabras de don Francisco, la madre superiora pasó de una posición incómoda a una afable, viendo la oportunidad que le llegaba.

-Hay días que al levantarnos no sabemos la sorpresa que nos depara el Señor. Hoy nos tenía reservada una grande. Don Francisco, nuestra congregación aceptará encantada sus generosas ayudas, la de la casa ya rehabilitada, y la económica de Ieronima, y comenzaremos esta nueva obra. Y mientras tanto se hacen las reformas, nos ocuparemos de que esa joven madre y sus dos hijas puedan quedarse en el cobertizo trasero de nuestro convento.

Al día siguiente fui a recoger a la joven y a sus hijas para llevarlas al convento. Ella llevaba en sus brazos a una de las niñas, porque la otra me la había confiado. Quise pensar que había empezado a recuperar la confianza en los demás, aunque de momento lo hacía solo conmigo.

A pesar de llevar a la pequeña en mis brazos, y de mis sesenta y siete años, mis pasos no me pesaban, porque cada uno que daba alejaba más a las niñas de aquel tremendo e injusto destino.

A Madre también le habría parecido que este sí era un buen destino para el dinero de la herencia.

CONCIERTO DE INVIERNO

AÑO DE 1552

Los árboles se preparaban para el invierno. El viento le quitaba las pocas hojas que el frío no había podido. Ese frío de Ávila, al que nunca terminé de acostumbrarme y que cuando se aproximaba el Adviento, se iba apoderando de todo. Los campos se endurecían, las paredes de piedra de las iglesias parecían cambiar el agradable frescor que siempre se notaba al entrar en ellas durante el estío, por un frío helador que obligaba a los oficiantes a abreviar las ceremonias. Las palabras parecían quedarse heladas en el aire. Los pasos sobre la nieve crujían en las callejas, y el cielo, cargado de nieve, se abombaba como la panza de un burro, amenazando cubrirlo todo de copos blancos. Thomé jugaba con la nieve, como todos los niños, pero lo que no hacían los otros era jugar a reproducir los sonidos.

Me sorprendía su facilidad para detectarlos y reconocerlos. Esos sonidos tan cotidianos que ninguno de nosotros reparábamos en ellos, como el graznido de un cuervo, el cencerro del carnero, o el ritmo cadencioso del martillo del herrero sobre el yunque. O la melodía de algún pájaro derrochada en el aire sobre nuestras cabezas, a los que imitaba haciéndose pasar por ellos, y éstos se lo creían.

A veces jugaba con él a que me hiciese esos sonidos. Yo le decía qué y él inmediatamente lo imitaba. Trataba de pillarlo con algo nuevo, pero parecía ir siempre por delante de mis picardías. Podía no saber el nombre de lo que lo originaba, esquila, pero el sonido vaya si lo sabía. No había manera de pillarlo, parecía que había nacido con un oído capaz de sentir y memorizar cualquier cosa que sonase a su alrededor, sin el menor esfuerzo. Trataba de decirle a su madre que ese niño tenía en sus oídos algo diferente a todos, algo que ninguno de los anteriores lo había tenido, pero ella le quitaba importancia y bromeaba diciendo que era yo la que cada día le prestaba más atención. Hasta que un día lo comprobó ella misma. Ocurrió de nuevo en la catedral.

Nos enteramos de que el famoso músico, Antonio de Cabezón, había vuelto a Ávila, y que tocaría en la catedral. Aquel músico ciego que nos hizo oír aquella misa más atentos a su música que al sacerdote. Aquel que consiguió serenar al niño, aún en el vientre de su madre.

Thome estaba sentado en el banco al lado de su madre, con las piernas colgando, porque sus cuatro años no le daban para que llegasen al suelo. Cuando ya llevábamos un rato oyendo la música, el niño empezó a balancear el pie, pero no lo hacía de cualquier manera, marcaba un ritmo que coincidía exactamente con lo que sonaba.

Desde donde estábamos no podíamos ver al maestro, porque estaba allí arriba sentado delante del teclado del órgano, con toda la pared cubierta de tubos y trompetas, pero cuando a la salida de la catedral lo vimos caminar cogido del brazo de su hijo, Thome se dio cuenta de sus movimientos lentos y calculados y me preguntó que qué le pasaba. Cuando le expliqué que era ciego me miró con la boquita abierta, consciente ya, a pesar de su edad, de cómo aquel hombre podría haber aprendido a tocar el órgano así de bien, infinitamente mejor que el pobre sacristán de la iglesia de San Juan, que veía perfectamente, incluso mejor que el párroco, a quien le sisaba el vino de la consagración en sus narices.

Pero aquello de llevar el ritmo con el pie no fue nada. Cuando llegamos a casa, mientras preparaba la cena, Thome, que jugaba con sus hermanos tirados en el suelo, empezó a canturrear un trozo de una de las melodías que habíamos oído. Fui a buscar a su madre, y cuando lo oyó nos miramos sorprendidas de que pudiese recordarla.

Aquella tarde, había venido con nosotros al concierto el tío Juan, y luego, como era jueves vino a cenar a casa, porque como buen clérigo no dedicaba mucho tiempo a la cocina, y tenía repartida la semana entre sus hermanos y parroquianos, de manera que cada día cenaba en casa de uno.

Cuando ama Francisca oyó a Thome, subió corriendo a avisar al tío Juan, para que fuese testigo de lo que su ahijado era capaz de hacer.

Thome no se había dado cuenta de nuestra presencia, porque intentamos quedarnos escuchando en la puerta de la habitación, pero Juan II, que jugaba con él, nos vio y advirtió a su hermano. Los dos nos miraron un tanto sorprendidos de vernos a los cuatro adultos medio escondidos detrás del quicio de la puerta, con caras de sorpresa y curiosidad. Thome dejó de cantar, y con la naturalidad de un niño de esa edad vino hacia mí.

–Moma, tengo hambre... y sueño. Vamos.

Cuando después de cenar se acostó, volvió a canturrear bajito aquella melodía, como si fuese la nana de los corderitos, que él mismo se cantaba a veces para adormecerse.

En la calle, las ramas de un árbol, desnudas ya por el invierno, parecían intentar llegar hasta la ventana de la habitación de los niños, buscando curiosas el origen de aquella melodía.

LA PLUMITA AMARILLA

AÑO DE 1554

Desde hacía unos años, la Compañía de Jesús había adquirido unas casas en ruina, adosadas a la muralla, para derruirlas y construir un gran colegio. Estaban muy próximas al palacio de los Dávila, al final de nuestra calle, junto a la puerta del Rastro. Cuando se terminaron las obras, después de varios accidentes que la retrasaron, se hizo la inauguración, nombrándolo Colegio de San Gil. Se celebró una misa solemne de acción de gracias. A ella asistieron los gobernantes civiles, militares, y naturalmente eclesiásticos. Y también fueron invitadas las familias más importantes, entre ellas la nuestra. El tío Juan asistió por su condición de miembro de los Luis de Victoria, pero también de clérigo, ya que tenía muy buena relación con el palacio Episcopal.

En un principio el colegio solo tenía dos disciplinas de docencia: la de gramática y la de latinidad, y se hablaba de unos precios que muy pocas familias se podían permitir. Así que cuando el colegio inició sus clases, se hizo ofreciendo solo diez plazas de privilegio en cada una de esas dos enseñanzas.

Ama Francisca había aprendido con su madre a leer y a escribir correctamente, y quiso que alguno de sus hijos pudiese asistir a las clases, pensando incluso en la carrera de sacerdocio como futuro de alguno de ellos. A pesar de que las condiciones económicas de la familia ya no eran las de antes, movió todo lo que pudo para tratar de conseguir al menos una de esas plazas, y le encomendó al tío Juan que hiciese todo lo posible.

Gracias a su influencia, éste apareció una tarde feliz trayendo la noticia de que el rector de los Jesuitas le había prometido que si el niño superaba la prueba, una de las plazas sería para su ahijado. Su hermano, amo Francisco, habría preferido que fuese para el primogénito, pero Juan le habló con sinceridad, diciendo que veía más aptitudes en Thome que en Hernán. Porque le explicó que uno de los

argumentos que había esgrimido para conseguir la plaza era el buen oído musical que parecía tener Thome. Y fue eso lo que convenció al rector, porque al ser un admirador de la música sacra, le dijo que quería que el maestro Bartolomé Escobedo, recientemente llegado a Segovia desde Roma, en donde había estado muchos años en el coro papal, pudiese tocar en las celebraciones de la nueva iglesia del colegio, y que quizás podría convencerlo para que también diese algunas clases para ir formando el coro de su capilla.

Pero el rector le puso como condición que Thome debía pasar una prueba con Escobedo, aunque dada la edad, solo seis años, no sabía en qué consistiría dicha prueba, pero estaba seguro de que, si el niño tenía aptitudes para la música, el maestro las descubriría.

Cuando se lo dijeron a Thome, no pareció muy contento. No dijo nada en ese momento, pero después, como siempre hacían mis niños, buscó el momento para que le explicase lo que no entendía y le preocupaba.

–Moma, qué es un colegio.

–Thome, un colegio es un sitio en el que te van a enseñar todo lo que yo no puedo enseñarte. Es algo muy bueno, porque terminarás sabiendo mucho más que la mayoría de las personas. Pasarás por momentos de dificultad, porque lo que te van a enseñar son cosas difíciles. Por eso muy pocas personas consiguen aprenderlo. Pero tú sí podrás.

–Y qué es eso de la prueba.

–Ay, mi niño, por eso no te tienes que preocupar. Cuando ese maestro de música que ha venido de Roma, te oiga, estará encantado de que seas su alumno y te querrá tener con él para enseñarte eso que tanto te gusta.

–Estoy un poco asustado, Moma. ¿Vendrás conmigo?

–Yo solo podré ir hasta la puerta del colegio. Pero te esperaré allí hasta que salgas de la prueba y volveremos juntos a casa. Así me podrás contar cómo ha sido.

–Vale, Moma, pero tú no te vayas de la puerta.

Unos días después acompañé a Thome hasta el flamante colegio San Gil, para hacer aquella prueba. El pobre estaba asustado, porque

era un niño muy responsable y no sabía a qué se tenía que enfrentar. Con él entraron solo cinco niños más, todos mayores que él. Me quedé en la puerta cumpliendo mi promesa.

Cuando salieron lo hicieron corriendo, como si buscaran la libertad que habían dejado fuera durante aquel rato. Thome ya no parecía asustado. Había recuperado la serenidad que siempre tenía en su rostro. Empezamos a caminar hacia casa. Me cogió la mano y dejé que fuese él el que volviese a encontrar el desahogo que necesitaba.

–Moma, la prueba de gramática, como madre ya me había enseñado algo no ha sido difícil. La de latín sí, mucho. Pero la de música, con el maestro Escobedo, es la que más me ha gustado. Nos ha explicado que hay unos sonidos que se llaman notas, y que esas notas las puede hacer él con el órgano, y también las podemos hacer con la voz. Y luego nos ha explicado que esas mismas notas se pueden hacer más finitas, como los niños y también más gruesas, como los capellanes cuando cantan. Y ha ido tocándolas en un órgano pequeño que hay en la capilla, y nos ha ido diciendo que las repitiésemos con la voz.

–Anda, pues le habrá gustado como lo hacías, ¿verdad?

–No lo sé, no nos ha dicho nada a ninguno. Pero ha sido divertido cuando nos ha dejado que fuésemos nosotros los que pulsásemos con un dedo algunas teclas del órgano, para que aprendiésemos como sonaba cada una y luego la imitásemos con la voz. Solo quería que tocásemos cinco, para arriba y para abajo, pero al final a mí me ha dejado que tocase siete.

–Bueno lo importante es que ya ha pasado todo, y como te dije, lo de la prueba no ha sido difícil para ti. Ahora esperaremos a que nos digan si finalmente puedes ir a ese colegio tan bueno para aprender muchas cosas.

La mano de Thome se soltó de la mía y corrió delante de mí en dirección a casa, entreteniéndose con lo que veía en la calle. En ese momento me decía, ya sin palabras, que se había liberado de la carga de la responsabilidad de la prueba y que volvía a su divertida y alegre existencia infantil.

Y en esa existencia infantil, la primera que se enteraba de todo lo que les ocurría a los niños era yo. Luego, si lo creía necesario e importante se lo contaba a su madre, como secreto que quedaba entre las dos, o para que ella también interviniese. Pero otras veces se quedaba solo entre los niños y yo. Lo que era poco probable es que no me enterase, a veces preguntándole directamente a él y otras recurriendo a alguno de los cómplices. Como al año siguiente ocurrió con Juan II.

–Pero, Juan II, que te ha pasado en la pierna. Por qué cojeas. Parece que tienes la rodilla un poco hinchada.

–Pues no sé. ¿Qué rodilla? A mí no me duele nada.

–¡Cuál va a ser! Ésta, que además está roja.

–Ay, no me aprietes que me duele.

–Como decías que no te dolía nada. ¿Cómo te la has lastimado?

–Ya te he dicho que no lo sé. Me habré dado un golpe durmiendo. A veces Thome da vueltas, patadas y codazos.

Como veía que Juan II no confesaba, decidí pasar a sacárselo al cómplice. Thome y Juan II eran colegas en los juegos. Thomé lo protegía en las discusiones, y compartían todo, incluso la comida... y las lesiones.

–Thome, qué le ha pasado a Juan II en la rodilla. La tiene un poco hinchada y cojea.

–No sé.

–Thome, cuéntaselo a tu Moma. Se la he tocado y le dolía.

–Vale, pero no le digas que te lo he contado. Y menos a madre. Junto a la puerta del Peso, extramuros, hay un castaño. Agus y yo fuimos el otro día...

–¡No me puedo creer que te has ido con tu hermano pequeño extramuros!

–No, Moma, déjame que te lo cuente todo.

«Bueno, sí. Primero se fue él, y luego fui yo también, pero para buscarlo. El año pasado, unos niños de extramuros trajeron a la plaza unos pájaros en una jaula para venderlos. Eran jilgueros, y decían que cantaban muy bien.

Este año han vuelto a aparecer con cuatro pájaros. Decían que aún eran pequeños para cantar, pero que en unos meses lo harían tan bien como sus padres. Juan II oyó a uno de los chicos algo del castaño de la puerta del Peso, y empezó a hacerles preguntas de cómo cogían los pájaros. Como eran mucho mayores que él, al principio no le hicieron caso, pero como tú sabes cómo es cuando se pone pesado, insistió tanto que los niños le dieron un empujón y lo tiraron al suelo. Fui a defenderlo, pero como eran tres muy mayores y de extramuros, solo pude recogerlo y llevármelo. Pero no fue en ese momento cuando se lastimó.

Unos días después yo jugaba con nuestros amigos, pero Juan II vino a buscarme para decirme que ya se había enterado de dónde cogían los jilgueros: en la puerta del Peso. Traté de que se olvidase y se quedase jugando con nosotros, pero él no me hizo caso y se volvió a ir donde estaban los niños.

Al rato, cuando miré ya no estaban, ni los niños, ni los pájaros, ni Juan II. Me asusté, dejé el juego y salí corriendo para la puerta del Peso. Cuando llegué, no los veía y salí extramuros. Allí, no muy lejos, cerca de un castaño, estaban todos. Los tres niños y un poco más allá, mi hermano, escondido para que no lo viesan. Me hizo un gesto para que fuese con él, sin que me viesan.

-Tho, ya sé de dónde sacan los pájaros. De ese castaño.

Entre lo que me susurró y lo que pude ver y oír, descubrimos que los chicos tenían localizado un nido con unos pajaritos, a los que sus padres iban y venían para alimentarlos. Llevaban unos días esperando a que se hiciesen un poco mayores y fuese más firme el instinto de criarlos. Y por lo que comentaron, primero meterían el nido con los polluelos dentro de una jaula y la dejarían con la puerta abierta, en la misma horquilla del árbol en la que estaba el nido, para que los padres pudiesen seguir entrando y saliendo para alimentarlos. Ese era uno de los momentos más delicados, porque los padres podían repudiarlos por miedo y abandonarlos. Era la madre, la que después de muchas vueltas y con muchas ansias, se decidía a entrar y darles de comer.

Luego esperarían otros cuantos días más, observándolos para decidir una noche cerrar la jaula con los pajaritos dentro y llevárselos, antes de que estos se pusiesen volantonos y se fuesen del nido. Ese era otro momento importante, porque los pajaritos tenían que estar ya listos para comer solos. Esperamos unos días más, hasta que los oímos decir que aquella noche se iban a subir al árbol, y se llevarían la jaula. Así que ese mismo día, antes de que anocheciese, fuimos los dos, nos subimos al árbol y cogimos la jaula, solo con los pajaritos pequeños, pero cuando nos bajábamos él se cayó».

-¡Y qué ha pasado con los pajaritos!

-Estamos dándoles de comer los dos. Los hemos dejado en la ventana del cuarto de arriba, en su nido, pero sin la jaula, así cuando ellos quieran se podrán marchar volando al campo, donde están sus padres y los otros jilgueros. Él quería quedárselos, pero lo he convencido preguntándole si le gustaría que lo dejaran ya toda la vida encerrado en una habitación con barrotes, aunque le trajesen la comida.

Esta fue una de esas ocasiones en las que la cosa quedó entre el cómplice y yo. Porque cuando le curaba la rodilla a Juan II, solo le dije que tendría que hablar con Thome para que tuviese más cuidado, o tendría que irse ya a otra cama.

Unos días después, cuando ya todos dormían, subí a ver a los pajaritos. Ya se habían ido, pero me alegré porque recogí del alfeizar una pluma amarilla, y esas plumas solo las tienen los jilgueros adultos, como sus padres. La guardé en mi talega de los tesoros.

FELICITACIONES ENTRE COLEGAS

AÑO DE 1555

Cuando un hijo besa a su madre anciana en la frente, le está correspondiendo al cariño que ella le dio.

Thome iba al colegio con más ilusión y ganas, pero con inquietud porque aquellas primeras clases de gramática y latín le resultaban difíciles. Llegaba a casa cansado y preocupado, pero su responsabilidad le hacía volver al día siguiente dispuesto a superar las dificultades. No le gustaba que le riñesen y se esforzaba para no dar motivo.

Pero cuando tenía la clase de música con Escobedo, regresaba a casa feliz. Y tenía por qué. Cuando ya faltaba poco para que finalizase el curso, una tarde, después del colegio, llegó a casa con su tío Juan. Los dos venían contentos. Thome se fue directamente a jugar con sus hermanos, y el tío Juan entró a hablar con sus padres. Quería contarles que había estado hablando con el rector del colegio y éste le había contado los progresos de su sobrino. Le dijo que aprendía mejor el latín que la gramática, pero como era el primer año y el más pequeño del colegio, no le preocupaba. Era un niño listo y responsable y el próximo año le iría mejor. Pero lo que les llenó de orgullo a sus padres fue lo de las clases de música. Al parecer el maestro Escobedo, que inició el curso con seis alumnos, ahora ya solo le quedaban cuatro, y naturalmente uno era Thome.

Pero, además, el rector le comentó que Escobedo estaba tan contento con él que quería prepararlo para que cuando cumplierse los nueve años, la edad mínima obligatoria, pudiese entrar en el prestigioso coro de la catedral del Salvador. Naturalmente seguiría trabajando con él en el aprendizaje del órgano, aunque por lo que les explicó a sus padres, lo normal era que primero aprendiesen a cantar las obras en el coro y que luego aprendiesen el arte de tocar el órgano. Pero Escobedo había visto unas cualidades en Thome que había decidido hacerlo a la vez.

Escobedo no tenía fama de persona afable ni simpática, era estricto, exigente y severo, pero también amante de la destreza y el virtuosismo, y cuando sus alumnos se esforzaban y progresaban ese carácter se convertía en afecto y consideración. Entre él y mi niño Thome pronto empezó a nacer esa relación especial: de maestro admirado y discípulo predilecto.

Había pasado ya el primer año de clases, cuando el obispo don Álvaro de Mendoza, anunció que don Antonio de Cabezón había vuelto y daría un concierto en la catedral, para que la gente pudiese disfrutar de su música, afianzando así los vínculos de la iglesia con sus feligreses.

Estaba a punto de entrar el verano. Empezaba a perderse la templanza de la primavera, y se agradecía esa sensación de frescor al entrar en la catedral.

Escobedo les dijo a sus alumnos, que su amigo don Antonio estaba en Ávila, así que había decidido que la última clase del curso la darían oyendo el concierto del colega, pero que tendrían que estar muy atentos, porque después del concierto les haría una prueba.

Cuando preguntó retóricamente, si alguno había oído tocar al maestro Cabezón, solo Thome, con timidez, levanto la mano. Escobedo sonrió un tanto sorprendido por la corta edad de Thome, y las pocas oportunidades que todos tenían de haber oído al maestro.

—Está bien señor Thome Luis de Victoria. Y sabría usted decirnos a sus compañeros y a mí, el nombre de alguna de las obras que oyó:

—No señor. No lo sé.

—Bueno, para que no os pase lo mismo, esta vez iremos comentando los nombres de las obras y a qué modos corresponden —y respetando la pausa de su maestro, Thome añadió:

—Y vi que era ciego. Y si quiere puedo cantar lo que sonó en una de las obras.

Y sin esperar respuesta, y con la precipitación infantil de un niño de su edad empezó a entonar el trozo de una melodía.

Escobedo, que había reconocido inmediatamente la obra, sorprendido, dijo:

–“Tiento di primo tono”. Así se llama esa obra, señor Thome Luis de Victoria. Estoy muy orgulloso de usted, y no tendrá que pasar la prueba después del concierto. Los demás señores alumnos, sí.

Pero en el concierto todos disfrutaron del virtuosismo de Antonio de Cabezón y además, los alumnos aprendieron con su maestro algo más de aquellas obras, porque con sus explicaciones descubrían cosas aparentemente ocultas e inapreciables para la mayoría de los feligreses.

Al finalizar el concierto Escobedo llevó a sus cuatro alumnos hasta la sacristía, donde su colega se preparaba para marcharse con su hijo Hernando, que siempre lo acompañaba.

–Mi querido y admirado maestro. Precioso concierto el que nos acaba de ofrecer. He venido con mis cuatro alumnos del colegio San Gil de los Jesuitas de Ávila porque querían felicitarle. Son los señores: Zimbrón, miembro de una conocida familia de músicos, además de Robledo y Martínez, y el pequeño Thome Luis de Victoria, que, a pesar de su corta edad, ya lo había oído tocar a usted anteriormente aquí en Ávila. No recordaba el nombre de las obras, pero sí la melodía de su “Tiento di primo tono”.

–Ah sí, señor Luis. Y cómo es posible que siendo tan pequeño pueda recordar algo que ha oído en un concierto.

Thome, humilde, hizo el gesto de encogerse de hombros. Cabezón, que no había podido ver aquel gesto, sonrió un tanto incrédulo, y su amigo Escobedo ratificó:

–Eso mismo me pregunto yo.

Pero antes de que se marchase Cabezón, Escobedo le susurro a Thome:

–¿Recuerdas algo del concierto de hoy?

Thome no respondió con palabras, respondió cantando bajito y con timidez, un trocito de la melodía del “Tiento sobre Cum Sancto Spiritu”, la última obra que Cabezón había interpretado en el concierto.

Don Antonio se giró inmediatamente, para comprobar que efectivamente la voz tímida y dulce de la que salía ahora su música era la

de aquel pequeño. Esa melodía nueva e inédita que solo unos minutos antes había inundado él con el órgano toda la catedral. Cabezón, que dirigía ahora su rostro al origen de la voz, dijo:

–Maestro Escobedo, soy yo el que debe felicitarle por sus clases, y a estos sus alumnos. Mi enhorabuena.

Cuando salieron de la catedral, ya era de noche. Vi como Escobedo se despedía hasta el próximo curso, dándole la mano a cada uno de sus alumnos. Pero cuando se la dio a niño Thome vi que entre ambos se cruzaba una sonrisa de afecto. La del maestro admirado y su alumno predilecto.

De regreso a casa le pregunté:

–Thome, qué es lo que más te ha gustado del colegio.

–Moma, todo lo que me ha enseñado el maestro Escobedo. Lo malo es que tengo que estar mucho tiempo sin poder jugar con Juan II y los otros niños.

En ese momento tropecé con un pedrusco del suelo, porque casi no se veía. Thome reaccionó con rapidez para sujetarme y evitó que me cayese.

–Uy, Moma, casi te caes.

–Si hijo, es que ya ni mis piernas ni mis ojos son como eran antes. Están viejos y gastados.

Un silencio del color de la noche se hizo entre los dos y unos pasos más adelante, las palabras de Thome parecieron iluminar de nuevo el camino.

–Moma, no te preocupes. Fíjate en el maestro Cabezón, que no ve nada, pero es como si no le hiciese falta. Yo te ayudaré a caminar como lo hace su hijo don Hernando. Y te podré leer y escribir lo que me pidas cuando aprenda la gramática.

Y acercándose a mi frente me dio un beso, como se lo habría dado un adulto a su madre anciana.

CUANDO TE CONOZCA TE COGERÁ CARIÑO

AÑO DE 1557

Los negocios del amo Francisco no pasaban por su mejor momento. Para ser sincera, iban mal. Nunca tuvo la habilidad de su padre. Invirtió donde no debía, y unos impuestos extras inesperados, del arreglo de las calles principales de Ávila, le hicieron pedir créditos que luego no pudo pagar. ¡Él, que había prestado dinero al Tesoro público! Incluso cayó en el error de querer ganar dinero con el juego, e intentó salir adelante haciendo apuestas, lo cual no solo no arregló la situación, sino que la empeoró. Al final la familia nos empezamos a quedar en una situación económica difícil.

Los hijos mayores trataron de ayudar económicamente a sus padres. Hernán, el hermano mayor de Thome, había aprendido a escribir y leer con su madre, y su padre lo ocupó en la Escribanía para sustituir a un licenciado que tenía contratado. Y como ni la fábrica ni la sastrería eran ya los negocios de antes, niño Francisco, que había empezado a trabajar en la sastrería, lo dejó para entrar al servicio de su tío Juan. Y niña María aprendió a pintar, y como era muy observadora, sus dibujos de plantas eran la admiración de los amigos de la familia, que se los compraban para ayudarla. Unos meses después se casó con un licenciado, y se marchó de casa, pero siguió ayudando a sus padres con el dinero de sus dibujos.

Los otros seis hermanos eran aún pequeños y seguían estando más pendientes de los juegos que de las dificultades por las que pasábamos. Solo niño Thome, el más sensible, me dijo una noche al acostarse.

–Moma, yo no quiero que padre esté tan agobiado, ni que madre esté tan triste. Cuando pueda ganar dinero te prometo que se lo daré a ellos.

Lo acaricié y le di un beso, porque no podía hacer otra cosa. Aquella era mi familia, y yo estaba con ella por niña Francisca y sus hijos, pero había cosas del amo Francisco que nunca me gustaron.

-No te preocupes, mi niño, todo se arreglará. Pero debes aprender de lo que le pasa a tu padre y cuando seas mayor, debes hacer bien las cosas, para que no te falte nunca lo necesario para comer.

Y aunque los hermanos pequeños no podían hacer nada, alguno ya apuntaba maneras de buen comerciante.

Antonio había sacado las dotes de negociante de la rama materna, las de su abuelo Pedro y las de su bisabuelo Moisés. Yo, que los conocí, sabía ver esas habilidades del niño que me recordaban a las de ellos.

Había montado un negocio con las bolas de gua. Las que no conseguía ganándolas en el juego, las conseguía cambiándolas por otras, pero siempre con ganancias, dos o tres de barro por una de plomo. Pero se las ingeniaba para terminar con todas las bolas de los demás niños, y al día siguiente se las volvía a vender. A los que peor jugaban por menos y a los mejores por más. O bien se las cambiaba por otras cosas, para que pudiesen volver a jugar. Y a perder, claro. Y también a veces las prestaba. Si el niño ganaba en ese mismo momento con la bola prestada, le tenía que devolver dos, pero si perdía la prestada, y se la devolvía algún día después, entonces era una bola más por cada día de retraso en devolvérsela.

El amo Francisco mandó vender algunas de las propiedades, pero eso no fue suficiente para sacar a flote los negocios.

Se planteó que Thome tendría que dejar de ir al colegio, por el elevado precio que tenían las clases. El tío Juan se ofreció a ir a hablar con el rector, para explicarle que Thome no podría volver aquel curso, y que dispusiese de la plaza. Pero cuando el tío Juan volvió venía contento. El rector le había dicho que Thome era un alumno del que no se querían desprender. Era muy buen estudiante, tenía unas cualidades excepcionales para la música, y su carácter era el ideal para iniciarlo en la carrera del sacerdocio. Y le ofreció que Thome siguiese yendo al colegio, en calidad de "gratuito". Cuando se lo contó a su hermano y al ama Francisca, se alegraron y se sintieron orgullosos de su hijo, pero incómodos por tener que aceptar la realidad, una más, la del calificativo de "gratuito", que para el apellido Luis de Victoria era una humillación.

El amo Francisco falleció un día repentinamente, y todos sabíamos que la causa fue aquel cúmulo de desdichas. Y lo que venía siendo una preocupación se convirtió en un verdadero problema, porque a pesar de haber heredado una gran fortuna, ahora no había un cabeza de familia que pudiese sacarnos adelante. El tío Juan se hizo cargo como pudo, porque su condición y experiencia de clérigo, ayudaba más con sus influencias que en la administración y la economía familiar.

El ama Francisca me llamó y me contó a solas la verdadera situación. Me dijo que, aunque habían despedido a casi todo el servicio, yo me podría quedar con ellos, porque siempre había formado parte de la familia, pero que si quería volver con mi familia lo entendería, y que me daría todo el dinero que me quedaba de la herencia de sus padres, pero le respondí lo mismo que cuando fallecieron.

– Pero niña Francisca, ya te lo dije, dónde voy a ir yo si mis padres ya murieron y mis hermanos están casados lejos de Llerena. Para mí ya no hay más familia que vosotros. Cómo os voy a dejar. Como me voy a alejar de niño Thome que tanto me necesita. Lo que no sé es si podréis mantenerme en vuestra casa. Y respecto al dinero que quede de mi herencia, gástalo para sacar adelante a la familia.

– Moma, con dinero o sin él, estarás siempre con nosotros, y cuidaremos de ti, como lo has hecho tú. Y sé que Thome es tu preferido, desde que nació.

– Sí, Francisca, lo mismo que sé yo que tú quieres a todos tus hijos, pero niña María es tu ojito derecho, aunque se haya casado y ya no viva con nosotras.

Aquel mismo año, poco tiempo después de que Thome empezase las clases en el colegio, volvió un día disgustado, porque las de música se habían tenido que suspender. Escobedo se había tenido que marchar para sustituir temporalmente a un maestro de órgano en otra ciudad.

De nuevo el ama Francisca recurrió al padrino, su cuñado Juan, para ver qué podía hacer.

Fue a hablar con el Obispo, llevando una carta de referencias de Thome que le había pedido al rector de su colegio. Después de leer

la carta, le explicó el caso de su sobrino, y la situación económica por la que atravesaba su familia después del fallecimiento del padre. Lo oyó con interés y dijo que haría lo posible por ayudarlo. Redactó otra carta y se la entregó, para que fuese con ella a ver al Deán de la catedral. En ella se le daban instrucciones para que se facilitase una entrevista del tío con el Cabildo.

Cuando el Deán lo recibió, éste, después de leer la carta del Obispo y la del Rector del colegio, se sintió igualmente interesado en que Thome entrase a prueba en el coro de mozos de la catedral. Así que le dijo que volviese con su sobrino pasados quince días, y que él hablaría con el Cabildo.

Cuando tío y sobrino se presentaron a la cita, los dos iban preocupados. El sobrino porque de nuevo no sabía a qué se tenía que enfrentar, y el tío porque veía la importancia de esta prueba, ya que podía ser la solución del futuro de su ahijado, aliviando la carga familiar, bien en la carrera musical, o en la del sacerdocio como él, o en ambas, como tantos músicos.

Después de una pequeña espera en la antesala del despacho, cuando entraron ya estaban allí tres personas y el Deán, que hizo las presentaciones.

—Señor maestro de capilla, estos son los señores de los que les he hablado, el sacerdote don Juan Luis de Victoria, al que ya conocerán; y su sobrino, el joven señor Thome Luis de Victoria, del que el rector del colegio San Gil ha escrito tantas bondades que ya tenía curiosidad por conocerlo. Y estos señores que me acompañan son el maestro de capilla, don Jerónimo de Espinar, el maestro organista, don Bernabé del Águila, y el maestro de canto llano, don Pedro Temiño, todos ellos responsables de nuestro coro de la catedral.

Espinar, con una sonrisa que mantuvo todo el rato, comentó que Escobedo y él se conocían y eran buenos amigos, pero que no había tenido la oportunidad de comentarle nada de Thome. Aunque eso daba igual, porque, en cualquier caso, todos los mozos que pretendían entrar en el coro de la catedral debían pasar las correspondientes pruebas de audición, teniendo como tribunal a los tres maestros allí presentes.

El Deán les pidió a los tres que fuesen a la casa del maestro de capilla para hacer las pruebas al aspirante: a Thome que los acompañase, y al tío Juan, que esperase en la antesala.

Después de más de una hora entró el ayudante del Deán en la antesala y le pidió al tío Juan que lo acompañase. En la sala del Deán estaban ya éste y los tres maestros, sentados en sendas butacas, y Thome de pie junto a la mesa del Deán.

El tío Juan trató impaciente de adivinar en las caras, qué había ocurrido, pero solo el maestro de capilla mantenía su sonrisa. Y sin dar tiempo a Juan a sentarse, el Deán determinó:

–Don Juan, su sobrino ha pasado satisfactoriamente las pruebas. Así que deberá empezar de inmediato las clases de preparación. Vendrá a partir del próximo lunes, todos los días que no sean festivos, a primera hora de la mañana. Eso sí, hasta que no aprenda bien a cantar, no cobrará los once reales trimestrales que tienen asignado de ayuda los mozos.

Cuando llegaron a casa el tío Juan contó a su cuñada todo lo ocurrido. Contento, por la asignación que cobraría pronto, pero con el inconveniente que surgía.

–Sólo hay un problema, que veré si lo puedo resolver. Como las clases de música y las del colegio van a coincidir, no sé si se podrán compaginar, o Thome tendrá que dejar una de las dos cosas.

Los Jesuitas tenían fama, merecida, de buscar siempre alumnos de élite, tanto por su inteligencia como por su estatus familiar, y mucho más si era para ingresar como sacerdotes en su congregación.

Mi niño reunía todas las cualidades. Además de sus dotes para la música, tenía la bondad, humildad de carácter, y espíritu de sacrificio, como para que quisiesen que formase parte de su congregación. Por eso, cuando el tío Juan le expuso al rector del colegio la nueva situación, y la dificultad de compaginar las clases, éste se sintió contrariado, pero viendo que podía perder un alumno ideal trató de buscar una solución. Decidieron de común acuerdo que Thome iría a la clase de música en la catedral, y después, sin pérdida de tiempo, se incorporaría a las clases del colegio.

Por la noche, cuando le ponía la cena, Thome buscó en mí el apoyo de siempre.

-Moma... ¿crees que podré?

-Que si podrás, ¿qué?

-Las clases del colegio y las de música.

-Pues claro que sí. A ver. ¿No aprendiste ya algo del latín y de la gramática el curso pasado?

-Sí.

-Y, ¿no son las clases de música las que más te gustan?

-Sí, claro.

-Pues entonces no te tienes que preocupar. Has lo mismo que hiciste entonces y aprenderás más cosas y disfrutarás aún más con la música.

-Sí, pero no conozco al maestro Espinar, y puede que sea muy exigente con sus alumnos.

-Tampoco conocías a Escobedo cuando te dio la primera clase, ¿no? Y al final del curso le tenías afecto, ¿verdad? Pues no te preocupes, porque cuando él te conozca te cogerá cariño... y tú a él. Ya lo verás.

NUEVOS RETOS, NUEVOS AFECTOS

AÑO DE 1557

Los primeros días de aquellas clases Thome iba preocupado, por responsabilidad y ante lo desconocido, pero a medida que pasaron los días lo fue superando, porque su maestro y sus compañeros mayores, lo veían y trataban como al pequeño del coro.

Espinar decidió cambiarlo de sitio para cantar, y lo puso junto al tiple Dueñas, que era un racionero ya algo mayor y de los que tenía más experiencia y mejor voz, pero, además, como le demostró a Thome, era de los más nobles y generosos.

–Bueno, Thome, parece que el maestro Espinar ha decidido que a partir de ahora cantemos juntos.

–Sí, señor Dueñas.

–Me lo estaba imaginando, porque cuando te oí cantar el primer día comprobé que lo hacías muy bien, y pensé que el maestro Espinar nos pondría juntos, para que aprendiese de ti cómo debía cantar.

–Señor Dueñas, no es así. El maestro me ha puesto a su lado para que yo aprenda a cantar bien como Usted.

–Bueno, hagamos una cosa. Cuando uno de los dos se equivoque, el otro le hace un gesto, sin que lo note el maestro.

La estrategia de Dueñas funcionó, porque cuando se equivocaba intencionadamente, Thome se daba cuenta y, con cierto pudor, cumplía las instrucciones y se lo advertía.

–Moma, yo no sé si él se equivoca queriendo para ver si me doy cuenta.

Pero no fue solo Dueñas el que cogió afecto a mi pequeño Thome. El sochantre Frías, que se ocupaba de poner y quitar los libros en el facistol, y guardarlos en la biblioteca después de los actos, también empezó a entablar amistad con él.

–Thome, puedes ayudarme con este libro. Es muy pesado.

–Claro, señor sochantre. Estos libros pesan mucho.

–Así es. Están hechos con una tapa y contratapa muy robusta,

para que se protejan bien las hojas de las partituras y para que se queden rígidos en el facistol. ¿Te gustaría ser mi ayudante? Así tendrías la posibilidad de entrar en la biblioteca y consultar cualquier obra que tengas dudas y quieras repasar.

–Bueno, pero no sé si ya me queda mucho tiempo. Mi hermano Juan II dice que ya no juego nunca con él.

–Ah, pues tienes que encontrar tiempo para poder jugar, con él y con tus amigos, porque a vuestra edad es importante. El maestro Espinar, que es un hombre muy sabio, quiere que sus niños cantor-citos tengan más tiempo de juego que de ensayo. ¿Sabes que vamos a hacer? Como has demostrado que ya te sabes las obras que estamos preparando, hoy te marcharás a jugar y mañana será otro día. Yo se lo diré al maestro.

Niño Thome llegó excitado a casa llamando a su hermano para dedicarle el tiempo de juego que les habían regalado a los dos.

LOS PROBLEMAS DE LA EXCELENCIA

AÑO DE 1557

Thome me contaba por las noches, mientras cenaba, todas sus preocupaciones. Yo aprovechaba y le preguntaba por lo que suponía que habían sido sus triunfos y así hacía que se olvidase de aquellas.

Después de unos meses de clases, las del colegio iban bien, pero las de la capilla de música mucho mejor. Espinar estaba entusiasmado con el talento musical de Thome. La admiración por él le hizo tomar una importante decisión, aparentemente precipitada: la de incluirlo en el grupo de los Seises, aunque me aclaró que él no tendría que dormir en la casa del maestro de capilla, bajo cuya protección y cuidado estaban los demás niños. Cuando le pregunté que quienes eran los Seises, me contó que son los mozos cantores más destacados, y que tenían el privilegio de cantar con el coro de la capilla en las celebraciones litúrgicas importantes, como la Inmaculada o el Corpus. Cantaban y hacían a la vez un baile de pasos, entrecruzándose al ritmo de la música.

Pensé que quizás el maestro, conocedor de las dificultades económicas de la familia, quería ayudar también a que Thome cobrase cuanto antes su asignación. Pero a Thome le preocupaba que aquellos niños iban en las ceremonias vestidos con unos trajes muy ostentosos, de colores llamativos y tocados con sombreros de plumas, y no sabía si aquel traje tan caro lo tendrían que hacer y llevar de su casa. Se sintió tranquilo cuando le aclararon que eran propiedad del Cabildo, y lo único que necesitaría sería ir al sastre para que le arreglasen el del niño que antes lo había utilizado.

Pero como los alumnos del grupo de los Seises tenían ya experiencia, Thome tuvo que recibir clases particulares del maestro, para ponerse en poco tiempo en el nivel de los otros, y poder cantar en los oficios de la Cuaresma.

Cuando Espinar le dijo que tendría que ampliar el horario de las clases, todos los días, se sintió agobiado, porque coincidían con las

clases del colegio. Naturalmente a su maestro no le dijo nada, pero a mí sí.

-Moma, ¿qué vamos a hacer?

-A veces el éxito tiene también sus inconvenientes, Thome. Lo primero que haremos será decírselo a tu madre, para que hable con tu tío y éste trate de convencer al rector del colegio para que dejes de dar esas horas de clase. Pero como son muchas, habrá que decirle que estás dispuesto a ir por las tardes para recuperarlas. Porque tú estarías dispuesto a hacerlo, ¿verdad?

-Sí, Moma, así podría seguir con las clases del colegio, que tanto quiere madre que dé, y aprendiendo canto y música con el maestro Espinar.

-Pero en la vida, cuando se presenta un problema a alguien, hay que llevarle también pensadas las posibles soluciones. ¿Has pensado que decidirías hacer si el rector le dice a tu tío que no puedes perder esas clases, ni las puedes recuperar por las tardes? ¿Tú qué preferirías?

-Moma, si madre quiere que siga estudiando en el colegio, lo haré, aunque tenga que dejar el canto.

-Sí, ya lo sé, pero lo que te pregunto es ¿qué querrías hacer tú? no tu madre.

-La música, Moma, la música. Así ayudaría a madre con lo que me paguen.

Cuando Thome se acostó, subí a hablar con su madre. Le conté el problema y la preocupación que tenía nuestro niño. El tío Juan fue de nuevo a ver al rector del colegio. Le explicó la nueva situación, causada precisamente por el talento musical de Thome, y le ofreció también que el niño fuese a recuperar esas horas de clase cuando mejor creyesen oportuno sus maestros. Pero el rector ya no pudo transigir más y le dijo que debían decidir si seguir con ellos en el prestigioso colegio, o, dedicarse al canto.

Thome volvió una vez más al colegio, y yo me quedé también una vez más en la puerta esperándolo. Fue la última. Fue para darle las gracias al rector por su ayuda hasta ese momento, y por todo lo

que le habían enseñado. Y también para despedirse de él. Hasta en la despedida el rector lo alabó.

–Señor Thome Luis de Victoria, a pesar de su corta edad, es usted un ejemplo de educación y comportamiento. El haber venido a despedirse de mí, a pesar de no haber accedido a la petición de su tío, demuestra que es usted justo, agradecido y que entiende que yo no podía hacer ya otra cosa. Lamento sinceramente perderlo como discípulo, pero le deseo que tenga usted mucho éxito en el canto. Dios quiera que algún día podamos volver a vernos.

Y fue así, como más adelante te contaré. Dios quiso que el rector y Thome se volviesen a ver, solo una vez más, solo unos años después, en aquel colegio San Gil de los Jesuitas de Ávila.

EL TRUCO DE LOS CAPELLANES

AÑO DE 1558

Habían pasado ya otros tres meses desde que empezaron las clases particulares con Espinar. Estábamos en Cuaresma y el maestro trabajaba las obras de la liturgia de ese tiempo.

–Moma, el maestro Espinar nos ha confirmado a varios niños, que cantaremos con el coro de la capilla, delante del facistol, los Oficios de la Cuaresma.

–Thome, me siento orgullosa de ti. Pero, a esa distancia y con la poca luz que hay dentro de la catedral, no sé cómo los capellanes pueden ver lo que está escrito. Igual se confunden.

–Ja, ja, ja. No Moma, no se pueden confundir. Eso mismo pensaba yo, porque la mayoría de los capellanes que cantan el canto llano, son muy mayores y ya ven poco. Como tú. Pero tienen un truco: todos se saben las obras de memoria.

–Anda, que tramposos. Y nosotros nos creemos que están leyendo esos libros con esos signos tan raros.

–Bueno, en realidad no son tramposos, porque cuando aprendían las obras sí que tuvieron que leerlas, como yo ahora, pero entonces ellos también eran jóvenes y tenían buena vista.

–Menos mal que no hemos esperado a que tú tuvieses mi edad para entrar en el coro, porque en esas oscuridades, no habrías visto ni siquiera al maestro.

–Pues el otro día, el que no vio su propio pie fue el maestro, porque cuando nos marcaba el ritmo con su bastón, uno de los contraltos, se adelantó en una entrada. El maestro se enfadó y dio un bastonazo contra el suelo para demostrarle que se había dado cuenta. Pero de lo que no se había dado cuenta era de que debajo estaba su pie. Tuvimos que parar el ensayo. El pobre gritaba de dolor, y, a pesar de que todos lo queremos, algunos niños no podían aguantar la risa.

Cuando llegaron los Oficios, el ama Francisca, todos sus hijos y yo, fuimos a la catedral a oírlos. Nos sentamos en los dos primeros

bancos. Delante los mayores: Hernán, Francisco, Antonio y Agustín, y en el banco de detrás nosotras, con María, María de la Cruz y los pequeños: Juan II, Pedro y Gregorio en mis brazos. Entre los sacerdotes celebrantes estaba el tío Juan, orgulloso de tener a Thome sentado en uno de los escaños de aquel coro de maderas talladas relucientes.

Al pobre maestro Espinar se le veía muy mayor, aunque sus achaques no conseguían apagar su entusiasmo por la música. Me dio pena, porque el bastón, que solo usaba en los ensayos, lo llevaba ahora siempre.

Aunque Thome decía que en los coros todas las voces deben sonar conjuntadas, yo buscaba dentro de aquel grupo la vocecita dulce de mi niño y la distinguía con orgullo.

Miré a su madre, al otro extremo del banco, y a sus hermanos, que lo miraban con las boquitas abiertas. A Thome, el más pequeño del coro, lo habían situado en la primera fila, su madre aguantaba la emoción como podía, y yo los contemplaba a todos, orgullosa, resignada ya con el mismo truco que los capellanes, recordando con la memoria sus caras en aquellas penumbras sonoras y armoniosas de la catedral.

LO QUE NO PUDO REMEDIAR

AÑO DE 1558

El organista Águila, que formó parte del tribunal cuando Thome tuvo que presentarse a las pruebas de acceso, ahora, viendo la facilidad que tenía para la música, le propuso al maestro Espinar empezar formalmente con él las clases de órgano.

–Moma, hoy después del ensayo del coro me ha llamado el maestro y me ha preguntado si querría aprender a tocar el órgano.

–¡Madre mía! –le dije asustada pensando de dónde iba a sacar ya más tiempo– y tú qué le has dicho.

–Moma, ¿qué le voy a decir? Que sí. Cuando el maestro Escobedo me empezó a enseñar a tocar algo en el órgano pequeñito de la capilla de los Jesuitas, me gustó mucho. Pues imagínate poder tocar en ese órgano de la catedral.

Aquello le supuso a niño Thome otro esfuerzo más, quitándose horas de juego, porque su madre recuperó las que antes le daba para mejorar su gramática, y esas eran para ella como las de la música lo eran para él: sagradas.

Cuando el otoño se acababa el Rey Carlos, que ya no gobernaba, murió en el monasterio en el que se había recogido aquellos últimos años. Todas las ciudades importantes prepararon misas de réquiems para su eterno descanso.

Pero cuando se hacían esos preparativos, el maestro Espinar también falleció. Se había ganado el cariño de todos, porque era un hombre bondadoso y comprensivo, con sus superiores del Cabildo y con sus alumnos. Siempre tenía una palabra de aliento para los que tropezaban e igualmente otra de felicitación para los que superaban las dificultades.

El Cabildo se reunió de urgencia porque había que buscar un sustituto, pero como había que publicar la correspondiente convocatoria, y efectuar las pruebas de selección de los aspirantes y eso llevaría varios meses, decidieron nombrar un sustituto provisional que

dirigiese el coro en las dos misas de réquiems que había que celebrar inmediatamente, primero la del Rey Carlos, y unos días después la que se hizo por el descanso del maestro Espinar.

Después de deliberarlo, el Cabildo decidió que el sustituto provisional, sería Dueñas, que además tendría también desde ese momento, la responsabilidad de trabajar con los alumnos el canto de órgano, mientras llegaba el nuevo maestro de capilla. Dueñas ya tenía experiencia de otras veces, y además venía enseñando a uno de los alumnos del coro, de una manera un tanto original: cantando algunas notas equivocadamente. Por eso, el anuncio de la elección de Dueñas, fue para Thome un premio. Pero también sufrió un revés, porque a la vez el Cabildo anunció que, por motivos económicos, habían decidido suprimir la ayuda económica a los mozos, y con ello la esperanza que tenía Thome de cobrar su primer sueldo.

En aquellas misas de réquiems Thome cantó en público como un miembro más del coro. En la del Emperador se sintió importante, pero en la de Espinar más, porque a aquel emperador jamás lo había visto, y en cambio su maestro le había hecho un gran regalo: el de la pasión por la música.

Habían preparado la misa pro defunctis de un maestro hispanense, Francisco Guerrero. Comenzó la misa, pero cuando iniciaron el Kyrie el ambiente de tristeza fue contrayendo las voces hasta tal punto que Dueñas, que los dirigía, empezó a agobiarse, porque notaba que sus cantantes más jóvenes e inexpertos perdían el brillo de sus voces. Fue buscando por las filas las miradas de cada uno, tratando de encontrar los puntos más débiles para hacerles un gesto de corrección y animarlos. Los mayores, los capellanes, y el sochantre controlaban bien sus emociones, pero los pequeños necesitaron los gestos de ánimo del director. Pero cuando su mirada se cruzó con Thome no supo cómo hacerlo, porque había dejado de cantar y en silencio miraba al suelo para tratar de ocultar sus lágrimas. Desistió Dueñas de intentar recuperar la voz de Thome. La misa continuó, pero ya te he dicho varias veces que mi niño tenía la virtud de la superación. De repente, cuando empezaron a cantar el Sequenz,

Dueñas giro la cabeza hacía Thome, porque notó que ahora el coro sonaba con todo su brillo, y comprobó que él cantaba como siempre sabía hacerlo, con su voz bien timbrada y proyectada hacia delante, y su boca pronunciaba el texto con precisión y claridad. Había recuperado la compostura. Ahora tenía levantada la barbilla correctamente y miraba al director, y de vez en cuando dirigía su mirada al cielo, recordando el cariño con el que siempre lo había tratado su maestro, porque con él nunca se enfadó. Lo que no pudo remediar el pobrecito fue que su cara siguiese empapada de lágrimas.

EL ALIMENTO MUSICAL

AÑO DE 1559

Aquellos meses con Dueñas fueron para Thome como un juego, porque la relación con él era cada día mejor. Pero también la admiración de los demás compañeros hacia él siguió creciendo.

Al principio todos lo habían visto como correspondía a su edad, pero a medida que lo trataban, se iba ganando el respeto de sus compañeros. Nunca fue presuntuoso, al contrario, su carácter humilde y bondadoso hacía que los demás viesan en él al pequeño que todos querían ayudar, porque recibía siempre las recomendaciones de sus compañeros con agradecimiento, aunque no siempre fuesen acertadas.

Al mes siguiente, el Cabildo mandó al contralto Peñalosa a la catedral de Sigüenza, para ofrecer el cargo vacante al maestro Matías Chacón. Thome me lo contaba con cierta preocupación, y también con cierta sorpresa, al descubrir la importante cantidad de maravedíes que podía recibir un maestro de capilla.

–Moma, en el ensayo de hoy solo cantábamos con un contralto, Barrio-Nuevo, porque el otro, Peñalosa, se ha tenido que ir a Sigüenza. Parece que le van a ofrecer el cargo a un señor de allí, el maestro Matías Chacón. Dicen que es muy buen maestro, pero preferiría que siguiese Dueñas, que ya me conoce. Pero lo malo es que dicen que le van a ofrecer cien veces mil maravedíes, y eso es mucho para decir que no. ¿Verdad?

–Bueno, Thome, sabe Dios qué pasará. Igual no puede venir, o puede que allí le paguen más, tú no te preocupes. De momento estas con Dueñas, ¿no? Pues disfruta como siempre con tus ensayos.

–Te imaginas, Moma, qué bien nos vendría que nos pagasen a nosotros esos maravedíes... se los daría todos a Madre, para que dejase de estar preocupada y triste.

Chacón no pudo aceptar el puesto, porque estaba comprometido y no podía dejar su trabajo, así que el Cabildo decidió que Due-

ñas siguiese hasta que se resolviese el edicto de la convocatoria, que coincidiría con la primavera, y ya próximos a la Cuaresma y la nueva Pascua de Resurrección.

Pero como solía ocurrir siempre, la oposición e incorporación definitiva del nuevo maestro de capilla se retrasó, con lo que los Oficios de aquella Semana Santa, la segunda que cantaba Thome, lo hacía bajo la dirección de su compañero el tiple Dueñas, que no tendría los estudios para ser maestro de capilla, pero para Thome era su ídolo.

Las clases estaban a punto de terminar, y Thome llegó a casa un poco excitado porque traía una noticia que había cambiado los planes del próximo curso.

–Moma, ya ha llegado el nuevo maestro. Se llama Bernardino de Ribera, viene desde la ciudad de Toro, en la capital de Zamora. Dueñas nos lo ha presentado después del ensayo y nos ha dicho que el próximo curso será él el que nos dirija y enseñe. Parece que es muy famoso, como organista y director, pero no sé si será bueno con los alumnos.

–Qué bien, así conoces a uno nuevo, y él te conocerá a ti, que es más importante aún. A ver si cuando seas un poco mayor te pagan esos miles de maravedíes.

–Sí, eso. Pero creo que me falta mucho. Ojalá volviesen a pagarle la ayuda a los mozos, porque ahora sí que ya me la pagarían.

–Hijo, el tiempo pasa mucho más deprisa de lo que parece. Ya verás que pronto te conviertes tú también en un gran maestro de la música. Y del nuevo no te tienes que preocupar, porque si es tan bueno como dicen, enseguida se fijará en ti y, como los anteriores, te tomará cariño.

Así fue. Sólo unos meses después de empezar el curso, Ribera ya había descubierto a Thome y se esforzaba, como buen maestro, en que le llegasen al niño todos sus conocimientos, como si de alimento musical se tratase, con el mismo interés, tesón y voluntad con los que la madre de los jilgueros alimentaba a sus polluelos en el nido dentro de la jaula.

JUSTA MUSICAL

AÑO DE 1560

Desde el curso anterior, algunos de los compañeros de Thome habían cambiado. Unos ya no estaban y otros nuevos se iban incorporando. Había dos nuevos contraltos: Peñalba y Bustamante, ambos mayores que Thome, y en este curso que comenzaba también se había incorporado un chico nuevo, uno al que ya conocía. Era tres años más pequeño que él. Se llamaba Sebastián Vivanco, y era aquel pequeño al que le asustaba el ruido de las campanas.

Vivanco en seguida se fijó en Thome, porque era el más pequeño del coro, pero además los hermanos mayores de ambos habían sido compañeros de juego en la plaza del mercado Chico. Incluso ellos habían jugado alguna vez. El maestro Ribera, notó que Sebastián buscaba el amparo de su compañero.

–Señor Vivanco, usted se pondrá siempre al lado del señor Luis de Victoria, y cantará con él. Y usted, señor Luis, le ayudará a progresar.

A partir de aquel día el “pequeño” del coro fue Vivanco y no Thome, y la amistad entre ambos fue creciendo. No solo compartían las horas de música, sino que además aprovechaban para jugar juntos, en la plaza del mercado Chico, con Juan II, más próximo a él en edad.

Un día, al volver del ensayo, me contó algo que confirmaba su nobleza. No lo hacía por presumir, sino para alegrarme.

–Moma, hoy te voy a contar algo que te va a gustar.

Al parecer, su amigo Sebastián, tenía dificultades para cantar las obras, porque no las conocía, y, a pesar de tener a Thome a su lado, se equivocaba frecuentemente. Ribera era tolerante, porque sabía que sería cuestión de tiempo. Sebastián tenía una estupenda voz y muy buen oído, y después de un tiempo esos fallos desaparecerían. Pero el pobre se sentía avergonzado, porque cuando el maestro Ribera no estaba delante, uno de los contraltos, Bustamante, se burlaba de él,

imitándolo y cantando notas desafinadas. Era bastante mayor que Sebastián, incluso un año mayor que Thome, y mucho más grande y alto que ambos. Pero a pesar de ello Thome intervino en defensa de su amigo:

–Bustamante, ¿por qué te burlas de Vivanco? ¿Te crees mejor que él? Pues no es así. Cuando empezaste a cantar, tú también te equivocabas y nadie se burlaba de ti.

–Mira el niño Thomate, que presume de ser el preferido del maestro. Pues tú también te equivocas alguna vez.

–Naturalmente, como todos cuando nos distraemos, pero no me burlo de nadie. Y no presumo de nada.

–Pues te reto a demostrarme que eres mejor que yo.

–No tengo que demostrarte nada. Lo único que quiero es que dejes en paz a mi amigo Vivanco.

Se formó un corrillo con los demás chicos que observaban con curiosidad cómo terminaría aquello.

–Si eres tan bueno como crees, atrévete a cantar con mi voz de contralto, la última obra que hemos ensayado.

–No me creo nada, ni tengo que demostrarte nada. Te insisto: lo que quiero es que dejes en paz a Vivanco.

–Eres un Thomatito cobarde que no se atreve.

–Está bien, Bustamante. Yo cantaré tu voz, pero tú tendrás que cantar la mía de tiple. Y el que cometa menos fallos habrá ganado. Si ganas te dejaré que me llames siempre Thomatito, pero si pierdes no podrás volver a insultar a nadie.

Bustamante ya no pudo rechazar el reto, a pesar de que sabía la dificultad de la voz de tiple, pero quedaría peor si no lo aceptaba, así que se arriesgó y se pusieron a cantar los dos, ambos con la dificultad de estar cantando en una voz de tesitura diferente. Bustamante, además de no llegar bien a las notas agudas, se equivocó una vez, y Thome, sin interrumpir, le hizo una señal indicándole dónde se había equivocado. De nuevo Bustamante se volvió a equivocar, y Thome se lo volvió a indicar, y empezaron las risitas de los chicos que los rodeaban. Bustamante empezó a ponerse nervioso, viendo

que Thome seguía cantando sin cometer ni un solo fallo. Antes de terminar la obra, Bustamante, después de volverse a equivocar varias veces, se quedó callado definitivamente, ante las risas y bromas de los que habían presenciado el duelo, y la cara de satisfacción de Vivanco. Thome se acercó a Bustamante y le dio la mano.

–Bustamante, no tengo nada contra ti. Además, eres uno de los mejores cantantes del coro y me gustaría que siguiésemos siendo amigos y cantando juntos mucho tiempo. Sólo espero que además de buen cantante seas fiel a tu apuesta y la cumplas.

Bustamante le estrechó la mano. Vivanco se acercó a su amigo Thome y le dio un abrazo enorme.

El contralto cumplió con su compromiso y dejó de burlarse de los demás chicos.

LAS PRIMERAS NOTAS A MARÍA

AÑO DE 1561

Avila seguía su rutina, y nuestra casa también. Las dificultades económicas por las que pasábamos nos hacían ser muy prudentes con los gastos. Nunca nos faltó lo principal: la comida, pero en todo lo demás sí que notamos escasez y carencias.

Don Bernardino era un entusiasta de la música y de su coro. Dedicaba prácticamente la totalidad del día a la música, y en especial a enseñar a sus alumnos cantores. Además, cuando alguno sobresalía por sus cualidades, como Thome, su entusiasmo por el alumno se hacía aun mayor. Thome ya estaba estudiando canto llano con el maestro Pedro Temiño, pero también canto de órgano, o contrapunto, como lo llamaban. Pero Ribera quiso también enseñarle composición, y además que continuase con el maestro Bernabé de Águila las lecciones para tocar el órgano.

Thome respondía bien a todos los retos que le ponían, pero el de la música era además una diversión para él, así que se dedicaba con total entrega. El único problema era que, como los días tienen sólo las horas desde que sale el sol hasta que se pone, su tiempo de juego cada vez era menor, y su hermano Juan II venía a darme las quejas de que “Tho”, como lo llamaba, ya casi no jugaba con él.

Cada mañana al levantarme descubría un nuevo dolor en el cuerpo. Los años parecían haberse agolpado todos en mis piernas, y estaban tan hinchadas que solo dar un paso suponía un verdadero calvario. Así que, a pesar de la escasez económica que teníamos, el ama Francisca decidió meter a una moza sirvienta para el servicio de la casa, considerada y cariñosa conmigo como siempre, y me dijo que lo hacía para ayudar a la familia de la moza que había contratado, pero yo sabía que, además, lo hacía para que yo no trabajase.

Una mañana, cuando intentaba llegar a la cocina tropecé, me caí y me rompí la pierna, el brazo del lado diestro y puede que algún

hueso más, porque tenía dolores y moratones por todo el cuerpo. Aquello hizo que definitivamente me tuviese que quedar todo el día tumbada en el camastro. Me sentía mal cuando venían a traerme la comida a la cama, porque nunca en mi vida había ocurrido, pero fue el ama, niña Francisca, la que aquel mismo día del accidente, me trajo ella misma un plato de sopa. Para mí fue un choque de sentimientos, de rechazo al inacostumbrado servicio del ama, pero de agradecimiento al cariño que me demostraba.

Un día mi niño llegó con más entusiasmo del normal. Le pregunté que qué le pasaba, y me explicó que Ribera le había encargado que hiciese una pequeña composición para la voz de tenor. Aquella noche no apagó la lucerna hasta que las campanas dieron maitines. Y cuando se levantó para ir a sus clases, le oí silbar una pequeña melodía. Al principio me pareció conocida, pero después ya no. Cuando volvió de las clases le pregunté si le había gustado al maestro. Me respondió contento que sí, pero añadió.

–Sabes una cosa, Moma. Las primeras notas son parecidas a las de la Nana de los Corderitos, esa que tantas veces nos cantabas cuando éramos pequeños. Es un homenaje de recuerdo a ti, para que estés junto a las notas que he escrito para la Virgen.

Pero a la vez venía de nuevo un poco excitado, porque le había dicho Ribera que ahora debía añadirle a la misma obra, otra voz, de Tiple. Y nuevamente se pasó media noche con la lucerna encendida, pero cuando al día siguiente volvió de clase me contó que el maestro estaba muy satisfecho. Pero ahora traía un nuevo reto: tenía que incluir una nueva voz, la del Contralto. Thome no durmió en toda la noche, pero a la mañana siguiente llevó la obra no solo con la nueva voz que le había encargado, sino que previendo que le volvería a poner la tarea de incorporar la cuarta voz, decidió componerla también, aunque tuvo que reajustar las anteriores –Moma es que con las cuatro voces suena mejor la armonía–.

Cuando le cantó una a una todas las voces, Ribera lo felicitó. Le dio tinta y papel y le dijo que anotase en él la obra completa que llevaba en su memoria. Empezó por el título “Notas a María”, el nom-

bre de su hermana mayor, y la preferida de su madre. Por la tarde Ribera reunió al coro para el ensayo.

–El señor Thome Luis nos ha compuesto una obra. Su primera obra. Veremos cómo suena y si nos gusta. Y le otorgaré, como compositor de la obra, el privilegio de que escoja él a los tres compañeros para cantarla.

Thome escogió al tenor Barrionuevo, al contrabajo Juan Ruíz, y al contralto Bustamante, en una demostración de que no le guardaba rencor, y junto con él, cantaron la obra. Primero la cantaron sólo los cuatro, haciendo pequeños ajustes indicados por Ribera, y luego la cantó todo el coro al completo. Varias veces, porque al terminar, cada vez más entusiasmados y divertidos, todos proponían repetirla.

Aquellas fueron las primeras notas que salieron de la mano inexperta de Thome, y que oyeron con sorpresa los bloques de piedra de la catedral del Salvador. Unas notas que se elevaron por la bóveda buscando a su destinataria, la Virgen María.

LOS CAMBIOS DE VOZ

AÑO DE 1562

Ya no me movía de mi camastro, pero niño Thome venía todas las mañanas a verme antes de ir a clase.

–Cómo estás, Moma. ¿Has dormido bien?

–Mi niño, me lo preguntas, pero lo sabes: cada amanecer me regala un día más, pero me quita fuerzas para vivirlo.

–Bueno, es verdad, pero tú también me has enseñado que hay que saber aprovechar ese día que nos regala Dios y aprender algo bueno. Es cuestión de buscar al final del día, qué fue lo bueno que aprendimos y olvidarnos de lo malo que nos pasó, así se duerme con más tranquilidad.

–Así es, Thome. Pero hoy veo en tu cara algo de preocupación.

–Moma, sabes todo lo que me gusta cantar, pero hoy no estoy seguro de poder hacerlo, porque no sé qué me pasa que no puedo controlar la voz. Es como si ella quisiese sonar más grave y si la fuerza me sale un gallo.

–Ay mi niño, te estás haciendo hombre.

–¿Pero podré cantar? El maestro Ribera es muy exigente.

–No te preocupes, Thome. Eso se te pasará en poco tiempo, aunque te volverá a pasar, hasta que tu voz definitiva se asiente en esa nuez que tenéis los hombres en la garganta. Y el maestro lo sabe porque es hombre, pero además ya estará acostumbrado después de tratar con tantos cantorcitos. Él le buscará solución. No te preocupes.

El maestro, como me imaginaba, conocía perfectamente cuál era el problema, y lo tranquilizó. Le dijo que tendría que dejar de cantar unos días para que su voz se asentase y que luego, dependiendo de cómo sonase seguiría cantando en la misma cuerda o pasaría a una de las otras voces. Así fue, siguió yendo a clases de órgano y de composición, pero sin abrir la boca, como le había indicado su maestro. Hacía esfuerzos para aguantarse, porque mientras pulsaba las teclas del órgano, se le escapaban susurros de notas.

La tarea de componer aquella pequeña obra fue sólo la primera de varias más que el maestro le fue poniendo durante el curso. Fueron obras sencillas, pero en las que Thome ponía interés y sensibilidad. Las resolvía con tal facilidad que resultaba una diversión para todos. Para Ribera porque veía con alegría la capacidad de su alumno para asimilar sus lecciones, para él porque disfrutaba superándose, y para el coro porque aquella experiencia de recibir primero el privilegio de los cuatro solistas, y luego cantarla todos juntos, de manera informal, hizo que los ensayos se convirtieran en una diversión. El maestro siguió dándole a Thome, con la excusa de que era el compositor de esa obra, el privilegio de escoger a los compañeros solistas en cada caso. Pero en realidad lo hacía también porque comprobaba una y otra vez, que a pesar de que sus elecciones no eran siempre las de las mejores voces, iba dándole poco a poco el protagonismo a todos y cada uno de sus compañeros, compartiendo por bondad y compañerismo, aquella pequeña gloria.

Pero ese destacar tuvo también su lado malo para él. La mayoría de sus compañeros lo admiraban y se sentían orgullosos de serlo, pero empezó a surgir el gusano de la envidia. Y tuvo que enfrentarse a él.

EL DESENCUENTRO DE LA AMISTAD

AÑO DE 1562

Desde que Sebastián Vivanco ingresó en los niños cantores de la catedral, y por la expresa indicación de su maestro Ribera, había estado cantando siempre al lado de Thome.

Cuando ensayaban y preparaban ya las obras para la liturgia de Adviento y la entrada del año nuevo, el maestro hizo un cambio en la distribución de los cantantes, considerando que así sonarían mejor aquellas obras. Naturalmente Thome nada tuvo que ver con aquella decisión, o, mejor dicho, el culpable involuntario fue el cambio de voz. Su amigo Sebastián creyó ver en el cambio de Ribera la voluntad de Thome de separarse de él, por considerar que no era digno de cantar a su lado. Nada más lejos de eso era lo que pensaba, porque admiraba la portentosa voz de su amigo Sebastián, al que otro compañero envidioso lo malmetió.

Thome hacía lo posible por recuperar la confianza y amistad de su amigo, buscando encuentros que lo aproximasen, pero Sebastián se hacía cada día más esquivo, dolido profundamente en su interior. Incluso Ribera notó ese distanciamiento, e intuyó la causa, pero, como buen maestro que era, consideró que debía mantener su decisión de separar las voces, por encima de la lamentable desunión de sus dos cantores, pensando que la nobleza y la madurez de Thome, harían volver las aguas a su cauce. Fue así, pero no inmediatamente, ni por los esfuerzos de Thome.

No solo la voz había cambiado en Thome. Todo él había pasado de niño a hombre. Y aunque siempre fue muy responsable y maduro ahora además afianzaba sus comportamientos. Yo, resignada en el camastro después de la caída del año anterior, y con los huesos rotos, esperaba deseosa la visita diaria de Thome. Todos los días. Dos veces. Una por la mañana antes de salir y otra antes de acostarse. Sabía que yo lo esperaba porque él necesitaba seguir contándome sus cosas, y aunque era cierto que me consultaba sus decisiones con-

fiando en mi experiencia, sé que también lo hacía para rellenar el vacío de mi existencia inútil y aburrida, sin hacer nada y abatida en un camastro todo el día.

Pero aquel día más que alegría de oírlo, me llevé un sobresalto.

–Moma, hoy vengo preocupado, porque han expulsado a uno de los compañeros del coro, porque se preparaba para ser sacerdote, y han descubierto que tenía ascendencia judía.

El corazón me dio un vuelco y me incorporé lo que pude.

–¡Y que tienes que ver tú con eso!

–Nada, Moma, no te enfades... pero me parece que no es justo.

–Bueno hijo, yo también lo creo así, pero no te preocupes porque los que sabéis músicas sois muy inteligentes, y él no necesitará ser sacerdote para ganarse la vida.

Los secretos de los antecedentes judíos de la familia, hacía ya muchos años que se habían borrado. A ello había contribuido la maldita visitante, que se los había ido llevando con cada uno. Fue lo único bueno que nos hizo la Peste. Ya solo quedaba el que guardaba yo, y aunque a Thome no le gustaba verlo, la realidad era que mi vida se iba acabando, y conmigo se borraría ya para siempre el último secreto.

EL SUSURRO DEL MAESTRO: TOMA NOTA

AÑO DE 1562

Todo empezó por un malentendido lamentable. La fama que tenía el maestro Ribera, llegaba cada día más lejos. Esa fama hacía que lo invitasen a dar conciertos en ceremonias ajenas a las reglamentarias de la catedral. Los estatutos eran estrictos en estas actuaciones ya que incluso recogían sanciones al maestro de capilla, generalmente de descuento en su sueldo, si se cometía alguna de esas irregularidades. Pero a su vez también se daban casos de compromisos por proximidad, como el fallecimiento del padre de alguno de los miembros del Cabildo, o la ceremonia nupcial de alguna emparentada con miembros de éste, y entonces era el propio Cabildo el que propiciaba que se cometiese esa irregularidad, pidiendo la colaboración al maestro para que cantase el coro.

Ribera, acostumbrado a estas atenciones que le pedían y a las que naturalmente llevaba a su coro, fue perdiendo la disciplina de tener que solicitar el permiso expreso al que aludían los estatutos, y así, en una ocasión fue con su coro a una población próxima a Segovia, en la que cantarían para una gran ceremonia nupcial de unos amigos del maestro, naturalmente sin solicitar el permiso al Cabildo. Y aunque la ceremonia se celebraba el viernes y podría cumplir con sus obligaciones de la misa dominical en Ávila, la cosa se complicó por un malentendido. La invitación hacía referencia al viernes, pero en realidad la boda era el sábado por la tarde, por lo que ya no les dio tiempo a regresar y cumplir ese precepto.

Algunos miembros del Cabildo se enojaron, argumentando que Ribera había desatendido sus obligaciones, y que por tanto había que sancionarlo. Otros consideraban poco oportuno aplicar tan tajantemente el reglamento, pero se impuso por mayoría de habas en una votación, la decisión de sancionarlo con los tres días de sueldo que había estado ausente. Esto no sentó nada bien a Ribera. Desde aquel momento comenzó a crecer en él el malestar, no con el coro

y sus cantores, que a fin de cuentas habían sido sus cómplices involuntarios, sino con algunos miembros del Cabildo.

Pero cuando entraba el otoño, Ribera solicitó una licencia de dos semanas para ausentarse de sus deberes. El Cabildo, que notaba el malestar del maestro y no quería perderlo, aceptó concederle el permiso, pero algunos de los miembros exigieron que diese explicaciones del motivo, temiendo que fuese para alguna entrevista para otro puesto de maestro de capilla, y si no las daba, se le descontaría medio día de sueldo por cada uno de licencia. Finalmente, Ribera no las dio, y tuvo que soportar la merma de su salario.

Durante su ausencia y como siempre ocurría, Dueñas se ocupó de sustituirlo, pero cuando el maestro retomó sus clases todos notamos ya su desgana.

Cuando faltaban solo diez días para el Adviento, ocurrió lo que el Cabildo venía temiendo. Ribera les escribió una carta despidiéndose, ya que la catedral de Toledón lo había seleccionado para el puesto de maestro de capilla. Algunos miembros del Cabildo de Ávila, con los que Ribera tenía mejores relaciones intentaron mediar para convencerlo de que se quedase, mejorándole incluso sus condiciones hasta igualar las de la otra catedral, pero Ribera ya no aceptó. Según me contó niño Thome, el maestro los reunió para despedirse de ellos, a los que les unía un gran recíproco afecto, y les argumentó que no era tanto un tema económico, sino la falta de afecto y reconocimiento a su trabajo por parte de algunos miembros del Cabildo, y que antes de que eso influyese negativamente en su trabajo, optaba por marcharse.

El Cabildo se puso de nuevo a buscar un sustituto, pero como solía ocurrir siempre, no era fácil y llevaba su tiempo, por lo que hubo que buscar una solución transitoria. En esta ocasión, con una cosa y otra, tardó más de un año en llegar el sustituto definitivo, casi hasta la entrada de la primavera, pero Thome, que ya había cambiado la voz y su nuez se había hecho más prominente, con mucha madurez me lo contó así.

-Moma, ya no me da miedo conocer a un nuevo maestro, pero sí me da pena que se marche Ribera. Para despedirse nos ha dado la

mano uno a uno después del último ensayo, y cuando me la dio a mí estaba emocionado. Me ha susurrado al oído que siguiese así y que tomase nota. ¿qué crees que me ha querido decir?

–Pues niño, está claro. Quiere que sigas estudiando y aprendiendo esa música que tanto os gusta. Y te lo dice al oído para no levantar envidias en sus otros niños cantores, pero reconociendo que tú eres su favorito.

–¿Y lo de “que tome nota”?

–Pues eso mismo. Que tomes nota de lo que debe hacer un buen maestro de capilla para mantener su dignidad, porque sabe que algún día tú también lo serás.

LA VOZ DE ELLA SE DESAPROVECHARÁ

AÑO DE 1563

Desde hacía unos años ya no horneábamos el pan en casa. No teníamos manos que lo preparasen, porque ya solo estábamos la nueva moza de servicio, que la pobre no daba abasto con todo, y yo, que era una carga inútil. Afortunadamente un matrimonio decidió abrir una tahona en la plaza de Santo Tomé, así que alguno de los niños iba a comprarlo y lo traía calentito y recién horneado todas las mañanas.

Pero empecé a notar que Thome cada día se levantaba más temprano, para ser el primero en salir a comprarlo. A sus hermanos les parecía muy bien, porque así podían seguir durmiendo un rato más, y a mí no me extrañaba que lo hiciese, porque era el más responsable, pero lo raro era su interés por ir arreglado a esa hora tan temprana, con la noche aún en las calles. A las madres esas cosas no se les escapan.

Aunque no me movía del camastro seguía teniendo mis recursos, así que un día le pregunté a Juan II si sabía por qué quería ir siempre Thome a por el pan. Su respuesta fue simplemente encogerse de hombros, añadiendo: –pero no le digas nada que si no tendré que ir yo.– Como Juan II no supo, o no quiso saberlo, recurrí a niña María de la Cruz, que como mujer era mucho más observadora y se habría dado cuenta.

–María de la Cruz, te has fijado que es tu hermano Thome el que nos trae ahora siempre el pan.

–Sí, Moma. Ya lo habíamos hablado madre y yo. Al principio creíamos que era porque es el más responsable de los hermanos, pero ahora creemos que hay algo más, porque él nunca se había preocupado de ir tan bien arreglado. No sé, pregúntale tú, que a ti te lo cuenta todo.

Yo ya me lo imaginaba. Con su cambio de voz se estaban alterando también sus humores de hombre y pronto sentiría su naturaleza

llamando en su interior. Pero siempre intenté que fuesen ellos los que me consultasen y pidiesen consejo si lo necesitaban. Y en efecto, fue solo cuestión de días.

-Moma, seguramente te has dado cuenta, porque dices que estas casi ciega, pero lo ves todo. ¿Has visto que traigo todos los días el pan? ¿Sabes por qué?

-Pues puedes tener muchas razones: supongo que te gusta el olor a horno y pan recién hecho que sale de la tahona. O también sentir ese calorcito agradable y reconfortante de la tahona cuando se pasa el portón y se entra con la cara helada del frío del amanecer. O, puede que también tu espíritu de sacrificio, ese que tanto gusta a los curas del colegio y de la catedral, sea el que te lleva a hacerlo.

-Sí, todo eso es cierto, pero hay algo más, Moma.

-Bueno, seguro que malo no será viniendo de ti, así que si quieres que te aconseje solo tienes que decirme qué es eso que parece que te preocupa un poco.

-Es que la tahonera tiene una hija. Se llama Rosario, y me parece que siempre que entro en la tahona ella deja que su madre atienda a las otras personas y se viene a donde estoy yo. Se pone delante y espera a que le diga qué es lo que quiero. Se lo pido. Ella me lo da, yo se lo pago, le digo adiós, pero ella no me habla, y me marchó.

-Bueno y qué es lo que te preocupa. ¿O es que no te gusta que sea ella y preferirías que fuese su madre la que te despachase?

-Me da igual. Bueno, no lo sé. Cuando ella se acerca siento algo que no sé explicar, pero me gusta.

-¿Y por eso te pones tan arreglado solo para ir por el pan?

-Sí, Moma, es que cuando la veo a ella tan peinada, limpia y arreglada, me gusta mucho y pienso que a ella también le gustará verme así.

-Claro. Seguro que ella también prefiere verte así, tan guapo como eres, y además bien arreglado.

-Moma, no sé qué pasa. Antes nunca lo había sentido.

-¡Qué te va a pasar! Que te estás haciendo un hombre y ella, a pesar de que es dos años más jovencita que tú, ya es también una mujer.

–Moma, ¿crees que hago bien en ir a comprar el pan? Hay curas que dicen que hay que tener cuidado con algunos deseos y las mujeres.

–Qué tontería, mi niño, claro que haces bien. En ir a comprar el pan y en que te guste que sea ella la que te atienda. Así podéis tener la oportunidad de conocerlos. Eres joven aún y debes conocer todo lo que hay en la vida antes de decidir.

Aquella llamada de la naturaleza siguió por la senda que Thome la quiso llevar, y como ya he dicho tantas veces, su bondad y generosidad lo fue conduciendo de una manera personal y sencilla hasta llegar a un punto natural y sincero.

Thome continuó yendo a comprar el pan cada mañana, cuidando su aspecto de manera especial, pero además, aquel trato personal y próximo lo llevó a descubrir que Rosario tenía un pequeño problema. Un problema que la hacía no abrir la boca por miedo a su tartamudez. Para ella era algo imposible de solucionar e insostenible.

Cuando Thome descubrió que era eso por lo que ella nunca le hablaba en público, sintió que tenía, cómo no, que ayudarla. Poco a poco fue ganándose su confianza hasta que un día ella le confesó que lo había visto cantar en el coro de la catedral y que a ella le encantaría poder hacerlo también con él. Salieron a la calle y entre risas y vergüenzas la convenció para que le cantase algo. Después de oírla Thome se quedó admirado. Rosario tenía una voz dulce y bien afinada, tanto que podría haber cantado en el coro de la catedral como el mejor de los tiple. Thome se animó y empezó a cantar con ella, y el empaste de sus voces sonaba tan afinado y bonito que la gente que salía de la tahona se paraba a oírlos. Cuando terminaron la canción, y la gente ya no los miraba, Thome, de la manera más natural y sencilla, creo yo que con más cariño que pasión, acercó sus labios a la mejilla de Rosario y le dio un beso. Rosario se quedó paralizada, preocupada porque no se le notase el rubor que se había asomado a sus mejillas. Seguramente como me habría ocurrido a mi si Shemuel me hubiese besado.

Pero Thome hizo caer a su amiga en algo.

–Rosario, ¿te das cuenta de que cuando cantas no se te traba la lengua y puedes decirlo todo de un tirón?

–Sí, así es.

–Y ¿por qué cuando hablas no piensas que estás cantando?

Thome le prometió que hablaría con el maestro Dueñas para convencerlo de que le hiciese una prueba para entrar en el coro, y cuando al día siguiente terminó el ensayo le comentó a su maestro la prodigiosa voz que tenía Rosario.

–Señor Dueñas, es que ella tiene una voz preciosa.

–Sí, Thome, pero no es posible que las mujeres canten en el coro de la catedral, al igual que no es posible que sean ordenadas sacerdotisas.

–Maestro, si la oyese se convencería. Su voz y sus agudos son más brillantes que los de cualquiera de nosotros.

–Incluso así, Thome, ni yo, ni el Cabildo, ni el obispo, podríamos hacer nada.

–Maestro, pues su preciosa voz se desaprovechará.

No supe nunca si fue por esa serena amistad que nació y mantuvieron Rosario y Thome; o por la afición a la música que los unió, aunque no pudiesen juntar sus voces bajo la cúpula de la catedral; o si fue la serenidad que Thome siempre emitía; o la confianza que le transmitió aquel beso... pero el resultado fue que Rosario dejó de tartamudear, y niño Thome siguió sintiendo algo especial cada mañana al entrar en la tahona, oliendo el delicioso aroma del pan recién horneado y viendo a Rosario sonriéndole frente a él. Todos los días.

HASTA EL OBISPO RIÓ

AÑO DE 1564

De nuevo el invierno se había marchado. La mañana estaba fresca pero ya no era el duro frío del invierno. Cuando sonaron las campanas del Ángelus, me di cuenta de que, aunque la luz del sol de la primavera debía estar entrando por la ventana iluminando toda la habitación, yo casi no la percibía. Los muebles se habían convertido en bultos oscuros y sin formas, y las caras de las personas, como la de Thome, las reconocía más desde una imagen del recuerdo que desde la realidad presente. Me di cuenta de que me había ido acostumbrando poco a poco a esa penumbra de imágenes indefinidas. Fui consciente de que prácticamente estaba ciega.

Aquel día, cuando Thome vino a verme por la noche me contó algo que esperaban desde hacía tiempo.

Como el Cabildo no solucionaba la contratación del maestro de capilla, intervino personalmente el obispo don Álvaro de Mendoza. Mandaron nuevamente a un emisario a Sigüenza para ver si convencían al maestro Chacón, llevando una carta personal del obispo, con una oferta económica aún mejor que la vez anterior, pero Chacón respondió de igual manera que cuando lo invitaron a sustituir a Espinar. La de rechazo. Cuando el Cabildo discutía qué hacer para resolver la vacante, llamaron a la puerta de la sala. Era el sochantre que se ocupaba de la biblioteca de los libros de música. Llevaba dos gruesos libros de Cristobal de Morales, porque le habían avisado que tenía que dejarlos urgentemente en una iglesia, y como no recordaba en cuál, no se le ocurrió mejor cosa que interrumpir la reunión para preguntarle al consejero que le había hecho el encargo. El sochantre, que estaba ya torpón, notó que uno de los libros se le resbalaba, e hizo un gesto para remediarlo, pero terminó perdiendo el equilibrio y lanzando por el aire el otro libro, cayendo éste justamente delante del sillón del obispo. Enmudeció la sala.

–¡He aquí la solución! –gritó el obispo poniéndose de pie–. Nos la pone Jesucristo delante de nuestras narices para que la veamos. Cristobal de Morales. Esa es la solución.

Todos pensaron que la edad lo hacía desvariar. Morales había sido maestro de capilla, pero hacía más de treinta años que había dejado la catedral de Ávila para marcharse a la de Plasencia, y casi diez que había fallecido. Pero enseguida comprendieron que el señor obispo podía tener razón.

–Señores, recordemos la gloria a la que llevó el maestro Morales a nuestro coro y a la propia catedral. Incluso llegó a oídos del propio Papa. Pues esa es la solución. Busquemos un buen discípulo suyo y traigámoslo.

Enviaron a Sevilla a uno de los miembros del Cabildo mejor relacionado con el de aquella catedral. Casi un mes después y tras muchas indagaciones encontraron al sustituto.

Se trataba del clérigo Juan Navarro. Lo llamaban el Hispalensis, porque era natural de Marchena, un pueblecito próximo a Sevilla. Había sido discípulo del viejo maestro, cantando bajo su dirección y aprendiendo de él lo mejor de sus obras. Tenía una gran reputación porque había cantado en los coros de las catedrales de Jaén y de Málaga, pero además había ocupado puestos relevantes en otras iglesias, dirigiendo multitud de coros.

Su reputación era tan alta que el Cabildo decidió contratarlo sin necesidad de pruebas de oposición, con un salario que superaba al del maestro Ribera, y además, ochenta ducados anuales, y doce ducados más para el traslado.

Como en esos momentos estaba en la Colegiata de Valladolid, tuvo que ir a Sevilla para trasladar desde allí a Ávila el resto de sus pertenencias. Unas semanas después el maestro Navarro se incorporó a nuestra catedral. Thome me lo contó, pero ya no lo hacía preocupado como cuando era pequeño, se limitó a contármelo como una anécdota.

–Moma, el nuevo maestro parece que es muy bueno. El propio Obispo nos lo ha presentado. Es muy amable. Nos ha dicho que él

fue también cantor muchos años y conoce todos los trucos que tenemos, porque él también los usó, pero que ya comprobaremos que con él no nos serán necesarios, porque sus ensayos se convertirán en algo que nos gustará, y los conciertos en un placer y un orgullo para nosotros y para él. Se había informado que todos cantábamos muy bien y que siendo así no le resultaría difícil hacer su trabajo.

–Que bien, niño. Estarás contento.

–Sí, Moma. Pero si lo oyeses hablar te haría gracia porque se le entiende bien, pero no habla como nosotros. No pronuncia las eses finales, no se sabe bien si pronuncia ce, zeta o ese, es una mezcla de las tres, y las haches las aspira. Los más pequeños se morían de risa al oírlo y el señor Dueñas trataba de callarlos, pero él, que se dio cuenta, en vez de enfadarse le dijo:

–Déjelos maestro Dueñas, porque, ¿verdad que lo que os hace gracia es que hablo un poquito raro para lo que estáis acostumbrados aquí? Pero es que Sevilla está muy lejos, quince días he tardado en llegar, y tendremos que acostumbrarnos todos: vosotros a mi acento al hablar, que no al cantar, y yo a este frío tan horroroso, que no parece que estemos entrando en la primavera sino en pleno invierno.

Y entonces reímos todos. Hasta el señor obispo.

EL PRIMER DUCADO

AÑO DE 1564

Thome me ocultaba algunas cosas para no agobiarme, pensando que así me evitaba sufrimientos. Había empezado a ocupar su madurez en protegernos. Una de mis mayores preocupaciones era la situación económica en la que veía a la familia y las dificultades por las que pasábamos. Ama Francisca, desde que enviudó casi no salía a la calle, pero además vivía entristecida encerrada en su habitación, así que ella porque no quería ver a nadie, y yo porque no podía, nos habíamos convertido en dos fantasmas viviendo bajo el mismo techo.

Sus hijos hacían esfuerzos para traer algo de dinero a casa. Hernán trabajaba ahora de pasante con un licenciado en leyes, y Francisco de meritorio, por muy poco dinero, en un comercio. Antonio ganaba algo más de dinero como prestamista. Incluso María vendía algunos de sus dibujos. Habían alquilado algunas de las tierras heredadas, pero ni entre todos conseguían reunir lo suficiente para mantener a la familia, así que el tío Juan, que tampoco nadaba en la abundancia, hacía lo posible por ayudarnos.

Después de solo dos meses trabajando con el nuevo maestro Navarro, y como él les pronosticó, los ensayos se habían convertido en algo más ameno, y a pesar de esa aparente falta de severidad, el coro avanzaba con mejores resultados que antes. Una de las virtudes del nuevo maestro era su capacidad de observar y descubrir en sus cantores sus deficiencias para corregirlas, pero también las pequeñas tensiones y rivalidades que se producían.

La distancia que Sebastián Vivanco había interpuesto entre Thome y él era evidente y naturalmente el maestro lo percibió. No podía admitir que dos de las mejores voces de su coro, que se unían en el canto, no se encontrasen unidas también en lo personal. Y decidió intervenir.

—Señor Victoria, sabe usted que tiene una de las mejores voces de nuestro coro, ¿verdad?

-No lo sé, maestro. Hay otros compañeros que cantan muy bien y tienen unas voces muy buenas.

-Desde luego que sí, pero quién más cree usted que puede cantar igual de bien que usted.

-Sin duda, Sebastián Vivanco, maestro.

-Estoy de acuerdo, pero como tienen voces distintas, porque él es más joven y aún no la ha cambiado, no puedo ponerlos a cantar de forma habitual juntos, pero lo que sí puedo hacer es ponerlos a hacer un dúo cuando la obra lo requiera. ¿Qué le parece?

-Me parece que es un honor y se lo agradezco.

-Muy bien, Thome, lo tendré en cuenta.

El maestro dejó pasar unos días y cuando terminaron otro de los ensayos le pidió a Vivanco que se quedase un poco más.

-Señor Vivanco, sabe usted que tiene una de las mejores voces de nuestro coro, ¿verdad?

-Pues si usted lo dice, así será, maestro.

-Y quién más cree usted que puede cantar igual de bien.

-No lo sé. Los tiples no somos muchos.

-Y de las otras voces más graves. Cree usted que alguna es más meritoria que las demás.

-No lo sé, hay varios.

-Y el señor Luis de Victoria que tal le parece que canta, mal, regular o bien.

La nobleza de Vivanco le hizo incapaz de calificar mal a su compañero.

-Bien, maestro, Victoria canta muy bien.

-Pues había pensado que quizás podría ponerlo a usted y él juntos en algunas de las obras que tengan un dúo, para que compartiesen esas dos voces tan buenas.

-¿Y él sabe lo que pretende hacer usted?

-Sí, es él el que me dio su nombre como mejor voz con la que cantar.

A partir de aquel momento la distancia que se había creado entre los dos amigos se fue disolviendo, hasta llegar a encontrarse en el mismo punto de cariño y amistad que hubo al principio.

El maestro Navarro escogió, para las celebraciones del Corpus Christi en la catedral, una de las obras en las que había una parte que debían cantar dos solistas. La obra sonó como si la hubiesen cantado dos ángeles. Incluso la parte del coro pareció no querer ser menos que los solistas y sonó mejor que nunca. Cuando llegaron a la sacristía, Thome hizo un gesto para darle la mano a su amigo Vivanco y felicitarlo, pero éste, en lugar de darle la mano, le dio un apretado y largo abrazo. Navarro lo vio satisfecho desde lejos.

Todo el mundo alabó el trabajo de Navarro, confirmando el buen resultado que estaba consiguiendo del coro. Y en reconocimiento el Cabildo decidió premiar al maestro y al coro, asignando una gratificación de veinte ducados, dándole libertad para que se quedase él con lo que creyese oportuno y repartiese el resto con el coro.

El maestro reservó para él la mitad y repartió los otros diez con el coro. Le dio un ducado a cada uno de los dos solistas y los ocho restantes a los demás miembros del coro.

Cuando Thome terminó de contármelo, sacó nervioso el ducado de su bolsillo y lo puso en mi mano para que lo tocara. Su emoción era tan grande que subió a toda prisa a ver a su madre.

—Madre. Mira lo que te traigo. ¡Un ducado! Es el primer dinero que gano. ¡Un ducado! Te das cuenta. Te lo traigo para que lo pongas en el cofre de los gastos de la casa, junto con los dineros que traen mis hermanos.

Los oí desde abajo, y aunque no podía verlos, confirmé que mi niño había empezado a ocupar su madurez en protegernos.

EL VIEJO MAESTRO Y EL ANGELITO PEQUEÑO

AÑO DE 1564

No quiero que se me olvide contarte lo que pasó con el coro en Segovia.

Estaban a punto de hacerse las celebraciones de la Pascua, pero llegó la noticia de que el maestro Escobedo, aquel que empezó a enseñar a Thome la ciencia de la música en el colegio de los Jesuitas, había fallecido. Thome me lo contó con nostalgia:

–Moma: ahora me doy cuenta de que a los maestros se les coge cariño, porque ellos te dan el suyo cuando te enseñan. Es como si algo de ellos te lo regalasen. Como todos lo admirábamos, los obispos de Salamanca, Ávila y Segovia, que lo habían tenido de maestro, pensaron hacer funerales en las tres catedrales, pero finalmente han decidido que sería mejor hacer una misa de réquiem solemnísimas, con los coros de las tres catedrales, así que los de Salamanca y nosotros iremos a Segovia, que es en donde ha residido últimamente, y donde sus familiares le ofrecerán la misa.

–Y ¿cuántos días vais a estar fuera?

–No creo que tardemos muchos, pero en cuanto vuelva vendré a verte y te contaré todo.

Salieron todos en varias diligencias. Los acompañaban además un grupo de autoridades, eclesiásticas y civiles, que de una u otra forma habían tenido relación con el viejo maestro, pero la mayoría iba con la idea de que asistirían a una ceremonia de compromiso obligado. Pero a la vuelta, contaron todo lo contrario. Thome, como me había prometido, vino a verme. Estaba tan alegre y contento que no sabía por dónde empezar.

–Moma, ha sido maravilloso. Pero te lo voy a contar todo desde el principio, para que no se me olvide nada.

«El Cabildo le dio instrucciones al maestro Navarro para que hablase con los otros maestros de capilla y preparasen la gran celebración. Pensaron que cantásemos todos la “Missa Ad te levavi”, que

compuso Escobedo, pero como no había tiempo de ensayar todos conjuntamente, decidieron que cada coro cantaría algunas de las partes de otras misas que ya conociésemos los cantores, propias de difuntos, claro, e iríamos sucediéndonos, de manera que el coro de la capilla de Segovia iniciaría la ceremonia y cantaría Introito, el Gradual y el Tracto; el coro de Salamanca seguiría a continuación y cantarían las tres partes siguientes, la Sequenz, el Ofertorio y el Sáctus Benedictus, y a continuación nosotros, el coro de Ávila, cantaríamos el Agnus Dei, el Comunio, y finalmente, los tres coros juntos, cantaríamos el Responsorio final. Cada maestro escogió a un compositor diferente, y naturalmente Navarro escogió las partes que le habían correspondido cantar, sacándolas de la *“Missa pro defunctis”*, compuesta por su maestro, Cristobal de Morales. Ensayamos las obras con una original manera de interpretarlas, sacando de ellas muchos más matices que en otras ocasiones. Más solemnes. Más emocionales. Buscando ese sonido melismático que dicen que llevaba el maestro Morales, y su discípulo Navarro, en su sangre de ancestros meridionales.

Cuando llegamos a Segovia ya estaban listos todos los preparativos de la misa y no tuvimos tiempo más que para vestirnos con las sotanas rojas, con las que cantamos en las ceremonias, y pasar de la sacristía al coro, colocándonos cada uno en el lugar que nos habían asignado. No tuvimos tiempo de hacer ni un pequeño repaso de las partes más difíciles, pero el maestro Navarro nos animó. *“Hoy vais a cantar mejor que nunca, lo sé porque lo haréis para un gran maestro y él se lo merece. Así que recordad las cosas que os he dicho. Pensad en él, pero solo un momento antes de que yo os marque el comienzo, luego miradme y no os distraigáis. Él os estará escuchando y no podéis cometer ni un solo fallo de afinación, ni de tempo, ni una entrada anticipada. Pero, sobre todo, disfrutad con lo que vais a cantar, porque será esa la mejor manera de transmitirles a todos los demás que os oyen, esos sentimientos que vosotros mismos experimentáis”*».

—Ay, mi niño, cuanto me habría gustado estar allí para oíros. Me siento orgullosa solo de imaginarlo.

Aquella misa, de gran solemnidad, se convirtió en algo histórico en la ciudad de Segovia. Pero en particular la parte cantada por el coro de la capilla de Ávila. Tanto fue así que, allí mismo, hicieron al Cabildo de Ávila solicitudes para que fuesen a cantar a otras ciudades e iglesias importantes.

Cuando regresaron a Ávila, el coro venía entusiasmado por el éxito. Y cuando Thome me lo contó, al final se quedó un poco pensativo, porque su espíritu sensible le había vuelto a jugar una mala pasada.

-Moma, gracias a Dios que no he tenido que cantar solo. Hubo un momento del "Pie Jesu", que casi no podía contener la emoción por el recuerdo a mi maestro. Aquel que antes de conocerlo me asustaba pensando que se enfadaría conmigo si no lo hacía bien. ¿Te acuerdas?

-Thome, es que eras un angelito muy pequeño... *Serra tus ojjikos, la luna va yegar, komo un kodreriko, te kere encontrar...*

LA GRAN DECISIÓN

AÑO DE 1565

Hoy la mañana parece más clara. Será que Uziel y Levana están jugando en el patio y sus caritas lo iluminan todo. Tengo que hablar con Madre para que compremos en el mercado de la Raya un trajecito nuevo para Levana, porque pronto va a cumplir los tres años y ese día quiero llevarla a la plaza a jugar, para que todo el mundo vea lo guapa que es.

–Moma, buenos días. ¡Qué cantas! Por qué cantas la nana que nos cantabas cuando éramos pequeño. Ya no tenemos niños pequeños en casa.

«Tengo que contarte algo muy importante. El tío Juan ha venido a verme después del ensayo y hemos estado hablando. Dice que ya soy mayor y que debo decidir por mí qué quiero hacer en la vida. Me ha preguntado si querría ir a Roma para estudiar y hacerme sacerdote. Tendría que seguir estudiando latín, catecismo y gramática, y además griego, teología, liturgia y algunas materias más. Y dice que estando cerca de la Capilla Papal, en la que están los mejores ministriles y cantores, es fácil encontrar una oportunidad para progresar en mis estudios de música, y que mi voz y mi habilidad para tocar el órgano pueden darme posibilidades para vivir. Roma sería una gran oportunidad. A ti que te parece, Moma».

–Thome, no pienses en qué queremos nosotras. Es en ti y en tu vida en lo que tienes que pensar. Elige lo que quieras hacer y hazlo bien. No te preocupes por nada más. Tu madre, tus hermanos y yo, ya nos arreglaremos.

–Sí, Moma, pero vamos a tener que separarnos.

–Eso da igual. Tu madre tiene a tus hermanos para cuidarla, y yo estoy tan mayor que cualquier día me iré también. Así que decidas lo que decidas dejaremos de vernos. Siento que mi otoño se acerca y estoy contenta de que llegue.

-Sabía lo que me ibas a decir. Tienes razón, como siempre, y es eso lo que quiero hacer en la vida. Ir a Roma, poder estudiar, hacerme sacerdote, y terminar de aprender la música, esa que tanto me apasiona. El tío Juan me ha dicho que va a hablar con personas importantes para ayudarme a ir a Roma, pero como te he dicho, aún falta tiempo. Déjame que te dé un beso, que ahora me tengo que ir a dormir, porque mañana tengo que madrugar.

-Sí mi niño. Ve a descansar tranquilo y contento, como me quedo yo después de oírte tan buena noticia.

Eso fue lo que le dije, pero cuando me quise dormir no podía conciliar el sueño.

CONFIDENCIAS DE DISCÍPULO Y MAESTRO

AÑO DE 1565

—**M**oma, le he hablado al maestro Navarro de mis planes de marcharme. Me ha respondido que ya lo sabía, porque lo había hablado con su compañero de sacerdote, el tío Juan, y le había comentado mi decisión de ir a Roma. Y dice que es la mejor elección, porque cree que allí podré aprender más y mejor, y eso es lo importante en la vida.

Pero me ha dicho también algo que me ha dejado un poco preocupado: “puede que yo también me tenga que marchar en algún momento, porque lo mismo que llegué aquí porque me ofrecieron el puesto de maestro de capilla, podría ocurrir que mañana me lo ofrecieran en otro sitio” Y como es verdad que su fama está siendo cada día mayor me temo que no tardará mucho en marcharse.

Puede que incluso el Cabildo esté también barruntando que pueda ocurrir algo así, y para evitarlo le están subiendo constantemente su sueldo con gratificaciones por sus éxitos, y también dándole la posibilidad de que elija él a otros cantantes, pero no para el coro de niños, sino cantantes famosos ya reconocidos, como el contralto Alexandro de la Serna, o el contrabajo Mosén Roque.

Moma, cantar con gente tan importante y con las enseñanzas y consejos del maestro me está haciendo que aprenda mucho más de lo que podía imaginar.

LA VIEJA NANA

AÑO DE 1566

—**M**oma, que pena que no puedas ver la llegada del otoño. El sol ha puesto el cielo más púrpura que nunca. Ha sido precioso. Ya sabes que por san Miguel las auroras son más frescas, y los primeros rocíos cubren de perlitas las tierras, y hacen brotar de la tierra quemada las semillas escondidas, pero durante el día el sol se ha vuelto remolón y no se quería marchar. Ha estado calentando y ha tirado de los nuevos brotes que asoman, reverdeciendo el marrón del seco. Y por la tarde, cuando se ha apagado, ha dejado en el aire una templanza que envuelve a las plantas y saca de sus hojas y de sus flores esa melodía de aromas que nos hace cerrar los ojos. ¿Te acuerdas cuando tú me enseñabas a sentirlo?

—Sí mi niño, claro que lo recuerdo. Pero acércate que casi no puedo oírte.

—Moma, me gustaría poderte sacar al patio para que notases el esplendor de este otoño especial. Es como una preciosa obra de música llena de armonías maravillosas, todas concertadas, en luces, colores, olores y templanzas. Ojalá pudiese yo componer una música así.

—Ay mi niño, me alegra que me lo cuentes, porque, aunque no pueda verlo, lo siento dentro de mí y lo recuerdo, como cuando lo sentía de niña junto a Madre en el huerto.

—Moma, te tengo que decir algo que no es tan bonito. Se ha quedado vacante la plaza de maestro de capilla de la catedral de Salamanca, y me parece que Navarro está interesado en ella. El Cabildo está preocupado porque piensan que quizás se pueda marchar. Corre el rumor de que le han ofrecido la plaza sin tener que hacer ni siquiera oposiciones, y con un sueldo mayor que el que tiene ahora.

«Y otra cosa importante, que tampoco es bonita, es que tenemos que separarnos. El tío Juan ya tiene algunas cartas de recomenda-

ción, y además ha conseguido que el obispo escriba al propio Rey para que me apadrinen, así los gastos del traslado y la estancia del primer año los tendré cubiertos. Pero no te apenes, porque me tendré que quedar aún un poco de tiempo más en Ávila.

Aunque probablemente nos tendremos que separar, porque mi hermano Hernán, quiere que vosotros, madre, tú y mis hermanos pequeños os vayáis a vivir con él a su casa en Sanchidrián. Así se podría alquilar ésta, y tener algunos ingresos fijos que vendrían muy bien para sacar adelante a la familia. Pero todo se ira haciendo poco a poco, aún falta. Primero van a arreglar la casa de Sanchidrián para poder compartirla, y tienen que buscar a alguna familia que quiera alquilar esta de Ávila. ¿Qué te parece?»

–Me parece que éste es un otoño precioso para marcharme, pero no a Sanchidrián... *Durme mi estreya brillante, kon tu madre estas, kudyando tus esfuenyos, bezikos te dara...*

–Ay, Moma. Con lo que me gustaba y tranquilizaba oírte cantar esa nana cuando me dormías de niño y ahora...

YO NO IRÉ A SANCHIDRIÁN

AÑO DE 1566

—**M**oma, ya no tengo dudas de que el maestro Navarro está tratando de irse a Salamanca. Hace unos días había pedido al Cabildo un permiso de quince días y éste se vio en el compromiso de concedérselo, pero como están temiendo que se marche, en estos días de su ausencia, se han reunido y han acordado que a su regreso le dirán que su sueldo lo han aumentado con tres veces ciento de mil maravedíes. Y treinta veces mil más si se compromete a quedarse toda su vida en Ávila. Ojalá Navarro se quede con nosotros, aunque, Moma, en realidad parece que ya todos nos vamos a tener que separar, tu a Sanchidrián, él a Salamanca, y yo a Roma.

—Niño Thome. Ya te lo dije. Yo no iré a Sanchidrián.

—Moma, lo siento mucho, yo tampoco quiero que te vayas, pero antes de que llegue el invierno os iréis a Sanchidrián.

EL ÚLTIMO ENSAYO

AÑO DE 1566

—**M**oma, el maestro nos deja. Se va a Salamanca. Nos lo ha confesado en privado. Cuando ha terminado el ensayo ha hecho como si unos cuantos, a los que nos tiene más afecto, tuviésemos que quedarnos para seguir ensayando. Solo nos hemos quedado Dueñas, el sochantre Juan Sánchez, Vivanco y yo. Pero no quería ensayar, lo que quería era confirmarnos que se marchaba esta noche, y que para no crear más revuelo ni soportar más presiones lo hacía de manera sigilosa. Le ha pedido ayuda al sochantre Juan, para que le pueda abrir las puertas y éste le ha prometido que cuando dé la media noche, él estaría esperándolo en el patio de la casa parroquial, y que irían juntos a la casa de un hermano que lo llevará en un carro hasta Salamanca.

«A Dueñas le ha rogado que se encargue de todos sus alumnos, pero especialmente que cuide de nuestra formación, la de Vivanco y la mía.

A Sebastián le ha dado un abrazo y le ha dicho que siga trabajando así y que pronto será el mejor cantante del coro, y eso le ha enorgullecido.

Luego se ha acercado hasta mí y me ha dicho, refiriéndose a Roma, pero un poco en clave para que Sebastián no se encelase, que me espera un gran futuro. Que los primeros pasos son los más difíciles, pero que pronto me habré acostumbrado y lo superaré.

Nos ha dado un abrazo a cada uno, y un poco emocionado nos ha dicho que probablemente aquella sería la última vez que nos veríamos algunos. Sé que lo decía por mí, pero ni Sebastián, ni los otros lo han imaginado».

EL ÚLTIMO ABRAZO

AÑO DE 1566

—**M**oma, hoy te traigo nuevas noticias. Ha venido un nuevo maestro, se llama Isasi. Parece amable, pero Sebastián y yo creemos que está menos preparado que Navarro. Me da pena por mis compañeros del coro, porque a mí me queda poco para irme a Roma.

«El tío Juan me ha dicho que tiene otras cartas más de recomendación y que ya solo espera que le llegue la más importante, la de la corte del Rey, que no termina de venir. He ido también a hablar con el Rector del colegio de los Jesuitas para despedirme de él. Ha estado muy amable y me ha dado también otra carta de recomendación para su compañero de orden, el director del Colegio Germanicum de Roma. Estoy muy agradecido a todas estas personas que me están ayudando.

Y tengo otra noticia que contarte. La semana que viene madre y mis hermanos pequeños se marcharan a Sanchidrián, pero te voy a dar una buena sorpresa. ¡Lo he organizado todo para que tú te quedes aquí, como querías! Así podremos estar juntos hasta el último momento.

El tío Juan y yo hemos ido a hablar con las monjas de la congregación de las Dominicas, a las que ayudasteis tú y mis padres a fundar La Casa de Misericordia. Ya está todo arreglado. Es el eco de vuestra generosidad. Vivirás con ellas y así podré ir todos los días a verte... hasta que me vaya a Roma».

—O hasta que me vaya yo, mi niño Thome. Siempre te querré, aunque te marches... aunque me vaya... Ven que te abrace.

PALABRAS DE AMOR EN RENGLONES TORCIDOS

AÑO DE 1567

—**B**uenos días, Moma. Qué tal has dormido. Me han dicho las monjas que has preguntado por mí.

—Niño, shiiiiiii, calla, no hables tan alto que la vamos a despertar.

—A quién, Moma. A quién vamos a despertar.

—A ella. A Levana. A quién va a ser. No la ves que está aquí dormidita a mi lado.

—Moma, te traigo el desayuno. Anda, tómatelo.

—Ahora no puedo. Déjalo ahí. Luego me lo tomaré. ¿Sabes? Esta noche me ha llamado Levana llorando porque se había caído del columpio. ¡Moma! ¡Moma! me gritaba desde el patio para que fuese. Me he asomado a la puerta y cuando la he visto en el suelo llorando he ido corriendo a cogerla. Uma estaba a su lado ladrando para avisarme. Se había caído del columpio, pero no era nada, solo un desollón en el bracito. La he curado con un poco del ungüento y le he preparado una taza de caldo para que se consolase. Ahora la tengo aquí, acostada junto a mí, dormidita y tranquila.

—Ay, Moma, anda, por favor, deja que coja a Tacirupeca para que puedas tomarte el desayuno. Tengo que ir a la clase.

—Mi niño, no necesito el desayuno. Lo que necesito es que me des la talega de los tesoros, que está ahí guardada en el cajón de la cómoda, porque tengo que coger el cepillo que me dio Madre para cepillarle el pelo a Levana cuando se despierte. Y le haré cosquillitas en los pies con la plumita del jilguero para oír la alegría de su risa infantil. Y le pondré la cruz de lapislázuli bajo su almohada, para que nunca la maldita visitante consiga colarse por una rendija para llevársela. No tardes mucho en volver, Thome.

—Claro, Moma, ya sabes que siempre vengo y te lo cuento todo. Ahora solo te lo puedo contar a ti porque madre está ya en Sanchidrián. Cuando llegue la Navidad iré a verla y le daré un abrazo y otro

de tu parte, y podré contarle que estamos bien. Ahora, Moma, somos tú y yo lo poco que va quedando de la familia, porque el tío Juan me ha dicho que cuando termine de resolver mi marcha a Roma, él también se irá a Sanchidrián, ya definitivamente.

-Y yo también me iré donde Madre me espera, niño Thome.

PLUS ULTRA

AÑO DE 1567

Al despertar esta mañana había mucha más luz. He vuelto a ver las cosas con la claridad que las veía antes, y he oído la voz de Madre que me llamaba a su lado, así que con gusto la he obedecido, no con resignación como cuando tuvimos que separarnos. Solo he tenido que volver a cerrar los ojos para encontrarla. Por fin, después de tantos años, he vuelto donde Madre me espera, y he convertido esos instantes de nuestro reencuentro en mi último recuerdo.

Desde que me han visto llegar por el horizonte, Uma no ha parado de ladrar y correr, yendo y viniendo desde donde estaban ellos hasta donde llegaba yo, queriendo acortar nuestra distancia en cada ida y vuelta. Esa que nos ha separado tantos años.

Madre me ha recibido con un abrazo, como el día aquel que nos despedimos. Nuestra emoción era inmensa pero nuestras lágrimas eran solo de alegría. Uziel ha rodeado con sus bracitos mi cintura y Levana me ha tirado de las sayas para que la coja. Juntas hemos visto llegar a Padre, con Rufián a su lado, con su rostro severo, como siempre. Pero cuando me ha visto ha levantado los brazos, porque sabía también que un día volvería con ellos.

Me he sentado en nuestro patio. El suelo está tapizado con encajes de luces, como en aquellas noches de luna llena del verano, en las que la luz de plata jugaba a colarse entre las hojas de la higuera y los aromas del jazminero.

Uziel quiere que lo meza en el columpio y Levana que la tome en mis brazos... Uma está echada delante de nosotras. Dormida, con los ojos cerrados y sus oídos despiertos. Cuidándonos.

Shemuel también ha venido y se ha sentado a mi lado, le he cantado la nana que me enseñó Madre.

*Durme mi estreya briyante
kon tu madre estas
kudyando tus esfuenyos
bezikos te dara*

Él me ha sonreído, con sus ojos de almendra y su sonrisa serena de dientes blancos. Luego la hemos cantado los dos, juntos, y cuando hemos terminado se ha hecho un dulce silencio entre los dos. Me ha mirado con la miel de sus ojos. Me ha cogido las manos y con delicadeza me ha besado. Me he ruborizado, pero solo él se ha dado cuenta.

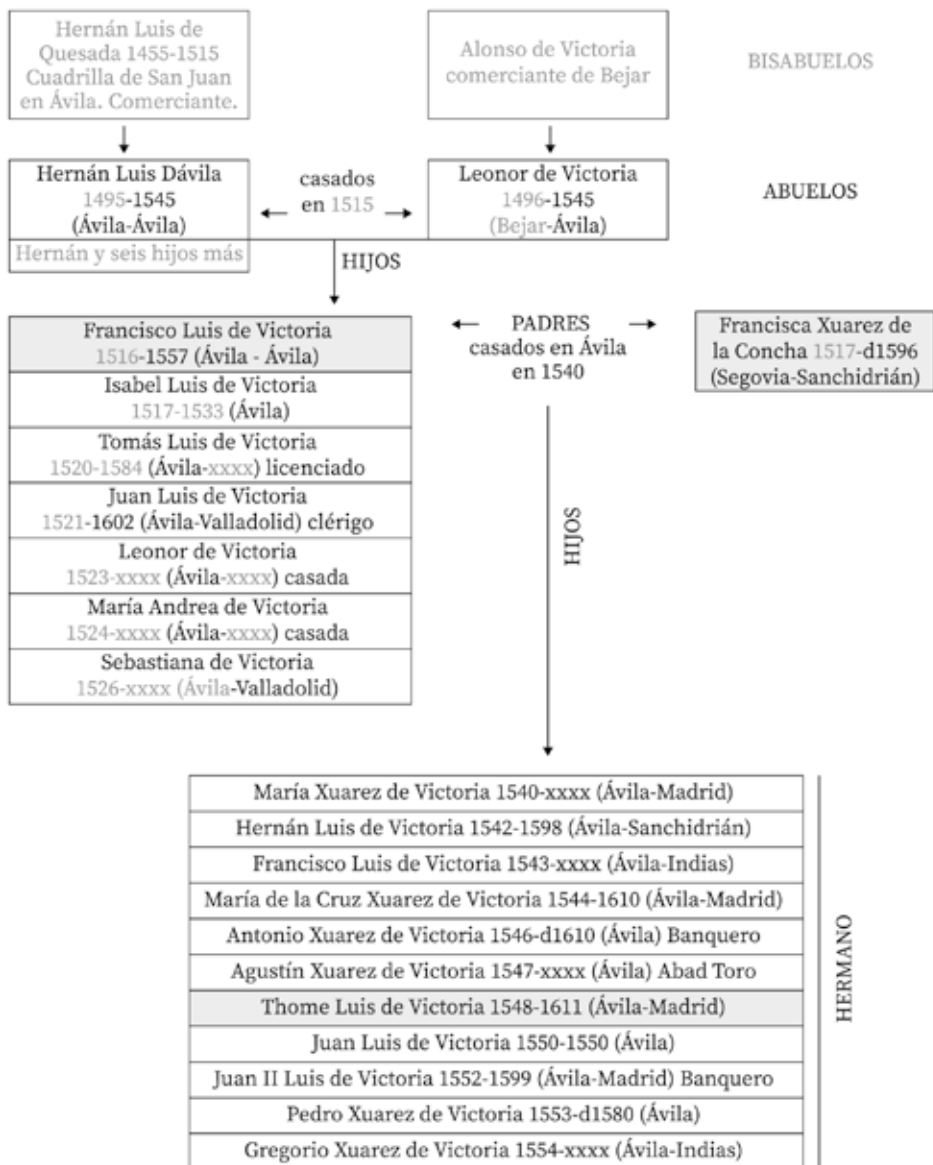
Desde algún lugar ha empezado a llegar hasta nuestro infinito, ese en el que se funden el cielo y la tierra, una melodía que pareciese hecha por la mano de Dios. La he reconocido y les he explicado a todos que es la música de mi niño Thome. Que se ha marchado a Roma, a la corte del Papa cristiano. Y les he explicado también a todos que ese niño es el más bueno que nunca Dios ha podido crear. Lo ha hecho así para que su música nos llegue hasta el interior de nuestras almas, y nos traiga el sonido del canto de los pájaros en libertad, los aromas dulces de las noches de verano, y la nostálgica armonía de los colores púrpuras del ocaso en los cielos de otoño.

Madre y yo la hemos escuchado abrazadas. Abrazadas y juntas, ya para siempre, porque al fin he vuelto donde Madre me espera.

ANEXOS

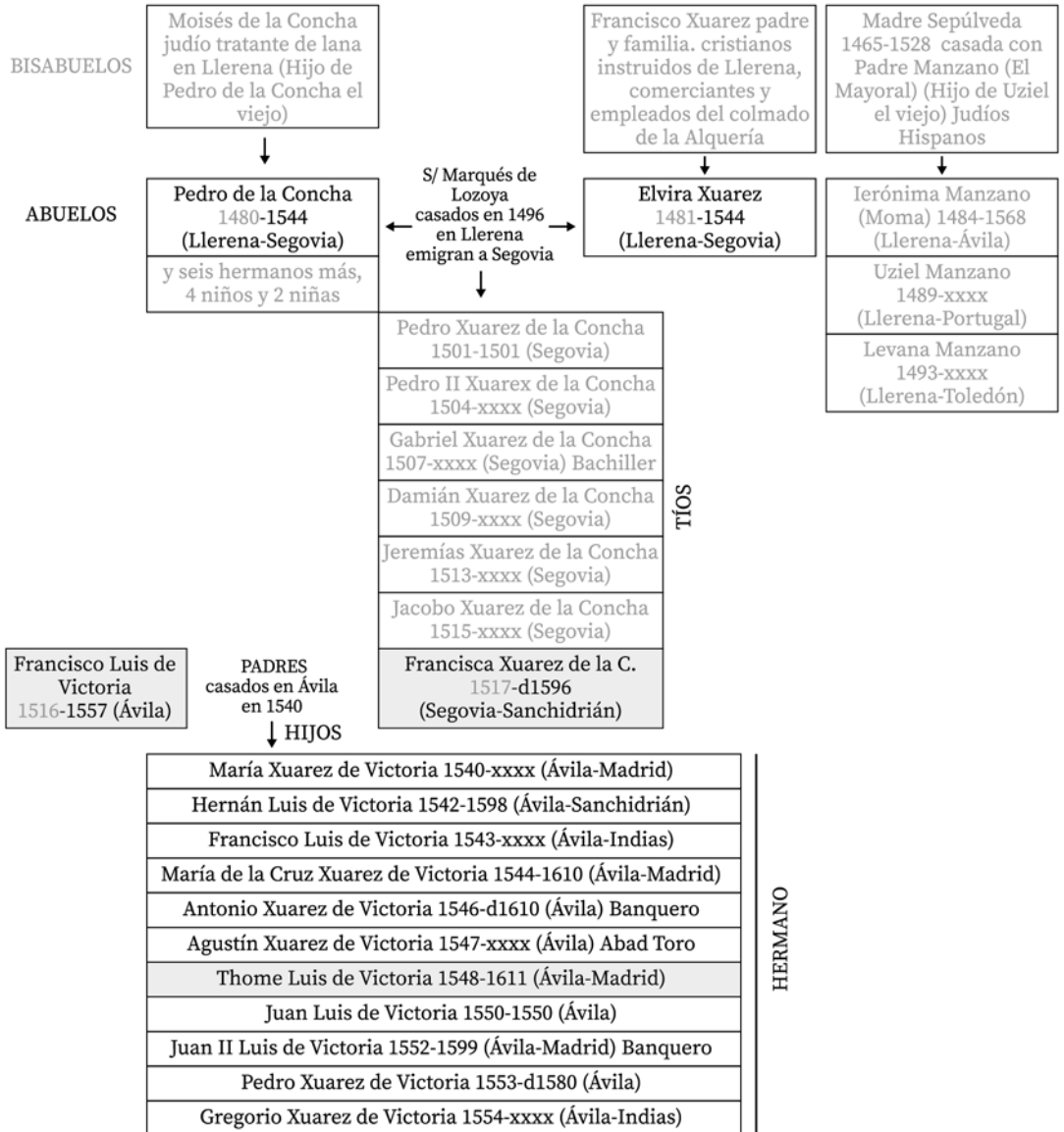
ÁRBOL GENEALÓGICO PATERNO

DATOS REALES EN NEGRO / DATOS FICTICIOS EN GRIS



ÁRBOL GENEALÓGICO MATERNO

DATOS REALES EN NEGRO / DATOS FICTICIOS EN GRIS



NOMENCLATOR

Alexandro Serna	Contralto compañero de Victoria en Ávila 1564 a 1566
Almendral	Antiguo nombre de la ciudad de Almendralejo. Segundo destino de la diáspora
Alonso de Victoria	Comerciante de Bejar. Padre de Leonor de Victoria. Socio de Hernán L. de Quesada
Álvaro de Odríze	Tío carnal de Elvira. Vive en Segovia con su mujer Beatriz Xuarez, tía de Elvira
Andrés Flores	Contrabajo compañero de Victoria en Ávila 1557 a 1558
Antonio de Cabezón	Músico famoso al que Thome oye en Ávila. Ciego asistido por su hijo Hernando
Antonio Xuarez de Victoria	5º Hijo de Francisco L. de Victoria y Francisca Xuarez de la Concha 1546-xxxx (Ávila) Banquero
Barrionuevo	Tenor compañero de Victoria en Ávila 1559 a 1562
Barrio-Nuevo	Contralto compañero de Victoria en Ávila 1557 a 1558
Bartolomé Escobedo	Primer maestro de música de Thome en colegio San Gil de los Jesuitas de Ávila 1554
Beatriz Xuarez	Tía de Elvira Xuarez. Vive en Segovia con su marido el industrial Álvaro de Ordríze
Bernabé de Águila	Organista compañero y maestro de Victoria en Ávila 1557 a 1562
Bernardino Ribera	M.C. en la catedral de Ávila. Cuarto maestro de Thome. Entre 1559 a 1562
Brit	Ceremonia judía de la circuncisión y nominación. Al octavo día del nacimiento
Bustamante	Contralto compañero de Victoria en Ávila 1559 a 1562
Caeserina	Antiguo nombre de la ciudad de Cáceres. Quinto destino de la diáspora
Çafra	Antiguo nombre árabe de la ciudad de Zafra. Primer destino de la diáspora
Cimbrón	Tenor y Sochantre compañero de Victoria en Ávila 1557 a 1558
Clotilde	Partera de Segovia
Cósima	Sirvienta 1 de los tíos de Segovia

Cristobal de Morales	Compositor. Escuela sevillana. 1º Maestro de Capilla en la catedral Ávila
Damián Xuarez de la Concha	4º hijo de Pedro de la Concha y Elvira Xuarez. 1609-xxxx Segovia. Tío materno de Thome
Dueñas	Sutituto del M.C. en la catedral de Avila. Tiple compañero de Thome engtre 1557 y 1566
Ebrahin	Pastor judío converso al que le encontraron cosas escondidas del ritual judío
Elvira Xuarez	Hija de Francisco Xuarez. Abuela materna de Thome. 1481-1544 (Llerena-Segovia)
Emerita	Antiguo nombre de la ciudad de Mérida. Tercer destino de la diáspora
Eustaquio	El hombre que se encargaba del establo de los tíos Álvaro y Batriz. El "estercolero"
Francisca Xuarez de la Concha	7º hija de Pedro de la Concha y Elvira Xuarez. Madre de Thome. 1517-d1596 (Se-Sanchidrián)
Francisco Guerrero	Compositor del Renacimiento. Escuela sevillana
Francisco Luis de Victoria	1º hijo de Hernán L. Dávila y Leonor de Victoria. Padre de Thome. 1516-1557 (Ávila)
Francisco Luis de Victoria	3º Hijo de Francisco L. de Victoria y Francisca Xuarez de la Concha. 1543-xxxx (Ávila-Indias)
Francisco Sánchez	Contrabajo compañero de Victoria en Ávila 1557 a 1562
Francisco Xuarez	Padre de Elvira Xuarez. Bisabuelo de Thome. Comerciante. Cristiano y culto
Fray Tomás	Frailé Dominicó camino de Ávila a Batalha.
Frias	Sochantre de la Catedral de Ávila 1557 a 1558
Gabriel Vivanco	Hermano mayor de Sebastián y amigo de juego de los Victoria. Termina siendo clérigo
Gabriel Xuarez de la Concha	3º hijo de Pedro de la Concha y Elvira Xuarez. 1507-xxxx (Segovia) Bachiller
Gertrudis	Ama de llave de los tíos de Segovia
Gervasio	El hortelano anciano de Segovia. Lega el huerto junto al Eresma, a Moma
Gregorio Xuarez de Victoria	11º Hijo de Francisco L. de Victoria y Francisca Xuarez de la Concha. 1555-xxxx (Avila-Indias)
Güescar	Antiguo nombre de la ciudad de Alcuésca. Cuarto destino de la diáspora

Hermano Daniel	Fraile Dominico camino de Ávila a Batalha. Organista opositor al monasterio de Batalha
Hermano Luis	Fraile Dominico camino de Ávila a Batalha. Monje acompañante
Hermanos Sardena	Ministriles en la catedral de Ávila (sacbuches, chirimias, flautas) 1557 a 1562
Hernán Luis Dávila	Abuelo de Thome, hijo de Hernán L. de Quesada. 1495-1545 (Ávila) comerciante
Hernán luís de Quesada	Bisabuelo de Thome. Va a Llerena a comprar lana. 1455-1515 (Ávila) comerciante
Hernán Luis de Victoria	2º Hijo de Francisco L. de Victoria y Francisca Xuarez de la Concha. 1541-1598 (Ávila)
Hernando de Yssasi	M.C. en la catedral de Ávila. Sexto maestro de Thome. Solo unos meses 1565
Ieronima Manzano	Narradora. Moma, Hija del mayoral de la alquería. 1484-1568 (Llerena - Ávila)
Isabel Luis de Victoria	2ª hija de Hernán L. Dávila y Leonor de victoria. Accidente ecuestre 1517-1533 (Ávila)
Jabo	Disminuido síquico de Segovia
Jacobo Xuarez de la Concha	6º hijo de Pedro de la Concha y Elvira Xuarex. 1515-xxxx (Segovia)
Jamila	Esposa de Ebrahin
Jeremías Xuarez de la Concha	5º hijo de Pedro de la Concha y Elvira Xuarex. 1513-xxxx (Segovia)
Jerónimo del Espinar	M.C. en la catedral de Ávila. Segundo maestro de Thome. Entre 1556-1557
Juan II Luis de Victoria	9º Hijo de Francisco L. de Victoria y Francisca Xuarez de la Concha. 1552-1592 (Ávila-M)
Juan Luis de Victoria	8º Hijo de Francisco L. de Victoria y Francisca Xuarez de la Concha. 1550-1550 (Ávila)
Juan Luis de Victoria	4º hijo de Hernán L. Dávila y Leonor de Victoria. 1521-1602 (Ávila-Valladolid) Clerigo
Juan Navarro	M,C, en la catedral de Ávila. Quinto maestro de Thome en 1564
Juan Ruíz	Contrabajo compañero de Victoria en Ávila 1559 a 1562
Juan Sánchez	Sochantre compañero de Victoria en Ávila 1564-1566
Leonor Davila de Victoria	5ª hija de Hernán L. Dávila y Leonor de victoria. Tia de Thome

Leonor de Victoria	Abuela paterna de Thome. Esposa de Hernán Luis Dávila. 1496-1545 (Bejar-Ávila)
Levana	Hermana de Ierónima. Tercer hijo del mayoral de la alquería 1493-xxxx Llerena
Madre	La madre de Ieronima 1465-1528 Llerena
Mair el hortelano	Tenia un naranjal con un pozo y una alberca
María Andrea de Victoria	6ª hija de Hernán L. Dávila y Leonor de victoria. 1524-xxxx (Ávila) Casada
María de la Cruz Xuarez de Victoria	4ª Hija de Francisco L. de Victoria y Francisca Xuarez de la Concha. 1544-1610 (Ávila-Madrid)
Martínez	Compañero de música de Thome en el colegio San Gil
Matias Chacón	M.C. en la catedral de Sigüenza
Mayoral	Padre de Ieronima
Moisés de la Concha	El Mosáico. Bisabuelo materno de Thome. Comerciante de la lana en de Llerena. Judío
Moma	Diminutivo cariñoso de Ieronima, puesto por su hermano y lo utilizarían todos.
Mosén Roque	Contrabajo compañero de Victoria en Ávila 1564 a 1566
Nejama	Tía de Ieronima. Viuda vive en la Aljama de Llerena. Emigra por Decreto
Nagar	Médico judío en Llerena
Padre	El padre de Ieronima
Pedro de la Concha	Abuelo materno de Thome. 1480-1544 (Llerena-Segovia) Comerciante judío
Pedro de la concha el viejo	Abuelo de Pedro de la Concha, del que toma su nombre. Judío
Pedro Hernánadez	Tiple compañero de Victoria en Ávila 1557-1562
Pedro II Xuarez de la Concha	2º hijo de Pedro de la Concha y Elvira Xuarez. 1504-xxxx (Segovia)
Pedro Temiño	Maestro de Canto Llano de Victoria en la catedral de Ávila 1557-1562
Pedro Xuarez de la Concha	1º hijo de Pedro de la Concha y Elvira Xuarez. 1501-1501 (Segovia)
Pedro Xuarez de Victoria	10º Hijo de Francisco Luis de Victoria y Francisca Xuarez de la Concha. 1553-1580 (Ávila)
Pelurrio	El pícaro de Segovia

Peñalba	Contralto compañero de Victoria en Ávila 1559
Peñalosa	Contralto compañero de Victoria en Ávila 1557 1562
Piedra Ficta o Piedraficta	Antiguo nombre de Piedrahíta. Decimosegundo destino de la diáspora
Placentia	Antiguo nombre de la ciudad de Placencia. Septimo destino de la diáspora
Robledo	Compañero de música de Thome en el colegio San Gil
Rosario	Hija del Tahonero. Amor platónico de Thome
Rufián	Perro del mayoral
Shemuel	Chico de la Aljama que tenía a Uma recién nacida. Amor de Ierónima
Simón	El niño amigo de juegos de Ierónima endeblucho al que ayuda en el juego del látigo
Sor Michaela	Monja que alimentaba a Jabo
Thome Luis de Victoria	7º hijo de Francisco L. de Victoria y Francisca Xuarez de la Concha. 1548-1611 (Ávila-Madrid)
Tomás Luis de Victoria	3º hijo de Hernán L. Dávila y Leonor de victoria. 1520-1584 (Ávila) licenciado
Uma	Perra de Ieronima
Uziel	Hermano de Ieronima. Segundo hijo del mayoral. 1489-xxxx (Llerena-Portugal)
Uziel el viejo	Abuelo de Ieronima. Da nombre a su nieto
Valdeolivas	Tenor compañero de Victoria en Ávila 1559-1562
Virtudes	Sirvienta 2 de los tíos de Segovia
Zeved ha Bat	Ceremonia judía de bautismo de una hija. (el regalo de una hija)

PARTITURAS

NANA DE LOS KODRERIKOS

Traducción letra Ladino: Zelda Ovadia Salinas Compuesta por: Antonio Olano Altube (Miliario Vivaldi)

$\text{♩} = 90$

Dur me mi te zo ro dur me dur me ya ke los ko dre ri kos dur mien

11 do ya estan Se rra tus oji kos la lu na va ye gar ko moun ko dre

21 ri ko te ke ren kon trar Dur me estre ya bri yan te kon tu ma dre estas

31 kud yan do tues fuen yos be si kos te da ra

NANA DE LOS CORDERITOS

Duerme mi tesoro
 duerme, duerme ya
 que los corderitos
 ya durmiendo están

Cierra tus ojitos
 la luna va a llegar
 como un corderito
 te quiere encontrar

Duerme mi lucero
 junto a madre estás
 guardando tus sueños
 besitos te dará

Miliario Vivaldi

NANA DE LOS KRODERIKOS

*Durme mi trezoro
 durme durme
 ke los kodrerikos
 durmiendo ya están*

*Serra tus oijikos
 la luna va yegar
 komo un kodreriko
 te kere enkontrar*

*Durme mi estreya briyante
 kon tu madre estas
 kudyando tus esfuenyos
 bezikos te dara*

Traducción: Zelda Ovadia Salinas

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES DE INFORMACIÓN

ASENSIO, JUAN CARLOS: El canto Gregoriano: Historia, liturgia, formas ... Alianza Editorial, Alianza música, 2011.

CARRERAS PACHÓN, ANTONIO: Las epidemias de peste en la España del Renacimiento. Sociedad Española de Historia de la Medicina Vol 1 – V Congreso Nacional, 1958.

Centro de Estudios Tomás Luis de Victoria.

DOMÍNGUEZ MORENO, JOSÉ M.: Ritos de fecundidad y embarazo en la tradición cacereña. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1984.

GALLICO, CLAUDIO: Historia de la música. IV La época del Humanismo y el Renacimiento. Turner Música, 1986.

GARCÍA VÁZQUES, IVAN: Vida cotidiana en Ávila en tiempo de Santa Teresa. Conferencia: Casa Museo Santa Teresa, 2011.

GARRAÍN VILLA, LUIS: Llerena: sus calles, historia y personajes. Sociedad Extremeña de Historia, Llerena (Badajoz), 2010.

GARRAÍN VILLA, LUIS: “La medicina en Llerena en el siglo XVI”. Pg. 199 – 214 III Jornadas de Historia de la Medicina en Extremadura, Zafra, 2006.

GARRAÍN VILLA, LUIS: Artículos varios y colaboraciones en publicaciones de la Asociación Cultural Coloquios Históricos de Extremadura.

GONZÁLEZ DE LA GRANJA, M. ESTELA: Construcción y evolución temporal de la muralla de Ávila: Últimas aportaciones historiográficas. NORBA-ARTE Vol XXX, 2010.

MARQUÉS DE LOZOYA: Algunas noticias familiares de Tomás Luis de Victoria. Ritmo. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2012.

MARTÍN CARROMILINO, JUAN: Historia de Ávila: Tomos I, II y III. Biblioteca de Castilla y León. Librería Española, 1872.

RUBIO, SAMUEL: Historia de la Música Española. Alianza Editorial, Alianza música, 2006.

SABE ANDREU, ANA MARÍA: Tomás Luis de Victoria, pasión por la música. Diputación Provincial de Ávila. Institución Gran Duque de Alba, 2008.

SABE ANDREU, ANA MARÍA: Ávila 1548-1565 Tomás Luis de Victoria. Centro de Estudios Tomás Luis de Victoria, 2014.

STEVENSON, ROBERT: La música en las catedrales españolas del siglo de oro. Alianza Editorial, Alianza música, 1993.

TOSTADO, FRANCISCO J.: El juego en la Edad Media. FranciscoJaviertos-tado.com, 2017.

Web oficial del Ayuntamiento de Ávila.

Web oficial del Ayuntamiento de Bejar.

Web oficial del Ayuntamiento de Hervas.

Web oficial del Ayuntamiento de Llerena.

Web oficial del Ayuntamiento de Segovia.



Miliario Vivaldi es el seudónimo de Antonio Olano Altube. Nació en Sevilla, en el otoño de 1947 y desde su juventud sintió la necesidad de experimentar con las formas del arte: la música, la fotografía, la pintura, la talla en madera y la escritura; pero siempre de una manera informal y amateur.

Su activa vida profesional en el mundo de la informática, lo ha llevado a vivir en las ciudades de Ronda, Sevilla, Granada y Badajoz, haciendo que esas inquietudes por el arte quedasen algo aletargadas.

Dejada atrás la etapa laboral, se ha reencontrado con aquellas aficiones, llevándolo a experimentar en el mundo de la novela, con ésta, su opera prima, en la que trata las relaciones sociales, la religión y la música, en esa época emocionante del Renacimiento.

|FUNDACIÓN**CB**